Modernidad, imaginario e identidad rurales

El caso de Yucatán

Othón Baños Ramírez

EL COLEGIO DE MÉXICO

MODERNIDAD, IMAGINARIO E IDENTIDAD RURALES. EL CASO DE YUCATÁN

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

MODERNIDAD, IMAGINARIO E IDENTIDAD RURALES EL CASO DE YUCATÁN

Othón Baños Ramírez

EL COLEGIO DE MÉXICO

301.351
B221m

Baños Ramírez, Othón.
Modernidad, imaginario e identidad rurales, el caso de Yucatán / Othón Baños Ramírez. -- México : El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2003.
299 p. : gráf., cuadros, mapas ; 21 cm.

ISBN 968-12-1093-X

1. Yucatán (México : Estado) -- Condiciones rurales.
2. Yucatán (México : Estado) -- Condiciones económicas.
3. Yucatán (México : Estado) -- Condiciones sociales.

Portada de Irma Eugenia Alva Valencia a partir de dibujos que representan a las niñas y niños de las cuatro zonas de Yucatán

Primera edición, 2003

D.R. © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 968-12-1093-X

Impreso en México

ÍNDICE

Agradecimientos 13

Introducción 17
- Modernidad y globalización 18
- Modernización, modernidad y modernismo 22
- La modernización mexicana 24
- Modernidad rural 25
- Migraciones temporales y modernidad 27
- Nota metodológica 30
- Contenido de esta obra 33

I. Modernizaciones a la mexicana 37
- Introducción 37
- Modernización 38
- Modernización social y modernidad 42
- Modernización mexicana clásica 44
- Modernización mexicana tardía 49
- Modernización mexicana regional 54
- La Península de Yucatán en las últimas décadas del milenio 60
- Modernización en Yucatán: 1980-1997 69
- Conclusión 77

II. Crisis agrícola, crisis de las tradiciones 81
- Introducción 81
- La crisis agrícola en Yucatán 82
- Agricultura "post-tradicional" y nuevas identidades 97
- El subsector pecuario de Yucatán 105
- Crisis de las tradiciones agrarias 106
- Conclusión 114

III. Modernidad rural y migraciones temporales 117
- Introducción 117

Migraciones pendulares (temporales) 122
Dormir en el campo-trabajar en la ciudad 126
Migración "campo-campo" 133
Éxodo de jóvenes 137
Intensidad de las migraciones pendulares en Yucatán 139
Familia y migración temporal 148
Modernidad y relaciones de parentesco 155
Migración y consumo 159
Maquiladoras y migración 165
Algunas repercusiones de las migraciones temporales 169
Conclusión 173

IV. Modernidad y hábitat rural 175
Introducción 175
Tiempo y espacio impuestos 177
Espacio doméstico y cultura 180
El hábitat maya rural moderno 188
Solar, familia e imaginario 197
Hábitat, familia y comunidad 202
Espacio vivido 208
Destradicionalización/retradicionalización 210
Conclusión 214

V. El imaginario secuestrado por la modernidad 217
Introducción 217
El mundo de los símbolos 218
Los niños y la cultura rural 222
La vivienda en el imaginario de los niños 228
Imaginario y educación 242
Expectativas y modernidad 252
Conclusión 256

VI. Conclusiones generales 259
Introducción 259
Algunas aproximaciones a las identidades rurales mexicanas 263
Ejido e identidad 267
Migración e identidad 270
Imaginario e identidad 275
Repensar los actores colectivos del campo 277
Para terminar 279

Bibliografía 283

ÍNDICE DE CUADROS

I. Modernizaciones a la mexicana
I.1. Producto Interno Bruto de México, 1988-1996 57
I.2. Distribución de la Población Económicamente Activa de Yucatán, por sector de actividad, 1970-2000 73
I.3. Distribución de participación del PIB en Yucatán por rama de actividades (1970-1999) 75
I.4. Unidades económicas y personal ocupado por sector de actividad en Yucatán, 1998 76

II. Crisis agrícola, crisis de las tradiciones
II.1. Volumen de la producción agrícola de Yucatán, 1990-2000 98
II.2. Volumen de la producción hortícola de Yucatán, 1990-2000 99
II.3. Volumen de la producción pecuaria de Yucatán, 1990-2000 107
II.4. Distribución de migrantes de Yucatán que hacen algún cultivo, 1996 108
II.5. Distribución de migrantes de Yucatán que hacen algún cultivo y reciben ayuda del gobierno, 1996 109

III. Modernidad rural y migraciones temporales
III.1. Distribución de las salidas de los migrantes temporales de Yucatán, 1996 128
III.2. Distribución de migrantes temporales de Yucatán según sexo, 1996 129
III.3. Distribución de migrantes temporales de Yucatán según posición que ocupan en la familia, 1996 134
III.4. Distribución de ocupación principal de la población migrantes y no-migrantes mayores de 15 años en Yucatán, 1996 142
III.5. Distribución de migrantes de Yucatán según rango de edad, 1996 144
III.6. Distribución de migrantes de Yucatán según grado de escolaridad, 1996 145
III.7. Distribución de migrantes de Yucatán según estado civil, 1996 146
III.8. Distribución de presencia de migrantes según número de integrantes de las familias rurales de Yucatán, 1996 147
III.9. Distribución de presencia de migrante mujer según número de integrantes de las familias rurales de Yucatán, 1996 148
III.10. Distribución de migrantes temporales de Yucatán según tipo de familia, 1996 150

III.11. Distribución de migrantes temporales mujeres de Yucatán según tipo de familia, 1996 150
III.12. Distribución de migrantes temporales de Yucatán si el fundador de familia es ejidatario, 1996 151
III.13. Distribución de migrantes temporales mujeres de Yucatán si el fundador de familia es ejidatario, 1996 151
III.14. Distribución de migrantes temporales de Yucatán según etapa de la familia, 1996 153
III.15. Distribución de migrantes temporales de Yucatán según etapa de la familia, 1996 154
III.16. Distribución de migrantes de Yucatán que hacen algún cultivo, 1996 156
III.17. Distribución de actividades complementarias de los migrantes de Yucatán, 1996 160
III.18. Distribución de migrantes de Yucatán según idioma que habla en familia, 1996 164
III.19. Lugar de asentamiento y número de empleados de maquiladoras de Yucatán, junio del 2000 167

IV. Modernidad y hábitat rural
IV.1. Distribución de tipo de piso según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 189
IV.2. Distribución de tipo de techo según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 190
IV.3. Distribución de tipo de pared según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 191
IV.4. Distribución de servicio de agua según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 192
IV.5. Distribución de servicio de energía eléctrica según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 192
IV.6. Distribución de letrinas según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 193
IV.7. Distribución de vivienda con cuarto según sexo de los niños de Yucatán, 1996 194
IV.8. Distribución de condiciones de la vivienda principal según la presencia de migrantes de Yucatán, 1996 195
IV.9. Distribución de viviendas dentro del solar de Yucatán según zonas, 1996 200
IV.10. Distribución de viviendas dentro del solar de Yucatán por zonas, según la presencia de migrante mujer, 1996 201

V. El imaginario secuestrado por la modernidad
V.1. Distribución de niños y niñas que hablan maya en Yucatán, 1996 228
V.2. Distribución de tipos de carrera que les gustaría estudiar a los niños y niñas de Yucatán, 1996 246
V.3. Distribución de tipos de trabajo que les gustaría desempeñar a los niños y niñas de Yucatán, 1996 247
V.4. Distribución de ocupación principal del padre según los niños y niñas de Yucatán, 1996 249
V.5. Distribución de ocupación principal de la madre según los niños y niñas de Yucatán, 1996 251

ÍNDICE DE GRÁFICAS

I. Modernizaciones a la mexicana
I.1. Índice de crecimiento anual intercensal por regiones, 1910-2000 57
I.2. Población económicamente activa y total por región, 1990 58
I.3. Población de Campeche, 1970-2000 62
I.4. Producto interno bruto de Campeche por actividad económica, 1999 64
I.5. Población económicamente activa por sector de actividad de Campeche, 1970-2000 65
I.6. Población de Quintana Roo, 1950-2000 66
I.7. Población económicamente activa de Quintana Roo por sector de actividad, 1970-2000 67
I.8. Tasa de crecimiento anual por decenio para Yucatán y para Mérida y demás municipios, 1950-2000 72
I.9. Población de Yucatán, 1960-2000 74

II. Crisis agrícola, crisis de las tradiciones
II.1. Superficie cosechada y producción de henequén en Yucatán, 1976-2000 86
II.2. Rendimiento del henequén en Yucatán, 1976-2000 87
II.3. Superficie cosechada y producción de maíz en Yucatán, 1981-2000 90
II.4. Rendimiento de maíz en Yucatán, 1981-2000 91
II.5. Superficie cosechada y producción de cítricos en Yucatán, 1981-2000 94
II.6. Rendimiento de cítricos en Yucatán, 1981-2000 95

III. Modernidad rural y migraciones temporales
III.1. Distribución de migrantes por región en Yucatán 140

IV. Modernidad y habitat rural
IV.1 183
IV.2. La vivienda núcleo principal multifuncional 186

ÍNDICE DE MAPAS

Introducción
1. Yucatán por zonas 31

I. Modernizaciones a la mexicana
2. República mexicana por regiones 56
3. Península de Yucatán 61

II. Crisis agrícola, crisis de las tradiciones
1. Yucatán por zonas 85

AGRADECIMIENTOS

Dado que la modernidad rural mexicana actual es una expresión profundamente compleja y contradictoria, vi la conveniencia de centrar mi estudio en el contexto de la Península de Yucatán. Por sus características geográficas bastante uniformes, en esta región de México al perder la milpa la centralidad en las estrategias de sobrevivencia, los mecanismos que mantenían la fortaleza de las tradiciones mayas sufrieron un colapso o bien un reacomodo acorde con las pautas de los estilos de vida modernos.

Persigo así dos objetivos de orden teórico: de una parte, contribuir al debate de la relación modernidad-tradiciones, sus alcances y tendencias; y de otra, mediante la sociología comprensiva detectar algunos indicadores que dan cuenta de los nuevos contenidos simbólicos que nutren el imaginario de la población rural mexicana, que desalientan las viejas identidades agrarias y étnicas de los sujetos sociales.

Explico algunas paradojas del campo mexicano, por ejemplo: la tendencia decreciente de la producción agrícola y la aguda pobreza de las familias campesinas, mientras muchas tierras están subutilizadas; porqué las migraciones temporales (o pendulares) tienden a generalizarse al tiempo que los mercados laborales se encuentran sobresaturados. Pero los cambios no sólo abarcan la esfera económica, en lo cultural las familias han reorganizado sus espacios de convivencia, el solar y la vivienda. El patriarcado familiar se ha debilitado con lo cual las relaciones y jerarquías de parentesco se han reacomodado, ganando terreno el individualismo.

Estos nuevos esquemas organizacionales de las familias rurales acorde con las condiciones estructurales y tiempos culturales del país, no han hecho disminuir las desigualdades sociales y en cambio el imaginario de los niños y de los adultos en general, ha sido secuestrado por la modernidad, por un mito abstracto y lejano que trastoca las identidades por adscripción, propio de las pequeñas comunidades.

Aunque hace énfasis en la situación particular de Yucatán, creo que el presente trabajo contribuye al conocimiento de las nuevas tendencias del cambio social y cultural del medio rural en el ámbito nacional, el cual conocí mediante la literatura especializada. Han pasado ya demasiadas "modernizaciones" por los puentes de nuestra historia nacional y también por nuestra vida personal como para asombrarnos candorosamente ante cualquier alarde de la modernidad en la era de la globalización económica. Empero, las promesas de la modernidad, aunque incumplidas, resultan, por mucho, más atractivas y motivantes que las escasas propuestas distintas, alternas o locales. Por ello, procuro hablar de modernidad no como un periodo nuevo de la historia rural sino como una actitud social que cobra fuerza frente a los desafíos de la sociedad compleja que se ha convertido el país entero.

En diferentes momentos recibí apoyos, ayudas, comentarios, críticas y estímulos de todo tipo que permitieron concluir esta obra. Mi deuda intelectual abarca una larga lista de instituciones y personas con quienes estoy sumamente agradecido. Es difícil mencionarlos a todos, no obstante, quiero expresar de manera especial mi reconocimiento infinito a todas las personas entrevistadas ya fuera en sus hogares o en sus parcelas quienes nos brindaron su tiempo, sus conocimientos, su paciencia y su amabilidad.

Quiero reconocer igualmente la ayuda brindada por mis colaboradores durante la etapa de terreno, la cual fue altamente profesional: Tatiana Castillo Moscoso, Ligia Flores Méndez, Marcelina Ruiz Tec, Lilia Kú Herrera y Víctor Peña Ramírez. Entre todos, armamos un verdadero equipo de trabajo poniendo lo mejor de sí y su creatividad lo cual permitió hacer de esta tarea una experiencia académica provechosa para ellos mismos. En el último trecho Elisa Chavarrea Chim fue mi brazo derecho.

Debo mencionar el apoyo de las instituciones que hicieron posible esta investigación: al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el apoyo financiero recibido para llevar a cabo el trabajo de campo (1996-1997), mediante la clave 0310 P-S; y posteriormente en mi año sabático (1998-1999) en el Centro de Estudios de América Latina y del Caribe de la Universidad Estatal de Michigan.

A la Universidad Autónoma de Yucatán por la cobertura institucional y flexibilidad laboral que me han permitido salir de mi cubículo para observar más de cerca la vida cotidiana de la gente común del medio rural así como embarcarme en un proceso dinámico que me permite inte-

raccionar con mis colegas latinoamericanistas de varias instituciones nacionales y extranjeras. Asimismo, gracias a la cobertura de un programa académico multidisciplinario entre la Universidad Autónoma de Yucatán, la Universidad de Guadalajara y el Instituto de Altos Estudios de América Latina, de la Universidad de París III, me fue posible hacer una estancia académica en París durante el mes de septiembre de 1997, la cual resultó muy provechosa para mi actualización profesional. Mis nuevos colegas franceses: Hélène Rivière D'Arc, Jean Revelois, Jaime Marques-Pereira, Sébastien Galtier me ayudaron a ampliar el análisis contextual del fenómeno estudiado a través de una perspectiva regional e histórica.

También adquirí una deuda enorme, francamente impagable, con otros colegas de acá, allá y acullá. En diferentes etapas de redacción, varios especialistas leyeron mis borradores, ya fueran de capítulos o de versiones completas y me hicieron llegar de manera generosa sus rigurosas críticas que agradezco infinitamente. Juan José Santibáñez, conoció el primer bosquejo de mis cinco capítulos y sus agudas observaciones y sugerencias me ayudaron a reescribirlos. Posteriormente, una versión modificada fue leída por Horacio MacKinley a quien agradezco su rigor crítico y anotaciones puntuales que me fueron muy útiles. Partes o capítulos fueron leídos y comentados por Ella Fanny Quintal, Luis A. Ramírez Carrillo, Manuel Chávez, Scott Whiteford, Adan Quam y Nathalie Gravel, quienes me proporcionaron muy útiles referencias bibliográficas. También recibí la ayuda de Isela Rodríguez Alonzo y de Addy Suárez Méndez para hacer menos sufrible la lectura de este texto.

Una mención importante, muy importante, quiero hacer por el apoyo académico y moral que he recibido por parte de mi maestra, colega y amiga Marielle Pepin-Lehalleur, a lo largo de toda mi carrera profesional. Por ello le he dedicado este libro con mi profundo cariño y sincera amistad.

Agrego enseguida, que todos ellos quedan exonerados por los errores u omisiones que todavía persistan, involuntarios por supuesto, los cuales son mi entera responsabilidad.

Mérida, Yucatán, abril de 2002.

INTRODUCCIÓN

Me pregunto si no podríamos imaginar
a la modernidad más como una actitud
que como un periodo histórico.

MICHEL FOUCAULT

En el marco de la implementación del Plan Puebla-Panamá que promueve el gobierno del presidente Vicente Fox, conviene conocer la configuración del tejido social y las tendencias del cambio cultural en el Sureste de México incluido en dicho Plan. Aunque todavía visibles, las variadas tradiciones yucatecas, a finales del siglo XX más que en ninguna otra época, se encuentran seriamente amenazadas por los influjos de la cultura moderna. La Península de Yucatán con fundadas razones se ganó el prestigio de ser una de las regiones de México donde muchas de las tradiciones mayas sobrevivieron con gran vigor durante siglos.[1]

Además de ello, hasta unas tres décadas atrás esta región permanecía relativamente marginada del desarrollo industrial y del urbanismo, y por consiguiente, de la modernización social observada en el centro del país desde las primeras décadas del siglo XX. Recientemente, como en su momento ocurriera en la zona de la Frontera Norte, este escenario se ha visto envuelto por un proceso de cambio económico y social sumamente dinámico —equiparable, pero sin duda más amplio, al auge del henequén durante el último cuarto del siglo XIX— sobresaliente en el ámbito nacional.

Concomitantemente, muchas instituciones, costumbres e identidades tradicionales se han visto afectadas, aunque no necesariamente aniquiladas, por la modernidad. Entendiendo a la modernidad como un

[1] Para el periodo colonial véase Nancy Farris (1984) y para el periodo contemporáneo Edward W. Moseley y E. Terry (1980).

orden "post-tradicional" —sin que esto signifique que las tradiciones y hábitos hayan sido reemplazados por la certeza del conocimiento racional (Giddens, 1991)—, cuya dimensión subjetiva valora muy positivamente el individualismo y el consumo de los productos industrializados, entre otras cosas.

El presente estudio pretende recoger las preocupaciones teóricas acerca del carácter de la sociedad contemporánea y llevarlas al análisis de procesos sociales actuales muy concretos, en un espacio y tiempo determinados. Pretendo así, a partir de una investigación de campo,[2] contribuir a un ejercicio de ruptura con ciertas imágenes caducas de la sociedad mexicana o sencillamente alteradas por el devenir social. El padre de la microhistoria mexicana observa:

> Tal vez por culpa de las presiones citadinas y especialmente por las agencias gubernamentales instaladas en el medio rústico y por lo que propala la prensa, la radio y la televisión, las transfiguraciones campesinas de los últimos años han sido más notorias y rápidas, más aceleradas que en el estilo de vida urbano (González y González, 1988).

Es verdad, y permítanme la analogía: es apenas la punta del *iceberg*. Situaciones como ésas, visibles a primera vista a todo lo largo y ancho del país, requieren una explicación científicamente fundamentada.

Modernidad y globalización

El tema de la modernidad y sus alcances ha sido objeto de la sociología por lo menos desde fines del siglo XIX (Simmel, Weber, Parsons, Germani, entre otros). Hoy cobra nuevamente vigor, porque es indudable que la microelectrónica, la informática y la biotecnología son conquistas recientes de la civilización, equivalentes en su importancia a la invención de las máquinas de vapor. Signos de una nueva etapa del desarrollo capi-

[2] El título del proyecto de investigación fue "Las migraciones temporales en Yucatán", que recibió un apoyo financiero de parte del Conacyt, mediante la clave 0310 P-S. Dio inicio en enero de 1996 y finalizó en diciembre de 1997. El trabajo propiamente de campo se llevó a cabo a lo largo del año de 1996 y abarcó 28 comunidades diferentes entre sí en cuanto a tamaño, actividad económica predominante, ubicación geográfica, facilidades de comunicación y otras variables.

talista a nivel planetario (Melucci, 1996: 291-292) o de la llamada globalización. Dicha revolución tecnológica, a su vez, revoluciona la vida cotidiana, trastoca la distribución social de los sistemas de creencias y de valores tradicionales, la estructura de clases sociales, y las formas de gobierno e instituciones de todo tipo (Beck, 1994; Appaudurai, 1996).

Visto lo anterior, varios autores han señalado la urgencia de repensar esta sociedad de la Internet;[3] y ciertamente se han hecho un sinnúmero de intentos, por lo general usando adjetivos simples o bien prefijos, por ejemplo: sociedad postindustrial, sociedad postmoderna, sociedad tardocapitalista, etcétera. Tales adjetivos y prefijos, como señala Melucci, indican, en parte, el relativo rezago teórico en que se encuentran las ciencias sociales frente a la acelerada dinámica del cambio social de hoy en día (Melucci, 1996). En ausencia de conceptos novedosos, aquellos son útiles siempre y cuando se asuma una postura crítica frente a los paradigmas clásicos (Giménez, 1994; Giddens, 1991).

Difícilmente podré aportar algo nuevo al debate de la modernidad, no es ese el propósito de este trabajo, sino demostrar que la modernidad está ya instalada en el ámbito de la vida cotidiana rural. Los tiempos y ritmos de la vida social en los espacios locales, si bien no son mecánicamente manipulados, tienden a quedar más articulados y subordinados al proceso de globalización.[4] Intento así una mirada al campo desde la óptica de la cultura y los actores sociales con el objeto de repensar desde su cotidianidad las mediaciones y conexiones rural-urbanas.

¿Por qué utilizar para un estudio rural una categoría tan amplia y controvertida como es la modernidad? Porque quiero destacar que las comunidades rurales son hoy parte orgánica de la sociedad compleja que es hoy la nación mexicana entera. Resulta un lugar común decir que

[3] Las redes electrónicas y sus puertos de conexiones individuales, dice Habermas, han transformado en un anacronismo a las masas reunidas en calles y plazas. Por otra parte, nuestra conciencia del tiempo y el espacio ha sido transformada por las nuevas técnicas de transmisión, acumulación y procesamiento de datos e información (Habermas, 1998: 40-41).

[4] "Besides its institucional flexivility, modern social life is characterised by profound processes of the reorganisation **of time and space**, coupled to the expansión of disembedding mechanism —mechanism which prise social relations free from the hold of specifics locales, recombining them across wide time-space distances. The reorganisation of time and space, plus the disembedding mechanism, radicalise and globalise pre-established institutional traits of modernity; and they act to transform the content and nature of day-to-day social life." (Giddens, 1991: 1-2.)

hoy se viven tiempos de cambios acelerados, tanto como afirmar que son tiempos de modernidad. Mi punto de partida es que cada sociedad vive sus propios ritmos de cambio sociales y culturales y que resulta imperativo señalar hacia dónde apunta la naturaleza de tales cambios. Si bien, rigurosamente hablando, la modernidad no es una categoría histórica, es útil para indicar el sentido del cambio cultural observado en el medio rural generalmente marcado por las tradiciones.

Modernidad es una categoría que denota el rumbo del cambio social hacia una utopía,[5] un paradigma o un espejismo, como se le quiera llamar, cuyos cimientos fundamentales son el conocimiento racional, el individualismo, el liberalismo económico y la democracia, entre otros (Solé, 1998). Como demostraré más adelante, el paradigma de la modernidad nutre el imaginario social y mueve hacia la acción cotidiana de la población rural mexicana. Claramente, utilizo a la modernidad como una categoría de contraste que nos permite entender la intersubjetividad de los actores sociales contemporáneos.

En el plano más concreto me remito al análisis de la acción social cotidiana;[6] ya que cada uno de los miembros de la familia al tomar decisiones acerca de qué producir, qué consumir y en qué trabajar, por ejemplo, revelan un manejo de información generada fuera del entorno estudiado, de una región, e incluso fuera de las fronteras nacionales. Información que llega regularmente por vía de la educación (escuela), los medios electrónicos de comunicación (radio y televisión), y por las experiencias vividas que, entre otras, se suman al acervo cultural local.

Evidentemente, la globalización económica estimula nuevas pautas que afectan varios tipos de relaciones de producción, las cuales fueron escasas y secundarias en otra época y hoy en día tienden a generalizarse.

[5] Utopía entendida como un ejercicio de la imaginación para pensar en otro modo de ser de lo social (Ricoeur, 2000: 357). En relación con las sociedades campesinas, la modernidad es el sueño de otra manera de existencia familiar, de otra manera de apropiarse de las cosas y de consumir los bienes, de otra manera de organizar la vida política, de otra manera de vivir la vida religiosa, no deja de lado ningún ámbito de la sociedad.

[6] Siguiendo a Mingione, voy a llamar acción social cotidiana a los diversos tipos de trabajo que desempeñan los individuos, cada uno de los miembros de la familia, para contribuir al aseguramiento de la supervivencia material de los mismos. De esta manera, se le confiere al concepto una connotación histórica, social y cultural, ya que mostrará la conexión entre espacio-tiempo de una época determinada y la respuesta de los grupos sociales concretos (Mingione, 1991: 74).

O viceversa, aquéllas otrora generalizadas tienden a declinar[7] o caer en desuso. A su vez, sobre esas nuevas relaciones sociales de producción se levanta un nuevo entramado social y cultural. Varios autores coinciden en afirmar que el capitalismo contemporáneo se distingue de los estadios anteriores por la velocidad con que fluye la información y la desinformación (Appaudurai, 1996; Heelas, Lash y Morris, 1996).

La expansión de los medios electrónicos altera aceleradamente las nociones de espacio y tiempo locales: muy poca gente organiza su vida conforme a los ritmos de la agricultura o de la comunidad tradicionales, más bien están vinculados a los mercados a través de las más variadas relaciones sociales de producción. Por lo tanto, las identidades territoriales, tradicionales, agrícolas y étnicas sufren un cierto deterioro, y —aunque suele ocurrir— menos frecuentemente adquieren matices vigorosos inéditos.

Tiempo y espacio locales se refuncionalizan y se reconfiguran sin que los propios habitantes cobren verdadera conciencia de ello. De modo que la nueva *ruralidad* (o rusticidad) mexicana de fines de milenio, se distingue por su integración más estrecha a la nueva fase institucionalizada del orden social nacional e internacional.

El campo mexicano ha sido —y sigue siendo— abrigo de las tradiciones y cada vez más de la modernidad. Así, en este trabajo, la noción de modernidad no sólo se refiere a un nuevo periodo histórico, sino, fundamentalmente, al conjunto de expectativas y prácticas que surgen como resultado de un movimiento dialéctico entre una nueva fase del capitalismo a escala planetaria y la inercia evolutiva propia de la comunidad local (prácticas, costumbres, tradiciones, recursos productivos, necesidades e instituciones).

Privilegio dos unidades de análisis: una de carácter institucional, como es el caso[8] de la unidad doméstica, la familia en relación orgánica con su recurso tradicional, la tierra; y otra de carácter práctico, la praxis social, como son las migraciones temporales que involucran la participación de casi todos los miembros de la familia. Una estrategia metodológica de esta naturaleza permite dar cuenta más claramente de los al-

[7] El reto consiste en rescatar el significado sociológico del trabajo, de aquel que se lleva a cabo para obtener los recursos para reproducir la vida material y social.

[8] Distingo modernidad como una categoría más amplia que contiene a la modernidad instrumental, que definiré enseguida.

cances y las respuestas sociales de los pequeños núcleos de población a la oleada modernizadora más amplia (globalización), tanto como a las políticas económicas neoliberales en el agro mexicano.

MODERNIZACIÓN, MODERNIDAD Y MODERNISMO

En México, desde hace por lo menos medio siglo, cuando se habla de cambiar para mejorar se usa la palabra modernizar y se refiere a las acciones para implementar cambios tecnológicos a costa, necesariamente, de otros cimientos que se remontan a nuestro pasado histórico, de las tradiciones. La idea de cambiar para mejorar, enfrenta y se guía por el paradigma de la modernización que ya recorrieron los países europeos y Estados Unidos desde hace dos siglos. En otras palabras, modernización es un concepto cargado de un etnocentrismo muy fuerte.

Modernizar frecuentemente se usa en el sentido de propiciar el progreso y el desarrollo mediante la industrialización, el crecimiento urbano, la aplicación de la tecnología de moda en todas las ramas de la producción. Consecuencias y concomitancias del proceso de desarrollo serían la transformación de una economía de subsistencia en un sistema comercializado de economía nacional, cambio de instituciones como la propiedad privada, el gobierno y la familia, así como las motivaciones por el cambio (Solé, 1998: 13-22). En fin, la modernización es un proceso complejo que da las espaldas y hasta soslaya la tradición indígena y mestiza.

Otra categoría que debe ser distinguida de las dos anteriores es el modernismo, la cual se refiere al discurso académico que señala una serie de reclamos o posiciones teórico-metodológicas y epistemológicas.[9]

La modernidad es el mismo proyecto que el de la Ilustración: desarrollar las esferas de la ciencia, la moralidad y el arte "de acuerdo con su lógica interna" (Habermas, 1989). La condición de modernidad dependerá a su vez de las características sociales, políticas y económicas de las democracias nacionales (Dunn, 1998: 2).

[9] Y este es un asunto, por cierto, de la más grande importancia entre los factores que determinan el rumbo histórico de las sociedades de los estados-nación. Por ejemplo, el modernismo económico, vale decir, el neoliberalismo, alimenta el conocimiento que permite tomar decisiones para hacer cosas o dejar de hacer cosas. Es decir, este discurso académico se proclama como el mejor y el más útil para alumbrar el camino a seguir.

Aunque muchas veces sin mencionarla, en el ámbito de las ciencias sociales, modernidad ha sido una categoría heurística e interpretativa central en el estudio de la sociedad y la cultura contemporánea (Harvey, 1990; Giddens, 1990; Dunn, 1998). Existen, por supuesto, diversas teorías sobre la modernidad y sus efectos los cuales por lo general provienen de un tronco común que es el "Iluminismo" (Solé, 1998).

Cualquiera sea el énfasis y el ángulo por donde se le vea, la modernidad es reconocida a partir de tres connotaciones básicas: como época de la historia frente a la mentalidad antigua; como corriente intelectual y cultural —la modernidad estética, como la llama Habermas—; y como ideología o "razón instrumental". Debemos reconocer entonces que hay muchas modernidades y por tanto es imperioso definir el concepto para que sea realmente útil al conocimiento de nuestra situación actual.

En este trabajo la categoría modernidad hace referencia a una utopía de progreso mediante la aplicación de los avances de la ciencia y la tecnología a las actividades de la vida cotidiana. Es una "razón instrumental" que me permite un acercamiento al proceso de transformación de una realidad social concreta que afecta toda clase de instituciones tradicionales. Si la tradición se define como transmisión de un modelo cultural por medios empíricos, la modernidad sería la manifestación de una ruptura profunda con éste.

No se puede pasar por alto que "la modernización se implanta bajo los auspicios, no sólo de determinado tipo de instituciones, sino también de determinados estratos y de su papel en la sociedad" (Smith, 1998: xix). La sociedad entera al imitar la vanguardia cultural de las élites, acepta una direccionalidad del cambio social. El triunfo de la modernidad, naturalmente, es una forma de dominación.

Tal "seducción" tiene profundos alcances sociales, entre otros, provoca diferentes reacciones relacionadas con la identidad; una suerte de desestabilización de las identidades (Giddens, 1991; Dunn, 1998). Esto es así porque las identidades ni son estáticas ni son simples etiquetas que se colocan las personas, sino que son dinámicas y no corren en un sentido lineal. En algunos casos, el triunfo de la sociedad industrial amenaza las concepciones modernas heredadas de los individuos, inculcando dudas sobre las nociones previas de identidad social y de identidad individual.

Es importante reconocer dos dimensiones básicas de la modernidad instrumental: la objetiva, es decir, las condiciones y productos materia-

les; instituciones y normas; y la subjetiva, la práctica y el discurso coherente con esas prácticas. Referida a una sociedad concreta hay que añadirle niveles y periodos específicos. De esta manera, incluso es dable observar la dinámica típica de la relación centro-periferia en que se ancla la dependencia y las desigualdades sociales internas.

La modernización mexicana

La modernización en México ha recorrido varias etapas. La que más adelante defino como tardía, observada a partir de 1980 y que se extiende hasta el 2000, trajo profundos efectos contradictorios para el ámbito rural del país. Tal industrialización expandió las relaciones capitalistas conforme un esquema clásico: arruinando a los campesinos quienes se trasladaban a la ciudad para fomentar la masa de trabajadores pobres urbanos, ampliando la clase obrera organizada, diversificando a la gran y pequeña burguesías, etcétera. La crisis financiera de 1982, en cambio, representa el colapso de este esquema y es un parteaguas que permite acelerar el cambio de orientación de la industrialización que era hacia dentro, dándole un giro hacia la competitividad internacional, hacia la integración de México al mercado global.

Tal giro hacia la integración global, al completar casi dos décadas, ha provocado la ruina de muchos pequeños empresarios; que la gran burguesía se desnacionalice por completo; que se redefinan las relaciones de producción; que se abulte el llamado sector informal; que se incrementen las migraciones laborales temporales de los campesinos e incluso de los trabajadores urbanos; etcétera. Y sobre todo, ha provocado un contrasentido, ya que en el ambiente de crisis las instituciones del orden social moderno (clásico) se han fortalecido, mientras los actores sociales tienden a rebasarlas moviéndose hacia la posmodernidad. Otro de los efectos colaterales quizás más graves, según Zermeño (1997b): es que todo ello impacta las identidades tradicionales, las más de las veces socavando su fortaleza histórica. La globalización económica, la reducción del papel del Estado en la economía y la extensión del alcance de los medios de comunicación, son tres de los grandes ejes aceleradores de la modernidad tardía mexicana,[10] que no han permitido ni superar la

[10] Este punto se encuentra más ampliamente desarrollado en el capítulo I.

"crisis de baja intensidad" que vive el país desde hace más de dos décadas, ni consolidar los avances democráticos que se abren paso.

MODERNIDAD RURAL

Antes de hablar de la sociedad rural y, de ahí, de la modernidad misma, conviene hacer breves consideraciones de carácter metodológico, ya que muy frecuentemente lo rural aparece como un mero adjetivo que simboliza determinadas características: lo rústico, lo rupestre y lo tradicional (Canales, 1994: 340-342). Es práctica común definir lo rural basándose en el tamaño y la densidad de las localidades. Además, se tiende a considerar lo urbano y lo rural como dos sistemas internamente homogéneos y diferentes entre sí. Esta perspectiva conlleva una visión dualista muy fuerte de la sociedad; por lo tanto, no permite considerar los nuevos elementos que están reestructurando no sólo lo rural, sino también sus imbricaciones dialécticas con lo urbano y sus determinaciones sobre la población rural.

En este trabajo, "rural" se refiere a una esfera de la sociedad mexicana, a la población y al conjunto de relaciones y condiciones sociales que se localizan en poblados o ciudades no mayores de 25 000 habitantes; pero, sobre todo, cuyo proceso de reproducción social mantiene una relación todavía significativa con el medio ambiente que los rodea. Así, "lo" rural corresponde a una organización espacial estrechamente ligada al aprovechamiento de los recursos naturales y a una cultura agraria, influida a su vez —en ocasiones muy preponderantemente— por la cultura nacional.

Efectuar recortes analíticos es peligroso pero necesario. Así, cuando me refiero a la sociedad rural, no dejo de reconocer que es parte de una sociedad global y que su especificidad se monta sobre un contexto ecológico-humano, en el que ni la magnitud de las localidades ni el predominio de las actividades agrícolas (de hecho el ámbito rural comprende ya una multiplicidad de actividades no agrícolas) son variables definitorias.

La esfera rural mexicana no ha desaparecido pero tiende a volverse más compleja que antes. Es cierto que las alternativas sociales en el **ámbito rural** no están mecánicamente determinadas por las decisiones externas que se toman desde Wall Street o el Palacio Nacional, vale decir a

nivel internacional o nacional; de hecho, junto a la modernización que viene "de afuera" surgen muchas otras alternativas arraigadas en las tradiciones, como dejan entrever las demandas y luchas de los actores rurales. No obstante, hay evidencias de que tal suerte de resistencia carece de unidad, organicidad y sistematicidad para impedir la entrada de la modernización enajenante. En el México rural, la modernidad ha producido dos reacciones polares entre la población campesina: por un lado, la fortaleza del *México profundo* y el *regreso de Zapata*, que no parece cuajar en una opción política de contrapeso (Barry, 1995); y por el otro, el debilitamiento de las identidades, la diáspora comunitaria y el individualismo (Zermeño, 1997a).

Como ya se dijo antes, la modernidad se extiende por diversos medios y hacia diferentes ámbitos de la sociedad y la vida cotidiana. El Estado mexicano ha sido y es un promotor activo de la modernización rural,[11] y durante casi dos décadas lo ha hecho bajo la inspiración del paradigma neoliberal. Por ejemplo, en el campo ha procurado fomentar y fortalecer los mecanismos del mercado y la propiedad privada, al tiempo que minimiza las funciones del Estado en el proceso de desarrollo económico y social. Estas medidas, cobran un alto valor heurístico que orienta las decisiones políticas y económicas locales e inspira medios institucionales para alcanzar objetivos individuales, por lo que la dimensión política no ha sido soslayada.

Por último, no creo, como García Canclini (1990), que los actores de la sociedad rural suelan entrar y salir de la modernidad. Están y son parte orgánica de la modernidad mexicana. Como mostraré a lo largo de esta obra, la modernidad gobierna las actitudes de renovación y las expectativas de cambio para un mejor futuro entre los pobladores rurales. Algunas manifestaciones de dicha modernidad que han sido privilegiadas para el análisis son: las nuevas tendencias de la agricultura tradicional bajo la férula de las políticas públicas; los nuevos roles económicos y sociales de las mujeres y los niños; las nuevas formas de socialización y educación en el agro; las modificaciones a las viviendas tradicionales

[11] El discurso oficial acerca de la modernización y las decisiones tomadas en nombre de ella, hoy más que antes tienen un alcance muy profundo en todos los ámbitos del país. En México, la idea central que predomina entre los que preconizan la modernización del campo y la liberalización de la economía es que estos cambios propiciarán un mejor uso de los recursos del sector, incrementarán la producción y productividad, elevando los ingresos y trayendo una mayor prosperidad a la población rural.

verso común de valores, reglas, tradiciones, conocimientos, expectativas y prácticas.

Gran parte de la población rural mexicana vive una suerte de dilema identitario, entre las identidades tradicionales y las identidades de la modernidad. Dicho dilema para muchos productores del campo y sus familias presenta varias dimensiones: en lo económico es el de preservar una agricultura cuya rentabilidad es nula o muy baja y cada vez más crítica, o conseguir un empleo fijo —en un mercado laboral sobresaturado— con un salario adecuado para satisfacer el nuevo estilo de vida al que aspiran. Es un dilema estructural que muchos no logran superar. El cual, como se dijo al principio, tiene amplias repercusiones sociales y culturales, es causa del escenario cada vez más crítico que presenta el campo mexicano al golpear la eficiencia cohesiva de las identidades colectivas.

Como ya demostré, el camino de la identificación social difiere hoy del de hace dos décadas, no sólo en cuanto a forma sino en cuanto a contenido. El sujeto sigue inscrito en la tradición de su cultura, pero operando un nuevo arraigo de las significaciones instituidas en torno de necesidades, deseos, miedos y motivaciones, suscitados por la nueva trama de relaciones donde se constituye el sujeto. Por supuesto, no en todas partes del territorio nacional, con la misma intensidad, se nota la presencia del individualismo, la preocupación por sí mismo, el narcisismo, la decadencia de las identidades colectivas, todos elementos propios del medio urbano capitalista.

Bajo nuevas reglas institucionales y de mercado, una división del trabajo familiar donde la mujer gana protagonismo y nuevos esquemas de la vida cotidiana en general; las tradiciones se desechan, se modifican y se recrean; de la misma forma las identidades colectivas se rehacen y es imposible definirlas a priori, o mejor dicho no es adecuado definirlas a partir de una pertenencia o como una derivación estructural. Con este trasfondo la problemática del campo mexicano debe ser repensada, colocando en primer término la problemática de sus actores sociales, luchando cotidianamente por sobrevivir y con frecuencia por revertir las estructuras económicas y de poder que los controlan y expolian.

Aunque la globalización no hace tabla rasa del pasado, ni homogeniza automáticamente las pequeñas comunidades, de hecho, se observa una tensión constante entre tradición y modernidad, pero en el imaginario campesino lo moderno, lo universal y lo abstracto se imponen como modelo. Como ya vimos en los capítulos precedentes, el imaginario del

campesinado —yucateco y mexicano en general— se sube a la modernidad a través de bienes de consumo básico, bienes materiales y bienes de servicio. El progreso es identificado como la posibilidad de comprar más comida industrializada; de adquirir aparatos domésticos con los últimos avances tecnológicos; de contar con energía eléctrica; televisión y videocaseteras.

Señalé igualmente en las primeras páginas de este texto, la necesidad que plantean varios autores de repensar la sociedad contemporánea y posteriormente revisar las conceptualizaciones previas que parecen no corresponder a los eventos y procesos sociales del presente. Plenamente consciente de ello, utilicé el concepto de sociedad en vez del de comunidad para referirme a los conglomerados rurales. La rural, al igual que el resto de la mexicana es una sociedad compleja. Es una sociedad compleja, naturalmente con sus particularidades pero estrechamente ligada a la sociedad nacional.

Una de las características de la sociedades contemporáneas, entre otras, es la complejidad. Para Zolo: "la complejidad social puede definirse como una específica configuración de las relaciones sociales en las modernas sociedades postindustriales tal y como son percibidas por los propios agentes, sea estos individuos o grupos. La complejidad en este plano refiere a la situación cognitiva en la cual se encuentran los agentes, que se expresa en amplitud del rango de posibles elecciones y en el alto número de variables que los agentes deben tomar en cuenta en sus intentos por resolver problemas de conocimiento, adaptación y organización" (citado por Gleizer, 1997: 20).

Esto es, en lugar de una comunidad afirmada sobre principios universales fijos, hay un pluralismo de espacios sociales regulados por criterios flexibles y contingentes. Al diluirse las limitaciones de la tradición, la estratificación y la localización se extienden un politeísmo moral y un agnostismo sobre las "cuestiones finales" que toman el lugar de las creencias colectivas.

Todas las diversas formas de conocimiento a través de las cuales se producen representaciones individuales y colectivas que configuran la identidad están compuestas de unidades elementales llamadas imágenes. Como se dijo previamente, la imagen es la base de toda forma de pensamiento y, por ello, de toda forma de comunicación. Es la unidad básica de interpretación de la realidad, el núcleo de todo pensamiento simbólico. Como vimos en el capítulo IV, tiempo y espacio locales rura-

les cobran un nuevo significado simbólico a la luz de una más estrecha articulación de la economía y cultura locales con los eventos nacionales.

La acción social de los actores rurales se enfrenta al mundo objetivado, o si se quiere a una realidad individual inmediata, particular y otra de tipo social, mediata, en las escalas sea regional o nacional. Además, a una dimensión subjetivada de la cultura como son los gustos, las necesidades y las expectativas, entre otras. Huelga decir que cuando me refiero a la acción social no estoy pensando en los movimientos sociales contestatarios (como la entiende la sociología accionalista), sino, que me refiero a cualquier tipo de acción (económica, social, política o cultural) desplegada por los individuos en el campo de la vida cotidiana.

Algunas aproximaciones a las identidades rurales mexicanas

En la literatura sociológica y antropológica reciente se observa un numeroso grupo de autores que desde una perspectiva puramente teórica analiza el proceso de recomposición sociocultural de los sujetos colectivos (Dubet, 1989; Melucci, 1996; Olivé, 1996; Jiménez Solares, 1997; Estrada Saavedra, 1997; para mencionar algunos). Todos ellos rechazan la idea de que la identidad de los sujetos sociales esté mecánicamente determinada por la raza, la religión, la lengua, la propiedad o las diferencias económicas. Dicha identidad por el contrario es el resultado de variados factores cuyas ponderaciones no pueden hacerse por anticipado.

Me interesa referirme a algunos autores que han centrado su preocupación en un tipo de identidad específico relacionado con un gran segmento de la población rural: la identidad étnica. Por un lado, encontramos una suerte de tesis formalista que sostiene que la identidad indiana hace ya mucho tiempo que no existe, como identidad cultural distintiva y distinta (Frielander, 1975). En base a una investigación de campo bien documentada, se afirma que entre los indígenas de Hueyapan, Morelos no hay un sentimiento de identidad anclado en sus raíces nahuatls. No obstante, reconoce la autora, dicho grupo constituye sin duda alguna un grupo cultural entre tantos de una sociedad contemporánea extremadamente estratificada (Frielander, 1975: 11).

En ese mismo orden de ideas, otro investigador sostiene que "(l)os portadores de la 'cultura maya' en Yucatán no han desarrollado ningún

rasgo de una posible identidad étnica y por tanto no constituyen un grupo étnico en el sentido estricto de la palabra". Considera que a pesar de que mucha gente nativa de la Península de Yucatán habla la lengua maya no se le puede considerar como un grupo étnico, sino como un grupo cultural (Mossbrucker, 1992: 187-189). Ambos autores apuntan que es grave la ausencia de acciones colectivas de los propios indígenas dirigidas a defender un espacio político, cultural y social dentro de la sociedad mexicana. Todas las evidencias en cambio señalan que los grupos étnicos han sido capaces y hasta creativos para asegurar el mínimo histórico de sobrevivencia.

Otro enfoque distinto, que se basa en una especie de tesis del relativismo histórico, sostiene que no existe ni existirá una identidad esencial que permita definir la naturaleza de un grupo étnico. Más bien, consideran, ésta se va construyendo y reconstruyendo a lo largo del devenir histórico. Por lo tanto, se puede hablar de un proceso social de identificación, en alguna medida comparable a los procesos por los que atraviesa la identidad individual (Bartolomé, 1992: 253). Esta postura ampliamente aceptada parece ignorada por Alicia Re cuando señala que el objetivo de su trabajo es presentar una interpretación antropológica desde el punto de vista de los propios mayas de Chan Kom (1996: 8), como si los mayas fueran un grupo homogéneo y como si la identidad fuera una categoría ahistórica.[1] Desde mi punto de vista, ni Mossbrucker (1992) ni Re Cruz (1996) brindan una argumentación adecuada sobre la identidad maya que nos permita entender sus prácticas culturales del presente.

A mi modo de ver, se deben distinguir distintas lógicas de la identificación social y asumir que éstas son necesariamente complejas y heterogéneas, y después analizar con cuidado los varios niveles de la acción social. En cuanto a las condiciones objetivas genéricas, se puede decir que la crisis económica mexicana de baja intensidad pero con altos niveles de inflación, ha propiciado una situación económica adversa para toda la población mexicana. La crisis ha impactado negativamente el nivel de vida de la población rural, ante la cual las familias responden en forma individual y no como colectividad o comunidad.

[1] En palabras de Mossbrucker: "es frecuente por ejemplo, dice, atribuir a los mayas de las tierras bajas la técnica de roza y quema para cultivar la tierra (como una particularidad de) hace ya miles de años y equiparar la condición de milpero con tener una conciencia maya" (1992: 115).

El conjunto de las condiciones objetivas son percibidas, naturalmente, con un nuevo aparataje ideológico reforzado por la interacción directa y simbólica con los agentes del capitalismo y por las imágenes y mercadotecnia que reiterada y sistemáticamente le llegan a los individuos por la vía de la televisión y la radio. La ausencia de grandes movimientos reivindicatorios se explica, en parte, por la escasa eficacia de las tradiciones como mecanismos soporte de las identidades rurales. Los estudios agrarios y campesinos recientes nos indican que en la mayor parte de los casos esta amplia mayoría mexicana que vive en el campo, opta por confrontar su situación social mucho más a título individual que en forma colectiva (Concheiro y León, 1995; Cruz Hernández, 1995; Hernández y Trujillo, 1995; Landázuri Benítez, 1995, y Suárez Correa, 1995).

Evidentemente, las viejas etiquetas (de los actores sociales) que suelen confundirse con las identidades no han desaparecido (probablemente ni desaparecerán en el corto plazo) pero se encuentran muy erosionadas, o sin capacidad para dar fuerza a una colectividad. De los tres grandes tipos de identidad reconocidos por Dubet en la literatura sociológica, la identidad por integración; la identidad como estrategia y la identidad como compromiso; la identidad por integración parece ya parte del pasado en el medio rural mexicano (Dubet, 1989).

En las sociedades complejas ni el sujeto social, ni la sociedad (en sus diferentes niveles de análisis), son entidades construidas alrededor de un principio único. Frente a la imagen de un actor social ciego, definido de manera puramente objetiva y encerrado en el determinismo de situaciones y sistemas, se levanta la rehabilitación de la subjetividad del actor y del punto de vista que elabora sobre sí mismo, en donde se mide la distancia que separa su propia identificación de los roles y estatus que le son atribuidos (Dubet, 1989: 520-534).

Las identidades contemporáneas rurales pocas veces se dejan ver como compromiso, más bien responden a mecanismos universales relacionados con la pertenencia a la estructura social y a una cultura y momento dados (Dubet, 1989; Bartolomé, 1992). Entiendo por cultura, junto con Romero, un conjunto amplio de representaciones simbólicas, de valores, actividades, opiniones, habitualmente fragmentarios, heterogéneos, incoherentes quizá, y junto con ellos, los procesos sociales de su producción, circulación y consumo, cuya consideración permite superar la idea tradicional de las representaciones como "reflejo" y las ubica en su doble carácter de constituyentes del proceso social y constituidas por

él (Romero, 1989: 248-249). Por lo tanto, los actores rurales en tanto que viven estrechamente articulados a una sociedad y cultura complejas son capaces de asumir diversas y variadas identidades, dependiendo de la coyuntura que los convoca.

La dinámica sociocultural de la sociedad mexicana jamás ha sido la de un *continuum* entre tradición y modernidad, sino la de conflictos y rupturas y, frecuentemente, de paradojas. Vista así, la diversidad cultural de la sociedad mexicana no es el reflejo de un pluralismo estructural (en un sentido riguroso de la palabra), sino la consecuencia del juego de una sola y única estructura que fracciona, aísla y margina a ciertos grupos para hacerlos servir mejor a otros, y afianzar el dominio de éstos sobre aquellos (Favre, 1973: 379).

Díaz-Polanco, coincide y sostiene que la ubicación de los diferentes grupos dentro de dicha estructura del país es la que le confiere un impacto (a veces decisivo) a un grupo dado en su condición de grupo indígena (citado por Mossbrucker, 1992: 190). Esta perspectiva del indigenismo estructuralista junto a mi acercamiento "subjetivista" del orden "postradicional" (a través de las preferencias de consumo de básicos, de bienes para el hogar y de expectativas), explicarían el proceso de redefinición del sujeto social rural y de ahí de sus identidades sociales.

Sobre la base de lo anterior y del análisis presentado en los capítulos precedentes, me permito afirmar que el término indígena o campesino maya es una simplicidad que sirve para comprender todo y su contrario. Tanto uno como otro, son conceptos que se han vuelto palabras esponja, cuya matriz cultural original e histórica a las cuales se refirieron originalmente han desparecido o han sido alteradas de manera radical. Ciertamente, sobreviven aún varios de los rasgos culturales "étnicos", como la lengua, el vestido, la vivienda, algunos rituales en torno de la milpa y la práctica de la medicina herbolaria que le fueron distintivos a los habitantes de muchas regiones del país.

Pero es cierto también que en tanto partes del orden tradicional dichos rasgos o signos se encuentran poco conectados entre sí y por muy delgados hilos. El orden tradicional (como ha sido definido en el capítulo anterior) se encuentra socavado hoy más que en ninguna otra época y por ende aquella identidad étnica e incluso campesina del pasado se ha visto fracturada por condiciones derivadas del proceso de modernización y globalización. La diversidad cultural emergente que se observa revela una modalidad peculiar de organización y estructuración sociales

a diferentes niveles en torno a una cultura dominante, mas no un pluralismo cultural. No se puede hablar de pluralismo cultural cuando no es posible definir fronteras ni actores de las culturas participantes.

EJIDO E IDENTIDAD

Puesto que el sistema ejidal representa algo más de 60% de las tierras que utilizan los campesinos mexicanos, es preciso ponderar el papel de las relaciones de producción en este contexto en relación con las identidades. ¿Los ejidatarios se identifican ellos mismos como ejidatarios o como campesinos? La más de las veces ellos no hacen esa distinción y se dicen o bien ejidatarios o bien campesinos, según les convenga.

México ha pasado de 13 670 000 habitantes en 1900 a un total de poco más de 87 000 000 de habitantes en el año 2000. La población se ha multiplicado en más de seis veces en tan sólo un siglo. Por su parte, la población rural de 9 801 390 en 1910 pasó a 22 881 740 habitantes en 1990 (González Graff, 1992: 38). Lo cual significa que la población que vive en el campo es más hoy que hace un siglo. Lo rural de hecho no sólo ha cambiado en cantidad sino también y fundamentalmente en calidad.

Para algunos autores, el término campesino se refiere a un modo de vida, a un complejo de organización formal, a un comportamiento individual y a unas actitudes sociales, estrechamente unidos entre sí para el propósito de labrar la tierra con herramientas simples y trabajo humano, en unidades de producción familiares. Esta vinculación con la tierra parece el elemento esencial de la conocida definición de Kroeber (1948) que presenta a los campesinos como definitivamente rurales, a pesar de vivir en relación con los mercados urbanos. Desde esta perspectiva, las sociedades campesinas son ámbitos definidos o parciales de una sociedad amplia, con sus propias culturas pero sin autonomía política. Según dicho autor ninguna sociedad campesina es autosuficiente pero conservan muchos de sus valores tradicionales y apego a la tierra y a los cultivos, soportes de su identidad.

Se dice frecuentemente que el papel principal de los campesinos es proporcionar alimentos y fuerza de trabajo barata a la ciudad. Esa tarea histórica ha sido realizada en medio de condiciones sociales de producción cambiantes. ¿Qué hay de nuevo entonces en el proceso de individuación de los pobladores del agro mexicano?

Si nos atuviéramos a dicha definición kroeberiana, arriba mencionada, se podría decir que muchos de los actuales pobladores del campo mexicano han perdido, en grados diferentes, sus atributos como campesinos, fincada principalmente en su apego a la tierra y a sus tradiciones locales. No han desechado todas sus antiguas costumbres pero han agregado muchas, muchísimas otras y además la diversificación productiva y laboral provee nuevas bases materiales sobre las cuales se recompone su nueva identidad como sujeto colectivo.[2] Los trabajadores que seguimos llamando campesinos se desempeñan en todas las arenas de la estructura económica nacional y despliegan una gran capacidad cultural para insertarse tanto en las megaciudades como en las pequeñas localidades. En contrapartida, no gozan de un lugar privilegiado en ninguna de esas arenas, porque son actores sociales polivalentes.

A fin de cuentas, campesino o indígena son conceptos abstractos que se siguen usando porque todavía no hay otros disponibles para sustituirlos. Cuando fueron acuñados abarcaban la diversidad de relaciones sociales y subjetividades que habían detrás de los conglomerados y actores agrarios. En la actualidad, esos conceptos quedan cortos o bien alejados de las relaciones sociales de producción o de cualquier otro tipo que provoquen la identidad de los individuos.

Parece claro que un análisis que pretenda captar las grandes tendencias que orientan las transformaciones de la sociedad rural mexicana necesariamente debe preguntarse qué es lo que está ocurriendo en el plano de las relaciones sociales de producción, de los valores, de la organización y acciones concretas de los diferentes miembros de las unidades de reproducción social como son las familias.

En el caso de Yucatán nadie fue capaz de aprovechar en mejor forma la tierra que los pobladores mayas por medio de la milpa itinerante. El complejo de cultivos llamado milpa fue el escudo protector de la comunidad y tradiciones maya durante siglos. Me remito una vez más al análisis del complejo proceso histórico cuya dimensión cultural permite que cada uno de los individuos se conviertan —lo quieran o no— en sujetos colectivos. Durante el periodo colonial y buena parte del periodo independiente, las comunidades mayas mantuvieron un control bastante grande de sus recursos naturales como parte de su entorno social y polí-

[2] Por ejemplo, parece poco apropiado llamar "maya" a cualquier persona nativa del campo yucateco por el solo hecho que su lengua materna es la maya.

tico —Repúblicas de Indios, Cabildos Indígenas— (Güémez Pineda, 1994). Aunque no se adoptó la propiedad privada —y quizás por ello— el campesino maya guardó una gran identidad territorial y por ende una gran cohesión comunitaria que mantenía vigorosa la matriz cultural original (Quezada, 1997; Farris, 1983).

Más tarde, a partir de la reforma agraria que emanó del movimiento revolucionario de 1910, en muchas partes, la formación de ejidos poco alteró aquel manejo de las tierras comunales. No obstante, se empezó a observar una nueva organización de corte caciquil de las tierras, que consistió en que la tierra comunal era controlada por uno o varios ancianos (Halperin, 1975) a los cuáles simplemente se les pedía permiso para usar la tierra y si el individuo formaba parte de la comunidad por lo general se le concedía y una vez que era otorgada, cada jefe de familia procuraba darle el uso óptimo que le conviniera o pudiera, sin la intervención de terceros y con los únicos recursos de la familia (Brown, 1999).

El manejo y control de las tierras de la comunidad maya, como ya señalé previamente (capítulos II y IV), cambió dramáticamente durante el siglo XIX en la zona llamada henequenera y más tarde en el resto del territorio de la entidad que se le denominó zona maicera. En esta última, a partir de la década de los sesenta el Banco Rural Peninsular implementó un programa de ayuda a los milperos y con ello aquel control autónomo comunal de las tierras empezó a sufrir los contratiempos de la intervención burocrática del Estado.

Estas diferentes formas de controlar el acceso a la tierra por parte del Estado también han alterado algunos de sus valores simbólicos que son: medio de producción; medio de identidad territorial y comunitaria; escenario de ritos; medio de dominación y de lucha; porque las comunidades mayas nunca han sido islas, ni mucho menos ejemplos de armonía igualitaria. Hoy la agricultura se ha simplificado, los hombres del campo yucateco han perdido el sentido del riesgo, lo cual soportaba la repetición de muchos rituales en torno del monte. Prefieren la seguridad de un pequeño ingreso que les brinda el gobierno (Pronasol, Procampo), someter el ciclo de su agricultura a los ritmos que impone la burocracia agraria, con lo cual la tierra ejidal se convirtió en símbolo del clientelismo político.

No ha sido por voluntad, ciertamente varios factores externos e internos a las comunidades han contribuido a desplazar la tierra del ejido como medio de adscripción identitaria para convertirla en un medio por el cual se ejerce la dominación política. Dicho lo anterior, sin dejar de

y la construcción de nuevas; el cuadro de consumo habitual y el cuadro de consumo de bienes domésticos semi-duraderos; las formas de transporte hacia sus centros de trabajo; la proliferación de nuevos grupos religiosos; y la expansión de nuevos empleos formales, monótonos, y mal pagados en las maquiladoras; así como las actividades informales de autoempleo, entre otras.

MIGRACIONES TEMPORALES Y MODERNIDAD

En mi perspectiva, las migraciones temporales están estrechamente ligadas con las dimensiones objetivadas y subjetivadas de la modernidad. Empero, pocas veces, la problemática del campo mexicano es analizada desde este ángulo. Las migraciones temporales se definen como un tipo de movimiento de personas con un origen y un destino variables. Las personas que practican la migración laboral mantienen su residencia en su lugar de origen y permanecen fuera por un periodo corto de tiempo, aunque variable en el destino, y generalmente por razones de trabajo. La dirección y duración de las migraciones temporales siempre son indeterminadas, de ello se desprende que exista una gran diversidad de modalidades migratorias. Las migraciones temporales pueden ser del campo a la ciudad, del campo al campo, o de la ciudad a otra ciudad. En todos los casos, la residencia del migrante no cambia.

En México, por motivos histórico-estructurales, una proporción difícilmente cuantificable de los inmigrantes urbanos definitivos en realidad no lo son. Entre otras razones, porque el rango de variación de "lo temporal" es extremadamente amplio, semanas, meses y aun años, las más de las veces por motivos laborales.

Aunque son registradas desde hace décadas, en comparación con las migraciones definitivas, las migraciones temporales presentan hoy un dinamismo poco frecuente en la historia mexicana (Verduzco, 1986: 83), y son signos de la modernidad. Este capítulo laboral, cada vez más frecuente y central entre los habitantes del medio rural, acepta varias explicaciones ya clásicas: el fracaso de la reforma agraria para revertir el deterioro de las condiciones de vida campesina; la gradual injerencia del capitalismo en el medio rural; la creciente interrelación asimétrica campo-ciudad; la demanda estacional de mano de obra de algunos cultivos; y los cambios en el mercado laboral (Reboratti, 1986: 13). Pero también

reconocer que han sido registrados algunos contados casos donde los ejidatarios se expresaron como tales, a la hora de defender el precio de sus productos, especialmente en el Norte del país, el ejido no se da la identidad por afiliación o por integración, sino por intereses.

Mas frecuentemente los ejidatarios se identifican como tales para reclamar "ayudas" gubernamentales. Se trata de una identidad funcional frente al Estado. Todo ello como parte de un proceso en el que las múltiples facetas del trabajo agrícola tradicional ha sufrido mutilaciones y modificaciones, resultado de diversos factores concurrentes, entre los que están las políticas públicas como el Pronasol y el Procampo, mencionados previamente.

La ayuda gubernamental, siempre insuficiente, que alienta una subcultura peticionaria, es a todas luces una variable que suele influir en el cuánto y cuándo producir y es la que activa la identidad política de los hombres del campo como productores. Además, los agentes de decisión de la producción son distintos, se han transformado las relaciones que determinan el acceso a los recursos materiales (tierra, fuerza de trabajo, dinero, etcétera) y, finalmente, se ha modificado en forma radical la estructura de incentivos que impulsa a los campesinos a actuar en las distintas esferas de la actividad económica (García-Barrios y García-Barrios, 1992: 266-267).

En base a todo lo anterior, sostengo que el territorio y la localidad están muy lejos ya de conferir a los mayas sus identidades tanto étnica, como campesina. La desaparición del riesgo ha provocado la muerte de los rituales y la muerte de los rituales a socavado los mecanismos simbólicos identitarios de la comunidad maya.

¿Cuáles son entonces las identidades emergentes? Por ahora no tengo una respuesta ya que "(l)a visualización de las identidades en el terreno empírico se enfrenta a problemas de temporalidad y de espacialidad, pues las identidades no son estáticas sino que por el contrario, poseen un carácter dinámico envuelto en contradicciones y procesos de cambio, los que evidentemente hacen complejo su análisis" (Casas Mendoza, 1992: 80).

Migración e identidad

Según las estadísticas oficiales, más de seis millones de trabajadores se dedican a la agricultura, la mayoría a la agricultura de subsistencia y

existen suficientes evidencias empíricas de *que tal producción de subsistencia sólo sirve de colchón,* para complementar los ingresos monetarios que provienen del trabajo asalariado (Oswald, 1988: 12). Estos agricultores no se arriesgan a depender del trabajo asalariado, pero es evidente que compiten por los puestos de trabajo cada vez más escasos y mal pagados. Con ello aumenta la sobreoferta de fuerza de trabajo, con lo cual los salarios se mantienen siempre a la baja, y frecuentemente los precios de la producción agrícola. Sobre la base de las experiencias contemporáneas observadas en el nivel nacional, se puede afirmar que la autonomía y control de los recursos naturales ha ido escapando de las comunidades rurales.

Quiero remarcar el doble efecto de esa situación hacia la cultura rural: por un lado, los campesinos se "desprofesionalizan" como agricultores tradicionales y por otro, los mecanismos de pertenencia a una comunidad se desarticulan. De hecho, la comunidad misma tiende a fragmentarse pues si no hay valores compartidos y agentes guardianes de los mismos la comunidad se diluye (Cohen, 1995). Un ejemplo muy ilustrativo a este efecto cultural son las nuevas actitudes de los campesinos del sur y poniente de Yucatán quienes debido al rápido y gran desarrollo del sector turismo en Quintana Roo, han dejado atrás unas y han agregado nuevas prácticas sociales.[3] De cara a su comunidad los jóvenes se ostentan modernos en el vestuario y en sus preferencias musicales, por ejemplo, pero en su empleo en los servicios turísticos resaltan sus raíces mayas que son valoradas por algunos turistas, sobre todo de origen europeo.

Estamos frente a una situación inédita que no puede reflejar los conceptos tradicionales. A diferencia de las ciencias naturales, en las ciencias sociales por lo general los conceptos son polisémicos o no tienen una connotación unívoca, ni universal, ni atemporal. Y más aún, corren el riesgo de convertirse en obstáculos epistemológicos que distraen el pensar, bloquean la entrada o la búsqueda de otras definiciones que den cuenta de la síntesis de los fenómenos estudiados. No es exagerado decir, siguiendo a Beck y Beck-Gernsheim (1996), que dichos conceptos terminan configurando un sistema metafísico que obstruye la visión de

[3] Quintal señala que "los migrantes encontraron ocupación en tareas poco calificadas y sus movimientos laborales tuvieron consecuentemente impacto en la organización del trabajo de sus familias y sus comunidades campesinas en el *hinterland* vallisoletano" (1994: 40).

los procesos sociales y políticos virulentos que por varias vías y en todas las esferas de la actividad cotidiana afectan a la individuación de las personas.

En referencia a Yucatán he señalado en el capítulo II que, la quiebra de la agricultura del henequén, del maíz y de la citricultura ha minado la capacidad de la agricultura para brindar el mínimo que requiere una familia para sobrevivir. Lo cual significa que los jefes de familia llamados campesinos han diversificado sus actividades productivas. Que ellos junto con su actividad han sido trasladados a un plano si no secundario de igualdad económica y cultural como el resto de los miembros de la familia, y ésta es una gran diferencia con respecto a los periodos anteriores.

Este solo hecho, reviste una importancia cultural muy profunda, pues interrumpe de una forma brutal la transmisión de los conocimientos, de "los secretos del monte", necesarios para tener mayores posibilidades de éxito en la agricultura de temporal en terrenos tan especiales como los de Yucatán; interrumpe una cadena simbólica entre el pasado y el presente; interrumpe las conexiones entre los miembros de la comunidad; altera la identidad no sólo étnica sino también la identidad comunitaria.

La iniciación ritual del milpero era también la forma fundamental de crear una identidad colectiva. La integración a la comunidad de los jóvenes novicios durante el ritual iniciático, se instaura en el momento en el cual los mitos fundamentales de la comunidad son revelados. Lo específico de la identidad colectiva está en el hecho de participar de la verdad revelada por los mitos, aquellos del Popol Vuh, o del Chilam Balam. Esto significa que se adopta un universo simbólico, un acervo de imágenes a través de cuyo prisma se mirarán y se significarán las experiencias de la vida. El orden tradicional regulaba de manera indirecta las relaciones entre los miembros de la comunidad por medio de sus instituciones (la milpa y la familia), la cual estaba mediada por la relación de los dioses que la fundaron.

Arruinados como productores e impedidos por la edad o por falta de experiencia para ir en busca de ingresos fuera de la comunidad, la enseñanza "para ganarse la vida" lidereada por el padre ha sido sustituida por la educación formal, por los medios de comunicación y por los relatos de los migrantes quienes salen y entran a la comunidad. El mito tradicional se desvanece, con lo cual la mayor parte de los jóvenes de la escuela se dirigen directamente hacia la ciudad, con una carga simbólica

alimentada por signos del capitalismo universal (por otro mito) que llegan a través de la radio y la televisión.

Paulatinamente, la economía y la vida social y, por consecuencia, la cultura de las poblaciones tradicionales se desmontan de la agricultura de la milpa e incluso de otros cultivos complementarios menos tradicionales. Este proceso tiene un profundo significado simbólico e identitario, tanto para las mujeres como para los niños. Sin separarse de esta actividad, la familia entera pone todos los recursos a su alcance para ayudar a que los jóvenes adquieran mejores conocimientos y habilidades para desempeñarse en la esfera urbana. Las expectativas se proyectan hacia un horizonte ocupacional muy amplio: ni los padres quieren que sus hijos sean campesinos ni los jóvenes quieren seguir la experiencia de sus padres.

En medio de todos estos cambios, las viejas carencias que todavía permanecen a veces se agudizan. De esta manera, aparece una nueva ruralidad no sólo por la parte estructural de la relación campo-ciudad, sino porque sus protagonistas, aunque en apariencia son los mismos pobladores de antes, en realidad tienen otra mentalidad y otras preferencias de consumo. *De la identidad ambigua que siempre rodeó al pueblo maya por sentirse mestizos a la vez que mayas, se transitó hacia una identidad polivalente.* La comunidad campesina tiende a resquebrajarse y la antigua demarcación entre las formas de vida rural y las formas de vida urbana se tienden a borrar. La colectividad existe a partir de una comunicación mítica, de la vivencia de un imaginario común que, si bien, significado de manera particular por cada uno, proporciona los temas y las formas fundamentales para que hombres y mujeres encuentren sentido en todos hechos que componen la vida.

El recurso fuerza de trabajo se vuelve clave y la esfera doméstica un escenario de tensiones culturales entre quienes encarnan lo tradicional y los que viven lo moderno: los adultos predominantemente se abocan a la agricultura y tienden a recrear las costumbres y las tradiciones de la familia y la comunidad,[4] mientras que los jóvenes mayormente prefieren el trabajo asalariado fuera de la comunidad y se inclinan por el consumo conspicuo capitalista y no hacen suyas las tradiciones. La privacidad y las necesidades psicológicas asociadas a tal tensión, han sido muy fuertemente condicionadas por una más profunda separación entre la niñez y la adultez (*adulthood*).

[4] Por ejemplo la de los gremios religiosos (Quintal, 1994: 43-46).

Algo parecido ocurrió en el viejo continente. En los tiempos "premodernos" en Europa y en otras culturas, el niño desde muy pequeño vivió dentro del colectivo ya sea de la familia o de la comunidad, esto no sorprende. Pero, lo que resulta digno de destacarse en el caso mexicano es que a consecuencia de la modernidad la educación de la niñez se ha convertido en materia pública, especialmente atendida por la escuela, la cual afirma la minimización valorativa de las actividades rurales. Tal estrategia configura un cuadro de polivalencia ocupacional y tensiones intergeneracionales que impacta negativamente la ya de por sí menguada identidad comunitaria, territorial e incluso étnica de todos los actores del campo.

Las mujeres jóvenes, de igual forma que los varones, cada vez con mayor frecuencia se ven precisadas a desarrollar una actividad que les brinde algún tipo de ingreso. Algunas optan por el trabajo domiciliario haciendo bordados, hamacas, tejidos, etcétera. Otras, en cambio, que son las más de ellas, prefieren conseguir un empleo en la ciudad. Este nuevo esquema de socialización trastoca el papel, si bien autoritario, altamente cohesivo de las viejas jerarquías familiares y se configuran nuevas estrategias de sobrevivencia basadas en factores que se localizan fuera de la comunidad. Así que una de las características sobre las cuales debe estar cimentada la identidad de estos sujetos sociales debe ser la pluriactividad y la ubicuidad de tales actividades. Si al jefe de familia no se le puede llamar campesino menos aún a la familia de éstos. Los nuevos sujetos sociales que deben reconocerse resultarían en cambio de una suerte de conflictos entre muchas voluntades individuales, las cuales a su vez, han llegado a ser lo que son por un cúmulo de condiciones particulares de vida.

Se trata de un cambio económico y cultural donde los sujetos sociales se adentran en el orden "postradicional" mediante la imitación de hábitos que les llega regularmente vía información generada desde los sistemas abstractos, con los cuales dichos sujetos frecuentemente interactúan (Giddens, 1994: 101). De este modo, los actores sociales rurales tienden a identificarse ellos mismos de muchas formas dependiendo de la arena donde actúan. Puede ser como ejidatario, como jornalero, como obrero, como católico, como priistas, o de cualquier otra forma, dependiendo de la situación que lo convoca y a veces provoca. Pero estas identidades son más efímeras que vigorosas dentro de la cultura, capaces de establecer fronteras claras entre sus portadores.

IMAGINARIO E IDENTIDAD

Por último, ¿qué relación guarda la pluriactividad rural con la modernidad? La economía informal como se le conoce ha florecido principalmente en las ciudades, como consecuencia de los bajos salarios y de la escasez de empleos y de la diversificación del consumo. Según el INEGI, la así llamada economía informal abarca más de 50% de la población económicamente activa.

Dichas cifras se elevarían considerablemente si incluyeran como debería ser a los trabajadores rurales. Hasta ahora casi no se habla de la economía informal rural y las migraciones laborales que son fenómenos equivalentes en cuanto a categorías residuales del capitalismo, es decir, constituyen el mismo tipo de respuesta de las familias y frecuentemente quienes son también parte del sector formal o que tienen un empleo permanente. Parafraseando a García Canclini (1990), diría que los actores rurales de fines de milenio suelen entrar y salir de la tradicionalidad. Salen y entran no por convicción sino por necesidad, porque aunque viven y producen en la esfera de la modernidad se reproducen en la esfera de la tradicionalidad.

Un aspecto importante en cuanto a la *intelligentsia* campesina es su capacidad de receptividad de los modelos externos, y de aquellos que supuestamente fomentan la modernización. En nombre de, y en el contexto de, una ideología dominante provenientes de los grupos de poder se implementan programas que los campesinos no rechazan pero tampoco hacen suyos. La modernización rara vez se implanta *per se*, en verdad se le considera a menudo como el mejor medio para alcanzar objetivos y fines sociales (Smith, 1998: xx), una justificación del nacionalismo.

Ya he señalado que hay una conexión entre la transformación de la tradición y los medios de comunicación. Pero debo reconocer que hace falta investigar más a fondo para saber cuál es exactamente la naturaleza de tal conexión. Mediante el conocimiento del imaginario de los actores rurales procuré acercarme a esos delgados hilos que conectan día con día al individuo, ahí en medio de la selva o de la pequeña comunidad, al resto del mundo. Bajo la influencia del orden "postradicional" una persona, por ejemplo, cambia sus expectativas e incluso sus hábitos alimentarios influidos por la moda más que por el valor nutritivo de tales alimentos.

Más todavía, un ejemplo dramático son los nuevos hábitos entre los campesinos actuales como el de su marcada preocupación por negociar

pequeños subsidios que les otorga el Estado en vez de cifrar su lucha por su autonomía y la protección de sus recursos naturales que habían llevado a cabo exitosamente durante siglos. Muchos hábitos, como el citado, se convierten en colectivos y luego adquieren carta de naturalidad como resultado de la publicidad o de la flexibilidad institucional del gobierno que busca reafirmar su dominación y permanencia en el poder.

El poder de los medios de comunicación, como la televisión, para cambiar las tradiciones no está precisamente en su contenido, o más bien, originalmente en su contenido, sino en la facilidad como ésta penetra hasta la intimidad del hogar y se instala como una reina, como el gran magneto de la atención de toda la familia, ya sea por las mañanas o por las tardes hasta que se van a dormir (Giddens, 1991: 26-27).

Para Appaudurai (1996: 6), en el mundo de la "postelectrónica" el secuestro de la imaginación es un rasgo muy particular de la modernidad. La imaginación ha saltado del espacio expresivo del arte, del mito y el ritual hacia la esfera de la vida cotidiana y es parte del trabajo mental que la gente ordinaria despliega en su vida cotidiana. Las computadoras pueden activar una serie de programas que permiten al usuario no sólo mantenerse advertido de lo que está ocurriendo en ella, sino activar la estufa para tener un guisado caliente justamente al momento de llegar para la cena. Ese paradigma de "ciencia ficción" poco a poco se acerca a la población rural. Las mujeres del campo ya no quieren lavar la ropa a mano, como siempre lo han hecho, sino por medio de una lavadora eléctrica. Por eso en los últimos años el gobierno yucateco ha entregado miles de lavadoras a las familias rurales, reforzando la relación clientelar que antes se daba únicamente por medio de la tierra, aún si el problema de dotación de sanitarios con letrina no ha sido resuelto.

Evidentemente, creer que la única vía para el desarrollo son los modelos de vida urbanos del primer mundo, si no un error, es hacer uso de una imaginación enajenada. En medio de las políticas desarrollistas, como nunca antes, cada vez más gente del medio rural puede imaginar, bien a ellos mismos o a sus hijos, viviendo y trabajando en lugares diferentes de donde ellos nacieron. Este fenómeno aumenta de una manera dramática la disposición a emprender la migración, a circular en busca de las luces que brillan allá a lo lejos y a todas luces debilita las viejas identidades tanto étnica como territorial.

La diversidad (pero no pluralidad) cultural de la sociedad mexicana responde a la presencia de pasado y presente, atraso y desarrollo, pero

sobre todo a la conformación de una estructura económica dual. La diversidad cultural en sí misma no es un problema si no fuera porque se da en el marco de una sociedad tremendamente desigual en términos de ingresos y de capital que requiere de una lucha firme y sistemática para cerrar las brechas. En ese contexto, las nuevas tendencias del consumo habitual de alimentos básicos y de bienes semiduraderos de origen industrial, no deja de representar un paso más hacia la dirección de esa desigualdad, pues sigue vendiendo barato sus productos y su fuerza de trabajo y comprando caro, muy caro todos estos productos que son de dudosa calidad y muy bien presentados por la mercadotecnia. Un ejemplo de ello es la popular Coca-Cola que se consume más que una agua de limonada y el precio pagado por un litro equivale a una tercera parte del dinero recibido por un día de jornal.

Estas nuevas tendencias de la separación y el consumo que hablan de nuevas subjetividades representan una gran paradoja: los pueblos indios (conscientes o no de serlo) pertenecen y forman el sustento del así llamado México profundo y milenario, es cierto contradicen una y otra vez al México moderno y cosmopolita, pero al mismo tiempo sobreviven gracias a que se apropian de elementos ajenos a su cultura para asegurar su futuro. Varios rasgos culturales que todavía sobreviven en la Península de Yucatán tales como: la lengua, la vivienda, la indumentaria, la medicina herbolaria, formas de filiación y parentesco, etcétera, no debe llevarnos a visualizar la identidad de los actores rurales en forma estática. Usan todos esos signos para fortalecer el individualismo y las formas de vida del capitalismo. En un diálogo imaginario entre García Canclini y Bonfil, el primero le plantearía al segundo la necesidad de hablar de varios Méxicos y no de dos solamente, del profundo y el moderno (Ponce y Báez, 1992: 76), pues de lo contrario se corre el riesgo de incurrir en una simplicidad brutal.

Repensar los actores colectivos del campo

Alejado de la original dicotomía *moderni-antiqui* de donde proviene, el de modernidad es un concepto que aunque ha perdido una referencia histórica fija, ayuda a entender los fenómenos culturales contemporáneos porque cada época tiene sus propias modernidades. Entender el proceso de generación de identidades requiere, como dijimos más arri-

ba, observar el flujo de continuidades y discontinuidades de las prácticas culturales, articuladas a un tiempo y espacio dados.

Algunos rasgos que deben ser ponderados para definir las nuevas identidades de los actores rurales son: el desplazamiento de la centralidad de la tierra en las estrategias de sobrevivencia; una actitud "chambista" hacia la agricultura; una postura clientelar de cara a los programas gubernamentales; un empobrecimiento de los conocimientos tecnológicos tradicionales para producir; el debilitamiento de las formas de interacción comunitaria; la reorganización de la unidad doméstica familiar a causa de la pluriactividad; y una pérdida paulatina de la cohesión comunitaria a causa de la interrupción de la tradición oral; entre otros.

Esta suerte de proletarización de las familias rurales, en efecto, hace muchos años que se viene observando en el campo mexicano pero parece que nunca antes había llegado al punto de modificar todo el esquema familiar e incluso las propias identidades. Podría decirse que se trata de un proceso de transición que han vivido otras sociedades, pero en México se acompaña de un nuevo factor: un orden social "postradicional" rural que afronta el cómo proporcionar trabajo y subsistencia a un mayor número de personas en pedazos cada vez más pequeños de tierra y por el otro, el cómo producir sobre estos terrenos el mayor número posible de cosechas con escasa tecnología y prácticamente nada de capital.

Desde un punto de vista puramente económico, las viejas unidades de producción familiar están consideradas ineficientes y superpobladas. En los setenta algunos autores pronosticaban que desaparecerían, pero no ha ocurrido así ni ocurrirá en el mediano plazo. Esta "resistencia" es el reflejo de una *contradicción grave*: por un lado se perpetúa una relación tierra/hombre técnicamente inadecuada que causa una valoración negativa de la propiedad de la tierra, y por otro, dada la insuficiencia de empleos y de los bajos salarios, una necesidad de conservar dicha unidad para asegurar algunos alimentos básicos para la familia en la época de escasez y crisis. Una relación asimétrica entre el campo y la ciudad asegura que la mayor parte de los miembros de la familia que se lanzan al mercado laboral —ya de por sí sobresaturado— suelen simplemente completar un ciclo (de entre los 17 y 40 años de edad), pues no consiguen insertarse en un empleo fijo y terminan ya más adultos regresando a las labores del campo, circunstancialmente pero no por vocación.

Al analizar la modernidad rural mexicana no se debe pasar por alto que la actividad industrial ha sido incapaz de crear suficientes empleos

para la población que migra del campo a la ciudad como se esperaba, al tiempo que se ha acentuado el proceso de pauperización campesina. Paradójicamente esta situación no es percibida así por la inmensa mayoría de los pobladores rurales, por lo cual han disminuido de manera sensible los movimientos sociales. No hay que olvidar que las ideologías difundidas por el poder de las clases sociales dominantes juegan un papel central en la conformación de las identidades. En varios aspectos las relaciones de poder se conjugan a través de la objetivación y legitimación que señalan las identidades (Casas, 1992: 83). Por ese motivo a una mayor efectividad hegemónica de un partido político en el poder corresponde una menor movilización de los actores sociales y una reducción a la mínima expresión de los reclamos a partir de algún tipo de identidad sentida o vivida.

Para terminar

Este proceso de cambio social y cultural analizado de Yucatán al parecer está bastante generalizado en todo el país. Hace poco unas autoras señalaron, "En la segunda mitad de los años ochenta, debido a las condiciones económicas cada vez más adversas para la mayoría del campesinado, se profundizó la tendencia migratoria, y además del femenino el trabajo infantil se multiplicó de manera dramática en las actividades agrícolas" (Robles, Aranda y Botey, 1993: 27). La respuesta del agro a la crisis del país ha tenido efectos profundos entre los actores sociales, y ha marcado la vida cotidiana de la población (Appendini, 1992: 253). "Ciertamente los ejemplos del centro y occidente ponen en evidencia un proceso seguramente irremediable y al parecer irreversible: la generalización de la diversificación económica como base de la sobrevivencia familiar campesina" (Arias, 1992: 71).

Evidentemente, el mundo ha cambiado alrededor de los actores rurales y ya han sido desarrollados conceptos y teorías para entender tales cambios, pero estamos frente al desafío de reexaminarlos. ¿Hasta dónde llegan las fronteras culturales de los grupos? ¿Son esas fronteras reales o reificadas por los propios científicos sociales?

Aquellas condiciones materiales y sociales anteriormente descritas sin duda alguna socavan la comunidad, en el sentido de comunión de creencia en torno a valores culturales, por lo tanto no son el medio más adecuado para favorecer la continuidad de las identidades colectivas tradicionales.

otras poco exploradas, como la revaloración intersubjetiva del mundo simbólico que experimentan los actores rurales debido a su más estrecha relación con la mercadotecnia capitalista.

El aumento del volumen de la migración temporal en el México contemporáneo inquieta en cuanto constituye causas y efectos de diversos ámbitos de las estructuras y acciones de diferentes actores de la sociedad. Es difícil rechazar que tales migraciones temporales tienden a intensificarse debido a la incapacidad de la planta productiva para asimilar, en forma permanente, a los jóvenes con habilidades y capacidades técnicas diversas que demandan empleo, y al deterioro del salario real, de por sí bajo, que hace difícil que aseguren un mínimo para que la población rural excedente se transforme en obreros urbanos. Pero ante el desempleo y los bajos salarios, teóricamente hay muchas otras opciones de acción colectiva que no se llevan a cabo.

Las migraciones permanentes tienden a disminuir mientras que las temporales tienden a aumentar; puesto que a diferencia de los años cuarenta y hasta los setenta cuando el desarrollo industrial implicó crecimiento urbano y creación de nuevas fuentes de empleo, los años recientes están marcados por la crisis, por la contracción del crecimiento económico y por la sobrepoblación de las ciudades. De 1940 a 1980 predominaron las migraciones definitivas como indicio del desarrollo industrial y urbano del país; como signo de una modernización económica y tecnológica. Disminuyeron a causa de las distorsiones estructurales provocadas por esa misma modernización, restringida e inconclusa, con pies de barro y enana. Las migraciones temporales están mostrando la otra cara de la moneda de aquel proceso de modernización. Me refiero a la dimensión subjetiva e ideológica de aquella modernización fracasada. El discurso simbólico hace apología y soslaya los saldos negativos de esa modernización social que se recreó principalmente en las urbes.

Estas metáforas que alimentan el imaginario colectivo, cargadas de idealismo, nos ayudan a entender un fenómeno social que parece irracional: los jóvenes habitantes del campo colocan a la ciudad como el mundo a conquistar, como el escenario idóneo de su vida laboral y social, cuando casi todas las ciudades además de cerrar las oportunidades de nuevos empleos están ya sobrepobladas, y los propios trabajadores urbanos revaloran la vida rural. Para 1995, más de 70% de la población mexicana habitaba en ciudades, y el empleo en el sector informal se había disparado a más de 40% del total de la fuerza laboral. Por todo lo an-

De otra parte, la violencia simbólica del capitalismo a través de la expansión de los medios de comunicación, principalmente la televisión que invade la intimidad de los hogares rurales, acelera el giro ideológico de los campesinos. El flujo constante y avasallador de mensajes estimulan el consumismo y afirma los estereotipos urbanos. Los trabajadores del campo viven una suerte de tensión entre sus aspiraciones alimentadas por los espejismos de las urbes y los imprevisibles y cada vez más adversos resultados de su agricultura tradicional. La lucha por la tierra ha quedado atrás y ahora su lucha se centra estrictamente en el cómo sobrevivir y eso los confina, de jóvenes, a una suerte de trabajadores itinerantes y, de adultos, en "recursos humanos" de cualquier clase de programa gubernamental.

Al indagar acerca de cómo fueron estructurados los espacios domésticos rurales y que son hoy de una forma y no de otra entendemos un poco mejor la identidad de los sujetos sociales concretos. El espacio no es un lugar vacío que exista en sí mismo y al que los hombres llenen con su acción, es ante todo una determinación significativa derivada de las prácticas. La modernidad tardía, para retomar a Giddens, ha traído grandes cambios que se reflejan en el espacio rural vivido por el individuo y por la colectividad. El deseo de vivir el espacio físico y el espacio social afecta al matrimonio, a la familia, al ejido, así como a otras instituciones sin que la gente los perciba y aparentemente sigue lidiando con sus problemas cotidianos de siempre.

Las circunstancias sociales de cualquier nivel no están separadas de la vida de las personas y viceversa, tampoco son ambientes supraindividuales. Pero es evidente que con ese desconocimiento al afrontar sus problemas más personales los individuos ayudan activamente a la reconfiguración del universo social de actividades alrededor de ellos. Hoy día, como ayer, la humanidad vive entre esos dos fuegos cruzados, entre quienes defienden las tradiciones ancestrales (incluidos los integrismos religiosos y los fundamentalismos), y quienes propagan una modernidad móvil, sobrecargada de polisemias infinitas (Giménez y Pozas Horcasitas, 1994).

He mostrado cómo por la vía de las prácticas productivas y domésticas de los pobladores rurales, el espacio y tiempo de cada una de las comunidades "campesinas" se vuelven parte del espacio y tiempo del Estado-nación y de ahí del espacio y tiempo de los procesos que recorren el planeta entero. El horario de labores de cada una de dichas comunidades está fijado por los estándares nacionales. El tiempo y horario de la milpa tradicional han sido alterados para ajustarse a los del resto

de las demás actividades de las urbes. Con la consolidación de la modernidad, los sistemas abstractos juegan un papel persistentemente creciente en la coordinación de varios contextos de la vida cotidiana.

La inevitable orientación de la modernidad sobre las relaciones de reproducción social y la identidad, conlleva además de lo ya dicho en este trabajo ciertas consecuencias sobre el nivel de la experiencia moral. A estas consecuencias Giddens (1991) las llama en forma genérica el secuestro de la experiencia. Tal fenómeno está directamente relacionado con la forma de internalizar el carácter social de la vida y de la identidad. La capacidad de moldear los gustos y preferencias es el principal medio para controlar las actividades sociales de las comunidades rurales. Este mecanismo de control juega un papel clave a la hora de poner a disposición de la gran masa códigos, normas y conocimientos que son internalizados y que sirven de base para que los individuos decidan qué hacer, o cómo desempeñarse dentro del propio sistema.

Por último, quisiera retomar la idea de repensar a la sociedad contemporánea junto con Melucci, Kumar, Lyotard, entre otros, quienes señalan el carácter ambiguo del prefijo "post", el cual a fin de cuentas es útil en tanto no haya otro u otros conceptos más adecuados. Dicho prefijo indica sobre todo, que estamos en presencia de una "nueva condición", de un nuevo tejido de la sociedad contemporánea que hace falta explicar. Debemos reinformarnos mediante un acervo de información generado por preguntas más audaces tendientes a romper con los viejos clichés e imágenes que todavía campean dentro de la literatura sociológica y antropológica.

La modernidad, como resultado de la globalización, resalta dos contradicciones que conviven lado a lado. Una es la expansión de una cultura planetaria dominante, envolvente, moderna y posmoderna, vinculada a través de los medios de comunicación de masas los cuales difunden las diferentes modalidades de expresión cultural —música, cine, literatura, deportes, patrones estéticos, moda, alimentación, entretenimiento—, entre otras. Una basta infraestructura asociada a la reordenación de la economía mundial permite que tales expresiones sean "consumidas" por millones de individuos en forma cotidiana.

La otra es la conciencia y la necesidad de velar por la preservación de la identidad cultural específica, como forma de personalizar el espacio de convivencia y de comunicación con sus similares frente al anonimato de las megaestructuras actuales.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR BARAJAS, Ismael. 1995. "Población y economía en el estado de Quintana Roo: algunas consideraciones de la experiencia reciente", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 10, núm. 1, enero-abril.

AGUILAR CAMÍN, Héctor. 1991. *Después del milagro*, Cal y Arena, México.

AGUILAR VILLANUEVA, Luis F. 1992. "Las reformas mexicanas: hechos y agenda", *El desafío neoliberal*, Norma, Bogotá, Colombia.

ÁLVAREZ BÉJAR, Alejandro y Gabriel MENDOZA PICHARDO. 1992. "México 1988-1991: cambio estructural y devastación social", *Investigación Económica*, núm. 200, abril-junio.

APPAUDURAI, Arjau. 1996. *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis and London.

APPENDINI, Kirsten. 1992. "La 'modernización' en el campo y el futuro del campesinado: iniciamos el debate de 'los noventa'", *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 29, mayo-agosto.

ARAMBURÚ, Carlos. 1986. "La migración como estrategia del campesinado altiplánico", *...Se fue a volver*, Seminario sobre migraciones temporales en América Latina, El Colegio de México/PISPAL/CIUDAD/CENEP, México, D. F.

ARIAS, Patricia. 1992. *Nueva rusticidad mexicana*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

ARIZPE, Lourdes. 1985. *Campesinado y migración*, Consejo Nacional de Fomento Educativo, México.

ARROYO ALEJANDRE, Jesús. 1994. "Migración y funcionalidad regional", *Memorias de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, tomo II, INEGI, México, D. F.

ARZÁPALO MARÍN, Ramón y Ruth GUBLER (compiladores). 1997. *Persistencia cultural entre los mayas frente al cambio y la modernidad*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, Yucatán.

BALAM, Gilberto. 1999. *Un fantasma recorre el mundo. El depredador más voraz de la historia*, Maldonado Editores, Mérida, Yucatán.

BALL, Michael. 1987. "La cuestión de la vivienda ¿hacia una revisión teórica?", *Sociológica*, año 2, núm. 4, México.

BAÑOS RAMÍREZ, Othón. 1979. "El proceso de industrialización en Yucatán hasta 1970", tesis de licenciatura en economía. Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, Yucatán.

———— 1989. *Yucatán: ejidos sin campesinos*, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, Yucatán.

———— 1994. "Neoliberalismo y reprivatización de la agroindustria henequenera de Yucatán", *Regiones*, vol. II, núm. 4, Guanajuato, Guanajuato, abril-junio.

———— 1995. "El Estado neoliberal contra el ejido histórico henequenero", *Nueva Antropología*, vol. XIV, núm. 47, México, marzo.

———— 1996a. "Tendencias recientes del desarrollo regional: el caso de Yucatán", *Comercio Exterior*, vol. 46, núm. 8, México, agosto.

———— 1996b. *Neoliberalismo, reorganización y subsistencia rural*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, Yucatán.

BARRERA VÁSQUEZ, Alfredo. 1995. *Diccionario Maya*, Editorial Porrúa, México, D. F.

BARRÓN, Antonieta. 1997. "Las migraciones entre los mercados de trabajo de cultivos intensivos en fuerza de trabajo. Un estudio comparativo", ponencia presentada en el Congreso de la LASA, Guadalajara, Jalisco.

BARRY, Tom. 1995. *Zapata's Revenge. Free Trade and the Farm Crisis in Mexico*, South End Press, Boston, Massachusetts.

BARTOLOMÉ, Miguel Alberto. 1992. "La identidad residencial en mesoamérica: fronteras étnicas y fronteras coloniales", *América Indígena*, vol. LII, núms. 1-2.

BAUMAN, Zygmunt. 1996. "Morality in the Age of Contingency", in Heelas, Paul, Scott Lash and Paul Morris, *Detraditionalization. Critical Reflections on Authority and Identity*, Blackwell Publishers, Cambridge, Massachusetts.

BECK, Ulrich. 1994. "The Reinvention of Politics: Towards a Theory of Reflexive Modernization", in Ulrich Bec, Anthony Giddens and Scott Lash, *Reflexive Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*, Polity Press, Cambridge, UK.

———— y Elisabeth BECK-GERNSHEIM. 1996. "Individualization and Precarious Freedoms's: Perspectives and Controversies of a Subject-oriented Sociology", in Heelas, Paul, Scott Lash and Paul Morris, *Detraditionalization. Critical Reflections on Authority and Identity*, Blackwell Publishers, Cambridge, Massachusetts.

BÉJAR NAVARRO, Raúl y Héctor Manuel CAPELLO G. 1990. *Bases teóricas y metodológicas en el estudio de la identidad y el carácter nacional*, UNAM, Cuernavaca, Morelos.

BERGER, Peter y Thomas LUCKMANN. 1979. *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina.

BEY, Margarita. 1996. "Reproducción de las familias. Conceptos y estrategias

en comunidades cercanas a Lima, Perú", *Problemas del desarrollo. Revista Latinoamericana de economía*, vol. 27, núm. 105, abril-junio.

BIZBERG, Ilán. 1989. "Individuo, identidad y sujeto", *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, septiembre-diciembre.

BLANCO, José Joaquín y José WONDELBERG (compiladores). 1983. *México a fines de siglo*, 2 tomos, Fondo de Cultura Económica, México.

BOILS, Guillermo (coordinador). 1987. *México: problemas urbano-regionales*, GV Editores y UNAM, México.

BOLÍVAR ESPINOZA, Augusto, Luis MÉNDEZ BERRUETA y Miguel Ángel ROMERO MIRANDA. 1992. "El nacimiento del Estado liberal social 1982-1992", *El Cotidiano*, núm. 50, septiembre-octubre.

BOURDIEU, Pierre. 1979. *La distinction. Critique sociale du jugemente*, Les éditions de Minuit, Paris.

BRANNON T., Jeffery y Gilbert M. JOSEPH (editores). 1991. *Land, Labor & Capital in Modern Yucatan*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa and London.

BROWN, Denise Fay. 1999. "Espacios mayas de familia y comunidad: una relación de interdependencia", *Mexican Studies-Estudios Mexicanos*, vol. 15, número 2.

CADENA VARGAS, Edel. 1993. "Una década de neoliberalismo en América Latina: el caso de México", *Convergencia*, año 1, núm. 1, junio.

CALDERÓN, Fernando. 1995. "Modernización y ética de la otredad. Comportamientos colectivos y modernización en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, año LVII, núm. 3, julio-septiembre.

CÁMARA GUTIÉRREZ, Guadalupe del Carmen y Diana María Magnolia ROSADO LUGO. 1986. "El desarrollo de la horticultura comercial en el municipio de Dzidzantún", tesis de antropología social, Escuela de Ciencias Antropológicas de la UADY, Mérida.

CANALES C., Alejandro. 1994. "La problemática de lo rural y la población. Notas teórico-metodológicas", *Memorias de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, tomo II, INEGI, México, D. F.

CASAS MENDOZA, Carlos A. 1992. "La imaginación rota: notas conceptuales para el análisis de identidad y el cambio socio-cultural", *América Indígena*, vol. LII, número 3, julio-septiembre.

CASTILLA RAMOS, Beatriz. 1998. "Maquiladoras en Yucatán: una polémica en boga", *Tiempo Económico*, año 1, núm. 2, Mérida, Yucatán, enero-marzo.

———— y Beatriz TORRES GÓNGORA. 1995. "Un nuevo rumbo en la industria maquiladora yucateca", *Unicornio*, núm. 216, año 4, Suplemento Cultural del *Por Esto!*, Mérida, Yucatán, 21 de mayo.

———— 1998. "Algunos aspectos de la reestructuración productiva en los establecimientos manufactureros yucatecos", *El Cotidiano*, núm. 89, mayo-junio.

CASTILLO GIRÓN, Víctor Manuel. 1997. "Agricultura y migración en Jalisco", *Carta económica Regional*, año 8, núm. 46.

CÉSAR DACHARY, Alfredo y Estella Ma. ARNAIZ BURNE. 1990. *Quintana Roo: sociedad, economía, política y cultura*, CEIICH-UNAM, México, D. F.

CLAVAL, Paul. 1982, *Espacio y poder*, Fondo de Cultura Económica, México.

COHEN, Anthony P. 1995. *The Symbolic Construction of Community*, Routledge, London.

———— 2000. *Signifying Identities*, Routledge, London and New York.

COLCLOUGH, Christopher y James MANOR (editores). 1995. *States or Markets. Neo-liberalism and the Development Policy Debate*, Clarendon Press, Oxford, UK.

CONCHEIRO BOHÓRQUEZ, Luciano y Arturo LEÓN. 1995. "Testimonios de un viaje a la barbarie", *Cuadernos Agrarios*, Nueva época, año 5, núms. 11-12, enero-diciembre.

CORNELIUS, Wayne, Ann L. CRAIG y Jonathan FOX (editores). 1994. *Transforming State-Society Relations in Mexico. The National Solidarity Strategy*, Center for U. S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, USA.

COOK, María Lorena, Kevin J. MIDDLEBROOK y Juan MOLINAR HORCASITAS (editores). 1994. *The Politics of Economic Restructuring. State-Society Relations and Regime Change in Mexico*, Center for U. S.-Mexican Studies, University of California, San Diego.

COOK, Sherburne F. y Woodrow BORAH. 1978. *Ensayos sobre historia de la población: México y el Caribe*, Siglo XXI Editores, México, D. F.

CRESPO, José Antonio. 1992. "Crisis económica: crisis de legitimidad", en Bazdresch, Carlos y otros, *México. Auge, crisis y ajuste*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F.

CRUZ BURGUETE, Jorge Luis. 1998. *Identidades en fronteras, fronteras de identidades. Elogio de la intensidad de los tiempos en los pueblos de la frontera sur*, El Colegio de México, México, D. F.

CRUZ HERNÁNDEZ, Isabel. 1995. "Transformaciones en el financiamiento rural mexicano durante el sexenio salinista —balance y tendencias (1988-1994)—", *Cuadernos Agrarios*, Nueva época, año 5, núms. 11-12, enero-diciembre.

CUÉLLAR, Óscar. "Economía campesina y dinámica demográfica en el campo mexicano: perspectivas antropológicas", *Memorias de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, tomo II, INEGI, México, D. F.

CHAYANOV, A.V. Alexander y otros. 1981. *Chayanov y la teoría económica campesina*, Siglo XXI Editores, México, D. F.

CHEYMOL, Marc. 1994. "La modernidad: ¿Ruptura o construcción de identidades?", en Gilberto Giménez y Ricardo Pozas H. (coordinadores), *Modernización e identidades sociales*, UNAM, México.

CHICO PONCE DE LEÓN, Pablo. 1995. "La arquitectura vernácula de la zona conurbada de Mérida, Yucatán", Documental, Facultad de Arquitectura de la UADY, Mérida, Yucatán.

DAMIÁN CENTENO, Doremilia. 1986. "Los migrantes pobres de la ciudad de Mérida. El caso de la Colonia Hidalgo", tesis de licenciatura en Ciencias Antropológicas, Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, Yucatán.

DIEGO QUINTANA, Roberto. 1995. "El paradigma neoliberal rural y las reformas agrarias en México", *Cuadernos Agrarios*, núms. 11-12, enero-diciembre.

DOBRUSIN, Agnieszka. 1996. "Revolución en la vida cotidiana de la mujer campesina yucateca: el caso de Cacalchén", *Universidad y Ciencia*, vol. 12, núm. 23.

DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael. 1993. "Caracterizando al campesinado y a la economía campesina: pluriactividad y dependencia del mercado como nuevos atributos de la 'campesinidad'", *Agricultura y sociedad*, núm. 66, enero-marzo.

DUBET, François. 1989. "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, septiembre-diciembre.

DUFRESNE, Lucie. 1999. *Les mayas et Cancún*, Les Presses de'l Université de Montréal, Montréal, Canadá.

———— 1994. "Evolución de la región maya e impacto del turismo en la península de Yucatán, 1970-1993", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, núm. 190, vol. 9, julio-septiembre.

DUNCAN, Hugh D. 1968. *Symbols in Society*, Oxford University Press, London.

DUNN, Robert G. 1998. *Identity Crises. A Social Critique of Postmodernity*, University of Minnesota Press, Mineapolis and London.

DURAND, Gilbert. 1971. *La imaginación simbólica,* Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina.

ELLIS, Frank. 1998. "Household Strategies and Rural Livelihood Diversification", *Journal of Development Studies*, vol. 35, núm. 1, octubre.

ESTRADA SAAVEDRA, Marcos. 1997. "¿Es reformable la teoría de los actores colectivos?", *Revista Mexicana de Sociología*, año LIX, núm. 3, julio-septiembre.

FARRIS, Nancy M. 1983. "Propiedades territoriales en Yucatán en la época colonial", *Revista de la Universidad de Yucatán*, núm. 146, vol. XXV.

———— 1984. *Maya Society under Colonial Rule*, Princeton University Press, New Jersey.

FAUST, Betty Bernice. 1998. *Mexican Rural Development and the Plumed Serpent*, Bergin & Garvey, Westpoint, Connecticut and London.

FAVRE, Henry. 1973. *Cambio y continuidad entre los mayas de México*, Instituto Nacional Indigenista, México, D. F.

FERNÁNDEZ MERINO, Mireya. 1997. "Símbolos y arquetipos en el imaginario del venezolano" ponencia presentada en la Conferencia de la Latin American Studies Association, Guadalajara, México, del 17 al 19 abril.

FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ, Fernando. 1966. "Prólogo", en Salomon Eckstein, *El ejido colectivo en México*, Fondo de Cultura Económica, México.

FLORES, Jorge. 1992. "Desarrollo disforme y conflictos campesinos en Yucatán", mecanuscrito, Mérida, Yucatán.

FOSSAERT, Robert. 1994. "Modernización e identidades. México en el centro del nuevo mundo", en Gilberto Giménez y Ricardo Pozas H. (coordinadores), *Modernización e identidades sociales*, UNAM, México.

FOSTER, George M. 1966. *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F.

FRAGA, Julia. 1993. "Henequeneros en la costa, ¿Impacto de la diversificación?", en Peniche Rivero, Piedad y Santamaría Basulto, Felipe. *Memorias de la Conferencia nacional sobre el henequén y la zona henequenera de Yucatán*, Gobierno del estado de Yucatán y Conacyt, Mérida, Yucatán.

———— y otros, "Migración hacia la costa de Yucatán. Estudio de cuatro puertos del litoral yucateco", *Investigaciones sociodemográficas en algunas regiones de México*, Asociación Mexicana de Población A. C., México, D. F.

FRIELANDER, Judith. 1975. *Being Indian in Huayapan: a Study of Torced Identity in Contemporary Mexico,* St. Martin's Press, New York, USA.

FRITSCHER, Magda y Cristina STEFFEN. 1991. "La agricultura mexicana en la novena década: un destino incierto", en Massolo, Alejandra y otros, *Procesos rurales y urbanos en el México actual*, UAM-Iztapalapa, México, D. F.

GALLEGOS RAMÍREZ, Mónica. 1994. "Migración y marginalidad urbana en Guadalajara", *Memorias de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, tomo II, INEGI, México, D. F.

GARCÍA-BARRIOS, Luis y Raúl GARCÍA-BARRIOS. 1992. "La modernización de la pobreza: dinámicas de cambio técnico entre los campesinos temporaleros de México", *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 29, México, D. F., mayo-agosto.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. 1990. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Editorial Grijalbo, México, D. F.

GARCÍA PRECIAT, José. 1977. "Historia de la Arquitectura", *Enciclopedia Yucatanense,* tomo IV, edición oficial del gobierno de Yucatán, México.

GARZA, Gustavo y S. RIVERA. 1995. *Dinámica macroeconómica de las ciudades en México*, tomo I, INEGI-El Colegio de México-UNAM, México, D. F.

GATES, Marily. 1996. "The Debt Crisis and Restructuring: Prospects for Mexican Agriculture", en Gerardo Otero (editor), *Neoliberalism Revisited. Economic Restructuring and Mexico's Political Future*, Westview Press, Boulder, Colorado, USA.

GEERTZ, Clifford. 1997. *La interpretación de las culturas*, Editorial Gedisa, Barcelona, España.

GERMANI, Gino. 1971. *Sociología de la modernización*, Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina.

GIDDENS, Anthony. 1990. "El estructuralismo, el post-estructuralismo y la producción de la cultura", en Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros, *La teoría social, hoy*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza Editorial, México.

———— 1991. *Modernity and Self-Identity*, Stanford University Press, Stanford, California.

———— 1994. "Living in a Post-Traditional Society", en Ulrich Berck, Anthony Giddens and Scott Lash, *Reflexive Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*, Polity Press, Cambridge, UK.

GIL VILLEGAS, Francisco. 1997. "El fundamento filosófico de la teoría de la modernidad en Simmel", *Estudios Sociológicos*, vol. XV, núm. 43, enero-abril.

GIMÉNEZ, Gilberto. 1994. "Modernización, cultura e identidades tradicionales en México", *Revista Mexicana de Sociología*, año LVI, núm. 4, octubre-diciembre.

———— y Ricardo POZAS H. (coordinadores). 1994. *Modernización e identidades sociales*, UNAM, México.

GISBERT, María Elena y otros. 1994. "Gender Issues Associated with Labor Migration and Dependence on Off-Farm Income in Rural Bolivia", *Human Organization*, vol. 53, núm. 2.

GLEIZER SALZMAN, Marcela. 1997. *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, FLACSO/Juan Pablo Editor, México, D. F.

GONZÁLEZ, Jorge A. y Jesús GALINDO CÁCERES (coordinadores). 1994. *Metodología y cultura*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, D. F.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo. 1991. *Primer informe de la democracia*, Siglo XXI Editores, México.

GONZÁLEZ GÓMEZ, Marco Antonio. 1992. "Indicadores del bienestar social. Una comparación entre los censos de 1980 y 1990", *El Cotidiano*, núm. 49, julio-agosto.

GONZÁLEZ GRAFF, Jaime. 1992. "El campo como problema económico", *Economía Informal*, núm. 203, Facultad de Economía, UNAM, marzo.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis. 1988. "Lugares comunes acerca de lo rural", en Jorge Zepeda Patterson (editor), *Las sociedades rurales hoy*, El Colegio de Michoacán/Conacyt, Zamora, Michoacán.

GORDILLO, Gustavo. 1990. "La inserción de la comunidad rural en la sociedad global. Hacia un nuevo modelo de desarrollo para el campo", *Comercio Exterior*, vol. 40, núm. 9, septiembre.

terior, la migración temporal no es un paso previo a la migración definitiva o permanente, como suele ser percibida.

Hay que añadir que este tipo de migración no sólo es practicada por los campesinos o la gente con escasa o ninguna escolaridad, el grueso de este tipo de movimientos envuelve a personas que han recibido una preparación escolar que va más allá de la primaria y frecuentemente rebasan el nivel técnico y profesional. Y lo que resulta todavía más novedoso es que las migraciones temporales también son practicadas de la ciudad al campo.

Tal generalización de las migraciones temporales representa una cara de la nueva relación funcional que existe entre el proceso de acumulación de capital y la población. Unas décadas atrás, algunos autores pensaban que la dinámica agraria era uno de los aspectos que debían ser privilegiados para entender dicho proceso creciente de migraciones temporales. Sostuvieron que el avance de las reformas agrarias y la creciente tecnificación de los métodos de producción expulsaba de la agricultura a los campesinos (Rodríguez y Venegas, 1984: 45-57). Tal argumento "agriculturalista" ya no parece convincente pues los migrantes rurales no sólo son los campesinos, ni siquiera constituyen la mayoría.

Este hecho es el punto clave que me permite privilegiar como explicativas las variables de tipo ideológico-cultural, por encima de las de tipo estructural.[12] Sencillamente, ni la pobreza ni los problemas agrarios son nuevos; en cambio, los jóvenes del campo mexicano cada vez están más expuestos a estímulos "externos" que pesan en sus decisiones individuales y colectivas. Una nueva corriente de información a su alcance, que Bourdieu llama violencia simbólica del capitalismo, trastoca su subjetividad comunitaria y provinciana; su escala de valores y preferencias se abre hacia el ámbito internacional. Este es un hecho trascendental que separa generacionalmente a padres e hijos, es una situación que rompe viejos encadenamientos culturales en aquellos cuya niñez transcurrió en medio de una comunidad menos abierta. Las migraciones temporales llevan y traen información, incorporan experiencias que se expresan incluso en la personalidad de los individuos.

[12] Para otras autoras, las migraciones temporales parecen más ligadas a la inserción mexicana en los mercados internacionales, es decir, a la globalización económica (Lerner y Szasz, 1996: 338).

GOUESET, Vincent. 1997. "Impacto territorial y globalización en Mérida", *Ciudades*, núm. 34, abril-junio.

GRUZINSKI, Serge. 1995. *La colonización de lo imaginario*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F.

GUBLER, Ruth. 1997. "La medicina tradicional en Yucatán: fuentes coloniales" en Ramón Arzápalo Marín y Ruth Gubler (compiladores), *Persistencia cultural entre los mayas frente al cambio y la modernidad*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, Yucatán.

GÜÉMEZ PINEDA, Miguel A. 1994. "Situación actual de la lengua maya en Yucatán (un enfoque demográfico)", *I'Inaj*, núm. 8, Mérida, Yucatán, agosto.

GUILLÉN ROMO, Héctor. 1984. *Orígenes de la crisis en México 1940/1982*, Ediciones Era, México.

———— 1992. "El dogma de las finanzas sanas en México", *Investigación Económica*, núm. 200, abril-junio.

GWYNNE, Robert N. 1997. "Neoliberalism and Regional Development in Latin America", Paper presented at the annual meeting of the Latin American Studies Association, Guadalajara, Jalisco, México, 17-19 de abril.

HABERMAS, Jürgen. 1989. *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus.

———— 1989. "La modernidad, un proyecto incompleto", en Nicolás Casullo (compilador), *El debate modernidad-posmodernidad*, Puntosur Editores, Buenos Aires, Argentina.

———— 1998. "Nuestro breve siglo", *Nexos*, año 21, núm. 248, agosto.

HALPERIN, Rhoda H. 1975. *Administración agraria y trabajo. Un caso de la economía política mexicana,* Instituto Nacional Indigenista, México, D. F.

HANKS, William F. 1990. *Referential Practice. Language and Lived Space among the Maya*, The University of Chicago Press, Chicago and London.

HANSEN, Hans Krause. 1998. "Governmental Mismanagement and Symbolic Violence: Discourses on Corruption in the Yucatan of the 1990s", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 17, núm. 3.

HARVEY, David. 1990. *The Condition of Postmodernity*, Blackwell Publishers, Cambridge, MA and Oxford, UK.

HEELAS, Paul, Scott LASH y Paul MORRIS. 1996. *Detraditionalization Critical Reflections on Authoritary and Identity,* Center for the study of cultural values at Lancaster University, Blackwell, Cambridge, Massachusetts.

HELL, Victor. 1986. *La idea de cultura*, Fondo de Cultura Económica, México.

HERNÁNDEZ TRUJILLO, José Manuel. 1995. "Ganadería indígena en el norte de Veracruz", *Cuadernos Agrarios*, Nueva época, año 5, núms. 11-12, enero-diciembre.

HEWITT DE ALCÁNTARA, Cynthia. 1978. *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*, Siglo XXI Editores, México.

HIERNAUX, Daniel. 1990. "Modernización y sistema de ciudades en México", en Manuel Perló (compilador), *La modernización de las ciudades en México*, UNAM, México.

———— 1993. "Región, regionalismo y modernización en América Latina", *Ciudades*, año 5, núm. 18, abril-junio.

———— 1994. "Apertura económica y regiones. ¿Nuevas perspectivas?", *Ciudades*, núm. 22, México, abril-junio.

HOBSBAWM, Eric y Terence RANGER. 1983. *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, London, England.

HUMPHRIES, Sally Anne. 1989. *Modernizing Maya Agriculture: a Case of Study of Peasant Entrepeneurship in Northern Yucatan*, tesis de doctorado, York University, Ontario, Canadá.

IZQUIETA ETULIAN, José Luis. 1996. "Protección y ayuda mutua en las redes familiares. Tendencias y retos actuales", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 74, abril-junio.

JANVRY, Alain de, Gustavo GORDILLO y Elisabeth SADOULET. 1997. *Mexico's Second Agrarian Reform. Household and Community Responses*, Center for U. S.-Mexican Studies, University of California, San Diego.

JARQUÍN SÁNCHEZ, María Elena y Rosalía LÓPEZ PANIAGUA. 1998. "La respuesta de las mujeres frente a la pobreza rural. Organizaciones de Mujeres en la Región Frailesca, Chiapas", Ponencia presentada en el Congreso Nacional, Políticas de Ajuste Estructural en el Campo Mexicano, Querétaro, Querétaro, del 1 al 4 de marzo.

JENKINS, Richard. 1992. *Pierre Bourdieu*, Routledge, London, UK.

JIMÉNEZ EZQUERRA, María Luisa y Margarita GONZÁLEZ HUERTA (coordinadoras). 1997. *Sujetos, organizaciones y movimientos sociales en el campo mexicano*, Universidad Autónoma de Chapingo, México.

JIMÉNEZ SOLARES, Carlos. 1997. "Reflexiones teórico-metodológicas sobre la acción colectiva", en María Luisa Jiménez Esquerra y otros, *Sociología Rural*, Universidad Autónoma de Chapingo, México.

KEMPER, Robert V. 1995. "Comunidad y migración: el caso del pueblo de Tizntzuntzan, Michoacán, 1988-1994", *Relaciones*, invierno-primavera.

KIRK, Carlos R. 1982. *Haciendas en Yucatán*, Instituto Nacional Indigenista, México, D. F.

KORZENIEWICZ, Roberto Patricio. 1997. "The Deepening Diferentiation of States, Enterprises, and Households in Latin America", in Smith, William C., and Roberto Patricio Korzeniewicz (editores), *Politics, Social Change and Economic Restructuring in Latin America*, North-South Center Press, Miami, Florida.

KROEBER, L. A. 1948. *Anthropology*, Yale University Press, New York.

KUMAR, Krishan. 1995. *From Postindustrial to Postmodernity*, Blackwell, London.

LABRECQUE, Marie France e Yvan BRETON (coeditores). 1982. *La organización de la producción de los mayas de Yucatán*, Instituto Nacional Indigenista, México, D. F.

LANDÁZURI BENÍTEZ, Gisela. 1995. "El Programa Nacional de Solidaridad en el imaginario social", *Cuadernos Agrarios*, Nueva época, año 5, núms. 11-12, enero-diciembre.

LANDOWSKI, Eric. 1993. *La sociedad figurada. Ensayos de sociosemiótica*, Fondo de Cultura Económica, México.

LERNER, Susana, Ivonne SZASZ PIANTA y Ana AMUCHÁSTEGUI. 1996. *Para comprender la subjetividad: investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad,* El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, México.

LOAEZA, Soledad. 1993. "La incertidumbre política", *Nexos*, año 16, vol. XVI, núm. 186, junio.

LOGAN, Kathleen. 1995. "Las movilizaciones urbanas latinoamericanas: participación y empoderamiento de las mujeres", en Othón Baños Ramírez (editor), *Sociedad, estructura agraria y estado en Yucatán,* Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, Yucatán.

LONG, Norman. 1996. "Globalización y localización: nuevos retos para la investigación rural", en Hubert C. de Grammont y Héctor Tejera Gaona, *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, vol. I, INAH/UAM/UNAM/ Plaza y Valdés Editores, México.

LUISELLI FERNÁNDEZ, Casio. 1996. "Los desafíos del nuevo marco normativo agrario", *Estudios Agrarios*, año 2, núm. 2, enero-marzo.

LUKE, Thimoty W. 1996. "Identity, Meaning and Globalization: Detraditionalization in Postmodern Space-time Compression", in Heelas, Paul, Scott Lash and Paul Morris, *Detraditionalization. Critical Reflections on Authority and Identity*, Blackwell Publishers, Cambridge, Massachusetts.

LLANES MARÍN, Elmer. 1983. *Los niños mayas de Yucatán*, Maldonado Editores, Mérida, Yucatán.

MÁAS COLLÍ, Hilaria. 1996. "Cambios en la participación de las familias en las prácticas religiosas, Huhí, Yucatán", Ponencia presentada en el Primer Coloquio sobre Investigación Regional del Centro de Investigaciones, UADY, Mérida.

———— 1997. "Las sanciones informales aplicadas a niños y niñas, jóvenes y señoritas en el hogar en la comunidad", en Esteban Krotz (coordinador), *Aspectos de la cultura jurídica en Yucatán*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Maldonado Editores, Mérida, Yucatán.

MACOSSAY VALLADO, Mauricio. 1988. *La agroindustria henequenera yucateca. Una visión global*, Universidad Autónoma de Chapingo, Centro Regional Península de Yucatán, Mérida, Yucatán.

MARTIN, Kathleen R. 1998. "'From the Heart of a Woman': Yucatec Maya Women as Political Actors", *Sex Roles*, vol. 39, núms. 7-8.

MARTÍNEZ, Carolina y Susana LERNER (compiladoras). 1992. *Poblamiento. Desarrollo agrícola y regional*, Sociedad Mexicana de Demografía, México.

MELUCCI, Alberto. 1996. "Individualización y globalización. Perspectivas teóricas", *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 41, México.

MILLÁN, René. 1991. "Calidad de vida: noción cultural y derivación política. Apuntes", *Revista Mexicana de Sociología*, año LIII, núm. 1, enero-marzo.

MINGIONE, Enzo. 1991. *Fragmented Societies*, Basil Blackwell, Oxford, UK.

MOEN, Phillys y Elaine WETHINGTON. 1992. "The Concept of Family Adaptive Strategies", *Annual Review of Sociology*, vol. 18.

MORA GÓMEZ, Jaime de la. 1990. "La banca de desarrollo en la modernización del campo", *Comercio Exterior*, vol. 40, núm. 10, México, octubre.

MORALES IBARRA, Marcel. 1996. "El agro en los noventa: consideraciones para su desarrollo", *Estudios Agrarios*, año 2, núm. 3, abril-junio.

MORETT, S. Jesús. 1992. *Alternativas de modernización del ejido*, Editorial Diana, México.

MOSELEY, Edward y Edward D. TERRY (editores). 1980. *Yucatan. A World Apart*, University of Alabama Press, Tuscaloosa, Alabama.

MOSSBRUCKER, Harald. 1992. "Etnia, 'cultura' y el impacto de la migración entre los mayas de Yucatán", *América Indígena*, vol. LII, núm. 4, octubre-noviembre.

———— 1994. "La modernización en Yucatán. Acerca de la interrelación entre hábitat, historia y cultura", *América Indígena,* vol. LIV, núm. 3, julio-septiembre.

MOYA RUBIO, Víctor José. 1988. *La vivienda indígena de México y el mundo*, UNAM, México.

MYHRE, David. 1994. "The Politics of Globalization in Rural Mexico: Campesino Initiatives to Restructure the Agricultural Credit System", en Philip McMichael (editor), *The Global Restructuring of Agro-Food Systems*, Cornell University Press, Ithaca, New York.

NAHMAD SITTON, Salomón. 1990. "Reflexiones sobre la identidad étnica de los mixes. Un proyecto de investigación por los propios sujetos", *Estudios Sociológicos,* vol. VIII, núm. 22, enero-abril.

OLIVÉ, León. 1996. "Diversidad cultural, conflictos y racionalidad", *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 41, México, mayo-agosto.

OLVERA RIVERA, Alberto y Cristina MILLÁN VÁZQUEZ. 1994. "Neocorporativismo y democracia en la reconversión institucional de la cafeticultura: los fundamentos socioculturales de la separación entre líderes y base en Veracruz", ponencia presentada en el seminario internacional "Nuevos procesos

rurales en México: teorías, estudios de caso y perspectivas", Taxco, Guerrero, 30 de mayo-3 de junio.

ONG, Aihwa. 1987. *Spirit of Resistance and Capitalist Discipline*, State University of New York Press, New York.

OSWALD, Úrsula. 1988. "Presentación", en Verónica Venholdt-Thomsen, *Campesinos: entre producción de subsistencia y de mercado*, UNAM, México.

OTERO, Gerardo (editor). 1996. *Neo-liberalism Revisited. Economic Restructuring and Mexico's Political Future*, Westview Press, Boulder, Colorado, Estados Unidos.

PACHANO, Simón. 1986. "Se fue a volver", en *...Se fue a volver*, Seminario sobre migraciones temporales en América Latina, El Colegio de México, PISPAL/CIUDAD/CENEP, México.

PAPAIL, Jean y Rosario COTA YÁÑEZ. 1996. "La reinserción de los migrantes internacionales en sus ciudades de origen", *Carta económica regional*, año 8, núm. 46, enero-febrero.

PEPIN-LEHALLEUR, Marielle. 1992. "¿Hacia una sociabilidad urbana en el campo mexicano? Reflexiones a partir de la desunión de producción y consumo", *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 29, mayo-agosto.

———— 1996. "Entre ruralidad y urbanidad, la fuerza del lugar", en Hubert C. de Grammont y Héctor Tejera Gaona (coordinadores), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, vol. II, INAH/UAM/UNAM/ Plaza y Valdés, México.

PERLÓ, Manuel. 1990. "Introducción", en Manuel Perló (compilador), *La modernización de las ciudades en México*, UNAM, México.

PÉREZ FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Germán. 1992. "Del corporativismo de Estado al corporativismo civil", en Carlos Bazdresch y otros, *México. Auge, crisis y ajuste*, Fondo de Cultura Económica, México.

PEZEU-MASSAHUAU, Jacques. 1999. *Demeure et Memoire. Habitat: code, sagesse, liberation,* Éditions Parentheses, Marseille, France.

PFEILER, Bárbara. 1997. "El maya: una cuestión de persistencia o pérdida cultural", en Ramón Arzápalo Marín y Ruth Gubler (compiladores), *Persistencia cultural entre los mayas frente al cambio y la modernidad*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, Yucatán.

PONCE JIMÉNEZ, Patricia y Mariano BÁEZ LANDA. 1992. "Modernidad, cultura e identidad en México profundo", *América Indígena*, vol. LII, núm. 3, julio-septiembre.

POOT CAPETILLO, Efraín. 1985. *Control político y proceso electoral en Dzidzantún, Yucatán*, tesis de licenciatura en Antropología Social, Escuela de Ciencias Antropológicas de la UADY, Mérida, Yucatán.

PRUD'HOMME, Jean-François. 1994. "Identidad social y representación política en la obra de Pierre Bourdieu", *Sociológicas*, México.

QUESNEL, André y Patrice VIMARD. 1998. "Recomposición familiar y transformaciones agrarias. Lectura de dos casos africanos y uno mexicano", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 13, núm. 1, enero-abril.

QUEZADA, Sergio. 1993. *Pueblos y caciques yucatecos, 1550-1580*, El Colegio de México, México, D. F.

———— 1997. *Los pies de la República. Los mayas peninsulares, 1550-1750*, CIESAS/INI, México, D. F.

———— y Tsubasa OKOSHI HARADA. 2001. *Papeles de los Xiu de Yaxá, Yucatán*, UNAM y Plaza y Valdés Editores, México, D. F.

QUINTAL, Ella F. 1994. "Control y descontrol cultural en las comunidades del oriente tradicional", *Boletín de la Ecauady*, vol. 19, núm. 112.

RAMÍREZ CARRILLO, Luis A. 1991. "Empresarios y monopolios regionales. El escenario de la industrialización en Yucatán", *Argumentos*, núm. 14, México, D. F., diciembre.

———— 1993. *Sociedad y población urbana en Yucatán, 1950-1989*, El Colegio de México, México, D. F.

RANGEL, A. 1980. "El hábitat maya", *Arquitectura vernácula*, Revista INBA, núm. 10, serie ensayos, México, D. F.

REBORATTI, Carlos E. 1986. "Migración y trabajo estacional en Argentina", en *...Se fue a volver,* Seminario sobre migraciones temporales en América Latina, El Colegio de México, PISPAL/CIUDAD/CENEP, México.

RE CRUZ, Alicia. 1994. "Lo sagrado y lo profano de la identidad maya entre los migrantes de Yucatán", *Nueva Antropología*, vol. XIV, núm. 46, septiembre.

———— 1996. *The Two Milpas of Chan Kom. Scenario of a Maya Life*, State University of New York Press, Albany, New York.

REDFIELD, Robert. 1941. *The Folk Culture of Yucatan*, The University of Chicago Press, Chicago, USA & London, UK.

———— 1977. "Los mayas actuales de la península yucatanense", *Enciclopedia Yucatanense*, Gobierno del Estado de Yucatán, México, D. F.

RELLO, Fernando. 1986. *Estado y ejidos en México: el caso del crédito rural en La Laguna*, Ginebra, Suiza.

———— y Marcel MORALES. 1998. "La economía rural no-agrícola en una región de México: eslabonamientos productivos y empleo", Ponencia presentada al Taller sobre Nuevas opciones no-agrícolas para el desarrollo de comunidades rurales, Lima, Perú.

REPETTO TIO, Beatriz. 1991. "Un estudio sobre distribución de funciones en la casa habitación de una comunidad maya moderna", *I'Inaj*, núm. 2, diciembre-marzo.

Resultados oportunos del estado de Yucatán. Censos Económicos 1989, Aguascalientes, Aguascalientes, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1991.

RICOEUR, Paul. 2001. *Del texto a la acción*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina.

RIVERA, Marie Odile. 1976. *Una comunidad maya en Yucatán*, Secretaría de Educación Pública, SepSetentas, México, D. F.

ROBLES, Rosario. 1992. "La década perdida de la agricultura mexicana", *El Cotidiano*, núm. 50, septiembre-octubre.

————, Josefina ARANDA y Carlota BOTEY. 1993. "La mujer campesina en la época de la modernidad", *El Cotidiano*, núm. 53, marzo-abril.

RODRÍGUEZ, Daniel y Sylvia VENEGAS. 1984. "Migración temporal: Evidencia empírica y discusión teórica", *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, vol. II, UNAM/El Colegio de México/PISPAL, México.

RODRÍGUEZ GÓMEZ, Guadalupe y Gabriel TORRES. 1994. "Las estrategias de los agroproductores frente a las políticas neoliberales: el barzón y comagro", ponencia presentada en el seminario internacional "Nuevos procesos rurales en México: teorías, estudios de caso y perspectivas", Taxco, Guerrero, 30 de mayo-3 de junio.

RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Ismael. 1995. "El impacto de la radio y la televisión", *Antropológicas*, Nueva época, núm. 13, UNAM, México, enero.

ROMERO, Luis Alberto. 1989. "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos", *Sociológicas*, año 4, núm. 4, mayo-agosto.

ROSSI, Ino. 1983. *From Sociology of Symbol to the Sociology of Signs*, Columbia University Press, New York.

RUBIO, Blanca. 1996. "Campesinos y globalización: reflexiones de fin de siglo", *Comercio Exterior*, vol. 46, núm. 8, México, agosto.

SALAS-PORRAS, Alejandra. 1992. "Globalización y proceso corporativo de los grandes grupos económicos en México", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LIV, núm. 2, abril-junio.

SALAS QUINTAL, Hernán Javier. 1997. "Los trabajadores temporeros en el Valle del Aconcagua: identidad social y cultural", *Revista Mexicana de Sociología*, año LIX, núm. 3, julio-septiembre.

SALAS SOTELO, Francisco. 1993. "Nación y nacionalismo en México", *Sociológica*, año 8, núm. 21, enero-abril.

SALLES, Vania y Roberto TUIRÁN. 1996. "Mitos y creencias sobre la vida familiar", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 59, núm. 2, abril-junio.

SÁNCHEZ ALBARRÁN, Armando. 1993. "El estado de la cuestión de la sociología rural en los ochenta y noventa en México", *Sociológica*, año 8, núm. 23, septiembre-diciembre.

SCOTT, Chris D. 1996. "El nuevo modelo económico en América Latina y la pobreza rural", en Hubert C. deGrammont y Héctor Tejera Gaona (coordinadores), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, vol. II, INAH/UAM/UNAM/ Plaza y Valdés, México.

SERNA JIMÉNEZ, Alfonso. 1998. "El campo y el proceso de urbanización en Querétaro", ponencia presentada en el Congreso Nacional "Políticas de Ajuste Estructural en el Campo Mexicano", Querétaro, Querétaro, 1-4 de marzo.

———— 1992. "Migración y condiciones socioeconómicas de la microrregión San Idelfonso Tultepec", en Martínez, Carolina y Susana Lerner (compiladoras), *Poblamiento: desarrollo agrícola y regional*, Sociedad Mexicana de Demografía, México, D. F.

SKLAIR, Leslie. 1995. *Sociology of the Global System*, The Johns Hopkins University Press, U. S. A.

SMITH, A.D. 1998. "Prefacio", en Solé, Carlota, *Modernidad y modernización*, Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana, Barcelona, España.

SOLÉ, Carlota. 1998. *Modernidad y modernización*, Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana, Barcelona, España.

SORROZA, Carlos. 1990. "Cambios agroproductivos y crisis alimentaria en Oaxaca (1940-1985)", *Estudios Sociológicos*, vol. VIII, núm. 22, enero-abril.

STEFFEN RIEDEMANN, Cristina. 1994. "La reforma al crédito de Banrural: un instrumento desestabilizador del sistema productivo ejidal en la comarca lagunera. 1989-1992", ponencia presentada en el seminario internacional, "Nuevos procesos rurales en México: teorías, estudios de caso y perspectivas". Taxco, Guerrero, 30 de mayo-3 de junio.

SUÁREZ CORREA, Víctor. 1995. "Ni autosuficiencia alimentaria ni ventajas comparativas: los saldos del neoliberalismo en granos básicos y oleaginosas", *Cuadernos Agrarios*, Nueva época, año 5, núms. 11-12, enero-diciembre.

SZASZ PIANTA, Ivonne. 1993. *Migración temporal en Malinalco. La agricultura de subsistencia en tiempos de crisis*, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense, México.

TARRÍO, María, Cristina STEFFEN y Luciano CONCHEIRO. 1995. "La modernización en crisis: análisis de la evolución de los principales productos agroalimentarios. —Un balance de la política salinista para el campo—", *Cuadernos Agrarios*, Nueva época, año 5, núms. 11-12, enero-diciembre.

TELLO PEÓN, Lucía. 1992. "La vivienda en Yucatán: su espacialidad y esencia", *Cuadernos de Arquitectura*, núm. 5, Facultad de Arquitectura, UADY, Mérida, Yucatán.

TERESA, Ana Paula de. 1998. "El desarrollo sustentable una alternativa de desarrollo para las zonas de agricultura marginal", ponencia presentada al congreso El ajuste estructural en el campo mexicano, efectos y respuestas, Querétaro, Querétaro, 1-4 de marzo.

———— 1998. "Población y territorio en la región chinanteca de Oaxaca", Ponencia presentada en el Congreso Nacional "Políticas de Ajuste Estructural en el Campo Mexicano", Querétaro, Qro., 1-4 de marzo.

THOMPSON, John B. 1996. "Tradition and Self in a Mediated World", en Heelas, Paul, Scott Lash and Paul Morris, *Detraditionalization. Critical Reflections on Authority and Identity*, Blackwell Publishers, Cambridge, Massachusetts.

THOMPSON, Richard A. 1974. *Aires de progreso. Cambio social en un pueblo maya de Yucatán*, Instituto Nacional Indigenista, México, D. F.

TORRES SALCIDO, Gerardo. 1993. "Los intelectuales finiseculares del siglo XIX. Una modernización conservadora", *Sociológica*, año 8, núm. 21, enero-abril.

VALERO DE GARCÍA LASCURÁIN, Ana Rita. 1991. *Solares y conquistadores. Orígenes de la propiedad privada en la ciudad de México*, INAH, México, D. F.

VÁZQUEZ GARCÍA, Verónica. 1998. "Género y desarrollo capitalista: las trabajadoras domésticas y vendedoras ambulantes del sur de Veracruz", Ponencia presentada en el Congreso Nacional "Políticas de Ajuste Estructural en el Campo Mexicano", Querétaro, Querétaro, 1-4 de marzo.

VELÁZQUEZ, Margarita. 1992. *Políticas sociales, transformación agraria y participación de las mujeres en el campo: 1920-1988*, UNAM, CRIM, México.

VENEGAS, Sylvia y Daniel RODRÍGUEZ. 1986. "Migración temporal y economía campesina. Nuevos problemas para viejas teorías", *...Se fue a volver,* Seminario sobre migraciones temporales en América Latina, El Colegio de México, PISPAL/CIUDAD/CENEP, México.

VERA PREN, Tomás. 1990. "Las transformaciones de la estructura socioeconómica de Yucatán en el contexto del desarrollo capitalista del sureste a partir de la posguerra", en Baños Ramírez, Othón (editor), *Sociedad, estructura agraria y Estado en Yucatán*, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida Yucatán.

VERDUZCO, Gustavo. 1986. "Población campesina, recursos y migración temporal en México", *...Se fue a volver*, El Colegio de México, PISPAL/CIUDAD/CENEP, México.

VILLA ROJAS, Alfonso. 1978. *Los elegidos de Dios*, Instituto Nacional Indigenista, México, D. F.

VILLANUEVA MUKUL, Eric. 1983. *Desarrollo capitalista y sujeción campesina en la zona citrícola de Yucatán*, UNAM, México.

———— (coordinador). 1990. *El henequén en Yucatán. Industria, mercado y campesinos*, Maldonado Editores, Mérida Yucatán.

———— 1994. "La modernización neoliberal y sus efectos en el sector agropecuario de Yucatán", ponencia presentada en el Seminario Internacional sobre Procesos Rurales en México, Taxco, Guerrero, 29 de mayo al 3 de junio.

WARMAN, Arturo. 1996. "La reforma al Artículo 27 constitucional", *Estudios Agrarios*, año 2, núm. 2, enero-marzo.

WIRTH, Louis. 1968. *El urbanismo como modo de vida*, Cuadernos del Taller núm. 9, Ediciones 3, Buenos Aires, Argentina.

WOO MORALES, Ofelia. 1996. "Las mujeres migrantes: un tema olvidado o ignorado", *Estudios sociales*, vol. VI, núm. 11, enero-junio.

YOUNG, Eric van. 1991. "Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas", en Pedro Herrero (compilador), *Región e historia en México (1700-1850)*, Instituto Mora/UNAM, México, D. F.

ZENDEJAS, Sergio. 1994. "Sobre la otra cara del ejido: el ejido como ámbito de organización de prácticas políticas de grupos locales", *Regiones*, vol. II, núm. 4, abril-junio.

———— 1995. "Respuestas locales ante el embate reformista: el ejido como forma de organización de prácticas políticas locales", *Relaciones*, núms. 61-62, invierno-primavera.

ZEPEDA PATTERSON, Jorge. 1988. "Los estudios sobre el campo en México", en Zepeda Patterson, Jorge (editor), *Las sociedades rurales hoy*, El Colegio de Michoacán/Conacyt, México.

ZERMEÑO, P. Guillermo. 1994. "En busca de la historia en la modernidad", en González Jorge A. y Jesús Galindo (coordinadores), *Metodología y cultura*, Pensar en la cultura, México.

ZERMEÑO, Sergio. 1997a. "State, Society, and Dependent Neoliberalism in Mexico: The Case of the Chiapas Uprising", en Smith, William C., and Roberto Patricio Korzeniewicz (editores), *Politics, Social Change and Economic Restructuring in Latin America*, North-South Center Press, Miami, Florida.

———— 1997b. *Movimientos sociales e identidades colectivas*. México en la década de los noventa, La Jornada Ediciones/CIICH/UNAM, México.

Practicar la migración temporal es parte de un nuevo tipo de ciclo laboral que recorren muchos individuos y no sólo los campesinos; y, si se quiere, es parte de un proceso de proletarización de la fuerza de trabajo joven con un pie dentro de la modernidad y otro dentro de las tradiciones del campo mexicano. De este modo, dicha proletarización no está reñida con la reproducción campesina, más aún, en las circunstancias actuales es una condición para dicha reproducción. Esto quiere decir que mientras los jóvenes se proletarizan, otros miembros de la familia se desligan parcial o totalmente de los mercados de trabajo y regresan a la agricultura tradicional. Entran y salen de los mercados laborales pero quedan atrapados por la modernidad, por los destellos luminosos de ésta. En consecuencia, el estudio de las migraciones temporales y del trabajo en el ámbito de la unidad doméstica, me permite un acercamiento a la modernidad que se instala en la vida cotidiana de los habitantes del medio rural. Si bien no pretendo generalizar, este acercamiento a los efectos y alcances de la modernidad en la Península de Yucatán nos ilustra algunos aspectos de tal fenómeno que recorre al planeta entero.

Nota metodológica

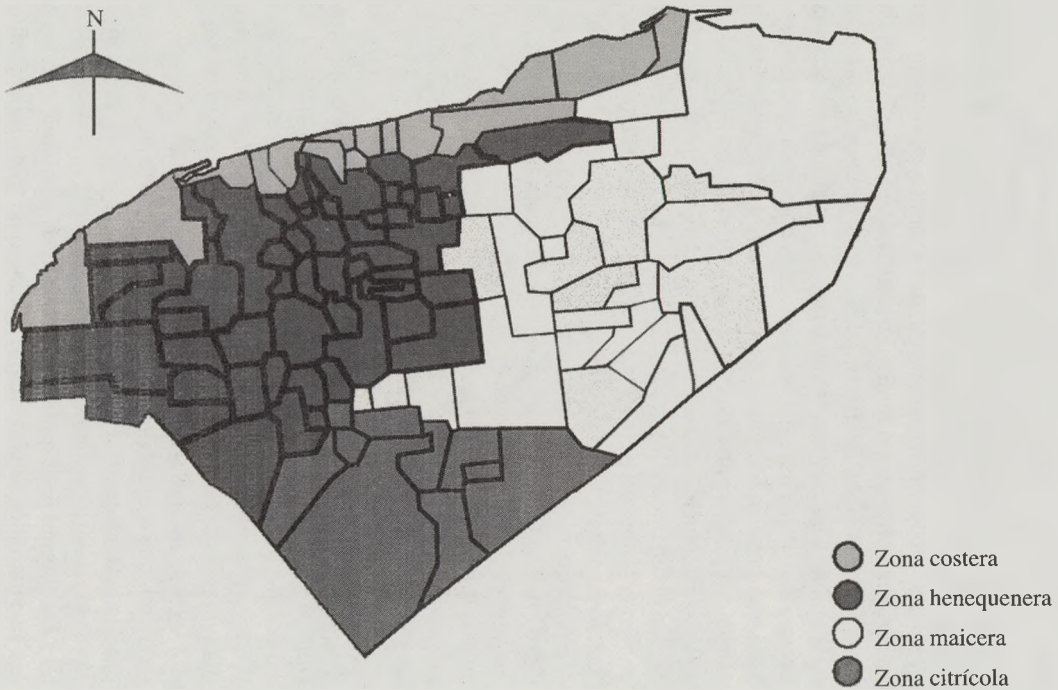
La presente investigación inicialmente centrada en el estudio de las migraciones temporales contempló tres etapas. La primera en una exploración bibliográfica sobre la magnitud del problema tanto en Yucatán como a otras regiones de México y América Latina, así como conocer los diversos enfoques teóricos recientes.

La segunda etapa en el diseño y aplicación de una muestra estadística que reflejara la diversidad sociocultural de Yucatán. Si bien la geografía del territorio no es muy variada, es una enorme planicie, más de cerca encontramos ciertas especificidades que quisimos rescatar. Los 106 municipios fueron agrupados en cuatro regiones, sobre la base de las actividades productivas predominantes en un momento de su historia en combinación con su posición geográfica, las cuales marcan la cultura local: la región henequenera; la región maicera; la región citrícola-sur; y la región costera (mapa 1).

Ante la imposibilidad de abarcar el universo de estudio, se diseñó una muestra que incluyó 28 comunidades, las cuales difieren en tamaño, de entre 500 y 15 000 habitantes; y ubicadas por todos los rumbos geográficos de

Modernidad, imaginario
e identidad rurales. El caso de Yucatán
se terminó de imprimir en junio de 2003
en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V.
Naranjo 96 bis Col. Santa María la Rivera 06400 México, D. F.
Composición tipográfica: Literal, S. de R. L. Mi.
Se imprimieron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.
La edición estuvo al cuidado de Ismael Segura Hernández
de la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México

Mapa 1
Yucatán por zonas



la entidad. El principal instrumento de recolección de información fue el cuestionario específico para las unidades de abordaje: unidades domésticas. Mediante un procedimiento aleatorio en cada comunidad seleccionada se aplicaron sendos cuestionarios para registrar la información de las unidades domésticas familiares y otro específico para cada uno de sus miembros mayores de 15 años que trabajaban o estudiaban.

Denominé unidad doméstica a un grupo familiar que comparte recursos (tierra y fuerza de trabajo), un techo y un presupuesto doméstico común. A partir de esta información grupal, vi la necesidad y conveniencia de recoger información puntual sobre las actividades de los individuos (miembros de la familia) mayores de 15 años, la cual me permitió conocer no sólo el cuadro laboral y la práctica de las migraciones temporales, sino también las expectativas y valoraciones que hacen respecto a sus actividades económicas. Para conservar la confidencialidad, cada cuestionario individual fue aplicado en forma privada, sin la presencia de terceras personas.

Con el objeto de contextualizar y complementar esta información, en cada comunidad seleccionada se llevaron a cabo sendas entrevistas con autoridades y líderes locales. Posteriormente, en el transcurso del trabajo de campo vimos la conveniencia de incluir información de quienes próximamente formarán parte activa como trabajadores y consumidores. Así, otro cuestionario fue aplicado a los niños del 5° año de primaria con el objeto de conocer cual es la percepción que ellos tienen de su entorno y de las actividades que realizan sus parientes y del mundo en que están interactuando. La muestra abarcó 16 comunidades, de las 28 seleccionadas previamente.

Fueron entrevistados 481 niños y niñas (entre 11 y 14 años de edad) que en ese momento cursaban el 5° grado de primaria (solamente en una ocasión se aplicó el cuestionario a un grupo del 6° grado). El cuestionario fue aplicado a los niños y niñas en sus respectivos salones de clase y se recibió la valiosa ayuda de sus profesores. En su primera parte, contenía un conjunto de preguntas relacionadas con la composición y actividad de sus familias, y en la segunda, se les pidió a los niños y niñas que señalaran qué tipo de profesión les gustaría estudiar, la clase de trabajo que les gustaría realizar cuando fueran adultos, y sus programas favoritos en la televisión, entre otras cosas.

Por último, se les pidió que dibujaran o describieran la vivienda que les gustaría tener en caso de que el dinero no fuera un impedimento. La

información vertida en el dibujo de las viviendas resultó sumamente interesante y clave para entender la orientación subjetivada del cambio social. Las entrevistas con algunos de los padres o madres de familia de los niños y niñas resultaron muy útiles para entender el vínculo del imaginario y la acción social.

Las características socioculturales afectan a los individuos, no como individuos, sino por el hecho de pertenecer a cierta categoría, grupo o estrato sociales. Los niños y las mujeres, por ejemplo, no son una categoría definida solamente por características biológicas, sino también por un *status* específico, definido por un conjunto de normas y valores, el cual prohíbe o facilita su migración.

Por último, debo mencionar que de las 28 comunidades cuatro fueron seleccionadas para que en ellas se realizara un trabajo más detallado con los grupos domésticos, obteniendo así una información diacrónica muy valiosa de los grupos familiares. Asimismo, hablé con los directivos de los ejidos y con los ejidatarios. De hecho, se realizó más de una visita a cada uno de los ejidos seleccionados, procurando reunir la mayor información disponible. Toda esta información de campo, a su vez, fue complementada con la que proviene de las diferentes instituciones oficiales relacionadas con los problemas del campo. Tales como el Registro Agrario Nacional, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática y la Secretaría de la Reforma Agraria.

La tercera etapa consistió en la codificación, procesamiento computarizado de los datos provenientes de los cuestionarios, y sistematización de los datos. Los cuadros cuya fuente es la investigación directa provienen de la base de datos que se elaboró a partir de la mencionada encuesta a las unidades domésticas y a cada uno de sus miembros.

CONTENIDO DE ESTA OBRA

Este libro está dividido en seis capítulos. En el primero presento un perfil de la modernización mexicana con particular énfasis en el siglo XX. El esfuerzo de poner en práctica tal proyecto ha cobrado varias formas y se podría hablar de varias etapas, no obstante, aquí solamente distingo dos: la modernización clásica y la modernización tardía de México. Asimismo, señalo algunos de los efectos espaciales y poblacionales provocados por ambas modalidades a lo largo del territorio. Tales efectos, por

supuesto, no han sido parejos, y así defino —un poco arbitrariamente— cinco regiones (Frontera Norte, Norte, Centro, Sur y Península de Yucatán) para presentar sus matices. Procuro describir de manera amplia la dinámica del cambio social de la Península porque de otro modo no se puede entender el proceso de cambio cultural del estado de Yucatán. Con todo ello, describo el contexto sociohistórico, las condiciones objetivadas, de la modernidad rural mexicana que analizo en adelante.

En el segundo capítulo, presento las condiciones materiales y económicas dentro de las cuales actúan los actores rurales de Yucatán. Señalo la crisis crónica de la agricultura y la tendencia de despegue observada en algunas actividades agrícolas. Asimismo, destaco la expansión y vigor del subsector pecuario que acelera la modernización en el agro. Puntualizo que las nuevas formas de institucionalización de las relaciones de producción que pretende estimular el individualismo y los mecanismos de mercado han fracasado, pero al mismo tiempo han contribuido a socavar el orden tradicional al imponer indirectamente reglas burocráticas de funcionamiento. Todo lo anterior me permite explicar porqué la crisis de la milpa es un factor local que acelera la crisis de las tradiciones rurales.

En el capítulo tercero, analizo más puntualmente los desplazamientos laborales no definitivos que practican cada uno de los miembros de las familias rurales con el objeto de asegurar el mínimo de supervivencia; señalo algunos efectos de estas pautas que, en algunos casos, se traducen en la subutilización del recurso tierra, el empoderamiento de las mujeres, por ejemplo. Explico porqué estas nuevas prácticas tanto productivas como laborales fragmentan y socavan el orden tradicional, sin que se eliminen por completo las tradiciones, las cuales adquieren otros nuevos valores simbólicos.

En el capítulo cuarto, privilegio el análisis de las prácticas culturales en torno del hábitat maya rural. Explico porqué el solar y la vivienda, espacios de la vida cotidiana, son espacios vividos de una manera diferente a la de hace unas décadas atrás y de cómo adquieren otros valores simbólicos. El hábitat maya rural se está transformando rápidamente pero no sólo por razones económicas, sino de manera fundamental por las nuevas expectativas ligadas a la modernidad de quienes son sus usuarios. El hábitat o espacio físico está altamente correlacionado con las prácticas culturales de los actores sociales ligadas a la globalización económica.

En el capítulo quinto, explico cómo la expansión de los medios difusores de la modernidad se articulan al proceso de individuación de los sujetos sociales e influyen en la conducta y expectativas individuales. Analizo especialmente las expectativas que acerca de su morada y de su empleo tienen los niños y las niñas arribando a la adolescencia, sobre la base de un nuevo entorno de interacción directa y simbólica. Este expediente es de suma importancia para el análisis sociológico, puesto que ellos muy pronto serán los "campesinos" (entre comillas) de la primera década del tercer milenio.

Por último, en el capítulo sexto, hago una recapitulación sintética de mis hallazgos para colocarlos en la perspectiva del análisis y la discusión de las identidades. La cuestión de las identidades en el agro mexicano en su conjunto abre más preguntas que respuestas. No obstante, según mi estudio en Yucatán las identidades tradicionales sufren un deterioro bastante severo. Concluyo que modernidad-tradicionalidad en la sociedad mexicana es un binomio estructuralmente imbricado, coexisten en las diferentes esfera de las prácticas culturales, lo cual hace que la sociedad rural civil sea muy fragmentada y débil.

I. MODERNIZACIONES A LA MEXICANA

Modernización rural, [...] de ninguna manera es necesariamente sinónimo de desarrollo o progreso rural.

CYNTHIA HEWITT, 1978

INTRODUCCIÓN

Una tendencia generalizada y que se remonta en la historia de nuestro país, es la insistencia explícita o implícita, por parte del gobierno y de grupos económicamente poderosos, de unificar a la población en torno del proyecto de modernización urbano-industrial de tipo capitalista. Este hecho, por sí solo, sugiere que no se puede hablar inadvertidamente ni de modernización ni de modernidad, pero además, por el lado académico, ambas categorías con frecuencia son cuestionadas desde varios puntos de vista y por diversas razones.

Naturalmente, hay una vasta literatura clásica y contemporánea de las ciencias sociales que muestra el carácter limitado, ambiguo y destructor de la modernización, sus inobjetables logros pero también sus falsas promesas (Solé, 1998). De todo ello quiero destacar que la noción de modernización inspira ideas, acciones y hechos. Para bien o para mal existe en tanto un referente paradigmático que orienta el cambio social. En tal sentido es una realidad y hay muchas preguntas en torno de ella: ¿para qué y para quién, cómo y dónde?, todavía sin respuestas, las cuales inspiran la presente obra aunque no habrán aquí más que respuestas indirectas.

Me apresuro a aclarar que no pretende hacer un examen crítico exhaustivo de la literatura especializada, ni mucho menos reformular las teorías de la modernización o la modernidad. Recurro a esta perspectiva no para señalar la muerte de una sociedad "premoderna" ni para anun-

ciar su exterminio, sino para mostrar las nuevas pautas culturales rurales a partir de la creciente y renovada articulación de la "aldea local" a la "aldea global", tomando como ejemplo el caso de la Península de Yucatán en las tres últimas décadas del siglo XX.[1] En este capítulo trataré de minimizar la ambigüedad terminológica inevitable en torno a un tema tan amplio. Procuraré puntualizar especialmente algunos aspectos históricos considerados relevantes para el caso estudiado.

MODERNIZACIÓN

El concepto de modernización, esencialmente es un producto de la teoría evolucionista de factura estadunidense (Parsons). En Europa, el uso de fuentes energéticas y una creciente eficacia tecnológica produjeron la "gran transformación", y de esa forma surgió un nuevo complejo cultural llamado sociedad industrial (Germani, 1971: 16). En el último cuarto del siglo XIX se produjo una serie de inventos e innovaciones tecnológicas que constituyen la base de la infraestructura física de casi todas las ciudades del mundo: la lámpara incandescente, el tranvía eléctrico, la estructura de acero para construir edificios, los elevadores, el motor de combustión interna, el teléfono, entre otros.

Ese complejo cultural nacido en Europa durante el Renacimiento y que maduró siglos después, ha sido y sigue siendo modelo para muchas otras sociedades del planeta entero. Desafortunadamente, quienes en Latinoamérica hacen un esfuerzo por imitarlo, omiten una reflexión más seria en torno al conjunto de condiciones históricas que la hicieron posible y que son irrepetibles. En otras palabras, el surgimiento de una sociedad urbano-industrial no es un proceso natural que deben recorrer todas las sociedades, sino un proceso expresamente promovido por grupos de poder. Tampoco es un estadio superior de desarrollo al cual se puede llegar por medio de brincos o mediante la importación de tecnologías. La experiencia histórica muestra más bien lo contrario, que dicha incorporación masiva y descontrolada cancela más posibilidades de las que abre para el desarrollo social.

[1] Traté de operacionalizar el enfoque de Anthony Giddens (1991 y 1994) y aprovechar el tramo ya avanzado, exitosamente creo yo, por otros autores como Gino Germani (1971), Néstor García Canclini (1990) y Carlota Solé (1998).

Aunque no es uno de los creadores, corresponde al sociólogo argentino Gino Germani, a finales de los sesenta, el mérito de llevar a cabo el primer esfuerzo de aplicar la teoría sociológica para definir y explicar el proceso de modernización y sus diferentes etapas en América Latina. Para él, modernización es igual a *secularización* en tanto da cuenta de tres tipos de cambios: el tipo de acción social; la actitud frente al cambio social; y el grado de especialización de las instituciones sociales. En primer lugar, la secularización modifica el tipo de acción social, del predominio o extensión crecientes de la acción colectiva (prescriptiva) se pasa a un énfasis del campo de la aplicación de la acción electiva (preferentemente de tipo racional).

En las sociedades no industriales, el campo de las acciones sociales relevantes está enteramente controlado y normado en sus modos y preferencias de operación, hasta el punto que las acciones no prescritas son por definición proscritas. A la inversa, en las sociedades modernas, industriales, las acciones sociales son actos de elección, dentro de una reglamentación instrumental. En segundo lugar, de la institucionalización de lo tradicional se pasa a la institución del cambio. Se transita de creencias y valores intocables, inalterables e inflexibles, a una sociedad que produce reglas para ordenar el cambio permanente de sus relaciones sociales de producción, distribución, propiedad, poder, comunicación, etcétera. Por último, de un conjunto relativamente indiferenciado de instituciones se pasa a una diferenciación y especialización creciente de las mismas (Gino Germani, 1971).

La secularización, en pocas palabras, es el proceso mediante el cual se asienta e institucionaliza en una sociedad la libertad de elección, de cambio, la pluralidad, la diferencia, así como la igualdad de consideración y trato. La productividad de esta organización secular de la vida social ha quedado de manifiesto en la ciencia, la tecnología, la economía industrial y el estado jurídico, que son las expresiones paradigmáticas del cálculo racional, la libre elección, el cambio, la diferenciación y el pluralismo. El resultado histórico de este proceso pluridimensional ha sido el hecho que constituye la propiedad característica y central de la sociedad moderna.

A tales cambios, llamados condiciones necesarias o requerimientos básicos, se suman de manera gradual otros acontecimientos sociales que son primariamente los efectos de la modernización, pero que una vez sucedidos pasan a ser condiciones de sustentación y aceleración de la

misma. Los más importantes son: la estratificación social, la organización política (Estado) centralizada y participativa, la organización familiar nuclear, la transferencia de lealtades de la comunidad local a la nación, la transición demográfica, la urbanización, la escolaridad, el contacto más frecuente y estrecho con los medios de comunicación de masas, entre otros.

Dichos rasgos, según Germani, pueden ser considerados como un núcleo básico de toda sociedad industrial, y no deja de reconocer una combinación amplia entre otras variables estructurales y culturales que dan como resultado muchos tipos específicos de sociedad industrial.

En su intento de definir periodos de la modernización en Latinoamérica, Germani encontró muchas vías posibles. Tantas, que se topa con varios problemas, entre ellos la heterogeneidad y asincronía del cambio social entre los países, y de hecho termina formulando una periodización sobre la base de eventos externos y no internos al Continente Americano. Eventos locales marcados por la marcha del capitalismo en el ámbito global.[2] Finalmente tipifica muchas *transiciones* latinoamericanas producidas todas ellas por la difusión universal del nuevo complejo "industrial-moderno", pero no logra entender que todas ellas son intentos muy claros de las clases poderosas de sacar provecho a través de la importación y de negar cualquier aportación positiva de las sociedades tradicionales.

Reconoce, sin embargo, que la modernización no es un tránsito pacífico. Se trata de un proceso simultáneamente creativo y destructivo. Lo típico de la transición a la modernidad es la coexistencia de formas sociales que pertenecen a diferentes sociedades, épocas, fases y tiempos.

Para otros autores, el gran conflicto de los países latinoamericanos es que viven situaciones socioculturales que ya no son lo que eran, pero que todavía no cuajan lo que llegarán a ser. Ello imprime un carácter conflictivo particular al proceso de modernización, que es inevitablemente entendido y vivido por muchos como crisis; pues implica una continua ruptura con el pasado, un desgarramiento que no sólo tiende a dividir personas y grupos, sino que divide a las mismas conciencias in-

[2] Con fines analíticos, distingue tres de los procesos componentes más importantes de la transición global. *1)* El desarrollo económico, *2)* la modernización social y *3)* la modernización política. Y esos tres procesos juntos, "El desarrollo económico, la modernización social y la modernización política constituyen procesos de cambio estructural. La transición global, por otra parte, es un proceso acumulativo, al cual se incorporan a cada momento, los resultados de su curso anterior" (Germani, 1971: 17-20.)

dividuales, en las que existen aún sin conciliación actitudes, creencias y valores pertenecientes a diferentes mundos sociales del sujeto y a diferentes tiempos de la transición (Aguilar Villanueva, 1992).

Giddens, entre otros, ha criticado los enfoques evolucionistas y funcionalistas de la modernización de porte parsoniano, como el de Germani, donde el individuo aparece fundamentalmente pasivo frente a su entorno. En esencia, y con los respectivos asegunes, para ellos la secularización pareciera caminar sola, como si fuera un tornado movido únicamente por las fuerzas de la naturaleza. Para Giddens, la modernización es "una transición caracterizada por el refinamiento de las instituciones[3] mediante la emergencia de un sistema referencial de conocimiento y poder, ya institucionalizados e internalizados previamente" (1991: 144-175).

En otras palabras, la modernización es una herramienta ideológica poderosa que controlan plenamente las clases dominantes de un país. Y, en el lado opuesto, sin que se haga una defensa organizada o se plantee una vuelta a la tradición, los agentes del orden tradicional representan la resistencia a tal proceso. El grueso de la población, sin romper con algunas tradiciones, simpatiza a la vez que resiste a la modernización; y es esta dialéctica la que explica que tal proceso no sea ni lineal ni parejo. Una ruptura total con las tradiciones ni siquiera parece posible, ya que sin estabilidad y creencias, sin tradición al fin y al cabo, ninguna sociedad podría caminar.

Más adelante señalaré que no todas las tradiciones son iguales ni en forma ni en contenido, como quien dice, hay de tradiciones a tradiciones, y la sobrevivencia de algunas no significa la sobrevivencia de un orden tradicional: un conjunto de normas, instituciones, ritos y símbolos que marcan tiempos y ritmos a la vida cotidiana.

[3] Las dimensiones institucionales básicas de la modernidad social para Giddens (1991) son las siguientes: el industrialismo, el capitalismo, las instituciones de control y vigilancia y el poder militar. Por *industrialismo* entiende las relaciones sociales de producción implicadas en las manufacturas y en general en la producción directa, así como el extendido poder que se levanta alrededor del proceso de circulación de las mercancías (mercados) y el contrapeso de la clase obrera; *capitalismo*, acumulación de capital en el contexto de mercados competitivos, *las instituciones de control y vigilancia*, control de los medios de violencia en el contexto de la industrialización y supervisión social; y *poder militar*. La modernidad social se caracteriza por una aceleración y profundización del control humano sobre la naturaleza y de algunos grupos sobre otros por medio de la extensión del poder administrativo del Estado y de la Iglesia por ejemplo.

La modernización considerada como resultado de las rivalidades y competencia interestatal, entre élites en busca de poder y prestigio, nos permite entender por qué y cómo se introduce la revolución científica al tejido social de una comunidad y llega a difundirse en ella; nos aporta elementos de vital importancia para comprender sus efectos en áreas culturales y países diferentes.

El tipo más importante de organización que actúa como agente mediador ha sido la burocracia imperial o colonial impuesta desde arriba a una población culturalmente ajena (o diferente), reflejo de la política seguida por déspotas o por parlamentos en el extranjero. La experiencia mundial muestra que la marcha y ritmo de la modernización ha sido dictado, en gran medida, por las percepciones de los burócratas según las necesidades de gobernantes y gobernados.

El otro filtro de la modernización refleja la estructura de los intereses de grupo y estilo de vida en la comunidad. La modernización se implanta bajo los auspicios, no sólo de determinado tipo de instituciones, sino también de determinados estratos y de su papel en la sociedad. Aquí aparece como preeminente el papel de los intelectuales y profesionistas cuya subsistencia depende de la aplicación y diseminación de conocimientos. *En las comunidades rurales, los comerciantes, los maestros de primaria, los líderes campesinos y otros agentes similares desempeñan un papel sustantivo.* En suma, la modernización es un proceso nunca acabado, sin embargo, con etapas bien definidas y diferenciadas entre sí.

MODERNIZACIÓN SOCIAL Y MODERNIDAD

En lo cultural, las clases dominantes locales conciben a la modernización social o modernidad como un objeto móvil y difuso, y así tratan de copiar y aprender de las diferentes experiencias presentes y pasadas al alcance de sus conocimientos. Las clases dominadas, por su parte, reaccionan, y si no presentan un frente de lucha organizado en contra en el ámbito de la vida cotidiana, se observa la más amplia gama de resistencias; como le parece a García Canclini (1990), entran y salen de la modernidad sin revertir el proyecto modernizador pero matizándolo con un sabor local. De esa misma forma, la gran mayoría de los mexicanos, también salen y entran nuevamente a la tradicionalidad. Por lo tanto, "tradición-modernidad", no son dimensiones excluyentes en el ámbito

de la vida cotidiana, como sistemas interpretantes de legitimación de las alternativas existentes que hay ante el individuo en un momento dado.

Se puede decir que los clásicos concibieron a la modernidad —algunas veces sin utilizar este término— como resultado de un largo proceso de cambio social a escala y tiempo históricos,[4] e intentaron describir este cambio como tránsito de lo simple a lo complejo, de la comunidad tradicional a la comunidad contractual (Tönnies), del mito a la ciencia, de la solidaridad por semejanza a la solidaridad por interdependencia (Durkheim), de la sociedad tradicional a la sociedad racional burocratizada (Weber), y de la sociedad precapitalista a la sociedad capitalista burguesa (Marx). Por encima de las diferencias en la terminología y las variables seleccionadas, queda una constante que es el intento de explicar el proceso de cambio, ya sea social, económico, político o cultural.

Recientemente un estudioso del tema ha dicho que por donde se le vea, los diversos enfoques de la modernidad presuponen la coexistencia de dos estadios de desarrollo social, por un lado el "tradicional" y por el otro el "moderno". Tal dicotomía, reconoce, resulta útil para el análisis siempre y cuando ambos estadios sean manejados como "tipos ideales" (Smith, 1998). En ese orden de ideas, el cambio social puede equipararse a un proceso de transición y no de ruptura. La teoría de la modernización presupone que toda transición es de hecho una transformación, no necesariamente un cambio estructural.

En suma, los elementos del orden antiguo, viejo, se reagrupan y mezclan a su vez con elementos innovadores para producir como resultado un orden completamente nuevo, que al propio tiempo perpetúa los elementos del orden viejo, aunque con variaciones; de modo que puede hablarse de alteraciones en una misma sociedad, pero no de sustitución

[4] Para Habermas, la sociedad vive un proceso continuo de su historia y advierte que algunos cortes convencionales, como los cortes de calendario, *el fin del milenio* por ejemplo, ocultan la continuidad de los procesos históricos. No obstante, puesto que el tiempo de alguna forma ha de contabilizarse, y aceptando el siglo como un corte, durante el siglo XX se observan al menos tres tendencias que caracterizan este tiempo histórico: *1)* desarrollo demográfico, en el que la población se multiplicó varias veces y la esperanza de vida se corrió bastante hacia arriba; *2)* cambios en el mundo del trabajo; y *3)* el currículum del progreso científico. Estas continuidades alcanzan e impactan a todo tipo de asentamientos poblacionales —pequeñas comunidades o megaciudades. Aunque Habermas no lo dice textualmente, sugiere que la modernización social recorre varias etapas y nunca llega a un punto final (Habermas, 1998).

de una sociedad o nación por otra (Smith, 1998: ix). Evidentemente, si los rasgos característicos de la modernidad vienen dados en gran medida por contraste con la época que la antecede, no puede extrañarnos que algunas rupturas con la tradición aparezcan como su condición esencial.

Así arribamos a la siguiente precisión: *la modernización social hace referencia al conjunto de procesos, más o menos planificados, que introducen en una sociedad una serie de cambios institucionales y conductuales característicos de la sociedad industrial. Y la modernidad, por su parte, hace referencia a la práctica y a los resultados sociales de esa modernización en una época histórica dada.* El cambio de actitud frente a los retos de la vida cotidiana es uno de tales resultados.

Dicho lo anterior, parece conveniente situar la modernidad en un contexto sociohistórico más específico. Para Giddens, lo que hace diferente a la sociedad del presente —respecto a las anteriores— son sus instituciones, las cuales difieren de las precedentes por su dinamismo, el grado en que socavan las tradiciones y las costumbres, y sus impactos globales. Y, no se trata solamente de la extensión de tales transformaciones, sino de que la modernidad de este fin de siglo (globalización económica) altera radicalmente la naturaleza de la vida social cotidiana y afecta la más personal de las experiencias.

En el puro nivel económico, por ejemplo, la producción mundial se ha incrementado, y el comercio y las comunicaciones todavía más aún. Es menos visible, dice Giddens, la otra cara de la moneda, sus implicaciones en la vida cotidiana. Por ejemplo, la decisión individual de comprar una prenda de vestir, de construir o remodelar una vivienda, incluso de ir a trabajar a la milpa o hacia cualquier parte, etcétera, tiene profundas implicaciones globales. Por lo tanto, la modernidad social de fines de milenio debe entenderse en cuanto a un salto institucional ligado a otro polo que es la personalidad e identidad social de los individuos (1994: 57-59 y 1991: 1).

Modernización mexicana clásica

Grosso modo y a condición de no olvidar que se trata de puras comodidades analíticas que zanjan lo intrincado de lo real social, se puede dar cuenta de las transformaciones modernizadoras incitadas o inducidas por el proceso de desarrollo capitalista, de acuerdo con seis dimensiones

principales: la industrialización, el consumo, la urbanización, la escolarización, la comunicación y la administración burocrática. Si bien incompleta, esta definición operativa nos permite ir más allá del punto de vista tecno-economicista; ya que en México cuando se habla de modernización, por lo general se hace referencia a un conjunto de indicadores económicos, urbanísticos y demográficos, especialmente a ciertos índices de capitalización y tecnificación de las diversas ramas productivas.

Tales indicadores, por lo tanto, nos proporcionan una visión demasiado parcial del proceso de reestructuración de las dos últimas décadas y de sus impactos sociales. Del mismo modo, por modernización rural suele entenderse la tecnificación del sector primario mediante tractores, sistema de riego, fertilizantes, semillas mejoradas, empresas agroindustriales y cosas parecidas.

Muy pocos han querido ver las otras dimensiones de la modernización mexicana relacionadas con las nociones culturales de tiempo y espacio y con las subjetividades. Por ejemplo, las renovadas formas de relación entre el campo y la ciudad; la desaparición y surgimiento de relaciones de producción y de interacción intra e intercomunitarias; las movilizaciones y desmovilizaciones sociales como indicador de recomposición de los grupos sociales y sus identidades; entre otras. Es decir, ha sido soslayado el análisis de los efectos del cambio social y cultural, concomitantes al proceso de modernización económica que tiene lugar en México y en el mundo entero.

La modernización en un sentido amplio de la palabra se remonta muy atrás en el proceso de la historia mexicana. Puede decirse que en México la modernización comienza desde el momento mismo de la Conquista, la cual niega y agrede el orden tradicional para imponer uno nuevo: el colonial. Así, puesto que la metrópoli misma (España) transitaba del feudalismo hacia el capitalismo, la modernización temprana, cuyos antecedentes más directos son las reformas borbónicas a finales del siglo XVIII, es lenta y se prolonga hasta mediados del XIX.[5] Los criollos liberales, tras una larga lucha, logran bosquejar un gran proyecto modernizador para México que queda plasmado en la Constitución de 1857,[6]

[5] Para Solé, la modernización en los países colonizados comienza con sus respectivos movimientos de independentistas (Solé, 1998: 29).

[6] En los primeros años del México independiente se concretan dos proyectos de nación: el liberal y el conservador. El primero buscaba imitar la organización política de

pero solamente durante el porfiriato es cuando culmina la que llamo modernización temprana (pero prolongada) de México; y se inicia otra etapa, la que llamaré clásica, sobre la base del impulso más decidido y sistemático a la industrialización del país.

Un impulso sistemático y sostenido a la modernización industrial, y más concretamente a la implantación del complejo cultural "industrial moderno", se registra a partir del porfiriato y tiene profundas consecuencias sociales (Perló, 1990). Con la expansión de los ferrocarriles, espacio y tiempo de muchas comunidades campesinas —del centro y norte del país principalmente— comienzan a verse más subordinados al complejo urbano-industrial capitalista. El país inicia un proceso de modernización en algunos aspectos similar al que se observó en Europa, el más parecido al modelo clásico. En efecto, el régimen del general Porfirio Díaz logra la estabilidad política, y sus colaboradores llamados los "Científicos" reciben todo el apoyo para echar a andar proyectos de modernización urbano-industrial.

Gracias a la estabilidad institucional, el Estado destina un presupuesto para la construcción de una infraestructura física y de comunicaciones para un país incomunicado y disperso. Se acude a la importación de tecnología para revolucionar la producción, se procuran ciudades sanas, eficientes y elegantes para mostrar al mundo el progreso del país.[7] En materia de escolarización se promueve un sistema nacional de educación primaria y secundaria inspirado en los principios filosóficos del positivismo. No obstante, las escuelas rurales tardarán varios años en aparecer de manera importante cubriendo todo el territorio nacional.

Estados Unidos, mientras que el segundo quería mantener la anterior organización novohispana. No obstante, durante varias décadas ninguno de los dos tuvo la capacidad de imponerse como proyecto hegemónico. La debilidad política de ambas facciones, la diversidad étnico-cultural, la desarticulación de las diversas regiones, la dispersión y el analfabetismo de la población fueron obstáculos serios que debieron sortear, antes del establecimiento de cualquiera de los dos (Salas Sotelo, 1993: 54-55).

[7] "Díaz tiene mucha prisa por acelerar la cita del país con la modernidad, quiere acortar la enorme distancia que media con el mundo culto y civilizado. Pretende que la nueva era llegue a México por las vías del ferrocarril y que su estación terminal sea una urbe situada a la altura de cualquier capital europea o norteamericana. Recae sobre la ciudad de México desempeñar el papel de escaparate nacional ante los ojos del extranjero. Para ello será necesario cambiar su rostro, las extremidades, los órganos vitales, el sistema circulatorio. En un lapso de 25 años se opera una metamorfosis sorprendente." (Perló, 1990: 14.)

Empero, esa corriente intelectual impulsó una modernización conservadora. O sea, promovió la modernización económica a todo trance, y a cambio llevó a cabo un proceso paulatino de modernización política supuestamente para garantizar la estabilidad y continuidad institucional necesarias para el país, aún por encima del agotamiento del poder personalizado en Porfirio Díaz (Torres Salcido, 1993: 150-151).

Esa estrategia, como bien se sabe, agudizó las desigualdades económicas y sociales y finalmente desembocó en la movilización armada de 1910. Tras una lucha armada entre los diversos grupos, surge un renovado proyecto de modernización con una cobertura ideológica muy particular: el nacionalismo revolucionario. Hay que agregar que aunque el proyecto de nación vertido en la Constitución de 1917 es muy moderno,[8] ni las condiciones estructurales (objetivas) ni las condiciones superestructurales (subjetivas) permitieron ponerlo en práctica de inmediato, y así transcurrieron varias décadas antes que retomara el camino del impulso a la industrialización.

El análisis económico suele señalar el año de 1940, cuando concluye el periodo presidencial del general Lázaro Cárdenas quien promovió fuertemente la reforma agraria, como el inicio de la modernización industrial de México. Esta fecha marca, sin duda alguna, el inicio de una etapa más madura del desarrollo industrial y de extensión y ampliación de la modernización social. A partir de ese año, se puso en marcha una política para promover la industrialización mediante la sustitución de importaciones que aceleró el crecimiento urbano del país y la ampliación de la infraestructura del transporte terrestre.

Entre 1940 y 1970 se registra la etapa relativamente exitosa de la modernización industrial mexicana, la cual dio pie a un importante crecimiento económico y estimuló la concentración urbana. De poco más de 25 000 000 de habitantes se llegó a cerca de 70 000 000 a fines de 1970; por su parte, la tasa de crecimiento industrial promedio fue superior a 7%. La población urbana pasó de 40 a 61% en el mismo periodo.

[8] Sus puntos centrales son: defensa irrestricta de las riquezas nacionales; elevación del nivel de vida de los sectores populares, bien con el reparto de tierras, bien con mejores condiciones laborales; fortalecimiento del sistema educativo para afianzar los lazos de cohesión nacional; identificación del mestizo como portador nato del carácter nacional; desconfianza hacia las grandes potencias extranjeras; un fuerte Estado interventor en la economía legitimado en su origen revolucionario; y libertades para el ejercicio de la libertad política (Salas Sotelo, 1993: 56).

Además, se construyeron caminos y carreteras, se fortaleció la infraestructura de agricultura de riego, se expandió la electrificación. Esta modernización mexicana clásica se concentró en las ciudades. Se construyeron parques industriales y la ciudad transformó sus vías para adaptarlas a las exigencias del automóvil. Se promovió el crecimiento vertical y la construcción pública se multiplicó (Perló, 1990: 15).

Al mismo tiempo, la desigualdad regional se acrecentó a consecuencia de que el desarrollo industrial se fortaleció en el Valle de México, Guadalajara y Monterrey.[9] Es importante señalar que este crecimiento industrial descansó fundamentalmente en el sector primario, la agricultura de exportación en especial brindó las divisas necesarias para la importación de maquinarias (Hewitt de Alcántara, 1978). Y el crecimiento urbano se alimentó fundamentalmente de la fuerza de trabajo rural; la migración rural mantuvo un flujo constante hacia las regiones más desarrolladas en la medida que arruinaba a la producción campesina (Arizpe, 1985).

La composición de la población económicamente activa (PEA) cambió y crecieron tanto el sector secundario como el terciario, más acelerado este último, pero la distribución del ingreso y la riqueza no se hizo más equitativa. Producto de las migraciones campo-ciudad, el país adquiere gradualmente la fachada "moderna" al registrar un sustancial aumento de la población urbana y, dentro de ella, de la clase media.

Esta modernización "clásica" mexicana no tiene paralelo en Latinoamérica debido al cobijo ideológico que articuló y fortaleció a un grupo en el poder, con lo cual se nulificaron las aspiraciones democráticas e igualitarias de las clases medias. El férreo control sindical vía corporaciones redujo al mínimo la participación ciudadana y de los grupos organizados (aunque hay varias excepciones como el movimiento sindical de los electricistas y el movimiento estudiantil de 1968), y en general el avance de la democracia.

Al igual que en el porfiriato, durante el periodo del desarrollo estabilizador, el crecimiento económico no se correspondió con una modernización política. Por el contrario, el partido en el poder se cerró a las corrientes progresistas, y eso explica en parte que desde sus propias

[9] Las tres grandes metrópolis a fines de 1990 concentraban 26% de la población nacional y la mitad de la urbana; alrededor de 70% del empleo en la industria manufacturera y aproximadamente 80% de su producción (Arroyo Alejandre, 1994: 319).

entrañas haya surgido un grupo disidente, que luego fundaría uno de los partidos de oposición con gran presencia hoy día en muchas entidades del país.

Por todo lo anterior, el escenario de la modernidad mexicana fue el de las ciudades, y desde ellas se proyectó hacia las pequeñas comunidades por la vía de la expansión de la infraestructura del transporte, la educación y las comunicaciones. La modernización del campo se impulsó mediante la reforma agraria, pero solamente los empresarios agrícolas fueron favorecidos por las grandes inversiones del gobierno. La incorporación de las comunidades campesinas e indígenas —que eran muchas— al proceso de modernidad fue lento y dependió de muchos factores, entre los cuales destaca el presupuesto del gobierno para construir caminos, carreteras y escuelas; pero sobre todo, sus habitantes se mostraron refractarios a la modernidad urbana que todavía no llegaba de lleno al imaginario colectivo rural.

MODERNIZACIÓN MEXICANA TARDÍA

Esta suerte de "macrosociología" de la modernización es muy esquemática e insuficiente, pero me parece útil para entender las especificidades de los cambios un poco más cercanos a la vida cotidiana de la gente común, de lo cual me ocuparé en los siguientes capítulos. La modernización actual, de fines de milenio que he llamado tardía, comenzó en México a principio de la década de los ochenta, yuxtaponiéndose a las otras corrientes modernizadoras previas que no han terminado de cuajar ni de desaparecer.

Las tendencias del urbanismo observadas entre 1950 y 1970 continuaron, pero el proceso de industrialización se vio seriamente afectado por la crisis económica alimentada por una deuda pública gigantesca, una inflación galopante y un sistema bancario corrupto e ineficiente. La escasa generación de empleos y el deterioro de los salarios e ingresos de los campesinos, aunados a los recortes del gasto público, generaron contradicciones sociales muy fuertes; a tal punto se tomaron amargas medidas que se terminó rompiendo con el proyecto modernizador que se había seguido desde los cuarenta (sobre la base de una economía nacional protegida y una intervención directa del Estado en el sector productivo). Los eventos políticos que sacudieron al país a finales de los sesenta, fue-

ron sólo el prólogo de las amplias movilizaciones sociales y políticas presenciadas a lo largo de la década de los setenta.

La crisis económica ha sido una constante en las últimas tres décadas, en este tramo de la modernización tardía. A diferencia de aquella modernización bajo el desarrollo estabilizador que se dio en un contexto relativamente estable —el dólar mantuvo su paridad de $12.50 durante más de quince años—, la subsiguiente etapa tendrá lugar en medio de un contexto de inestabilidad financiera y de inflación. La década del setenta es considerada de transición, y a partir de 1982, tras una crisis financiera de grandes proporciones, se promueve un nuevo esquema de desarrollo bajo una perspectiva totalmente diferente a las anteriores. En particular se reduce al mínimo la participación directa del Estado en la economía y se inicia un proceso de reprivatización de empresas paraestatales y de apertura comercial (Baños, 1996b).

Por otro lado, el proceso de concentración urbano-industrial para los años setenta había creado tres megaciudades con índices muy altos de contaminación y violencia, lo cual forzó a las élites gubernamentales a diseñar medidas para atacar la concentración y centralización, previendo que su gravedad se tornara un problema nacional, un problema de seguridad por parte del Estado. El gobierno mexicano retomó entonces las ideas descentralizadoras ya presentes durante el régimen del presidente Cárdenas. La administración del presidente Echeverría (1970-1976) se propuso llevar a cabo la desconcentración y descentralización de la industria y el comercio hacia las ciudades medias o regiones menos desarrolladas, mediante la promoción de parques industriales y estímulos fiscales.

Sin embargo, tales medidas fueron insuficientes para sacar a la mayoría de las industrias instaladas en el Valle de México; así, a partir de la década de los setenta, la modernización mexicana empieza a producir efectos de rebote: varios tipos de crisis no sólo económica sino social, política y cultural. El saturamiento de las ciudades dominantes produce un alto índice de violencia; la brecha entre oferta y demanda de empleos se ensancha a consecuencia de la incorporación de avances tecnológicos y la contracción del mercado interno por los bajos salarios; las instituciones gubernamentales por su parte dan muestra de incompetencia ante una corrupción endémica pocas veces vista en la historia.

A partir de 1982, con la nacionalización de la banca precedida de una devaluación severa, México entra al epicentro de una etapa de mo-

dernización que, siguiendo a Giddens, llamaré de modernización tardía porque ya no gravita en la industrialización ni en la concentración urbana, sino en la apertura financiera y comercial, en las exportaciones petroleras y en la ampliación de la planta maquiladora; la generación de empleos gravita en el sector terciario. Es una modernización de cara a los mercados internacionales, especialmente al de Estados Unidos de Norteamérica a través del Tratado de Libre Comercio que entró en vigor en el año de 1994.

Esta estrategia, empero, agudiza el intercambio comercial y se abulta el déficit de la balanza de pagos, se dispara la deuda externa y las devaluaciones del peso se suceden ininterrumpidamente. Además, como resultado de las políticas de descentralización y de sus propias contradicciones, juntas, aparecen signos de que el crecimiento de la ciudad de México empieza a disminuir a favor de las ciudades medias (Hiernaux, 1990). La capital del país sigue siendo un centro de poder económico, político y cultural, pero tiende a convertirse en un foco de expulsión de población.

La pérdida de capacidad adquisitiva del salario real ha sido brutal, lo que se ha acompañado de efectos de retroceso en las condiciones de vida de la población, particularmente en materia de salud, alimentación, acceso a la vivienda y educación. Y más grave aún, las expectativas de los grupos sociales ya no se mueven fundamentalmente por el comportamiento del escenario regional, ni siquiera nacional, sino por las promesas difundidas de la modernidad, por la propaganda más que por las condiciones objetivas. La educación básica se extiende y llega a casi todas las poblaciones rurales, y sobre todo millones de mexicanos descubrirán un mundo nuevo, ayer reservado sólo a las élites del dinero o de la cultura (Fossaert, 1994: 11-12). La educación junto con la influencia de los medios electrónicos de comunicación generan expectativas que se estrellan con la realidad a la hora de llevarlas a la práctica, por lo que se abulta el llamado sector informal o de autoempleo.

A partir de 1982, México vive una crisis económica de "baja intensidad" que a veces se torna más crítica y, como resultado de ella, las oportunidades de empleo y los salarios reales han disminuido sensiblemente; pero no hay movilizaciones sociales ni huelgas como en los setenta. Esta situación constituye un reto a las ciencias sociales en general y a las ciencias políticas y la sociología en particular.

Indudablemente las migraciones internacionales, en especial hacia Estados Unidos, constituyen un relevo de la falta de empleos y de ex-

pectativas. Para algunos autores, México ha entrado a la etapa posmoderna sin haber recorrido la modernización clásica (Aguilar Villanueva, 1992). O lo que es lo mismo, se ha instalado forzadamente en el país un proceso de modernización tardía. Entre otras razones, porque México simplemente está reaccionando frente a los problemas generados por una pesada carga de la deuda exterior.

En todo el continente latinoamericano, ahora se menosprecian las propuestas de industrialización, de sustitución de importaciones y del fortalecimiento de Estados nacionales autónomos, al considerarlas ideas anticuadas culpables de que la sociedad haya diferido su entrada a la modernidad. Como dice García Canclini: "Si bien permanece como parte de una política moderna la exigencia de que la producción sea eficiente y los recursos se otorguen donde rindan más, ha pasado a ser una ingenuidad 'premoderna' que un Estado proteja la producción del propio país o, peor, en función de intereses populares que suelen juzgarse contradictorios con el avance tecnológico" (García Canclini, 1990: 22).

Hay algo más que debe agregarse con relación a esta nueva orientación de la modernización, también en la sociedad y la cultura cambió lo que se entendía por modernidad. Han sido abandonadas las expectativas despertadas en los sesenta por el evolucionismo, que prometía la solución de los problemas sociales mediante la simple secularización de las prácticas sociales. Había que pasar, se decía siguiendo a Gino Germani, de los comportamientos prescriptivos a los electivos, de la inercia de las costumbres rurales o heredadas a conductas propias de sociedades urbanas, donde los objetivos y la organización colectiva se fijarían de acuerdo con la racionalidad científica y tecnológica. Eventos como la lucha armada en Guatemala, El Salvador y recientemente en México (Chiapas y Guerrero), han hecho que se reconozca a los países latinoamericanos como una articulación compleja de tradiciones y modernidades, un continuo heterogéneo formado por regiones con sus propias lógicas de desarrollo.

En el caso de México, la modernización económica mediante medidas orientadas hacia los mecanismos financieros y de mercado ha arrojado resultados contradictorios: positivo para un pequeño número de grandes empresas y negativo para la inmensa mayoría de los mexicanos; no obstante, tal modernización ha sido "vendida" al público, idealizada por la población. Esto significa que los trabajadores se mueven de un lugar a otro bajo condiciones de incertidumbre de empleo muy altas, y

tienden a despreciar su propio entorno inmediato. Un efecto que se vive hoy de la pasada modernización clásica inacabada, es que la capacidad de atracción de las ciudades dominantes representativas (Distrito Federal, Guadalajara, Monterrey, León, Puebla) se ve seriamente menguada, e incluso sus propios pobladores se convierten en migrantes hacia zonas del norte y sur.[10]

La modernización mexicana es mucho más de lo que aquí he repasado brevemente. Para los fines de remarcar su importancia contextual acudo a Gilberto Giménez (1994) quien sostiene que México está embarcado en un ambicioso proyecto de modernización que, si bien pretende abarcar todos los ámbitos del sistema social, se orienta en primera instancia a dar un nuevo impulso al desarrollo económico y tecnológico, con la secreta esperanza de que todo el resto vendrá por añadidura. Se pretende poner un pie en el Primer Mundo, participar en la globalización económica y homologar nuestra organización social y económica a la de los países más desarrollados.

La política económica del gobierno seguida en las últimas dos décadas ha sido absolutamente consecuente con ese propósito, pero México es un país pluricultural que se ha formado a partir de una pluralidad de grupos étnicos preexistentes al Estado; es decir, de comunidades primordiales originalmente autónomas que fueron obligadas a reorganizarse dentro del sistema estatal, por lo cual el proyecto neoliberal excluyente se ha estrellado y fracasado.

Evidentemente, la modernización de la época actual no es la misma que se planteaba en los años sesenta, pero sigue cometiendo los mismos pecados que las anteriores, razón por la cual no logra cuajar y articularse en una fuerza de cambio para revertir, sino que solamente funciona para mantener el *statu quo* y "enriquecer" la cultura nacional. Es un proceso complejo de adecuación de la economía y la sociedad a las nuevas pautas de acumulación a escala mundial, y de ese modo se ha propiciado una modernidad híbrida (García Canclini, 1990); ya que las brechas sociales seculares que se ensanchan exigen como necesidad y no como opción racional que se reaviven algunas tradiciones que parecían muertas, al tiempo que incorporan al consumo los productos manufacturados

[10] De los inmigrantes del estado de Quintana Roo, por ejemplo, los nativos del D.F. representan el segundo núcleo, después de Yucatán, más numeroso.

con tecnología sofisticada. Sin embargo, la modernización social ha venido reconfigurando las instituciones civiles, comunitarias, familiares y gubernamentales a tal punto que es capaz de darle tesitura al tejido social. La modernización social es un hecho, es un proceso que avanza de manera desigual y se apropia de la experiencia.

MODERNIZACIÓN MEXICANA REGIONAL

La modernización (o secularización) se ha propagado por todo el país, pero hay ciertos factores que retrasan o aceleran el ritmo de expansión. La modernización es un proceso de transición que afecta no solamente la economía, sino también otras dimensiones como la valorización del territorio, o sea la revalorización o desvalorización, según el caso, del espacio regional por parte de la población local. Afecta igualmente el orden social tradicional basado sobre todo en costumbres o tradiciones, y ahí donde todavía hay células étnicas la modernización social avanza lentamente.[11]

Quiero explicar en forma breve porqué las instituciones comunitarias y familiares tradicionales en la Península de Yucatán arribaron al siglo XX más fortalecidas que en cualquier otra región del país —a excepción de Chiapas y Oaxaca—, y así permanecieron durante varias décadas. La crisis agrícola generalizada, la expansión del urbanismo y algunos otros factores habían comenzado a socavarlas, pero este proceso toma otro brío a partir de que se extiende el suministro de energía eléctrica a todos los rincones del territorio de la entidad.

En efecto, la introducción de la energía eléctrica en el medio rural que coincidió con la expansión y desarrollo de los medios electrónicos de comunicación, fueron factores que aceleraron el proceso hacia la modernización social que subordinó la experiencia y se apropió del universo simbólico maya yucateco (Re Cruz, 1996; Mossbrucker, 1994).

La industrialización de México se concentró en algunas ciudades del Valle de México y parte del norte del país, y sus efectos, incluso como polo de atracción de migrantes, poco se resintieron en el sures-

[11] Un buen acercamiento a la problemática conceptual y a algunos casos de estudio, puede encontrarse en Van Young, 1991.

te de México. Esta marginación industrial compartida por otras regiones del país se convirtió en un cuello de botella, en un freno al desarrollo económico sostenido; al tiempo que la concentración industrial experimentada arrojaba un saldo nefasto de contaminación ambiental, y la sobrepoblación creciente sin empleo fijo agudizó la inseguridad y se extendió la violencia.

Ese es el verdadero trasfondo que alienta el proceso de descentralización y no los programas oficiales de desarrollo regional que han fracasado en la mayoría de los casos. Para hablar un poco más de las desigualdades regionales mexicanas, quisiera señalar el movimiento poblacional hacia las diferentes áreas del territorio nacional. Presento una regionalización que no coincide con las oficiales, que es arbitraria y que pretende solamente subrayar algunas condiciones geopolíticas que afectan o facilitan su dinámica económica y cultural. Frontera Norte (Baja California, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Sonora y Tamaulipas), Norte (Aguascalientes, Baja California Sur, Durango, Nayarit, San Luis Potosí, Sinaloa y Zacatecas), Centro (Colima, Distrito Federal, Guanajuato, Hidalgo, Jalisco, México, Michoacán, Morelos, Querétaro, Puebla y Tlaxcala), Sur (Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Tabasco y Veracruz) y Península de Yucatán (Campeche, Quintana Roo y Yucatán). (Véase mapa 2.)

De esta manera podemos notar que la región de la Frontera Norte a partir de los cuarenta alcanzó índices de crecimiento poblacional intercensal más altos que los nacionales, siendo muy acentuado durante las dos décadas siguientes (gráfica I.1). La Frontera Norte se había caracterizado por su baja densidad poblacional y por la presencia muy escasa de grupos indígenas, pero por su vecindad con Estados Unidos, el endurecimiento de las medidas antiinmigratorias y la instalación de cientos de maquiladoras, durante los sesenta la región creció más que cualquier otra y es sin lugar a dudas la más sensible a los vaivenes económicos y culturales que vienen del Primer Mundo.

Para brindar una idea de los desequilibrios regionales, basta mencionar que en términos del Producto Interno Bruto (PIB) nacional la región Centro y la Frontera Norte concentran juntas 80% del mismo (cuadro I.1). Y aunque la población tiende igualmente a concentrarse en esos polos, en las otras regiones sobreviven más de 35% de los habitantes del país (gráfica I.2), con empleos mal pagados en los sectores primario y terciario.

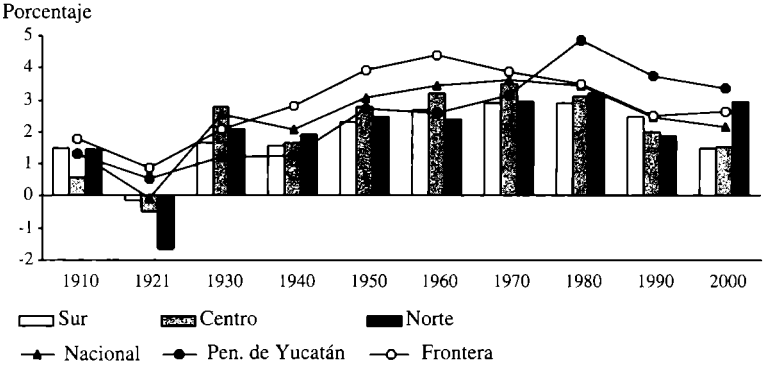
Mapa 2
República mexicana por regiones

Estado	*% PIB*	*Estado*	*% PIB*
Aguascalientes	0.36	Nayarit	0.55
Baja California	0.37	Nuevo León	7.35
Baja California Sur	0.57	Oaxaca	1.55
Campeche	1.24	Puebla	4.04
Coahuila	3.14	Querétaro	1.81
Colima	0.57	Quintana Roo	1.46
Chiapas	1.69	San Luis Potosí	1.79
Chihuahua	4.79	Sinaloa	1.98
Distrito Federal	23.78	Sonora	2.79
Durango	1.23	Tabasco	1.26
Guanajuato	3.28	Tamaulipas	3.23
Guerrero	1.79	Tlaxcala	0.55
Hidalgo	1.37	Veracruz	4.14
Jalisco	6.68	Yucatán	1.45
México	10.67	Zacatecas	0.76
Michoacán	2.34		
Morelos	1.42	Nacional	100.00

Región 1. Frontera Norte
Región 2. Norte
Región 3. Centro
Región 4. Sur
Región 5. Península de Yucatán

Fuente: *Encuestas Nacionales*, INEGI, 1999.

Gráfica I.1
Índice de crecimiento anual intercensal por regiones, 1910-2000



Fuente: *Censos Generales de Población y Vivienda 1910-1990.* INEGI, *XII Censo General de Población y Vivienda, resultados preliminares*, 2000.

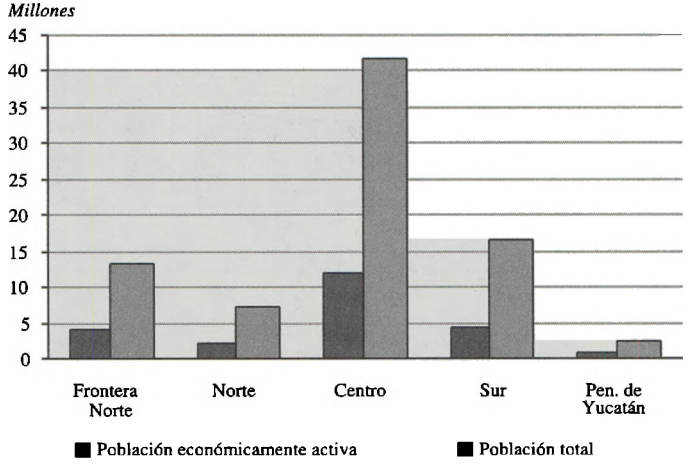
Cuadro I.1
Producto Interno Bruto de México, 1988-1996

	1988	*1993*	*1994*	*1995*	*1996*
Frontera Norte	18.58	19.27	18.96	19.35	19.09
Norte	7.14	7.66	7.56	7.59	7.43
Centro	61.2	59.56	59.98	59.86	60.37
Sur	9.91	10.32	10.3	10.07	9.93
Península de Yucatán	3.15	3.2	3.19	3.15	3.15
Total:	99.98	100.01	99.99	100.01	99.98

Fuente: *Sistema de cuentas nacionales de México*, INEGI, 1999.

Entre las regiones existe un contraste bastante grande en términos de ingresos per cápita, siendo los de la región Sur los más bajos de todos y donde se concentra la mayor parte de la población indígena del país. Las migraciones son las que ayudan a que la región Sur presente un índice de crecimiento intercensal por abajo del índice nacional, no obstante que presenta el promedio más alto por miembros de familia. En la región Sur predomina, además, una agricultura de temporal, escasamente

Gráfica I.2
Población económicamente activa y total por región, 1990



Fuente: *Censo General de Población y Vivienda, 1990*, INEGI.

tecnificada; y en general un bajo índice de industrialización. Esta zona ha sido expulsora de mano de obra desde hace varias décadas y tiende a mantener e incluso incrementar su participación. Los zapotecas y juchitecos y mixes, por ejemplo, por medio de las migraciones hoy día han revigorizado sus comunidades que constituyen un verdadero complejo cultural tradicional-moderno (Nahmad Sitton, 1990 y Sorroza, 1990). Aquí la modernización económica ha sido muy lenta y se ha concentrado especialmente en las capitales de los estados.

La Península de Yucatán en lo general había seguido esas mismas pautas, mostrando un índice de crecimiento intercensal incluso más bajo que el de la región Sur. Pero a partir de los setenta y más claramente en los ochenta el crecimiento poblacional se dispara hasta alcanzar las tasas de crecimiento intercensal más altas del país en las últimas dos décadas (gráfica I.1). Esta dinámica poblacional nos habla de cambios muy importantes en la esfera económica de una región que era eminentemente agrícola y expulsora de mano de obra. Asimismo de una rearticulación de las fuerzas políticas, de las fronteras culturales, y de una nueva relación campo-ciudad, que explicaré enseguida.

Desde mucho tiempo atrás, en México un foco de atracción ha sido la región Centro, posteriormente el turno fue para la Frontera Norte, de manera reciente se sumó a esta categoría la Península de Yucatán. No obstante, en la composición del producto interno bruto (PIB), el peso más alto corresponde a las actividades económicas, concentradas en aquellas dos regiones. La modernización económica con expansión restringida hacia los mercados, como en la región Sur, tiene una baja eficacia en los procesos sociales. Evidentemente, todas las partes y todas las esferas de la vida nacional están interconectadas unas con otras, y el proceso de modernización que recorre el país no hace tabla rasa ni del pasado ni de los diferentes escenarios; de hecho, se retroalimenta a partir de los diferentes contextos y costumbres preexistentes.

México carece de una política de desarrollo para sus regiones, de la forma que éstas puedan ser definidas. El gobierno federal la sustituye con políticas particulares de dimensión regional, como las de combate a la pobreza y otras más que distan de ser el equivalente de una estrategia para revertir el desarrollo desigual territorial. Debe hacerse notar que aunque hay señales de cambio, debido al doble fenómeno de la concentración económica y de la centralización de las grandes decisiones estratégicas, los agentes locales desempeñan un papel menor, en ocasiones francamente nulo, en la determinación de las condiciones generales que propician o entorpecen el crecimiento económico. Tal fue el caso de la instalación de Pemex en Campeche recientemente.

En la década de los noventa, con la llamada reforma estructural, el Estado teóricamente jugaría la mera función de acompañamiento de las tendencias de la fuerza del mercado, con lo cual las brechas entre las regiones meridionales y norteñas de la nación se hicieron más notorias. El examen de los diversos indicadores de producción, formación de capital, empleo, bienestar, educación, organización de los trabajadores y de los campesinos e infraestructura, muestra claramente que los desequilibrios regionales se ensancharon en los últimos cuatro lustros.

Al mismo tiempo muestra que el conjunto de los estados fronterizos del norte y los que forman su entorno geográfico más inmediato hacia la costa del Pacífico y centro norte de la República, son sede territorial de las ramas productivas y empresas que tienden a concentrar la mayor parte del dinamismo agropecuario de la nación.

Recientemente, Rello y Morales han corroborado que la economía rural del corredor D.F.-Querétaro excede con mucho a las actividades

agropecuarias y primarias, y se extiende cada vez con más fuerza al campo de la agroindustria, el comercio, los servicios y los mercados laborales (1998: 1). Esto es, que la modernidad ya está instalada en el medio rural del Centro de México, situación que en grados diversos tiende a generalizarse, como veremos enseguida al analizar la Península de Yucatán.

La Península de Yucatán en las últimas décadas del milenio

El gobierno de Luis Echeverría (1970-1976) impulsó la creación de parques industriales y polos turísticos dentro de esas zonas marginadas de la industrialización y el urbanismo. En un contexto de crisis económica generalizada y deslegitimada la estrategia de sustitución de importaciones para el desarrollo industrial, y una crisis todavía más aguda en el campo reflejada en el declive de producción de granos básicos, la Península de Yucatán sufrirá una transformación social profunda e inédita. Uno de los resortes fundamentales fue la puesta en marcha del megaproyecto turístico denominado Cancún[12] y, más tarde ya en la década de los ochenta, la expansión de la producción petrolera en la Sonda de Campeche.

Durante el periodo colonial y hasta mediados del siglo XIX, la Península de Yucatán fue una gubernatura, lo que hoy es el estado de Yucatán comprendía todo el territorio de la Península (mapa 3). En 1857, el presidente Juárez ordenó la creación del estado de Campeche; y a principios del XX, durante el gobierno del general Porfirio Díaz, se fundó el territorio de Quintana Roo, que por su baja densidad de población solamente hasta finales de la década de los setenta pudo adquirir el estatuto de estado.

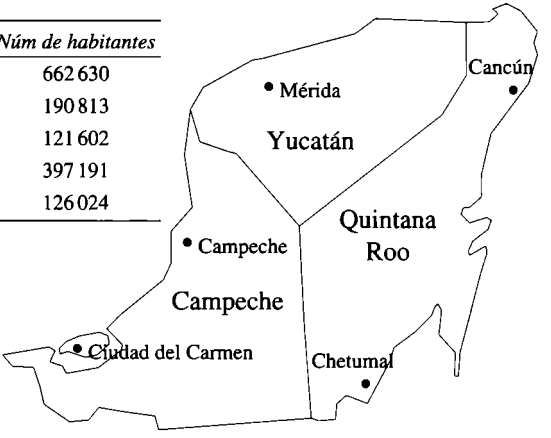
A mediados del siglo XX, la integración de la Península de Yucatán al resto del país había sido lenta, el transporte de pasajeros y mercancías se llevaba a cabo por mar. Los ferrocarriles nacionales tocaron Campeche y más tarde Yucatán en la década de los cincuenta, con lo cual se facilitó el escaso desplazamiento de personas y de mercancías hacia el resto del país porque la Península solamente exportaba henequén. Una

[12] De la misma forma en estos años, empieza a cobrar importancia estratégica la Frontera Sur, y en Chiapas se lleva a cabo la construcción de tres grandes plantas hidroeléctricas (Netzahualcóyotl, Chicoasén y Belisario Domínguez), generando grandes movimientos de población en el estado de Chiapas (Cruz Burguete, 1998: 16).

década más tarde las carreteras completaron esta conexión por vía terrestre. Esta infraestructura de comunicaciones terrestre poco impactó la actividad económica de la región y se convirtió en el patio trasero del país, en una extensión del mercado interno, porque aquí no se desarrollaron las industrias domésticas ni el comercio interregional.

Mapa 3
Península de Yucatán

Ciudad	*Núm de habitantes*
Mérida	662 630
Campeche	190 813
Chetumal	121 602
Cancún	397 191
Ciudad del Carmen	126 024



Fuente: INEGI, *Censo General de Población y Vivienda, 2000.*

Campeche

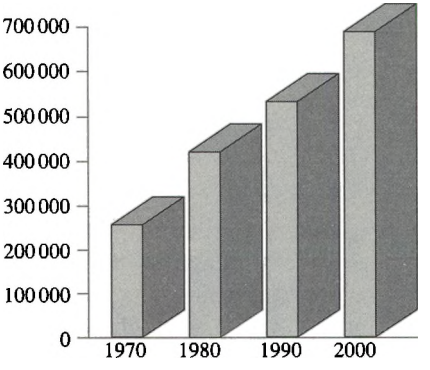
La densidad poblacional del estado de Campeche siempre ha sido baja, el año de 1950 apenas superaba el número de 120 000 habitantes. Esta población se concentra principalmente en la región norte a lo largo del camino real, hoy carretera Campeche-Mérida, y la costera, en ciudades como Campeche (la capital), Ciudad del Carmen y Champotón. Comparte con Quintana Roo una extensa selva que producía maderas preciosas y abundaba el árbol del chicle. La extracción de esta resina fue una de las actividades comerciales más importantes poco antes que llegara la comunicación terrestre por ferrocarril y carretera con el Centro del país.

Además, en las últimas décadas Campeche se distinguía principalmente por su sector pesquero que exportaba cantidades importantes de camarón hacia Estados Unidos. Para el año de 1990 registró un índice de 13% de analfabetismo, uno de los más altos de la República.

Campeche mantuvo un ritmo de crecimiento poblacional por abajo de la media nacional, pero entre 1970 y 1980 brinca de 251 556 a 420 553 habitantes, a una tasa promedio de crecimiento anual de más de 5% (gráfica I.3). Esto debido probablemente a que durante los primeros años de la década de los setenta, se llevó a cabo un programa de colonización y se les brindó tierra a muchos productores que vinieron del norte. Incluso se puso en marcha un programa de desarrollo agrícola ambicioso. Mediante una inversión federal se activaron miles de hectáreas para la producción de arroz, con lo cual llegó a ser la segunda entidad productora de este grano. Además, Ciudad del Carmen se convirtió en un foco de atracción de migrantes debido al inicio de las actividades petroleras en la Sonda de Campeche.

El sector pesquero a partir de la década de los sesenta se convirtió en uno de los más importantes de la entidad y llegó a ocupar el primer lugar en la producción y exportación de camarón entre los estados del

Gráfica I.3
Población de Campeche, 1970-2000



Fuente: *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos 1980*, SPP, p. 355; *X Censo General de Población y Vivienda*, 1980. Estado de Campeche, vol. II, t. 4, México 1982, SPP, p. 10; *XI Censo General de Población y Vivienda*, 1990. *Resultados definitivos. Tabulados Básicos*, p. 12; INEGI, *Anuario Estadístico de Campeche*, 2000.

Golfo de México. No obstante, la pesca en general ha perdido importancia en la entidad: en 1970 se produjeron 22 232 ton; en 1980 se alcanzó el punto más alto, 53 624 ton; y para 1990 cayó nuevamente a 41 531 toneladas. De este total el camarón es el que más ha perdido.

Año	*Toneladas*
1970	8 775
1978	23 145
1979	18 754
1980	10 439
1988	11 987
1990	8 230
1998	1 761

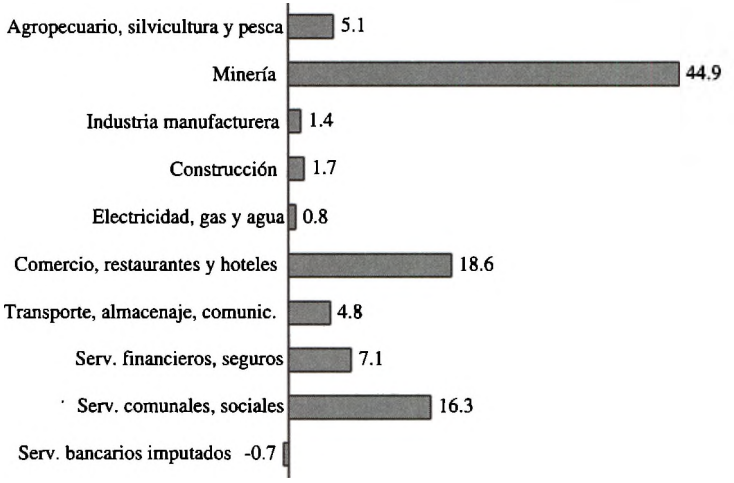
La flota pesquera originalmente estuvo en manos de los armadores y se fundaron varias cooperativas pesqueras. Después, durante el periodo presidencial de José López Portillo, la flota pesquera campechana se nacionalizó y los barcos pasaron a manos de las cooperativas de pescadores. Esta nueva organización no resultó ni mínimamente eficiente y los resultados fueron desastrosos; burocratismo y corrupción se conjugaron para que el sector pesquero viniera a menos, mientras por otro lado se extendía la infraestructura de Pemex en la Sonda de Campeche.

No se sabe a ciencia cierta, qué tanto ha contribuido a esta caída estrepitosa de la pesca del camarón la mala administración de las cooperativas pesqueras camaroneras, y qué tanto la nueva y creciente actividad que tomó por asalto a la Sonda de Campeche a fines de los setenta. "De 1978 a la fecha la captura de camarón en la Sonda disminuyó de 23 145 a sólo 1 761 toneladas. En ese periodo desaparecieron 18 congeladoras y 25 cooperativas que generaban en conjunto 15 000 empleos", declaró Francisco Romellón Pérez, vicepresidente de la delegación de la Cámara Nacional de la Industria Pesquera.[13]

En cuanto al petróleo, Campeche cuenta hoy con alrededor de 300 pozos petroleros que extraen el crudo de la Sonda. En las 127 plataformas marinas laboran 5 400 técnicos. Se dice que esta zona posee 46% de las reservas probadas de crudo y genera 75% de la producción nacional. Este sector

[13] *Diario de Yucatán,* 14 de mayo de 1999.

Gráfica I.4
Producto interno bruto de Campeche por actividad económica, 1999



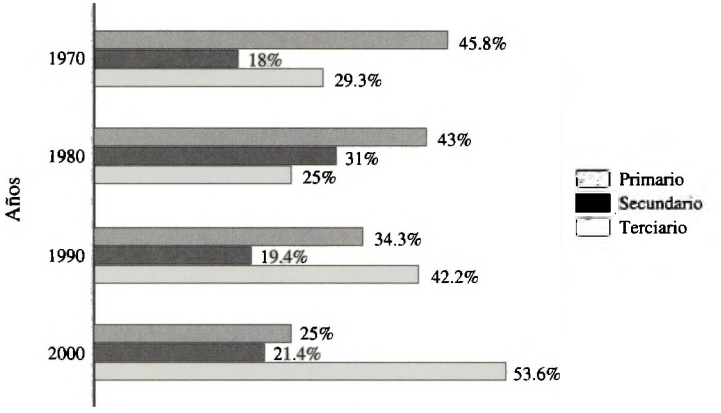
Fuente: *Anuario Estadístico de Campeche*, edición 2001, INEGI, p. 252.

es el más importante del producto interno local (gráfica I.4), pero genera muy pocos empleos directos, y de hecho ha impactado al sector económico tradicional que era el de la pesca. El impacto de esta "petrolización" ha sido resentido principalmente en Ciudad del Carmen donde se encuentra el centro de operaciones petroleras. Dicha ciudad ha sufrido un acelerado proceso de expansión y de cambio social, especialmente vertiginoso ha sido el crecimiento poblacional. Las otras regiones, como el Camino Real y Escárcega-Candelaria, experimentan un proceso de transformación social más lento sin abandonar por completo la agricultura tradicional, cuyo sector de actividad predomina sobre los otros (gráfica I.5).

Quintana Roo

En 1902, Quintana Roo fue separado del estado de Yucatán y con una extensión de 50 000 kilómetros cuadrados adquirió el estatuto de territorio federal. Los primeros gobernadores fueron militares y posteriormen-

Gráfica I.5
Población económicamente activa por sector de actividad de Campeche, 1970-2000

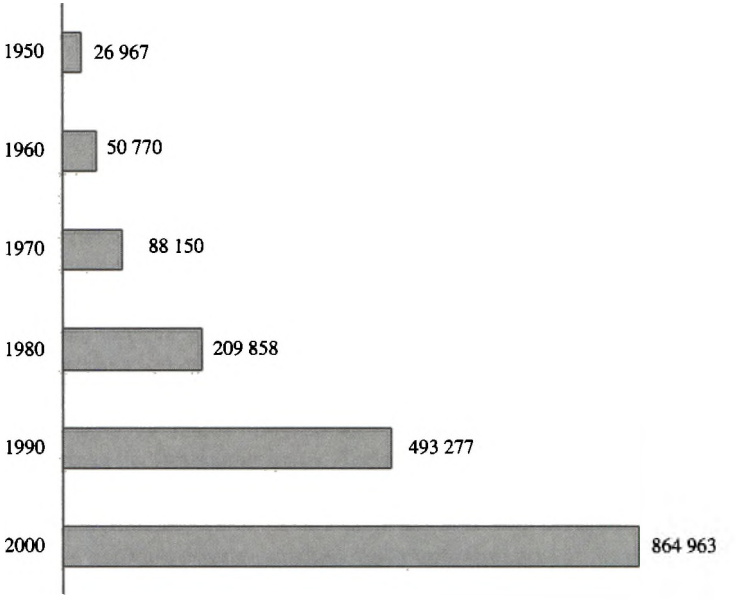


Fuente: *Censos Generales de Población y Vivienda 1970, 1980, 1990, 2000*, INEGI.

te políticos nombrados por el Presidente de la República en turno. En consecuencia, se recreó una estructura de gobierno diferente a la de los otros estados de la República. Es hasta el año de 1974 cuando Quintana Roo se constituye en una entidad federativa, es decir, en uno de los 32 estados que componen la República Mexicana (César Dachary y Arnaiz Burne, 1990).

La falta de caminos entre las poblaciones rurales y en general de vías de comunicación con el resto del país era mucho más precaria que la de los otros estados de la Península. En 1930 solamente contaba con 10 670 habitantes, en cambio para 1970 había dado un fuerte salto alcanzando los 88 000 habitantes (gráfica I.6). Sin embargo, es a partir de los primeros años de los setenta cuando Quintana Roo sufre un crecimiento demográfico inédito y el más alto de todo el país. Entre 1970 y 1990 el crecimiento promedio anual fue de 9% (Aguilar Barajas, 1995: 5), más de tres veces la media nacional. En 1990 contaba con una infraestructura hotelera de 25 000 cuartos disponibles y recibió más de un millón de visitantes; para el año 2000 superaba los 50 000 cuartos. De hecho, es el segundo polo turístico más importante como generador de divisas. La ciudad de Cancún, en poco menos de tres décadas superaba

Gráfica I.6
Población de Quintana Roo, 1950-2000



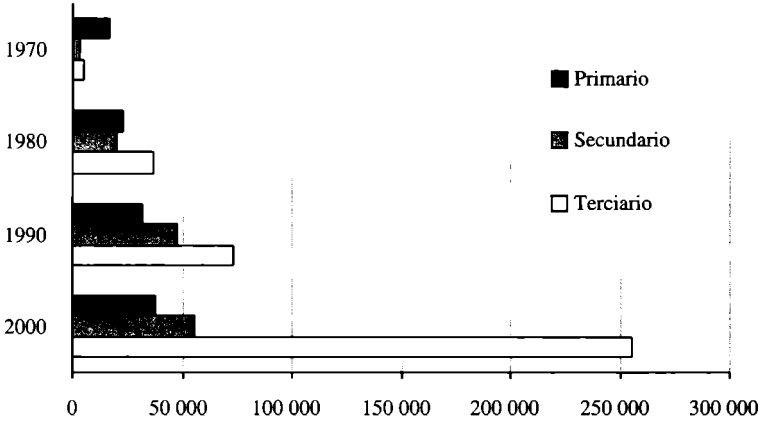
Fuentes: *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos, 1980*, SPP, p. 358; *Censo General de Población y Vivienda, 1980*, Edo. de Quintana Roo, vol. II, tomo 23, SPP, 1982, p. 22; *XI Censo General de Población y Vivienda, 1990, resultados definitivos*, INEGI, p. 10.

los 300 000 habitantes. La economía del estado descansa en el sector terciario, principalmente en el turismo que ocupa poco menos de 60% de la Población Económicamente Activa (gráfica I.7).

La población que vive en el estado de Quintana Roo ha tendido a concentrarse en dos municipios: Othón P. Blanco, donde se localiza Chetumal, la capital del estado; y Benito Juárez, Cancún. Estos dos municipios por sí solos concentran arriba de 70% de la población de la entidad (Aguilar Barajas, 1995: 6). La ciudad de Cancún ha tenido un aumento constante de población a un promedio de 8% anual, lo cual representa más de tres veces la media nacional.

Las interconexiones que existen entre estos tres estados de la región son muy variadas. El Censo de Población y Vivienda de 1990 arroja que

Gráfica I.7
Población económicamente activa de Quintana Roo
por sector de actividad, 1970-2000



Fuentes: *Censos Generales de Población y Vivienda, 1970-1990*; INEGI, *Anuario Estadístico del Estado de Quintana Roo*, edición 2001.

del total que habitan Quintana Roo, 292 000 personas nacieron fuera de la entidad; de los cuales 142 832 (29.2% de la población total) son nativos de Yucatán, y algo más de 16 000 personas (4.2%) del estado de Campeche. Cabe decir, que durante la década de 1980, que fue la de mayor actividad constructiva de infraestructura, la mayor parte de los trabajadores llegó de Yucatán (Dufresne, 1999). De esa manera, el surgimiento de Cancún inyectó indirectamente recursos a Yucatán con la demanda de todo tipo de productos, al mismo tiempo que alivió su demanda de empleos, y muchas familias rurales recibieron el dinero proveniente de sus parientes trabajando en el vecino estado.

Esta articulación económica y cultural es muy compleja, y tan sólo como una forma de avanzar puntualizo que el polo turístico Cancún, y más tarde la ciudad de Cancún, representan un enclave concreto de la modernidad social de la Península de Yucatán. Simbólicamente es una puerta a la modernidad planetaria, y de manera estratégica se ha convertido en el núcleo central de una red de relaciones campo-ciudad vía lazos familiares; son muchos los emigrados yucatecos que guardan todavía un

vínculo con sus familias, muchas de ellas habitando en las poblaciones rurales de Yucatán. Cancún y más recientemente Playa del Carmen son asentamientos poblacionales que se nutren de una incesante inmigración, en donde muchos de los trabajadores temporales de Yucatán de pronto encuentran un empleo fijo y se quedan para establecer ahí su residencia. Por su cercana y fuerte relación a los circuitos turísticos mundiales, ambos son focos de la modernidad social de la Península de Yucatán.

Debido al desarrollo de Quintana Roo se mejoraron las carreteras existentes y se construyeron otras, de modo que ahora existe una carretera que hace un circuito de toda la Península, y recorre a Quintana Roo de sur a norte y a Yucatán de este a oeste y de norte a sur (Dufresne, 1999). Además, se extendió la electrificación alcanzando a 95% del total de la población que habita en la Península de Yucatán.

La diversidad económica, social y política es ahora una de las características distintivas de esta región peninsular que dejó de ser predominantemente agrícola para convertirse en diversificada. La modernización ha alcanzado en la práctica todas las esferas de la sociedad y no solamente a la estructura económica. Según un estudio de Garza y otros (1995), el ingreso per cápita anual de la Península de Yucatán pasa de 539 dólares en 1970 a 1 604 dólares en el año de 1990.

Desde luego, hay que hacer un mínimo de consideraciones acerca de este promedio. Por ejemplo, en Campeche el ingreso promedio de la mayoría de la población ha sufrido un aumento muy modesto. En cambio, el ingreso per cápita de 1980 a 1990 se dispara de 818 a 4 111 dólares, principalmente a causa de la explotación petrolera. Los altos salarios son recibidos sólo por una élite de técnicos ligados directa o indirectamente a Pemex.

En Quintana Roo, en cambio, el ingreso per cápita tiende a estar menos concentrado, aunque siempre se mantiene marginada la población rural y especialmente la rural del sur de la entidad. Aquí el salto se registra de 1970 a 1980, pasando de 685 a 1 218 dólares; y a la década siguiente solamente se eleva a 1 359 dólares.

En el caso de Yucatán, dicho ingreso per cápita ha permanecido sin grandes alteraciones durante estas dos décadas. De 506 dólares en 1970 (el más bajo de los tres estados de la Península), pasó a 707 dólares en 1990.

Por otro lado, debido a que estos nuevos enclaves están vinculados estrechamente a los vaivenes internacionales, observamos que mientras

la economía de Quintana Roo se ve estimulada en forma positiva por la subvaluación del peso que hace aumentar el número de turistas, la de Campeche, en cambio, se ve afectada al reducirse la participación fiscal por concepto de venta de crudo, y además se cancelan o posponen proyectos de exploración y mejoramiento de infraestructura física. Ambos estados se han convertido debido a ello en focos de atracción de migrantes cuando en el pasado eran zonas expulsoras, como lo es hoy Yucatán, cuya economía está mucho más diversificada.

Hay que señalar, por último, que junto a estas transformaciones económicas y sociales también han habido cambios en las preferencias políticas de la población. En Campeche, donde la fuerza de los partidos de oposición era microscópica, ha ganado terreno el Partido de la Revolución Democrática y en las pasadas elecciones de 1998 estuvo a punto de obtener el número mayoritario de votos para alcanzar la gubernatura del estado. De la misma forma, en Quintana Roo, especialmente en las áreas urbanas (Chetumal y Cancún), los partidos de oposición desempeñan un papel protagónico (César Dachary y Arnaiz Burne, 1990). El caso de Yucatán lo analizaremos con mayor detenimiento en el siguiente apartado.

Poblados, ranchos y toda clase de asentamientos poblacionales pueden acceder, como nunca antes, a un vasto abanico de información que había estado restringido a los habitantes de las ciudades. Los sistemas locales de televisión, radio y cable conectan a estos pobladores con eventos remotos, de tal modo que los conocimientos adquiridos localmente se entremezclan y producen conflictos entre posibilidades reales y expectativas (Re Cruz, 1996, Dufresne, 1999).

Modernización en Yucatán: 1980-1997

Yucatán ha sido una región eminentemente agrícola y sin minerales o metales preciosos; en definitiva no formó parte de las regiones ricas durante la Colonia. No obstante que el henequén proyectó a Yucatán al ámbito internacional desde la mitad del siglo XIX, durante el porfiriato e incluso hasta bien entrada la década de 1950, se mantuvo relativamente aislado del resto del país.

Tampoco logró constituirse en un foco significativo de industrialización ni durante ni después del periodo del desarrollo estabilizador (1940-1970), como fue el caso de Jalisco y Nuevo León. De esta suerte,

la distribución espacial de su población ha respondido fundamentalmente al desarrollo de su agricultura tradicional (maíz) y de su agricultura de exportación (henequén).

Durante varias décadas, la actividad de la industria cordelera representó más de 50% de la producción industrial de la entidad. Todavía en el año de 1965, la participación de las fibras duras fue mayoritaria en los rubros de valor de la producción, capital invertido, personal ocupado, valor agregado y remuneraciones totales. En cambio, para 1980 únicamente aportaba 25.6% del valor de la producción y brindaba ocupación a 14.7% de la fuerza de trabajo del sector industrial (Villanueva 1990: 44). En el renglón de la producción agrícola, pasó de 59.6% del valor de la producción en 1976 a 18.3% en 1983 y a solamente 9.8% en 1990. En consecuencia, la actividad henequenera bajó su participación en el PIB de la entidad de 13.4% en 1970 a 5.9% en 1983 (Villanueva, 1990: 48). Y en las estadísticas oficiales recientes ya ni siquiera aparece por separado el renglón de la producción agrícola del henequén. El henequén tiende a desaparecer físicamente, pero ha dejado un saldo de alta concentración poblacional alrededor de Mérida.

Yucatán era, pues, hasta hace unos años, una región dependiente de la monocultura, primero sujeta a los vaivenes del mercado internacional y posteriormente subsidiada por las inversiones gubernamentales. Desde mediados de los sesenta, en la medida que se agudizaba la precaria situación de la industria henequenera, creció el gasto gubernamental en subsidios e infraestructura para diversos tipos de actividades. Entre 1971 y 1975 éste se triplicó a precios corrientes y se duplicó a precios constantes; de igual forma entre 1980 y 1984 la inversión pública se volvió a triplicar a precios corrientes (Ramírez, 1991: 81). El Estado (a través de Cordemex, S.A. y el Banco Nacional de Crédito Rural, S.A.) se convertía así en uno de los principales agentes financieros del desarrollo de la entidad; de manera que no resulta exagerado afirmar que alrededor de una tercera parte de la demanda dependía del efecto multiplicador de este rubro (Vera Pren, 1990: 456).

Deprimida ya en forma crónica la agricultura comercial y bajo el influjo de una crisis económica a escala nacional, durante la década de los ochenta la economía del estado cambió de eje apuntando entonces hacia el comercio, los servicios y otras actividades industriales; la dinámica urbana se convirtió en pivote del desarrollo regional. Llegó a su fin un proceso mediante el cual la ciudad dejó de estar sujeta a los vaivenes

de la agricultura. El capital privado urbano cobró nuevos bríos y presencia, y es hoy día, junto con las menguadas inversiones federales, un factor fundamental del desarrollo regional. Aquella doble dependencia (monocultura-gasto federal), si bien no superada del todo, quedó atrás (Ramírez, 1991: 82-83) cuando la actividad henequenera en su conjunto se vio drásticamente reducida y el grueso de la inversión federal se reorientó hacia otros sectores no-agrícolas: el turismo y las maquiladoras (Baños, 1994).

Concentración urbana

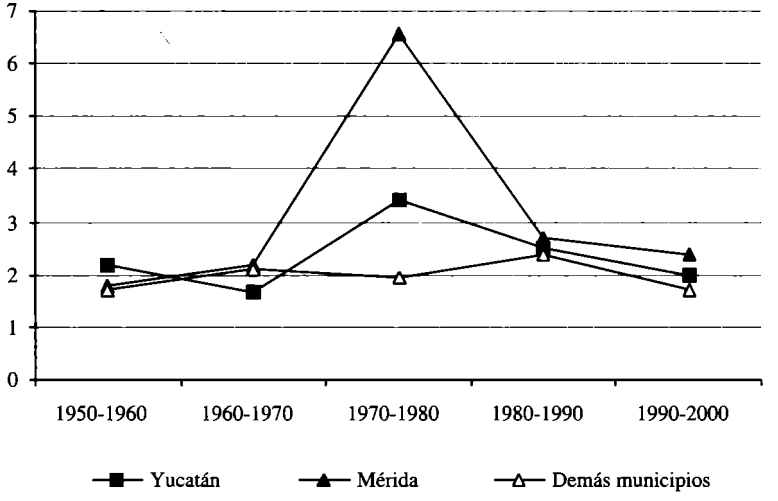
Entre 1940 y nuestros días, Mérida, la ciudad dominante que floreció con el auge de la economía henequenera y que aún no rebasaba los 100 000 habitantes, alcanzó un tamaño demográfico cinco y media veces mayor. El proceso de concentración urbana ha sido tal, que actualmente en Mérida habita una población superior a la que existía en todo el estado en 1960: más de 600 000 habitantes. Hay que señalar que la década más explosiva fue la de 1970 a 1980 cuando alcanza un crecimiento promedio anual superior a 6%, como se observa en la gráfica I.8.

Esto significa que tanto la política económica de ayer de promover el desarrollo regional por la vía de la agricultura y el fortalecimiento del sector campesino, como la política económica actual de promoverlo por medio de inversiones en infraestructura para las industrias domésticas, las maquiladoras[14] y el turismo, en última instancia sólo han estimulado el desarrollo urbano, focalizado en Mérida y en otras diez pequeñas ciudades (Hunucmá, Kanasín, Motul, Oxkutzkab, Progreso, Tekax, Ticul, Tizimín, Umán y Valladolid); algunas de las cuales, como Kanasín, Progreso y Umán, forman parte del área metropolitana de Mérida.

En el año de 1990 estas once ciudades concentraban 56% de la población de la entidad, porcentaje que ha aumentado considerablemente. Una década más tarde la población total de Yucatán ascendía a 1 658 210 habitantes y la del municipio de Mérida a 705 055; 42.5% del total (gráfica I.9). Sin duda alguna, la agudización de la crisis agrícola y la nueva reordenación del gasto federal en los ochenta estimularon el alto crecimiento centralizado en la ciudad de Mérida y sus alrededores. En la

[14] Las cuales analizo más adelante en el capítulo III.

Gráfica I.8
Tasa de crecimiento anual por decenio para Yucatán
y para Mérida y demás municipios, 1950-2000



Fuente: *Censos Generales de Población y Vivienda, 1950-1990*; INEGI, *Anuario Estadístico de Yucatán*, INEGI, 2001.

gráfica I.8 se puede observar que esa tendencia disminuyó considerablemente en la década de los noventa, pues el crecimiento poblacional alcanza entre 2 y 2.5% los tres ámbitos seleccionados.

Terciarización económica

El Censo de Población y Vivienda del año 2000 confirmó la tendencia económica hacia la terciarización. Por ejemplo, de una participación en 1970 del sector agropecuario de 55% de la población económicamente activa (PEA), se pasó a 17% en 2000; la participación de la PEA en el sector secundario sufrió una pequeña disminución, de 30.5% se pasó a 28%; y el sector terciario o del comercio, en cambio, se elevó en ese mismo periodo de 14.4 a 54.7% (cuadro I.2). Hay que agregar que de éstos casi 200 000 trabajadores del sector terciario muchos no tienen un

Cuadro I.2
Distribución de la Población Económicamente Activa
de Yucatán, por sector de actividad, 1970-2000

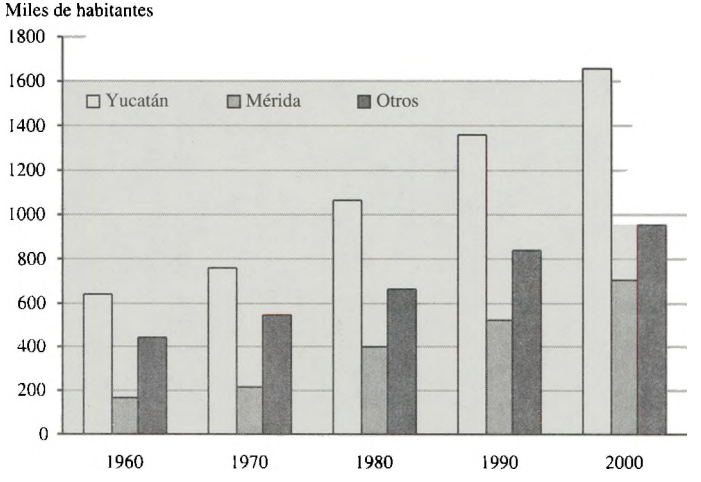
	1970		*1980*		*1990*		*2000*	
Sector	*Cantidad*	*Porcentaje*	*Cantidad*	*Porcentaje*	*Cantidad*	*Porcentaje*	*Cantidad*	*Porcentaje*
Primario	111 076	55	115 336	31.4	110 057	27	107 503	17.3
Secundario	61 492	30.5	59 439	16.2	99 896	24.5	172 952	28
Terciario	29 062	14.4	193 050	52.5	191 242	47.5	337 993	54.7
Total	201 630	99.9	367 825	99.9	407 337	99	618 448	100

Fuente: *IX, X* y *XI Censos Generales de Población y Vivienda*, INEGI; *Yucatán, Anuario Estadístico*, edición 2001, INEGI, pp. 315-318.

empleo fijo, y pasan así a formar parte del llamado sector informal que aparece, por primera vez en forma notoria en Yucatán, como muestra de esta nueva etapa de la modernidad social.

Esta terciarización es un reto fundamental para el análisis sociológico, ya que los cambios sociales corren en dos sentidos. Por un lado aumenta la composición técnica del capital y la demanda de empleos especializados, y por otro avanza el autoconsumo, el autoempleo, el trabajo informal comunal y el más amplio rango de actividades diversas que despliegan las familias y los individuos para sobrevivir. En el caso de Yucatán, dicha terciarización vino acompañada por la baja generalizada de los salarios reales. Veamos de nuevo las cifras del año de 1994, para notar que la participación de los sectores en el producto interno bruto (PIB) de la entidad fue la siguiente: primario 9.1%; secundario 21.5%; y terciario 69.4% (cuadro I.3), con la cual la participación relativa del sector manufacturero tendía a decrecer, pero se recuperó en el año de 1999 debido a la instalación de numerosas empresas maquiladoras.

Gráfica I.9
Población de Yucatán, 1960-2000



Fuentes: *Censos Generales de Población y Vivienda, 1960-1990*; INEGI, *Anuario Estadístico de Yucatán, 2001*, INEGI.

Cuadro I.3
Distribución de participación del PIB en Yucatán
por rama de actividades (1970-1999) (Porcentaje)

Actividad	*1970*	*1980*	*1990*	*1994*	*1999*
Agropecuaria, silvícola y pesca	11.7	8.3	7.7	9.1	6.5
Minería	0.4	0.4		1	0.29
Manufactura	21	17	23.3	12.5	14.2
Construcción	4	9.2	5.3	6.4	8.1
Electricidad	1	0.7	1.5	1.6	1.4
Comercio, restaurantes y hoteles	29.7	29.5	26.3	22.2	20.2
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	4.4	6.4	6.9	11.9	11.9
Servicios financieros, seguros e inmuebles	13.4	10.6	11	16.9	18
Servicios comunales, sociales y personales	14.1	18.9	18	21	21.3
Servicios bancarios	−1.3	−1.4		−2.4	−2.1
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, basándose en el *Anuario de Estadísticas Estatales*, 1985, SPP, pp. 161-166; y *Anuario Estadístico de Yucatán*, 1992, p. 373, edición 2001, p. 351.

Me interesa abundar un poco más sobre esta terciarización para tener una idea de su impacto social. En el año de 1994, la mayor cantidad de personal remunerado por empresa o unidad censada se encuentra en la construcción, seguida de las manufacturas, los servicios y el comercio. Además, hay que señalar la desigualdad que existe al interior de cada sector, ya que por un lado subsisten muchísimas pequeñas empresas familiares, y por el otro, unas cuantas muy grandes (Ramírez, 1993: 23-25).[15]

[15] Según el "Grupo Macroconsultores", de las 27 767 empresas que existían en Yucatán en 1990, 15 estaban clasificadas como grandes (no se dice cuál fue el criterio para clasificarlas), 127 medianas, 646 pequeñas y 26 979 microempresas. *Diario de Yucatán*, Mérida, Yucatán, 15 de octubre de 1993.

El último Censo Económico de 1998 indica que 43.8% de los negocios establecidos se dedican a las ventas, otro 37.8% ofrece servicios y solamente 16.4% se dedica a las manufacturas. En cuanto a ocupación, según la misma fuente, el sector comercial y de servicios emplea a 72.6% del total de la fuerza laboral; el sector manufacturero a 22.9%; y el resto de los sectores 4.2% (cuadro I.4). La ciudad de Mérida concentra 71% de la fuerza de trabajo de las unidades económicas no-agrícolas de toda la entidad;[16] los trabajadores rurales se vuelcan hacia las ciudades.

Cuadro I.4
Unidades económicas y personal ocupado
por sector de actividad en Yucatán, 1998

Sector	*Unidades*	*Porcentaje*	*Personal total*	*Porcentaje*
Manufacturas	10 239	16.5	68 777	22.9
Comercio	27 046	43.8	66 166	22
Servicios	23 357	37.8	151 815	50.6
Resto de sectores*	1 093	1.7	12 794	4.2
Total	61 735	100	299 552	100

*Incluye pesca, electricidad, minería y construcción.
Fuente: *Anuario estadístico de Yucatán*, edición 2001, p. 360.

Este desplazamiento de la base agraria tradicional de la producción hacia una nueva base urbano-comercial, ha sido un proceso complejo y con hondas repercusiones sociales en la vida cotidiana rural, que se analizarán más adelante. El campo no ha dejado de ser tributario de la ciudad, pero han cambiado medios, formas e intensidades. No es exagerado decir que la ciudad impone tiempos y ritmos a la vida rural. De este modo ha cobrado fuerza una economía terciarizada y centralizada en una ciudad dominante, mientras que el sector agrícola se hunde en una profunda crisis.

Junto a este proceso de concentración urbana y extensión del urbanismo se observan varios cambios en la esfera política, e incluso en el campo de las religiones. Uno de ellos, muy significativo, es que a partir del año de 1990 el Partido Acción Nacional (PAN) gana la presidencia

[16] *Resultados oportunos del estado de Yucatán. Censos Económicos 1989*, Aguascalientes, Ags., Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1991.

municipal de Mérida y la ha retenido hasta la fecha como una cabeza de playa. El voto tiende a diversificarse no sólo en el medio urbano, también en el rural donde los partidos de oposición hasta hace una década no tenían un espacio destacado. En las elecciones del 2001, el Partido Acción Nacional desplazó al Partido Revolucionario Institucional (PRI) del gobierno del estado. Las religiones agrupadas conocidas como protestantes avanzan igualmente dando pie a una diversidad ideológica. Todo ello contribuye a la constitución del orden "postradicional" en el medio rural.

Conclusión

El impacto real de la modernización, esto es, la aplicación de la ciencia a la tecnología, y, la capacidad de las grandes empresas dejó sentir en México sus efectos en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. Ésta es la era del acero, electricidad, petróleo y productos químicos, en la que estos descubrimientos han revolucionado la vida cotidiana, la era en que se realizan y propagan el motor de combustión, el teléfono, la luz eléctrica, el telégrafo, el aeroplano, el neumático, la máquina de escribir, los antibióticos, los tintes de anilina, los antisépticos, la leche pasteurizada, para nombrar unos cuantos ejemplos. Los centros principales de esta segunda revolución científica fueron Europa y Estados Unidos, pero ya hubo participación importante de otros continentes.

Este proceso de modernización asume entonces el rol esencial de debilitar los denominados órdenes tradicionales, esto es, precientíficos, tanto dentro como fuera de Europa. En cierto sentido, la modernización de las sociedades no occidentales se origina con un movimiento imperialista, por más que los orígenes de la modernización científica en Occidente fueran, en gran medida, producto de la competencia económica y política. Y es esta competencia desigual, entre un pequeño número de países y empresas transnacionales la que ahora a escala mundial continúa promoviendo la revolución de la vida cotidiana esta vez a través del desarrollo y expansión de la informática y los medios electrónicos de comunicación.

Es esta suerte de tercera etapa del proceso de modernización en la escala mundial, la globalización, que ha impactado la Península de Yucatán. Cancún y Mérida se han convertido en ciudades cosmopolitas

dominantes que median entre los procesos macro y micro sociales. En las últimas dos décadas la dinámica económica y política de Yucatán se ha concentrado en Mérida, la ciudad capital. Los servicios turísticos el comercio y una industria doméstica de escasos alcances nacionales han sido favorecidos. Además, en los últimos cinco años (1996-2001) las maquiladoras han generado más de 30 000 nuevos empleos en la entidad, consagrándose como nuevas palancas del desarrollo regional a pesar que los sectores ganadero y pesquero, analizados en el siguiente capítulo, presentan una dinámica un poco más vigorosa y sostenida que el sector agrícola.

Las débiles interconexiones preexistentes entre estos tres estados de la Península en el último cuarto del siglo XX cobraron vigor y se diversificaron. Por el lado de los capitales, varias cadenas de hoteles y de supermercados, servicios profesionales de ingenieros, de médicos, entre otros, de origen yucateco cubren hoy toda la Península. Se mejoraron las carreteras existentes y se construyeron otras, de modo que ahora existe una carretera que hace un circuito por toda la Península y recorre a Quintana Roo de sur a norte y a Yucatán de este a oeste y de norte a sur.

Tal interconexión económica entre capitales y personas, nos permite entender el proceso de cambio cultural complejo que se está dando en la región, que ciertamente es nuevo sólo por su intensidad y diversidad. El saldo migratorio desfavorable entre Yucatán y Quintana Roo pasó de 30 672 en 1970 a 136 582 personas en 1990; y el de Campeche y Quintana Roo ascendió de 932 en 1970 a 14 019 en 1990. Este intenso movimiento de personas es un indicador de modernidad, pues cuando en una sociedad dada el "orden tradicional" (o comunidad) es aun vigoroso se observa un énfasis en la estabilidad, el aislamiento y la fijación de los individuos al suelo natal, como observó Robert Redfield en su estudio "Los mayas actuales de la península yucatanense", llevado a cabo en los años treinta y publicado más tarde en la *Enciclopedia Yucatanense*.

La situación del medio rural no obstante es bastante crítica. Las políticas agropecuarias todavía no arrojan resultados positivos y en la esfera de la agricultura, el cuadro tiende a volverse más adverso, obligando a una movilidad permanente de sus productores y de sus familiares. Este camino tomado por los actores de la sociedad rural preocupa porque no es el único posible. Por ejemplo, ¿por qué no defienden de una forma organizada sus recursos naturales, en concreto, una propuesta de administración autónoma de las comunidades como propone el EZLN en

Chiapas? ¿Por qué no se lleva a cabo una lucha por eliminar la burocracia del partido oficial que maneja los fondos de ayuda a la agricultura campesina? ¿Por qué no se defienden los precios de los granos básicos, para que recuperen su verdadero valor en el mercado?

La modernización económica en Yucatán se abre paso a través del desmantelamiento de la monocultura que imperó por más de un siglo. Muchas de sus secuelas no han sido superadas del todo. No obstante, la modernidad ha ganado terreno, en parte, en muy buena parte, debido a la fuerte corriente migratoria hacia el vecino estado de Quintana Roo. Tales migraciones definitivas constituyeron un verdadero alivio a la presión social por los empleos y además se extendieron las redes culturales. Todas aquellas personas desplazadas de su comunidad original se convierten automáticamente en agentes muy activos de la modernidad y son una de las correas que hacen fluir hacia todos los niveles los signos de la modernización económica. Aunque no hayan dejado de ser completamente rurales, o que hayan roto por completo con su pasado tradicional.

La Península de Yucatán se ha convertido en un enclave de la globalización y desde ahí, aparte de los ingresos económicos derivados, se propagan muchos esteretotipos de las formas de vida moderna. En varias esferas la modernidad se deja ver tímidamente, por ejemplo, se observa el avance de los partidos políticos de oposición principalmente en los centros urbanos, que ahora son ya varios en la Península, entre ellos, Cancún, Chetumal, Ciudad del Carmen, Campeche, Mérida y Valladolid; y las Iglesias protestantes han ganado terreno frente a la Iglesia católica.

II. CRISIS AGRÍCOLA, CRISIS DE LAS TRADICIONES

I think it important to challenge the idea
of a single and objective sense of
time and space, against which we can measure
the diversity of human conceptions and perceptions.

DAVID HARVEY, 1990

INTRODUCCIÓN

En la década pasada, la idea de modernizar el campo mexicano cuestionó la política agraria de las décadas anteriores pues el sector agropecuario había desembocado en un punto crítico, en el cual no sólo era incapaz de brindar las condiciones necesarias para la producción campesina de sobrevivencia, sino que amenazaba la seguridad alimentaria y la nutrición de la mayoría de la población del país (Janvry, Gordillo y Sadoulet, 1997; Myhre, 1994). Tal reconocimiento implicó una revisión total de las políticas agrícolas y agrarias practicadas, y se les dio un nuevo giro en espera de superar los obstáculos y problemas que frenan el desarrollo del sector.

La "hipótesis oculta" que maneja el enfoque neoliberal de moda, es que la liberalización de los mercados (eliminación de precios de garantía y subsidios) y los cambios en la tenencia de la tierra propiciarán un mejor uso y un mayor dinamismo de los recursos del sector agropecuario, soslayando así, una vez más, la cultura tradicional —"premoderna" según ellos— de los principales actores del agro. En este capítulo analizaré el deterioro de las condiciones agrarias de la sobrevivencia de los trabajadores rurales, y actores rurales, lo cual impacta a su vez las prácticas culturales tradicionales.

El empuje de los cambios institucionales y de apoyos busca acercar, simplificar y eficientar las reglas de comportamiento del sector ejidal a las exigencias del mercado, para lo cual se aprobó una nueva Ley Agraria que entró en vigor en 1982. Concretamente, se han fortalecido los derechos individuales de propiedad y creado los tribunales agrarios autónomos para regular el mercado de tierras. Y para fomentar la competitividad como factor dinamizador, la estructura de precios ha sido ajustada a la par de aquella vigente en los mercados internacionales. Todo ello para permitir que los mecanismos del mercado trabajen libremente.

Esta nueva estrategia puede ser llamada de modernización rural neoliberal, ya que previamente el sector agropecuario, al padecer una crisis secular, había sido objeto de frecuentes modernizaciones, por lo general haciendo énfasis en variables de tipo interno, tales como la tecnificación (tractores, riego, fertilizantes, etc.) y la introducción de semillas mejoradas (revolución verde). La nueva orientación se va hacia el otro extremo, hacia las variables de tipo externo, de mercado y competitividad, al dar por sentado que cada productor resolverá en su momento aquellas carencias internas. Además, la inversión pública en el sector agropecuario ha venido disminuyendo en términos reales, y las políticas públicas han sido rediseñadas y focalizadas hacia las regiones y los grupos más pobres del país.

Esta reciente modernización del sistema ejidal ha conseguido resultados muy pobres. Pese a las medidas tomadas, el campo sigue agonizando, tanto o más que antes de la apertura comercial y de las reformas al artículo 27 constitucional (Tarrío, Steffen y Concheiro, 1995). Los más de cinco millones de jefes de familia que se dedican a la agricultura tradicional viven en una situación crítica, y solamente por el esfuerzo de todos y cada uno de los miembros de sus familias —muchos de ellos mediante la migración laboral, otros con la fabricación de artesanías, en fin, a base de ingeniosas actividades— pueden sobrevivir.

La crisis agrícola en Yucatán

El caso de los casi 300 ejidos colectivos henequeneros de Yucatán es muy ilustrativo del divorcio entre teoría y práctica del agrarismo mexicano. A principios de 1990, con el fin de eliminar el "paternalismo", la corrupción y el burocratismo, se dividieron los planteles henequeneros

que desde medio siglo atrás se trabajaban en forma colectiva, para que de esa forma cada ejidatario, de manera individual, decidiera libremente cuánto y cuándo producir.

Tal "individualización" de los planteles, como se le llamó a esa división, aceleró la producción ejidal hacia la ruina. La mayoría de los ejidatarios, debido a sus necesidades económicas apremiantes o por su escasa experiencia en el manejo integral de todas las fases del cultivo, se quedó sin henequén y, lo peor de todo, la individualización fragmentó la poca fuerza política que conservaban. Sin un gran movimiento de protesta de por medio —y este es un indicador que no debe ser olvidado—, cada ejidatario ha optado por resolver en forma individual sus problemas, sobre todo vendiendo su fuerza de trabajo como asalariados (Baños, 1996 b).

Las nuevas políticas agrarias y agropecuarias fueron encuadradas conforme al modelo macroeconómico neoliberal vigente. Es correcto contemplar los problemas del campo vinculados a la dinámica de la economía general del país. El error consiste en no reconocer que el desarrollo de la agricultura mexicana y su contribución al desenvolvimiento de otros sectores, ha estado basado en procesos que concentran considerablemente los ingresos y la capacidad productiva en unas cuantas manos y en regiones bien localizadas.

Esto es, que las pasadas políticas agrícolas permitieron la consolidación de una actividad agropecuaria comercial exitosa que, en contraste, reprimió la agricultura tradicional, formada por numerosos productores campesinos excluidos de los beneficios.[1] Tal preeminencia de la agricultura comercial, explicada en parte porque acaparó la inversión pública, las obras de infraestructura, la mecanización, el crédito y el adelanto tecnológico, plantea varias líneas de reflexión, como, por ejemplo, el desarrollo desigual y el centralismo.

En el marco de esas políticas homogéneas y centralizantes se generaron distorsiones estructurales, manifiestas en desigualdades entre los

[1] De 1940 a 1965 la superficie cultivada se incrementó a una tasa promedio anual de 8.4% en las zonas de riego y de 1.3% en las de temporal; el aumento anual de los rendimientos por hectárea fue de 3.6% en las primeras y de 1.8% en las de temporal (Hewitt, 1978: 107). Del mismo modo, la producción agrícola creció en forma sostenida a una tasa superior a 5% anual, lo que propició que en algunos años el sector aportara más de 50% de los ingresos de divisas (Rello, 1986: 45).

sectores de la economía, los agentes productivos, los estratos sociales, las regiones, y las áreas urbanas y rurales, como consecuencia de haberse favorecido más al capital que al trabajo, a la industria que a la agricultura y a la ciudad que al campo.

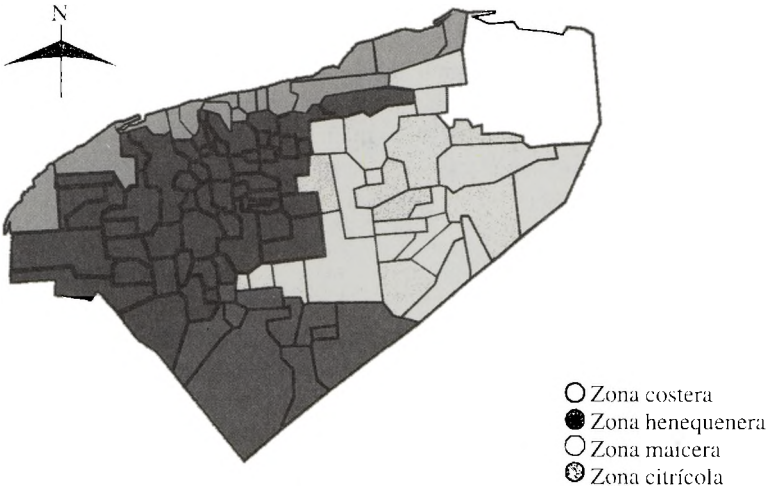
Esa problemática se verá claramente reflejada en este capítulo al analizar la dinámica que presentaron los principales cultivos en Yucatán de 1980 al 2000. Durante este periodo, el campo mexicano fue objeto de políticas económicas de desregulación, privatización y apertura comercial, combinadas con políticas neopopulistas como el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol) y el Programa de Apoyos Directos para los Productores Rurales (Procampo). Ciertamente, los problemas del agro yucateco se remontan a la historia regional y dependen en buena medida de su entorno internacional; sin embargo, se han agudizado a raíz de las nuevas políticas implementadas que ya señalé líneas arriba.

Merecen, no obstante, un análisis por separado tres ramas agroindustriales que han mostrado un crecimiento constante e inusitado: la avicultura, la porcicultura y la ganadería.[2] Asimismo, la horticultura, como la producción de tomate para la exportación mediante el sistema de invernaderos es una actividad que todavía no tiene mucho peso en cuanto a creación de empleos, pero su valor estratégico se finca en la opción tecnológica que abre y la captación de divisas para el país.

Yucatán ocupa un territorio plano bastante uniforme en su medio ambiente y sobre todo calcáreo, lo cual es una restricción al proceso de diversificación agrícola (en la escala de autosubsistencia) que abre paso por todos los rumbos del estado. Este proceso tiende a borrar la configuración de tres regiones históricas: la henequenera, la maicera y la citrícola. A excepción de la región henequenera, en las dos últimas, ubicadas en el oriente y sur de la entidad respectivamente, aún predomina el cultivo del maíz y los cítricos, que marcaron su personalidad territorial (mapa 1). De modo que analizaré con un poco más de detalles esas tres actividades, haciendo a un lado el problema de la pertinencia de llamarles región o zona; incluso de cómo nombrarlas.

[2] En los ochenta se observó un importante proceso de ganaderización horizontal, los bovinos ocuparon 2 278 700 hectáreas, que equivalen a alrededor de 50% de la superficie estatal (Flores, 1992: 40).

Mapa 1
Yucatán por zonas



Paradoja del henequén

Como ocurrió para el resto de la agricultura mexicana, la de los ochenta fue para Yucatán "una década perdida" (Robles, 1992); mejor dicho, desastrosa para el cultivo de henequén. Hay autores que consideran que las regiones, como la henequenera, que dependen del gasto del gobierno, han sido posiblemente las más golpeadas por los recortes de subsidios y créditos de la banca oficial (Hiernaux, 1994).

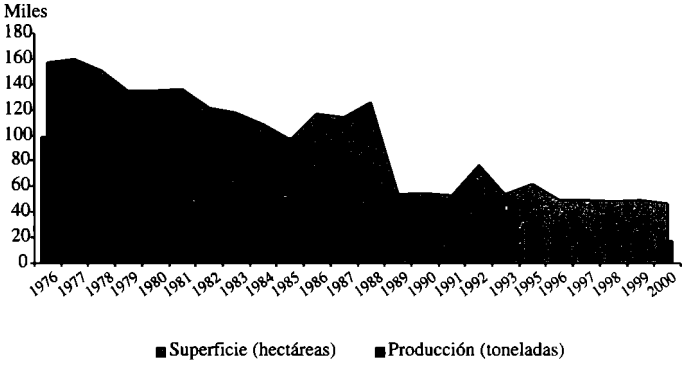
La producción de henequén era realizada hasta hace poco por ejidatarios (con el financiamiento del Banco Rural), parcelarios y pequeños propietarios, de los cuales al inicio de la década de los ochenta los primeros eran alrededor de 49 000, los segundos 7 800 y se estima que los terceros sumaban alrededor de 200 "pequeños propietarios" que aportaban 20% de la producción total (Macossay, 1988: 93).

El comportamiento de la producción henequenera en los últimos años se mostró zigzagueante pero con tendencia hacia la baja. Por ejemplo entre 1960 y 1983 la producción de la fibra disminuyó 54.6% al pasar de 137 643 toneladas en 1960 a 62 421 en 1983. De ésta, la ejidal cayó de 72 938 toneladas en 1970 a 38 597 en 1983, casi la mi-

tad (Villanueva, 1990). Pero eso no es todo, si comparamos el nivel de producción general de 1960 con el de 1990, que fue de 35 156 toneladas, se puede notar que en tres décadas la producción se redujo en 74.4 por ciento.

En la década de los ochenta, la superficie cultivada de henequén sufre una drástica reducción, más de 50%, al pasar de 135 740 hectáreas en 1981 a solamente 55 003 en 1990 (gráficas II.1 y II.2). Sin embargo, en la última década del siglo XX se desplomó a un rango sin precedentes: en 1996 la producción sólo fue de 24 022 toneladas, su nivel más bajo en el presente siglo.

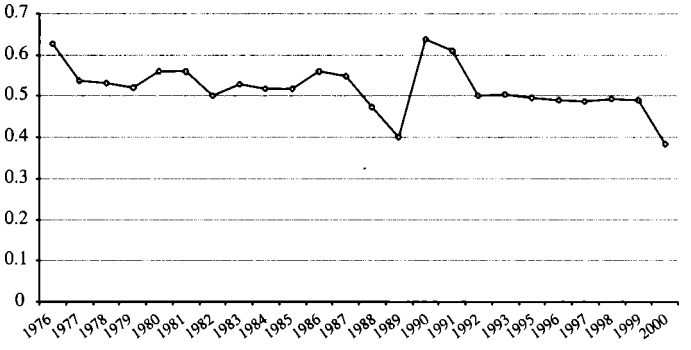
Gráfica II.1
Superficie cosechada y producción de henequén en Yucatán, 1976-2000



Fuentes: Subdelegación Agrícola, Delegación Estatal, SAHAR, 1991; y *Anuario Estadístico del Estado de Yucatán*, INEGI, 1992-2001.

La política agrícola de austeridad y recorte de créditos puesta en práctica por el gobierno del presidente De la Madrid a partir de 1983 y seguida por el del presidente Salinas de Gortari, tuvo profundos efectos en la producción henequenera de Yucatán: agudizó las tendencias de su caída. Claro que la continua caída de los precios internacionales de las manufacturas de henequén también contribuyó a este proceso (Villanueva, 1990: 460-467; Baños, 1994). De hecho, la participación del henequén en la producción agrícola de la entidad disminuyó de 30.6% en

Gráfica II.2
Rendimiento del henequén en Yucatán, 1976-2000
(toneladas por hectárea)



Fuentes: Subdelegación Agrícola, Delegación Estatal, SAHAR; y *Anuario Estadístico del Estado de Yucatán*, INEGI, 1992-1997.

1976 a sólo 9% en 1996; y en las superficies cultivadas de 54.2 a 11.6%, respectivamente (Baños, 1995: 99).

Según el citado estudio de Macossay (1988), la producción no ejidal (principalmente parcelarios)[3] sufrió una caída de 40.4% en el periodo de 1976 a 1983. Esta reducción paulatina se debe a que los parcelarios, como los ejidatarios, no podían obtener de la actividad henequenera el mínimo necesario para subsistir. Para dicho autor, el abandono de los parcelarios ha sido generado por la baja en los precios reales de las hojas y de la fibra del agave. En 1976 un millar de hojas calidad "A" tenía un precio equivalente a 2.7 días de salario mínimo y la tonelada de fibra equivalía a 109.2 días de salario mínimo. Sin embargo para 1983 el mismo millar de hojas de calidad "A", equivalía a solamente 1.8 días de salario mínimo y la tonelada a sólo 51.4 días de salario mínimo. Esta relación se deterioró más todavía en la segunda mitad de la década de los ochenta.

[3] Recibieron el nombre de parcelarios aquellos propietarios privados que dedicaban una porción no mayor de 25 hectáreas a la producción de henequén. Algunos de ellos eran al mismo tiempo ejidatarios o si se quiere miembros del ejido colectivo.

El derrumbe de la producción ejidal no es menos estrepitosa: en 1960 la producción era de 91 300 toneladas y una década más tarde, en 1970, se había reducido a 72 938. Pero su caída continuó de un modo todavía más acelerado en la década siguiente al pasar a solamente 38 597 toneladas en 1983 (Villanueva, 1990: 126-127). Como ya se señaló, ésta no es una situación privativa del sector ejidal, de hecho la participación proporcional de este sector ha variado muy poco: en 1970 aportaba 61.94% de la producción, en 1983 aportó 61.83%. Si este porcentaje se mantiene, quiere decir que la producción ejidal en el año de 1990 andaba alrededor de 21 500 toneladas.

La producción bajísima, sumada al deterioro de los precios reales pagados por la fibra, impedían que se pagaran los créditos y asimismo fomentaba el abandono de los 50 000 ejidatarios de sus planteles en busca de otras fuentes de ingresos: un círculo vicioso que repercutía negativamente en la producción henequenera.

Para combatir este cuadro y anticipándose a las reformas que se hicieron al artículo 27 constitucional, en 1990 se llevó a cabo la "individualización" de los planteles que se trabajaban en forma colectiva y en 1992 se procedió a indemnizar a 30 225 ejidatarios de entre 20 y 49 años de edad y la jubilación anticipada de 12 200 campesinos mayores de 50 años.

Tales medidas junto con la privatización de Cordemex, dieron un fuerte golpe a la producción ejidal henequenera que prácticamente desapareció (Baños, 1995). Los ex ejidatarios henequeneros para no morir de hambre regresaron al cultivo de la milpa y de las hortalizas con la ayuda del Procampo; además, de convertirse en una fuente de mano de obra abundante y barata para los parcelarios que aún subsisten.

Las últimas informaciones dadas a conocer por la Secretaría de Desarrollo Rural del gobierno del Estado señalan que solamente 6 000 personas continúan con plantíos de los que obtienen una producción de 26 000 toneladas al año. La cual no cubre la demanda de 36 a 40 000 toneladas de las cordelerías privadas que sustituyeron a Cordemex. Debido a ello, se tiene que importar de Brasil otras 10 000 toneladas anuales.[4] Una paradoja más de la modernidad mexicana mientras se acude a la importación de productos del campo, como es el caso del maíz que se trae de Estados Unidos, miles de campesinos y trabajadores languidecen muriéndose de hambre.

[4] *Diario de Yucatán*, 1 de noviembre de 1994.

Zigzagueos del maíz

El cultivo del maíz en Yucatán es la más tradicional de todas las actividades en el campo, se lleva a cabo mediante un complejo sistema agrotecnológico llamado milpa.[5] Por su método, a esta agricultura se le conoce también con el nombre de roza-tumba-quema. En realidad, se trata de un sistema de policultivos donde se siembran otras especies como la calabaza, el frijol, los ibes, el chile y otros.

Para que se comprenda más cabalmente la problemática de la milpa, es necesario decir que el tipo de suelo pedregoso que predomina en la península evita cualquier tipo de preparación mecanizada del suelo; al mismo tiempo propicia que el agua proveniente de las lluvias se filtre rápidamente hacia los mantos más profundos. Por consiguiente, es necesario que el suelo sea enriquecido con nutrientes naturales del humus que se obtiene con la quema del monte. Es evidente, así, la estrecha relación entre humus y productividad: a mayor cantidad de humus mayor productividad. Para obtener más humus se requiere de un monte más alto y tupido, con una edad promedio de 25 años.

Sin embargo, la presión demográfica no permite que los montes tengan un descanso semejante. De suerte que los montes bajos han contribuido a la caída de los rendimientos por hectárea; aunado todo lo anterior al irregular comportamiento de los temporales (cuadro II.1). Para el año de 1995, la superficie sembrada fue de 154 415 hectáreas y la cosechada de 90 919, lo que denota el alto riesgo de siniestralidad; hay que agregar, también, que la productividad de las hectáreas cosechadas bajó a un promedio de 700 kilos por hectárea.

La milpa por lo general es una actividad destinada a producir para el autoconsumo y por ello recibía poco apoyo gubernamental. También por la finalidad de su producción resulta difícil obtener datos estadísticos cercanos a la realidad. Empero, es muy probable que en los últimos

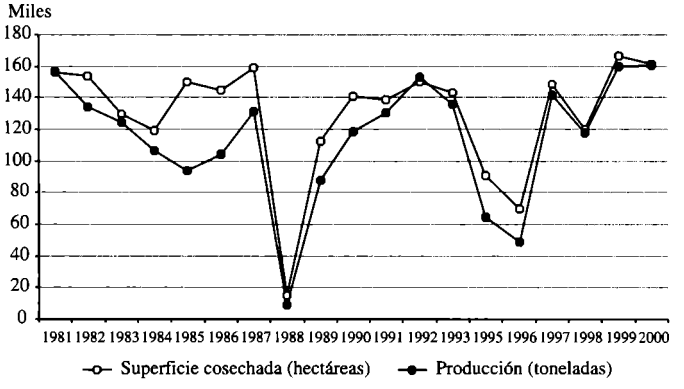
[5] Algunos investigadores han puesto de relieve la eficiencia que mostró este sistema en el pasado. La milpa, de hecho, no sólo era un espacio para la agricultura, lo era también para la cultura maya en general. Y son aquellas viejas nociones de espacio y tiempo de la milpa que se han transformado, o si se quiere pervertido, por la penetración de la modernidad. Terán y Rasmussen tras más de una década de investigación, consideran que la milpa que se practica estos días, es una versión empobrecida y proponen un regreso a las técnicas del pasado. *Diario de Yucatán*, 14 de septiembre de 1998.

tres años las cifras sean más exactas, registradas a través de programas como Solidaridad y Procampo.

Durante la década de los ochenta la agricultura del maíz en Yucatán, como en el resto del país, de una parte, se vio favorecida por los intentos de rescatar la autosuficiencia alimentaria, y de otra, afectada por el recorte de subsidios y apoyos que provocó la crisis fiscal del Estado mexicano.

En los años ochenta, el Banrural aumentó considerablemente su apoyo a la agricultura de la milpa, pasó de 443 000 nuevos pesos en 1980 a 30 000 000 en 1989 (Flores, 1992: 52). Cierto que la inflación "hinchó" considerablemente las cifras, pero de todos modos hay un aumento en términos reales. Vale decir que se redujeron las áreas apoyadas y se les otorgó más dinero a los pocos que quedaron como sujetos de crédito.

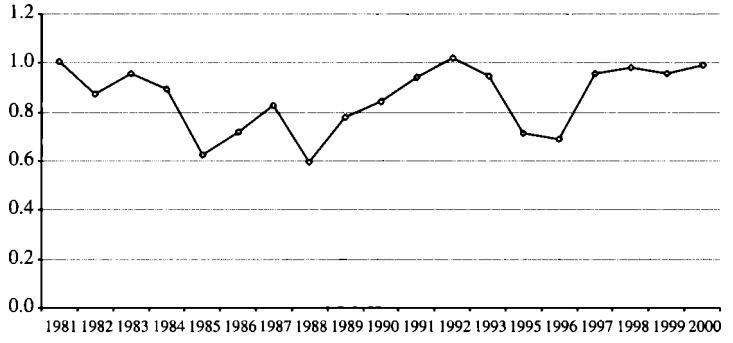
Gráfica II.3
Superficie cosechada y producción de maíz en Yucatán, 1981-2000



Fuentes: Subdelegación Agrícola, Delegación Estatal, SAHAR; y *Anuario Estadístico del Estado de Yucatán*, INEGI, 1992-2001.

El crédito llegó en mal momento para la agricultura. Como se sabe, a partir de 1983 la inflación disparó el costo de los insumos, las tasas de interés y en general los costos de producción, mientras que los precios de garantía se mantenían muy por debajo de los índices inflacionarios. Los fertilizantes que se empezaron a usar en forma generalizada, si bien

Gráfica II.4
Rendimiento de maíz en Yucatán, 1981-2000
(toneladas por hectárea)



Fuentes: Subdelegación Agrícola, Delegación Estatal, SAHAR; y *Anuario Estadístico del Estado de Yucatán*, INEGI, 1992-2001.

elevaron los rendimientos, no compensaban los costos de producción, lo que provocó el incremento de las carteras vencidas por la imposibilidad de pagar los créditos recibidos.

El Banrural, como estrategia de cobro, entre 1984 y 1986 eliminó el pago de ministraciones para las labores agrícolas (pero no el suministro de fertilizantes a razón de tres sacos de 50 kilos por hectárea); asimismo, acordó con ANAGSA que ésta en lugar de entregar a los milperos las indemnizaciones por concepto de cosechas siniestradas, se las entregara al Banrural con el objeto de reducir su deuda. A pesar de esta medida, no se pudo detener el endeudamiento, y los campesinos se vieron precisados a desarrollar estrategias que tendían a proteger sus intereses. Por ejemplo, la alteración de las superficies realmente habilitadas, para luego vender en el mercado negro los fertilizantes.

Una relación tormentosa entre el Banrural y los milperos encontró su fin en 1988 cuando el huracán "Gilberto" arrasó las milpas, obligando a ANAGSA a desembolsar cuantiosas indemnizaciones. Después de ese año, el Banrural se retiró por completo de la actividad y los maiceros comenzaron a recibir apoyo únicamente del Pronasol y más tarde del Procampo. Según declaraciones del delegado estatal de la SARH, el déficit de maíz en Yucatán es de aproximadamente 80 000 toneladas anuales

en promedio.[6] 1993 fue un año particularmente difícil, a causa de la producción destinada para el autoconsumo, de las 120 000 toneladas que en ese año distribuyó Conasupo, sólo 8 000 fueron proporcionadas por los productores locales.[7] De nueva cuenta la paradoja: la difícil situación económica de los maiceros los ha obligado a la migración —que analizaremos más adelante—, mientras que muchos ex henequeneros han regresado a la milpa de autoconsumo.[8]

En 1997 Conasupo y Maseca, juntas, captaron la cantidad de 12 000 toneladas, que representan apenas 4 000 más de las que se distribuyen cada mes a los molineros y tiendas de Diconsa.[9] Siendo el maíz el grano básico de la dieta de los campesinos, parece importante señalar que esta situación no solamente es reflejo de la crisis por la que atraviesa el sector de la agricultura, sino del proceso de transición hacia la modernización que recorre el país, mismo que analizaré en los siguientes capítulos.

La apuesta por los cítricos

En los últimos años, la citricultura en Yucatán ha cobrado importancia hasta convertirse en una de las regiones productoras del país. Sus antecedentes se remontan al año de 1962 cuando se puso en marcha el Plan Chaac en la parte sur de la entidad, donde antes se cultivaba maíz. Originalmente, comprendió 4 000 hectáreas en beneficio de unas 1 600 familias. Ha tenido altibajos y recorrido toda suerte de experiencias junto a la burocracia agraria. El principal problema que enfrentó durante varios años fue la fluctuación de los mercados y los apoyos insuficientes y a destiempo. Sin embargo, para varios analistas el fracaso del Plan era atribuible al bajo precio de la naranja.

La situación para estos productores de la región, hoy conocida como citrícola, comenzó a cambiar a finales de los setenta a raíz de la

[6] *Diario de Yucatán*, 25 de octubre de 1994.

[7] *Diario de Yucatán*, 6 de noviembre de 1994.

[8] Para el ciclo primavera-verano de 1998 el Procampo distribuyó en Yucatán 56 000 000 de pesos, que representaron 55% del financiamiento de este programa en la península. Con esos recursos se beneficiaron 49 000 campesinos yucatecos, 22.5% más que en 1997, quienes cultivaron 97 000 hectáreas de maíz. *Diario de Yucatán*, 2 de julio de 1998.

[9] *Diario de Yucatán*, 6 de septiembre de 1998.

construcción de una juguera para exportar jugo concentrado. Se formó una Unión de Ejidos Citrícolas que obtuvo un préstamo del gobierno federal; después de los primeros años desconcertantes, a partir de 1984 comenzó a operar con ganancias anuales.

Empero, esta jauja no duró mucho tiempo, pues a finales de los ochenta los precios internacionales del jugo concentrado cayeron a un nivel sin precedentes; además y por otra parte, los altos intereses cobrados por la banca orillaron a la juguera a una situación difícil, lo cual lógicamente repercutió en los precios de la naranja que disminuyeron en términos absolutos más de 50%. En el ciclo 89-90 se captaron 40 000 toneladas. Y el precio que había llegado a 305 nuevos pesos la tonelada en ese ciclo, al siguiente cayó a 130.

Se calcula que en la actualidad existen alrededor de 6 000 productores dentro de la región citrícola; todos ellos entregan su producción a la juguera. Esta es, *grosso modo*, la que podríamos denominar "vieja citricultura"; y se estima que aporta 80% de la producción citrícola actual de la entidad (Villanueva, 1994: 10). Es difícil conseguir las cantidades precisas, por separado, de cada uno de estas dos citriculturas, ya que la propia Secretaría de Desarrollo Agrícola del estado en sus reportes estadísticos no hace explícita esta distinción.

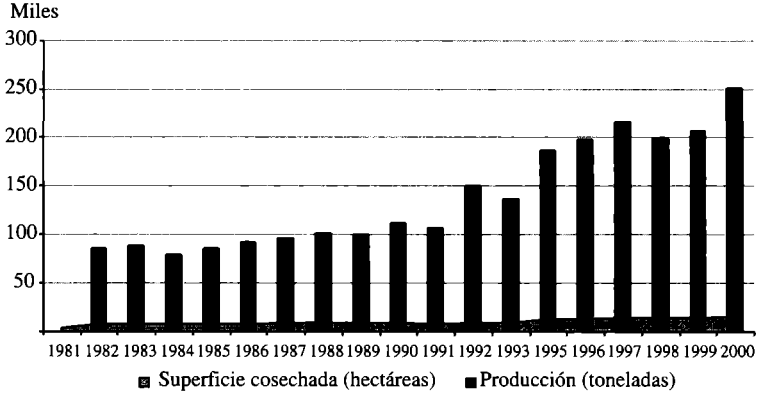
La nueva región que denomino "nueva citricultura", surge a principios de los ochenta en el contexto de una crisis aguda en la zona henequenera, como un sustituto de los planteles de henequén, como un cultivo de diversificación agrícola. Está desconectada de la juguera de Akil y su mercado es local y regional. Parte de ella aún no entra en producción, pero ya presenta problemas graves para cerca de 6 000 productores, sea por la ausencia de mantenimiento para el equipo de riego o de energía eléctrica suspendida por falta de pagos. Para darse una idea, los técnicos de la SAGADER estiman que el rendimiento promedio por hectárea en la antigua zona citrícola es de 20 toneladas, mientras que el de la zona henequenera es de solamente ocho por hectárea.

La "nueva citricultura" ha recibido mucho menos apoyos que la de la zona sur. De suerte que presenta una diferencia en cuanto a productividad, y otra en cuanto a rendimiento para los productores que quedan más expuestos a las arbitrariedades de los intermediaristas.

Es importante hacer notar que el número de hectáreas sembradas se elevó de 7 629 en 1986 a 16 756 en 1993; y ha seguido creciendo, entre 1995 y 1996 se sembraron 17 693 hectáreas. Es decir, próximamente

formarán parte de esta "nueva agricultura" algo más de 20 000 hectáreas.[10] Es en este renglón donde se reflejará más claramente la expansión de la nueva citricultura. Aquí la productividad es más baja y la comercialización se lleva a cabo en forma caótica, individual y a través de intermediarios que se llevan "la tajada del león".

Gráfica II.5
Superficie cosechada y producción de cítricos en Yucatán, 1981-2000*

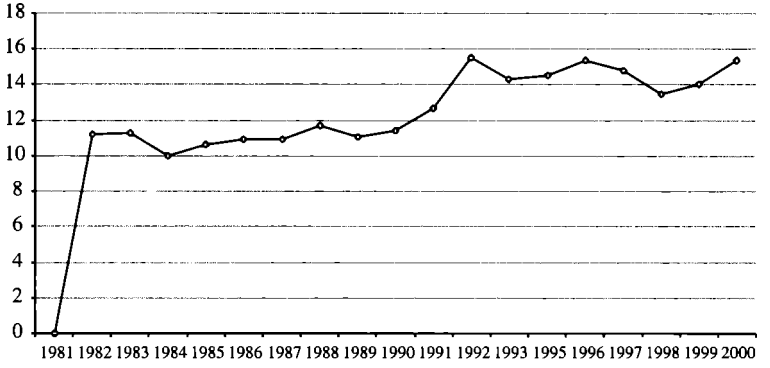


* No hay datos de la producción para 1981.
Fuentes: Subdelegación Agrícola, Delegación Estatal, SAHAR, 1991; y *Anuario Estadístico del Estado de Yucatán*, INEGI, 1992-2001.

De todos modos, ambas, la vieja y la nueva citricultura, por ahora no resultan mínimamente rentables para los productores. Un grave error, difícil de corregir, ha sido la expansión de las plantaciones citrícolas sin articularlas a un proceso de agro-industrialización, puesto que la calidad del fruto está muy lejos de ser competitivo en el mercado a granel o por piezas. Aunque, en realidad, esta precariedad facilita el control político

[10] *Diario de Yucatán*, 15 de diciembre de 1998.

Gráfica II.6
Rendimiento de cítricos en Yucatán, 1981-2000*
(toneladas por hectárea)



* No hay datos de la producción para 1981.
Fuentes: Subdelegación Agrícola, Delegación Estatal, SAHAR, 1991; y *Anuario Estadístico del Estado de Yucatán*, INEGI, 1992-2001.

de los productores, quienes permanentemente están formulando demandas al gobierno y esperan que a través de su lealtad en las urnas electorales el gobierno los escuche.

Los ejidos yucatecos, como ya se dijo, debido a diversas circunstancias atraviesan un momento de transición y podría decirse que se debaten entre la fragmentación y el fortalecimiento. Nuestra encuesta y las entrevistas llevadas a cabo revelaron que tres cuartas partes de los ejidatarios son mayores de 40 años de edad, lo cual plantea un problema de enfrentamiento entre hombres experimentados y los nuevos grupos burocráticos.

En Yucatán las viejas inercias culturales del agro[11] son una fuerza refractaria de esa modernización. Esto no quiere decir que los ejidos pobres, que son la mayoría, no sean altamente sensibles a los giros tanto de las políticas agrarias como agrícolas. Por el contrario, no sólo cargan

[11] En el caso de la zona henequenera la mentalidad peoneril de los ejidatarios henequeneros y en el caso de la zona maicera la agricultura de autosubsistencia.

atavismos culturales sino que se enfrentan a una densa trama de intereses entretejida por las burocracias, los políticos y los caciques.

Con el objeto de completar este acercamiento a la dinámica económica del agro yucateco, quisiera destacar, de un lado, la clara tendencia hacia la diversificación agrícola, y de otro, el despunte de la agroindustria porcícola y avícola. De los tres principales cultivos ya mencionados, cabe añadir que los cítricos son los que aparecen con más futuro y posiblemente con mejores posibilidades de capitalización. La experiencia ha mostrado que un buen sistema de riego puede ser aprovechado para otros cultivos de ciclo corto, como las hortalizas. En efecto, la horticultura tanto a nivel doméstico como a escala comercial ha cobrado importancia (cuadros II.1 y II.2).

Es digno de mencionar el programa de producción de tomate "cherry" mediante la tecnología de invernaderos. Este programa comenzó en 1992, y a pesar de su corta vida ha recorrido cinco etapas de participación bajo el liderazgo de dos empresas privadas, "Primavera Peninsular" y "Primavera Yucateca", propiedad del señor Eitan Levy Arab de nacionalidad israelí. Al 30 de julio de 1999 operaban 80 invernaderos distribuidos en los municipios de Motul, Dzidzantún, Yobaín, Sinanché, Temax, Dzemul y Teya. El dinero para la construcción del edificio y de la infraestructura en general de cada invernadero, es porporcionado por el Fondo Nacional de Empresas Sociales (Fonaes) hasta en 35%; el Banrural aporta el restante 75% mediante créditos refaccionarios y de avío a un plazo de ocho años. Por su parte, los campesinos aportan el terreno y su fuerza de trabajo.

Los invernaderos son administrados y supervisados por las dos empresas privadas mencionadas, y los campesinos involucrados solamente reciben un "anticipo" de $30.00 diarios, que es el equivalente de un salario mínimo por día que laboren.[12] Una porción de la producción obtenida de tomate es exportada hacia Estados Unidos; las dos empresas del Sr. Levy tienen a su cargo la selección y el envío de la producción. Al final de cada ciclo fiscal, teóricamente las ganancias serían repartidas de la siguiente forma: 65% para los trabajadores y 35% para la parte empresarial. No obstante, hasta la fecha ningún invernadero ha repartido utilidades entre sus socios. En realidad, las dos empresas privadas con-

[12] *Diario de Yucatán*, 30 de julio de 1999.

trolan todo el proceso de producción. Tal esquema empresario-ejidatario-gobierno, ya es una experiencia añeja en Yucatán que en ningún caso ha beneficiado en forma alguna a los ejidatarios.

AGRICULTURA "POST-TRADICIONAL" Y NUEVAS IDENTIDADES

El municipio de Dzidzantún, según el Censo de Población y Vivienda del año 2000, cuenta con 7 881 habitantes. Cuenta con dos ejidos y está ubicado dentro de la región henequenera. Uno corresponde a la cabecera municipal y desde hace cuando menos cuatro décadas varios ejidatarios se volcaron hacia una agricultura diversificada, fundamentalmente horticultura dirigida a la esfera comercial. Otro, es el ejido San Francisco que se ubica prácticamente en el mismo poblado, incluso hoy ya es parte de su zona conurbada; su núcleo poblacional provino de una hacienda henequenera que lleva el mismo nombre.

El análisis de las dinámicas diferenciadas de los dos ejidos del municipio de Dzidzantún frente al Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares Urbanos (Procede), nos ayudará a entender los factores micro-históricos que interfieren en el proceso de modernización económica desde arriba. Aquí, por la expansión de los cultivos de ciclo corto[13] y comerciales, la forma de tenencia de la tierra que se abre paso es la parcelada.

En el municipio de Dzidzantún, el cultivo del henequén fue la actividad predominante desde finales del siglo XIX hasta la década de los sesenta del XX; se convirtió así en una actividad agrícola tradicional. Todavía en 1982 sus dos ejidos, Dzidzantún y San Francisco, registraron 1 217 trabajadores ligados al henequén, de una población activa de 2 184 personas. El ejido Dzidzantún surgió por resolución presidencial del 8 de julio de 1932 con una superficie de 5 880 hectáreas; y más tarde, el 14 de agosto de 1937, se le concedió una ampliación para alcanzar una extensión de 8 296 hectáreas (Cámara Gutiérrez y Rosado Lugo, 1986: 16).

En esta última fecha fue creado el ejido San Francisco con 2 216 hectáreas que beneficiaban a 395 trabajadores de la hacienda (Humphries, 1989: 180). Ambos, junto con otros 272 ejidos, fueron creados

[13] Cultivos de ciclo corto son aquellos, como las hortalizas, que en dos o tres meses arrojan resultados.

Cuadro II.1
Volumen de la producción agrícola de Yucatán, 1990-2000 (toneladas)

Cultivo	*1990*	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*1995*	*1996*	*1997*	*1998*	*1999*	*2000*
Maíz	118 860	131 844	153 048	116 297	94 582	64 784	48 451	142 088	142 088	117 849	159 988
Frijol	9 378	10 441	2 174	16 849	6 782	983	1 078	1 031	989	1 377	2 362
Arroz	860	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d
Sorgo	9	63	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	939	939	n/d	n/d
Cacahuate	200	112	460	n/d	88	n/d	n/d	n/d	157	n/d	n/d
Hortalizas	37 732	32 184	25 167	39 947	47 491	21 343	33 751	38 962	48 825	45 577	57 601
Achiote	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	78	n/d	103
Coco Fruta	n/d	n/d	22 231	14 481	14 538	n/d	n/d	8 940	8 940	n/d	8 920
Coco Copra	n/d	n/d	109	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d
Henequén	35 156	32 170	38 270	27 007	27 812	30 742	24 022	23 859	26 485	25 085	24 096
Frutales	38 976	13 848	32 992	14 481	14 538	n/d	7 403	20 626	259 765	51 428	53 426
Cítricos	110 560	121 446	150 637	144 667	170 448	186 469	197 495	216 443	222 863	284 317	226 130
Calabaza	2 500	n/d	n/d	n/d	n/d	506	n/d	90	n/d	n/d	n/d
Total	354 231	342 108	425 088	373 729	376 279	304 827	312 200	452 978	711 129	525 633	532 626

n/d: No disponible.

Fuentes: *Anuario Estadístico del Estado de Yucatán, 1992; Anuario Estadístico del Estado de Yucatán, 1993-1995*; y *Primer Informe de Gobierno de Víctor Cervera Pacheco, 1996*; *Informes de Gobierno de Víctor Cervera Pacheco*, 1997-2000.

Cuadro II.2
Volumen de la producción hortícola de Yucatán, 1990-2000 (toneladas)

Cultivo	*1990*	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*1995*	*1996*	*1997*	*1998*	*1999*	*2000*
Jitomate	5 940	5 006	7 719	8 445	8 506	6 439	6 879	5 948	2 890	5 305	5 784
Sandía	10 498	9 261	11 708	11 296	13 320	9 718	10 280	10 710	8 801.5	12 572.8	9 958
Melón	3 409	2 291	2 439	3 534	2 819	2 310	2 179	n/d	n/d	n/d	n/d
Chile verde	2 861	3 280	3 265	3 556	4 346	2 876	3 701	3 498	2 891	3 768.3	3 344
Chile seco	43	43	36	34	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d
Pepino	2 947	1 100	n/d	3 686	6 903	n/d	n/d	5 376	n/d	5 895.7	4 950
Varias											
Hortalizas	6 635	8 827	n/d	n/d	n/d	n/d	n/d	2 191	3 240	1 275	1 443
Calabacita	5 399	2 376	n/d	9 396	11 597	n/d	10 712	11 239	10 609.4	10 771.8	8 168
Total	37 732	32 184	25 167	39 947	47 491	21 343	33 751	38 962	28 432.5	39 588.2	33 647

n/d: No disponible.

Fuentes: *Anuario Estadístico del Estado de Yucatán, 1992; Anuario Estadístico del Estado de Yucatán, 1993-1995*; y *Primer Informe de Gobierno de Víctor Cervera Pacheco, 1996*; *Informes de Gobierno de Víctor Cervera Pacheco*, 1997-2000.

y organizados como ejidos colectivos, lo cual significó su subordinación a un aparato burocrático que los reproletarizó y envolvió en una gigantesca red de control político (Baños, 1989: 98-102).

Si bien, a principios de los sesenta en vista de la cada vez más difícil situación de la agricultura del henequén y de la reducción de los subsidios por parte del gobierno, varios ejidatarios optaron por la diversificación productiva, reflejada principalmente en la horticultura, cuyas primeras experiencias fueron encontradas entre los pobladores de la hacienda San Francisco.[14] En su momento, esa decisión de unos cuantos fue excepcional y aventurada, pues la mayoría de los ejidatarios henequeneros prefería un ingreso mínimo pero seguro que le brindaba los aparatos agrarios del gobierno.

En la década de los setenta, Dzidzantún era ya conocido como un próspero enclave productor especialmente de jitomate, sandía y chile habanero, de hecho, era el principal productor de hortalizas en toda la entidad (Poot, 1985: 19). De 1970 a 1982, la superficie destinada al cultivo del henequén disminuyó 19%, mientras que la superficie hortícola aumentó 143% (Cámara Gutiérrez y Rosado Lugo, 1986: 4). Es decir, tal ejemplo pionero tendía a ser seguido por otros ejidatarios locales y de las inmediaciones, aunque no siempre llegaron a alcanzar la estabilidad o siquiera emparejarse con quienes ya habían tomado la delantera. Los pioneros no sólo mejoraron su infraestructura en las parcelas recibidas, sino que adquirieron vehículos propios para movilizar su producción. Más tarde, desafortunadamente, la plaga de la mosquita blanca hizo su aparición y echó por tierra buena parte de esa próspera actividad.

Durante ese proceso de expansión de la horticultura, debido a la persistencia de los problemas inherentes a la agroindustria henequenera, las áreas cultivadas de henequén declinaron más aún. Algunos montes, especialmente aquellos con suelos propicios, se fueron fraccionando en pequeñas parcelas para la horticultura, entregadas en forma individual a

[14] Se dice que el Sr. Gerardo Manzanilla, propietario de la hacienda San Francisco a principios de siglo contrató a un grupo de trabajadores chinos, que en ese entonces, junto con coreanos, fueron traídos para llenar la demanda de mano de obra que generaba la expansión del henequén. Los chinos no fueron muy eficientes para las arduas tareas del cultivo del henequén y en cambio se dedicaron al cultivo de una variedad amplia de vegetales como el colinabo, coliflor, zanahoria y tomate, entre otros. Cuando los chinos se marcharon de la hacienda ya varios trabajadores locales habían aprendido sus técnicas (Humphries, 1989: 183-210).

quienes la solicitaban. Nadie podía imaginar que este tipo de concesiones, que se hacían al margen de la ley pero con plena validez dentro de la comunidad, provocaría la lucha sorda que hoy tiene lugar en el ejido de Dzidzantún entre dos grupos: henequeneros y horticultores.

Aquellos que permanecieron aferrados al henequén y a la milpa conferían muy poco valor a los terrenos sin henequén. El monte prácticamente no tiene un valor comercial, se asume como propiedad comunal donde se practica la agricultura de temporal itinerante. La horticultura, a diferencia de la milpa, abrió paso a la propiedad parcelaria, puesto que los horticultores se veían en la necesidad de hacer pozos, instalar sistemas de riego y demás infraestructura difícil de abandonar. El tamaño de las parcelas fue variando desde 25 mecates (una hectárea) hasta 150 mecates. A finales de los ochenta, también se les entregaron parcelas un poco más amplias a otros ejidatarios para que hicieran otros cultivos como naranja dulce o, incluso, para ganadería.

Otro factor que explica que los ejidatarios henequeneros dieran su consentimiento para estas concesiones, fue el hecho de que la diversificación ocasionaba que el subsidio henequenero del ejido, que sufría recortes, se repartiera entre menos y así los ingresos de la producción de henequén no se veían tan mermados. De modo que los ejidatarios henequenero-milperos y los horticultores compartieron —y comparten hasta hoy— el ejido colectivo, por lo cual cada grupo desarrolló su propia subcultura. Los henequenero-milperos dependían de los subsidios gubernamentales, mientras que los horticultores gestionaban ellos mismos sus propios recursos de fuentes privadas. La producción de henequén se encuentra en franco declive, la milpa estancada y la horticultura en expansión.

Quiero subrayar que los grupos dedicados a la agricultura de ciclo corto, por cuenta propia fueron desarrollando una subcultura de "tipo empresarial"; mientras que sus compañeros henequeneros, dedicados a la agricultura de plantación, recrearon aquella mentalidad peoneril, o sea, de asalariados del Banco Rural Peninsular.[15] El trasfondo de la crisis agrícola puso en claro esta brecha ideológica: los horticultores, a partir de sus parcelas, exploraron otras opciones como la producción de melón, sandía y calabaza, mientras que los ex henequeneros se lanzaron a experimentar los mercados laborales, incluidos Mérida y Cancún.

[15] Denominación regional del Banco Nacional de Crédito Ejidal (en estos últimos años recibió el nombre de Banco Nacional de Desarrollo Rural).

Teóricamente, la regularización de la parcelación por medio del Procede ofrecería muchísimas ventajas para todos los productores, puesto que los que no tienen recursos podrían asociarse al capital. Pero al parecer la mentalidad de los ex henequeneros apunta hacia otra dirección, ven en el Procede una oportunidad para rescatar parte de sus tierras; más todavía, los predios fomentados o ya trabajados donde se sostiene una de las agriculturas más vigorosas de la entidad.

Cuando el cultivo del henequén se colapsó en 1993 (gráfica II.1, *infra*), los ex henequeneros se quedaron sin nada, con la pura tierra con montes muy bajos, ni siquiera aptos para milpa, por lo cual se vieron obligados a emigrar. En el mejor de los casos, complementaban sus ingresos de la milpa con un sueldo en otras actividades como asalariados. Para ellos el Procede abriría una oportunidad que les permitiría revisar y quizás rescatar parte de las tierras parceladas al margen de la legislación agraria.

El Comisario ejidal actual pertenece a la segunda oleada de horticultores, es un adulto maduro que se esfuerza por aprovechar al máximo su parcela, y considera que por ahora todos sus compañeros ejidatarios están haciendo un buen uso de la tierra, por lo que no ve la necesidad ni la urgencia de cambiar las cosas como están, o sea que no ha llegado el momento de abrir la caja de pandora. Este es un ejemplo clásico donde el Procede es visto por los ejidatarios como una camisa de fuerza, en lugar de una vía para mejorar lo ya logrado. Otros casos que conocí de cerca fueron Cacalchén, Baca y Kinchil. En un listado de 85 "Núcleos agrarios no viables", proporcionado por la Delegación estatal de la Procuraduría Agraria el día 13 de agosto de 1999, aparecen 58 de la zona henequenera que representan 68% de ese total.

Aunque esta suerte de modernización espontánea y exitosa no se dio en todos los casos, las concesiones de terrenos a grupos o a individuos se observan en grados variables en casi todos los ejidos de la zona henequenera. Tal es el caso del ejido de Cacalchén, en donde el Procede tampoco ha podido avanzar más allá de la asamblea preliminar. Detrás de ese nudo gordiano, sin duda alguna, está la situación que creó la llamada "individualización" de los planteles henequeneros en 1990. No se cambió el estatuto jurídico de los ejidos colectivos, pero más de 30 000 ejidatarios recibieron un documento que avalaba dicha medida administrativa que les confería el dominio sobre una parcela de entre dos y cuatro hectáreas cultivadas de henequén (Baños, 1995). Se dijo que de esta manera se su-

peraría la crisis secular de ese cultivo, ya que el ejidatario decidiría por sí solo y con un criterio mercantil cómo sobrellevar su parcela.[16]

Por el contrario, la individualización provocó la debacle de la producción ejidal henequenera, además de que surgió un ejido híbrido, donde los montes sin henequén no fueron tocados y se siguen usando en forma comunal. Por su ubicación geográfica y, raras veces, por la calidad del suelo, algunos ejidatarios no están conformes con aquella individualización, mientras que otros ya hasta "vendieron" parte, si no es que toda su parcela.

Cabe decir que en el ejido colectivo, las sociedades de crédito ejidal, los grupos solidarios y otras figuras parecidas, dejaron de existir aquel año de 1990. En los poblados seleccionados, los grupos organizados que sobreviven hasta hoy, se formaron posteriormente bajo el esquema y los auspicios de Pronasol, pero no gozan de buena salud económica.

La debacle económica junto con otros factores de orden político han frenado la prometida erradicación del paternalismo. En Dzidzantún la ayuda estatal a los ejidatarios se sigue haciendo con criterios políticos. Los horticultores identificados con los partidos políticos de oposición y más independientes, apenas reciben una ayuda técnica mínima en el combate a la plaga de la mosquita blanca; mientras que los citricultores —60 personas— reciben un promedio de 500 pesos anuales, más una ayuda para insumos, insecticidas, mantenimiento de mangueras, etcétera. Reciben cantidades similares: una Unidad Agrícola e Industrial de la Mujer (UAIM) formada por 45 socias dedicadas a la horticultura; un grupo de ganaderos formado por 30 socios, en proceso de consolidación, obtuvo un crédito blando mediante el Pronasol; un grupo pequeño de henequeneros reciben un promedio de 100 pesos semanales cada uno, por concepto de venta de hojas de henequén de unos planteles que están a punto de entrar en decadencia; y el resto de los agricultores que se dedican a la milpa reciben 484 pesos por hectárea como ayuda del Procampo.[17]

[16] Varias empresas de bienes raíces ya han comprado varias tierras de los ejidos que circundan la ciudad de Mérida. En el ejido Dzityá, entre Mérida y Progreso, se detectó una gigantesca operación de venta de tierras que serían destinadas a construir nuevos fraccionamientos. El ayuntamiento de Mérida se opuso porque sería ésta una acción que rompería el Plan Urbano de la ciudad, por lo cual presentó una querella ante diferentes instituciones agrarias federales.

[17] Programa de Apoyos Directos al Campo, inaugurado en octubre de 1993.

El ejido San Francisco, más pequeño que el de Dzidzantún, corrió una suerte un poco diferente desde sus orígenes. Se trata de uno de los llamados ejidos de hacienda, surgido de la afectación de las haciendas henequeneras y de la inclusión entre los beneficiarios no solamente de los peones de pueblo —como se había hecho hasta ese entonces— sino también de los peones acasillados. Hay que recordar que bajo el Código Agrario de 1934, los núcleos agrarios podían por ley reclamar tierra con la sola condición de ser residentes de pueblos, y se dejaba fuera a los residentes de las haciendas. Estos ejidatarios, en su mayoría ex peones acasillados, no sabían hacer otra cosa que cultivar el henequén. Así que para ellos resultó muy difícil dejar esta actividad que se transmitía de generación a generación por vía empírica.

En los años setenta, un grupo de diez a doce socios ejidatarios, siguiendo el ejemplo de los de Dzidzantún, solicitó tierras para practicar la horticultura y se les concedieron. Aprovecharon los desechos orgánicos de las desfibradoras cercanas y, al igual que a los horticultores de Dzidzantún, les resultó una actividad rentable; hasta que se vieron afectados por la plaga de la mosquita blanca y su capacidad económica resultó muy debilitada.

Cuando se presentaron a este ejido los promotores del Procede, la mayoría de los ex henequeneros se dedicaban a la milpa y al trabajo asalariado. Estos últimos eran —y son— mayoría frente a los horticultores aglutinados alrededor de tres familias. Por esa razón fue relativamente fácil tomar el acuerdo de dejarles las tierras que ya habían trabajado. Un ejidatario maicero, presidente del Comisariado de Vigilancia, dijo que esas tierras, afectadas por la mosquita blanca, ya estaban sobretrabajadas, que a ellos no les interesaban; en cambio, que veían al monte alto como un terreno propicio para futuras expansiones tanto de la horticultura como de otro tipo de cultivo comercial. Aquí en San Francisco, debido a que frecuentemente salen en busca de un jornal, no hay grupos organizados y sólo reciben ayuda para la milpa por la vía del Procampo.

Resulta paradójico que el fracaso del ejido colectivo henequenero tienda a dispersar la fuerza de la comunidad natural, pero es muestra clara de la intrusión ajena al control de las tierras. El ejido, como ya se dijo, es más que un espacio territorial compartido y su institucionalización en las comunidades ha sido variable. En Yucatán, durante siglos se han llevado a cabo intentos frustrados de introducir la propiedad privada en las comunidades maiceras, como Kaua, pero han fracasado sencilla-

mente porque la agricultura que se practica es una agricultura itinerante y lo más adecuado para ello es la propiedad comunal.

El subsector pecuario de Yucatán

Por lo que se refiere al subsector pecuario, la rama ganadera parece estancada y hasta con retrocesos si nos fijamos en el número de reses. Empero, parece que la situación no va del todo mal ya que se ha mejorado la calidad del hato yucateco. Los ganaderos han preferido aumentar la calidad y no la cantidad. Las unidades de producción ganadera en su mayoría son de propiedad privada, y las pocas ejidales son de muy pequeña escala que practican la llamada "ganadería de poste". Tal producción muchas veces no es captada por las estadísticas oficiales y podría llegar a unos miles.

Las agroindustrias porcícola y avícola, sin duda, han sido las actividades con un gran repunte sectorial. Al igual que la ganadería son empresas privadas, pero a diferencia de ésta, "Kekén", "Sanjor" y "Campi", por ejemplo, crean muchísimos empleos directos y su efecto multiplicador es alto.

"Kekén" es una empresa que fue fundada en 1991; en 1992 inauguró su rastro tipo TIF en donde hoy día se procesan de 1 500 a 1 800 cerdos por día. No fue proporcionado el dato de producción y sólo se supo que aproximadamente 6% se exporta hacia el Japón. Su planta laboral está compuesta por 560 obreros y 140 empleados que provienen de las comunidades cercanas a la planta: Umán, Chocholá y Kopomá. De esta fuerza laboral 25% está compuesta por mujeres de 25 años de edad en promedio.

Un nivel más abajo, la producción de cerdos es controlada en 93% por dos empresas "Agroyucatán" y "Campi" (División cerdos), y 7% restante por particulares que cumplen con las normas de calidad de la empresa "Kekén". Los chiqueros o granjas operan bajo dos modalidades: unos son propiedad directa, bien de "Agroyucatán" o de "Campi", y otros son propiedad de pequeños grupos ejidales que aportan la infraestructura y su fuerza de trabajo, supervisados por "Agroyucatán".

En cuanto a la industria avícola, "Sanjor" y "Campi" prácticamente monopolizan este renglón. Ambas empresas poseen plantas procesadoras y parte de su producción es exportada. Operan granjas propias, y otras de terceros a través de una suerte de aparcería, a los que les entregan los pollitos,

los alimentos, y vigilan las condiciones sanitarias; cuando los animales han crecido, los productores se los venden a las mismas empresas. Se calcula que en su totalidad las granjas ofrecen empleo a unas 3 000 personas.

Crisis de las tradiciones agrarias

Aunque en el siguiente capítulo ampliaré el análisis, para conocer un poco más de cerca el trasfondo y la dinámica cultural rural, voy a referirme a tres comunidades yucatecas diferenciadas por el tipo de actividad económica predominante y por su situación geográfica, con el objeto de señalar la crisis de las tradiciones. Mostraré cómo el declive económico y social de la milpa ha facilitado los cambios culturales, por lo cual muchas prácticas sociales alrededor de ella han dejado de ser partes orgánicas del orden tradicional, y al mismo tiempo han sido refuncionalizadas en concordancia con en el orden moderno.

En grados variables la modernización y la modernidad afectan no sólo las instituciones económicas rurales sino también las culturales, como las familias y las comunidades. La literatura especializada enfatiza que tanto la globalización como la modernidad son fenómenos nuevos sólo en la medida en que aceleran el proceso de cambio cultural, en comparación con las etapas precedentes. Los medios masivos de comunicación exacerban el anhelo de ser moderno por parte de los habitantes rurales, de estar todo el tiempo en tránsito, en la frontera entre el hoy y el ayer y, con ello, los hábitos, las costumbres, las normas y las instituciones locales se desplazan hacia una suerte de práctica folclórica.

En los treinta Redfield observaba: "las comunidades mayas (de Yucatán) difícilmente pueden distinguirse de las que no lo son, excepto por lo que se refiere al modo de vida" que gira en torno de la milpa. De ese modo, según él, "la importancia capital de la agricultura maicera en la vida de los mayas (de Yucatán) resulta evidente para cualquier estudioso de los indios" (Redfield, 1977: 8). En efecto, la tradición requiere la apropiación activa, perpetuación y transformación de los cosujetos humanos.

La tradición, cualquiera que sea, se trasmite como parte de un proceso de aprendizaje sociocultural. Por lo tanto, la creciente orientación de la población rural hacia la movilidad temporal con el objeto de asegurar el mínimo histórico de supervivencia indica que las tradiciones agrícolas pierden vigencia, o sencillamente se transforman sobre la

Cuadro II.3
Volumen de la producción pecuaria de Yucatán, 1990-2000 (toneladas)

Especie	*1990*	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*1995*	*1996*	*1997*	*1998*	*1999*	*2000*
Bovinos	21 816	26 703	35 810	38 266	34 458	31 456	29 743	29 037	34 691	34 888	34 901
Porcinos	17 270	20 215	27 410	27 749	59 576	70 524	71 627	71 890	74 282	77 027	80 024
Ovinos	204	210	316	323	279	279	280	250	292	315	357
Aves	45 554	49 459	83 027	74 311	74 841	83 311	86 489	87 127	159 851	154 232	160 043
Guajolotes	554	859	585	992	1 031	1 086	1 071	1 113	1 265	1 394	1 425
Apicultura	10 251	13 662	12 998	10 749	11 389	8 575	9 350	9 634	8 996	9 206	9 800
Total	95 649	111 108	160 146	152 390	181 574	195 231	198 560	199 050	279 377	277 062	286 550

Fuentes: *Anuario Estadístico del Estado de Yucatán, 1992; Anuario Estadístico del Estado de Yucatán, 1993-1995*; y *Primer Informe de Gobierno de Víctor Cervera Pacheco, 1996*; *Informes de Gobierno de Víctor Cervera Pacheco*, 1997-2000.

base de las expectativas que han sido puestas fuera del estrecho ámbito del entorno local.

Frecuentemente se insinúa que quienes migran del campo hacia Mérida son campesinos pobres, lo cual no es del todo cierto, no es la pobreza el resorte que lanza la población campesina hacia los mercados laborales. Nuestra encuesta aplicada reveló que de los migrantes hacia esta ciudad dominante, solamente 16% hace algún cultivo. En cambio, quienes viajan a otros poblados representan el doble, 32%, y se desempeñan como jornaleros, es decir trabajando en la agricultura (cuadro II.4). De las personas entrevistadas que viajan a Quintana Roo son muy pocos los que declararon alguna actividad agrícola.

Cuadro II.4
Distribución de migrantes de Yucatán que hacen algún cultivo, 1996

Nombre de la zona	*Lugares de trabajo*	*Hace algún cultivo*		
		Sí (%)	*No (%)*	*Total (%)*
Henequenera	Mérida	16.7	83.3	100
	Cancún		100	100
	Poblados	30.4	69.6	100
	Estados Unidos		100	100
	Total	19.8	80.2	100
Citrícola y sur	Mérida	33.3	66.7	100
	Cancún	33.3	66.7	100
	Otras Cds. Q. Roo	20.0	80.0	100
	Poblados	53.8	46.2	100
	Total	40.0	60.0	100
Maicera	Mérida		100	100
	Cancún	21.4	78.6	100
	Otras Cds. Q. Roo	50.0	50.0	100
	Poblados	41.2	58.8	100
	Estados Unidos		100	100
	Total	23.9	76.1	100
Costera	Mérida	12.5	87.5	100
	Cancún		100	100
	Otras Cds. Q. Roo	33.3	66.7	100
	Poblados	18.8	81.3	100
	Total	18.2	81.8	100

N= 206 personas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Algunos de los migrantes dijeron recibir ayuda del Procampo o de otros programas de ayuda del gobierno federal para los campesinos: 8% de los que vienen a Mérida, y 20% de los que se quedan a trabajar en los pueblos (cuadro II.5). Todo lo anterior hace indicar que estos migrantes agricultores hacia los poblados son ejidatarios y personas mayores de edad, los que se dirigen hacia Mérida y Cancún son jóvenes en su gran mayoría.

Cuadro II.5
Distribución de migrantes de Yucatán que hacen algún cultivo y reciben ayuda del gobierno, 1996
(porcentajes)

	Lugares de	*Recibe ayuda del gobierno*			
Nombre de la zona	*trabajo*	*Sí*	*No*	*No aplica*	*Total*
Henequenera	Mérida	8.3	8.3	83.3	100
	Cancún			100	100
	Poblados	17.4	13.0	69.6	100
	Estados Unidos			100	100
	Total	10.5	9.3	80.2	100
Citrícola del sur	Mérida	11.1	22.2	66.7	100
	Cancún		33.3	66.7	100
	Otras Cds. Q. Roo	20.0		80.0	100
	Poblados	46.2	7.7	46.2	100
	Total	26.7	13.3	60.0	100
Maicera	Mérida			100	100
	Cancún	14.3	7.1	78.6	100
	Otras Cds. Q. Roo	50.0		50.0	100
	Poblados	29.4	11.8	58.8	100
	Estados Unidos			100	100
	Total	17.4	6.5	76.1	100
Costera	Mérida	12.5		87.5	100
	Cancún			100	100
	Otras Cds. Q. Roo		33.3	66.7	100
	Poblados	6.3	12.5	81.3	100
	Total	6.8	11.4	81.8	100

N= 206 personas.
No aplica= personas desligadas completamente de la agricultura.
Fuente: investigación directa, 1996.

Paso ahora al análisis de los casos concretos: Kaua es la cabecera del municipio que lleva el mismo nombre. En maya Kaua quiere decir pan acedo. Al oriente del estado, situado a 21 kilómetros de Valladolid y a 125 km de la ciudad de Mérida en dirección noroeste, Kaua limita al norte con el municipio de Uayma, al sur con Tekom, al este con Cuncunul y al oeste con Chankom y Tinum.

Su superficie total es de 214.60 km^2; representa apenas 0.5% del territorio estatal y 0.001% del territorio nacional. El municipio cuenta con las localidades de Chan Dzonot, Dzibiac, San Lorenzo, San Román Tzacal, Xnoh Kankab, Xanlá, Xuxcab; Yaxché, Haimil, X'lapxul, San Nicolás, Tzoc-Yáh, Yaxhic y Yaxuná. En el municipio no existen corrientes superficiales de agua, sólo corrientes subterráneas cuyos accesos son conocidos como cenotes. En la cabecera municipal se localizan dos de estas fuentes de agua natural; es probable que este hecho sea una premisa histórica de su fundación.

El clima de la localidad es cálido, sub-húmedo, con lluvias en verano, temperatura media anual de 26.1° C, precipitación pluvial de 82.9 mm, y predominan los vientos procedentes del sureste. La superficie del territorio municipal se clasifica como llanura de barrera, con suelo rocoso o cementado, alto y escarpado. Los suelos corresponden a la era terciaria, la mayor parte son de tipo rendzina. Hacia el sureste se localizan suelos de tipo litosol. Entre la flora cuenta con selva mediana subcaducifolia, con vegetación secundaria. Algunas especies son: amapola chechén, chukum, sábila, zapote y tamarindo. Los animales más comunes son mamíferos: gato de monte, tuza, zorro; entre las aves, la chachalaca, tzutzuy, codorniz; y algunos reptiles como la boa, la ratonera, iguanas y lagartijas.

Toda esta riqueza ecológica vive un proceso de deterioro muy fuerte. De hecho, los montes predominantes son los llamados "xlapaches", montes bajos, que no han completado el ciclo de recuperación secundaria que es de 15 años como mínimo. Alrededor de 250 jefes de familia se dedican a la milpa en las tierras ejidales mediante la técnica de roza y quema; la producción que se obtiene es tan baja que sólo se destina al autoconsumo.[18] En Kaua, como en otras comunidades maiceras de la re-

[18] Goldkin, basándose en los datos de Redfield, calculó que uno de 4 a 5 miembros necesitaba cultivar una milpa de por lo menos 2.6 hectáreas (65 mecates aproximadamente), teniendo en cuenta que el rendimiento por hectárea era de 840 kilos por hectárea. Se calcula que 1 096 kilogramos se destinaban al consumo y el resto a la venta (Halperin,

gión, el trabajo de la tierra era una organización compleja: se repartía, se agrupaba, se intercambiaba; y casi nunca venía aparejada con una transferencia de dinero (Halperin, 1975: 90).

La costumbre ha sido alterada porque actualmente, aunque no se intercambia, reciben la ayuda del gobierno a través del Procampo. De modo que hay una institución ajena a la comunidad que controla indirectamente la milpa por medios no mercantiles. Antes, las tierras eran trabajadas por jefes de familia ayudados por el núcleo familiar que decidía dónde y cuándo sembrar. Ahora, en cambio, esa ayuda de los miembros de la familia casi no es requerida, en su lugar se acude al Procampo del que obtienen 708 pesos, corrientes al año de 1999, por hectárea, con un máximo de dos hectáreas por productor. Los otros miembros de la familia buscan alguna otra forma de aportación para cubrir el fondo histórico mínimo de subsistencia.

Las tierras de la comunidad, todas ejidales, ya están en proceso de entrar al nuevo régimen legal, o sea, al régimen de propiedad privada. Por lo menos desde la década de los treinta, en base al ejido y la fajina se organizaba la propiedad del pueblo. El primero es más moderno o reciente —de los años treinta—; la segunda es una institución colonial de trabajo comunal para obras públicas. La fajina, en tanto obligatoria para todos los miembros de la comunidad, va de salida; de hecho sólo se practica en algunas comisarías, pequeñas comunidades rurales.

El deterioro del medio ambiente ha tenido un efecto social gravísimo. Entre otros, ha acelerado el empobrecimiento de la dieta de la población, pues en el pasado, debido a la gran variedad de animales, la gente se dedicaba a la caza de venados, conejos, puercos de monte y aves. De los montes, también utilizaban la madera para carpintería y fabricación de muebles para el hogar. En la actualidad es sumamente difícil y caro conseguir paja para el techo de las viviendas tradicionales.

Kaua es un municipio vecino de Chan Kom, una comunidad muy famosa a partir de los estudios de R. Redfield (1941) y Halperin (1975), entre muchos otros; y recientemente, los de Alicia Re Cruz (1996) con la observación de los procesos sociales de deterioro del orden tradicional en esa comunidad, pero que también son válidos para estas poblaciones circunvecinas. Inclusive, ante la escasez relativa de tierras,

---

1975: 102). Actualmente el rendimiento por hectárea anda en alrededor de 600 kilogramos y el Procampo sólo otorga una ayuda para cultivar dos hectáreas por persona.

generada por una demanda creciente con el aumento de la población y un menor rendimiento por hectárea a causa de la sobreexplotación de los montes, lo anterior es perceptible en casi todos los demás municipios de la entidad.

Otro ejemplo del deterioro de las tradiciones es la comunidad de Kancab perteneciente a la región sur del estado. Es un pequeño poblado distante a 8 kilómetros de Tekax, la cabecera municipal, y a 96 km de Mérida. Su clima es tropical lluvioso y cálido. Los vientos predominantes, la mayor parte del año, son los alisios cargados de humedad y provenientes del Golfo de México. Aquí las precipitaciones pluviales son más frecuentes que en Kaua, llegan a 1000 mm^3; la temperatura media es de 22° C; y la humedad relativa es de 72 por ciento.

El suelo es muy permeable, el agua absorbida de las lluvias se incorpora a las corrientes subterráneas que son utilizadas, gracias a la perforación de pozos, para el riego de sus cultivos. En Kancab, el agua se encuentra a una profundidad de 30 a 40 metros, pero hay lugares donde la profundidad alcanza hasta 80 o 90 metros. Kancab es el segundo pueblo en el camino que se dirige —pasando por la Sierrita del Puuc— hacia Tixcuytún. Se llega primero a Canek, luego a Kancab y por último a Tixcuytún. Esta carretera, por cierto, es relativamente nueva, fue construida en 1988, después del ciclón Gilberto que destruyó el camino blanco y la terracería que existía. Al poblado no llega ningún autobús de pasajeros; únicamente las camionetas de servicio colectivo para la comunidad, otras que llevan mercancías a Oxkutzcab, y algunos autos particulares que van a Tixcuytún de vez en cuando.

Del mismo modo que en Kaua, el uso de la tierra está organizado sobre la base del ejido. Los cerca de 100 ejidatarios del poblado, aparte de la milpa clásica, han fomentado una parcela con cultivos de sandía, melón, papaya y cítricos. Todo ello, junto con otros árboles frutales, permite a la comunidad una producción agrícola constante. La diversidad agrícola de Kancab frente a la de Kaua es muy superior, pero aún así, individualmente ningún ejidatario obtiene la producción suficiente para sostener a una familia.

San Felipe es otro ejemplo de la diversidad rural yucateca. Está situado en la región litoral del Golfo de México, a una distancia de 150 km en línea recta de la ciudad de Mérida. Cuenta con una superficie total de 680.85 km cuadrados; representa 1.57% del territorio estatal. Limita al norte con el Golfo de México, al sur con los municipios de Panabá y Buc-

zotz, al este con el municipio de Río Lagartos y al oeste con el municipio de Dzilam de Bravo. Además de la cabecera —del mismo nombre—, el municipio cuenta con las siguientes localidades: San Juan, San Nicolás, Ebom, Santa Pilar, San Ramón, Xpahua; Sicapá, Xmotoc, Buena Esperanza, Santiago, Santa Librada, Yokdzonot y El Ejido Viejo.

Al parecer, el nombre original de San Felipe fue "Actam Chuleb", que significa "Manantial de los Chuleb" (pajaritos negros que migran a San Felipe a partir del mes de julio y se van en octubre). Su clima es cálido, semiseco, con brisas marinas y lluvias en verano; temperatura media anual de 26.4° C; precipitación pluvial media de 57.4 mm; y vientos predominantes del sureste. Su orografía se caracteriza por la presencia de llanura de tipo rocoso, alto, escarpado y complejo en la parte sur. Al norte, la superficie está formada por playas o barda de laderas tendidas e inundables.

En flora, cuenta con manglares en la parte oeste, de norte a sur del territorio municipal. En el centro, siempre de norte a sur; selva baja caducifolia. Su fauna marina está compuesta de diversas especies de peces y mariscos: mero, lisa, rubia, sierra, ronco, cupido, bulcayo, huachinango, pulpo, calamar, caracol, camarón, langosta y jaiba, entre otros. La fauna terrestre se compone de conejos, tuzas, zorros, iguanas, serpientes, tortugas, flamencos, patos, gaviotas, chachalacas, patos migratorios, garza blanca y garza morena.

Los pobladores de la cabecera municipal se dedican a la pesca y a los servicios turísticos, mientras que los de las comisarías suelen practicar la migración y hacen una pequeña milpa cuyo producto destinan al autoconsumo.

Sobre la base de nuestras observaciones en el terreno de estos tres poblados rurales, podemos decir que la comunidad —definida como comunión de costumbres y creencias— vive un proceso de disolución, que no es lo mismo que desaparición de la vida local o las prácticas locales. El espacio público y privado, progresivamente se convierte y refuncionaliza en razón de influencias distantes. De esta manera, como diría Giddens, las costumbres locales, las tradiciones que todavía subsisten, tienden a propagar un significado alterado con relación a su matriz original. Tales tradiciones fragmentadas se convierten en hábitos o reliquias. Hábitos que son más que nada formas personales de rutinización (1994: 101). El proceso de destradicionalización agraria es amplio y variado, así que en los siguientes capítulos retomaremos y ampliaremos el tema.

CONCLUSIÓN

Como vimos, en medio de un contexto crítico de la agricultura y de impulso a la modernización del ejido, la comunidad rural tradicional yucateca se ha vuelto más abierta y más expuesta a las corrientes de información exógenas, conectándose estrechamente a la modernidad mundial. Al mismo tiempo, las herencias culturales cobran otra textura, puesto que los miembros de la comunidad relajan sus viejas ataduras y atavismos que los atrapaban dentro de la colectividad. El sentido de pertenencia a la comunidad deja de pasar por el recurso tierra, el ejido por supuesto, y se traslada hacia otras actividades diferentes y de diversa índole.

Como ya se ha dicho, es difícil generalizar cuando se trata de problemas del campo mexicano, pero diría que los nuevos contenidos culturales sobre la base del individualismo y el urbanismo se riñen con la modernización económica promovida hacia el sector ejidal. El nuevo torrente de información junto con los modernos programas de desarrollo distorsionan la perspectiva que tienen los ejidatarios de su agricultura, del lugar central en sus expectativas de superación individual.[19] La incertidumbre que siempre ha existido entre ellos, ahora cambia de signo, ya que no es afrontada con recursos propios, cada vez más escasos, sino con otros de fuera. De este modo, espacio (hectáreas) y tiempo (entrega del dinero) se imponen mediante las instituciones del Estado.[20]

Para que la modernización económica de tipo neoliberal pudiera echar raíces en el sector ejidal, hace falta incorporar al enfoque la dimensión cultural que, aunque no visible a primera vista, es fundamental. En ese mismo orden de ideas, hace falta regionalizar las políticas agrícolas, porque el rendimiento diferenciado de los ejidos sobre la base de los recursos naturales, es muy diferente en la Península de Yucatán

[19] Como bien señala Gates: "muchos campesinos se sienten con derecho al crédito y otros subsidios, sin tener en cuenta el resultado de su cosecha, como parte de sus derechos en tanto ejidatarios, pues la justicia social contemplada por la Constitución de 1917 todavía no les llega" (Gates, 1996: 46).

[20] En el año de 1999, cada ejidatario recibió 708 pesos corrientes por hectárea sembrada, procurando sembrar el máximo permitido por el programa que es de dos hectáreas. Para el ciclo primavera-verano de ese mismo año, en Yucatán se entregaron 62 000 000 de pesos a 44 953 ejidatarios; pero hubo una queja generalizada, ya que los apoyos llegaron fuera de tiempo con el riesgo de que no se lograra ni 50% del terreno sembrado.

respecto al Bajío o Tamaulipas; factor que otros autores ya habían apuntado desde mediados de los sesenta (Fernández y Fernández, 1966: xiv).

Paradójicamente, la nueva Ley Agraria en lugar de regresar este espacio vital al dominio de los propios ejidatarios, contribuye al proceso de enajenación que se viene desarrollando; y conjugada a la estrategia de las políticas públicas, ahora más que nunca el espacio de producción es controlado por el Estado. Así, la modernización económica termina por quedar incompleta, pero contribuyendo a la prostitución de las prácticas agrícolas tradicionales.

III. MODERNIDAD RURAL Y MIGRACIONES TEMPORALES

El tema mismo de la migración como objeto de estudio carece de importancia salvo que se tome como un objeto que se refiere a otros fenómenos y procesos sociales.

GUSTAVO VERDUZCO, 1986.

INTRODUCCIÓN

En los dos capítulos anteriores presenté una síntesis apretada de las condiciones objetivadas de la modernidad en el medio rural. De aquí en adelante, el énfasis será puesto en las acciones sociales y actitudes de los actores rurales, o sea en las dimensiones subjetivadas de la modernidad, más difíciles de captar a simple vista o por medio de los datos estadísticos.

En México las etapas históricas suelen dejar sedimentos que se traslapan unos con otros formando un complejo cultural híbrido, cuyas raíces, como vimos, vienen desde el periodo de la Colonia. Así, hoy la sociedad rural y sus sistemas de producción constituyen la expresión de una coexistencia, en constante tensión por cierto, entre remanentes del orden tradicional y el emergente orden moderno: entre tradicionalidad que no acaba de extinguirse y una modernidad que no termina de madurar.

De modo que el proceso de modernización de la vida social, la modernidad rural, que se analiza en esta obra es apenas un ejemplo de un proceso complejo y heterogéneo. En el capítulo previo señalé porqué la ruina de la milpa acelera la desintegración del orden tradicional; y no necesariamente de su muerte. En adelante revisaré algunos hechos y prácticas sociales que de alguna manera dan cuenta de la dimensión sub-

jetivada de la modernidad. Estos hallazgos son tendencias pues las prácticas sociales de la vida cotidiana al pasar por los filtros de espacio y tiempo locales adquieren coloridos imposibles de describir en una obra como la que aquí presento.

La tendencia generalizada de las migraciones temporales en el medio rural, como ya se dijo antes, indican una orientación cultural hacia la modernidad: una actitud laboral hacia fuera, hacia la conquista de mercados distantes; una ruptura con viejas percepciones del espacio o entorno para el trabajo y la supervivencia (Pepin-Lehalleur, 1996); asimismo, una actitud de consumo conspicuo de productos industrializados; una fascinación por los estereotipos de la vida urbana que se quieren emular.

Por algún tiempo se privilegió el análisis de la migración definitiva rural-urbana, dado que era el flujo predominante en la época de conformación de mercados laborales urbanos en el contexto de la industrialización creciente. Se practicaron, por supuesto, varios enfoques teóricos, desde aquellos que enfatizan los aspectos macroeconómicos (polos de atracción *vs.* polos de expulsión; regiones industriales *vs.* regiones agrícolas, etc.), hasta los que analizan con detalle las conductas psicosociales observadas entre los individuos (decisión de migrar o no, en función del grado de escolaridad, edad, sexo, religión, etcétera).

No viene al caso repasar con detalle cada uno de tales enfoques, pero es importante decir que independientemente de su utilidad u objetividad científica, dos cosas deben ser resaltadas: una, la teoría sociológica contemporánea cuestiona el carácter explicativo que se le confirió a los conflictos agrarios (Mingione, 1991); y dos, si bien los desplazamientos definitivos campo-ciudad no han cesado, en diversas regiones han sido sustituidos por otros tipos de movilidad de la población, como las migraciones estacionales o por relevos (Arizpe, 1985).

Según varios expertos, el decenio de los ochenta fue en muchos sentidos el punto de inflexión del patrón migratorio en la región latinoamericana (Pachano, 1986; Castillo Girón, 1995: 76). A principios de esa década, se señalaba que existían ya evidencias empíricas suficientes de que el volumen de las migraciones temporales en el continente habían aumentado (Verduzco, 1986: 83). Hoy, tales migraciones son observadas en prácticamente todas las zonas rurales de la sociedad latinoamericana (Castillo Girón, 1995; Salas Quintal, 1997; Teresa, 1998; Serna, 1998; Vázquez, 1998); y se estima que en cuanto a volumen predominan sobre las migraciones definitivas.

Esta situación, obviamente, demanda una reconceptualización de los procesos sociales, ubicándolos en la dinámica compleja de la globalización de la economía y sus expresiones regionales. Además, las migraciones temporales son parte importante del repertorio de opciones no sólo para la población rural sino también para la urbana. Para los habitantes del campo, sin embargo, ésta es una situación incómoda, porque no logran ser lo que aspiran pero tampoco dejan de ser lo que niegan. Los sujetos que la practican, por una parte, se siguen reproduciendo parcialmente como campesinos, refuncionalizando sus formas de vida tradicional, y por la otra, aspiran a conseguir un empleo remunerado y calificado junto a una inclinación hacia el relevante consumismo capitalista.

El papel de las migraciones en el desarrollo histórico de la humanidad y su comportamiento con relación a las diversas formas de organización de las sociedades, se ha transformado a lo largo del tiempo. Así, las migraciones temporales se han convertido en un tema de actualidad no sólo por su magnitud, en constante aumento, sino por la diversidad de factores en que se manifiestan (Verduzco, 1986: 86; Szasz, 1993).

La pluriactividad y movilidad de la población, constituyen una respuesta cada vez más extendida de millones de campesinos[1] y personas sin empleo fijo, con un ingreso muy bajo —generalmente por debajo del salario mínimo—, debido a las condiciones estructurales de los países subdesarrollados (Mingioni, 1991); pero no deben soslayarse otras variables causales de índole política, cultural o ideológica. Muy frecuentemente se da el caso de que una situación económica que le parece excepcionalmente mala a un observador externo, en realidad no representa un factor expulsivo, sobre todo si corresponde a una pauta tradicional, que no solamente está institucionalizada en las normas, valores y creencias de la sociedad, sino que también continúa operando como una expectativa incuestionable en la mente de los habitantes de la comunidad.

Es decir, ni la precariedad de recursos productivos y la pobreza son variables nuevas, ni se han eliminado del ámbito nacional. Pero muchos campesinos, de Michoacán por ejemplo, hace décadas que dirigieron la mirada hacia afuera, hacia Estados Unidos. En cambio, otros campesinos más pobres que ellos, buscaron y encontraron alternativas en su pro-

[1] En Querétaro, por ejemplo, se detectó en una comunidad otomí, que de las personas que suelen migrar, 90% de ellas lo hace para conseguir un empleo y el restante 10% por otros motivos (Serna, 1992).

pio entorno. Por tanto, a simple vista ambas variables no dicen mucho, son una constante, pero adquieren relevancia si se les coloca en contextos subjetivos cambiantes a lo largo del tiempo y del espacio. Razón por la que es preciso evitar el sesgo economicista que, como bien señala Aramburu (1986: 115), ha sufrido el estudio de las migraciones.

Asumo que "si bien es cierto que la actividad económica continúa siendo el elemento dinámico en la determinación de las migraciones, su operación es cada vez menos nítida o más compleja. Existen numerosos casos en los que se combina con otros factores, e incluso en algunos la presencia de los aspectos económicos no es evidente o directa" (Castillo Girón, 1997: 73).

Mi punto de partida es que las migraciones que se observan hoy día en México no sólo obedecen a causas meramente económicas, como se suele afirmar,[2] o a motivaciones y comportamientos individuales, sino que responden a procesos tanto objetivos como subjetivos, complejos, que acompañan a la modernización contemporánea, tales como la expansión de la infraestructura (electrificación rural y transportes) y la superestructura (penetración de los medios electrónicos de comunicación y extensión del sistema educativo, entre otros). La decisión de migrar ciertamente contiene elementos de voluntariedad de los individuos, pero en tanto fenómeno social, es un proceso que se inscribe en la extensa gama de factores del contexto en que ocurre (Castillo Girón, 1995: 73-74).

"El éxodo rural —dice Pepin-Lehalleur— iniciado en los años setenta que ha ido generando un movimiento de personas, dinero e ideas, las imágenes atractivas difundidas por una televisión que le sigue el paso a la electrificación en el campo, el ímpetu que cobran las migraciones hacia Estados Unidos en el último decenio, contribuyen poderosamente a difundir entre el campesinado un conocimiento concreto y preciso de los modelos urbanos de bienestar, y a valorar el disfrute de una mayor autonomía personal de cara a diversas posibilidades de empleo, de relación y otras formas de realización que se antojan múltiples. A la vez reales y engañosas, brillan las luces de la ciudad." (Pepin-Lehalleur, 1992: 292.)

Diría entonces, que desde hace décadas las migraciones rurales son influidas por la modernidad. Según Giddens, la modernidad implica la capacidad de los actores sociales de alejarse de su ámbito inmediato,

[2] Una revisión interesante se encuentra en Pachano (1986: 19-29).

para ubicarse en un mundo más amplio y actuar en función de conocimientos y lógicas que desbordan la vida cotidiana (1990: 254-289). En otras palabras, la modernidad tiene lugar cuando la transformación del tiempo y el espacio y la acción de los mecanismos de desprendimiento, alejan a la vida social de los acervos de preceptos y prácticas (tradiciones) establecidas (Zermeño, 1997a: 157).

Por otra parte, las migraciones temporales presentan una característica fundamental frente a las conocidas migraciones definitivas: la migración temporal se relaciona con la reproducción de existencia del lugar de origen; mientras que las migraciones definitivas, además de que implican el abandono del lugar de origen, representan una modificación sustantiva en la estructura de la inserción laboral, incluso frente a las migraciones de los jornaleros agrícolas[3] conocidos como "golondrinos", cuya duración y radio es diferente. El análisis de las migraciones temporales no puede deslindarse de la reproducción social de las propias familias rurales (Szasz, 1993), ni de las subjetividades —expectativas— de los propios actores (García Canclini, 1990), ni de los vaivenes de los mercados de trabajo del entorno (Verduzco, 1986). Necesidad, expectativa y oportunidad suelen estar conjugadas detrás de la acción de migrar.

En este capítulo exploro el sustrato objetivo de la cultura a partir de la conjugación de necesidad y oportunidad de los actores sociales. Se hace énfasis en el análisis de las variables económicas y demográficas relacionadas con las unidades domésticas. Más adelante, en el siguiente capítulo, el análisis será focalizado en torno de algunos aspectos subjetivos (culturales, ideológicos y políticos) menos visibles que igualmente median en el fenómeno de las migraciones temporales.

Varios autores (PISPAL, 1986) han demostrado que los migrantes no provienen de una masa marginal del campo, por el contrario, la mayor parte de ellos suele ser la gente más capacitada. Se trata de trabajadores que han perdido parte de sus rasgos campesinos (tradicionales), pero que no han generado un proletariado agrícola con una inserción determinada y unívoca en la estructura económica; no obstante, esta inserción está afectada por múltiples procesos que no acaban de consolidarse. Si bien, a diferencia de otros periodos anteriores "la complejidad de la sociedad moderna ha afectado no sólo la estructura social, sino también la dimensión simbólica y subjetiva" (Salas Quintal, 1997: 293).

[3] De las cuales da cuenta Barrón (1997).

Continuamente se observa, por ejemplo, que el trabajo campesino es visto por los propios campesinos con un poco de desprecio (lo que se demostrará en el capítulo siguiente); o si se quiere, socialmente el espacio tierra (para la agricultura y para la residencia) ha adquirido una nueva dimensión económica y simbólica. En varias regiones, algunos productores han perdido por completo el control de sus procesos productivos pero siguen viviendo en el campo, en sus antiguas viviendas (Serna, 1992; Teresa, 1998; Zendejas, 1995; y para el caso de Chile, Salas Quintal, 1997: 287); todavía conservan una matriz organizacional campesina pero se inclinan hacia el consumo de productos industrializados de alta tecnología.

Evidentemente, el peso de los factores objetivos y subjetivos que regulan las migraciones temporales cambia a lo largo de la historia. En una sociedad perfectamente integrada, las condiciones objetivas corresponden en efecto a las expectativas y actitudes de los actores sociales.

En México, la situación opuesta es más bien frecuente, si no universal. Las condiciones objetivas (escasez de puestos de trabajo, bajos salarios), no permiten realizar exitosamente las expectativas (ingresos y estatus) por medio de acciones sociales según el marco institucionalizado. A raíz de los nuevos contactos culturales y la penetración de los medios masivos de comunicación, las expectativas parecen más influidas por una idealización que por las oportunidades reales abiertas. Todo mundo quiere tener un empleo fijo, pero muy pocos consiguen ese objetivo; y de ese modo, a la par de la extensión de las migraciones temporales, surge un nuevo sentimiento entre la población rural: la frustración. Una frustración que hace retroceder, que desarma, fragmenta y debilita las identidades.

Migraciones pendulares (temporales)

En medio de la crisis nacional de "baja intensidad" que se vive desde hace años, los trabajadores rurales yucatecos llevan a cabo variadas actividades productivas dentro y fuera de su comunidad a lo largo del año. Siempre han desarrollado las actividades más diversas, no obstante, se trata ahora de una pluriactividad nueva: diversificada, técnica y ubicua. Los migrantes se mueven permanentemente y hacia todos los puntos posibles; situación que los confina a una zona oscura dentro de las esta-

dísticas oficiales. En el mejor de los casos aparecen, bien en las estadísticas laborales o bien en las agrícolas, pero lo cierto es que en ninguna de ellas permanecen fijos. Como masa, para un cuadro estadístico, estático, probablemente ese escenario no haga ninguna diferencia, pero de ese modo no se puede comprender la película.

Por tal motivo, una de las primeras tareas en este capítulo es la de establecer las modalidades (cómo, quiénes) e intensidad (frecuencia y cantidad) de dichas migraciones. Vale decir, las acciones sociales cotidianas —como fueron definidas en la introducción de esta obra— de los individuos que son miembros de las unidades domésticas familiares[4] de Yucatán, y que aportan o dependen del fondo histórico de subsistencia. Este análisis nos mostrará las diferentes mediaciones objetivas, entre lo local y lo global; entre el individuo y el orden social vigente.

Para varios economistas, la crisis que estalló en 1982 a partir de una brutal devaluación, es la más severa del último medio siglo. Sólo en la década de los treinta se produjeron caídas iguales o levemente superiores del producto y de la inversión. Pero, a diferencia de la situación de aquellos años, en los que México era un país predominantemente agrario y el grueso de su población vivía y trabajaba en el medio rural, escasamente integrada al mercado, en la actualidad, alrededor de 75% de la fuerza laboral depende del salario y habita en las urbes. El impacto económico y social de las reformas implementadas para superar dicha crisis, resultó tan adverso como la crisis misma. En efecto, para 1986 el salario real se redujo 55.4% en relación con el de 1982 (Pérez, 1992: 48). Además, la reducción del gasto público se tradujo en una notoria paralización del desarrollo rural que afectó el nivel de vida de los campesinos.

En el capítulo I señalé cómo en las últimas tres décadas, la relación campo-ciudad en Yucatán ha cambiado aceleradamente debido al declive de la monocultura henequenera y a la emergencia del corredor turístico Cancún-Tulúm, hacia donde paulatinamente se desplazó una parte significativa de la fuerza laboral y de la población. Estos hechos y otros similares, concretos, están necesariamente articulados a la coyuntura internacional,[5] al proceso de globalización que desde afuera exige y pro-

[4] Para muchos autores, la familia tiene un peso muy grande en el proceso migratorio, tanto en la toma de decisiones previas al inicio del desplazamiento, como en los pasos que se dan posteriormente (Pachano, 1986; Szasz, 1993).

[5] En un ejercicio de reflexión más amplio hacia América Latina, varios autores coinciden en señalar que insertas en el proceso de globalización y transnacionalización de la

mueve el cambio local. Bien, pues a pesar de dicha transición, la mayor parte de la población trabajadora o económicamente activa (PEA) continúa contabilizada en el sector agropecuario y forestal.

La agricultura (y por tanto la comunidad rural) sufre la crisis más que otro sector al deteriorarse los términos del intercambio, esto es, se compra más caro y se vende más barato. Surge así un grupo cada vez más numeroso de trabajadores que conforman un *sector informal rural*, un grupo "fantasma" para las cifras oficiales, como los vendedores y autoempleados ambulantes, la mayor parte localizados en las ciudades, pero recientemente visibles, incluso, en los pequeños poblados. La mayor parte de los migrantes temporales forma parte de este sector informal rural, cuyas características detallamos enseguida.

El número de trabajadores rurales en busca de un empleo fuera de su comunidad crece en medio de la crisis y es regulado por sus vaivenes, es decir, por las oportunidades reales de empleo. No obstante, es fuertemente estimulado por la propaganda ideológica, por las promesas de la modernización, más que por sus hechos concretos.

El desplazamiento de la agricultura, como eje económico tradicional, hacia una nueva base urbano-comercial, llegó acompañado de una depauperación creciente de la población trabajadora en general. Probablemente la crisis agrícola y la crisis financiera del gobierno aceleraron la búsqueda de otras opciones, por lo cual, durante los primeros años de los setenta —su primera etapa— propiciaron las condiciones para un fuerte movimiento migratorio campo-ciudad de carácter definitivo.[6] Más tarde, en cambio, ya con un excedente de fuerza de trabajo en las ciudades dominantes (Mérida y Cancún) y en medio de una crisis económica generalizada cada vez más aguda, cobrará importancia el movimiento migratorio de tipo temporal o pendular.

---

economía, las políticas agrarias se han transformado, lo cual se refleja en la relación entre el agro y los demás sectores, la integración regional rural y urbana, y la vida de las personas vinculadas a la agricultura, entre otros aspectos (Long, 1996; Scott, 1996).

[6] Mérida, por ejemplo, creció casi el doble al pasar de 212 097 habitantes en 1970 a 400 142 en 1980. Algunos factores que facilitaron el crecimiento de asentamientos irregulares que proliferaron en Mérida en esa década son: la venta de terrenos ejidales y el suelo plano. En la década siguiente, se llevó a cabo una expropiación cuantiosa de tierras ejidales para formar las reservas territoriales de la ciudad y controlar su expansión, con lo cual se hizo difícil la vivienda para los futuros migrantes a la ciudad.

Al momento de la encuesta, 30% de las unidades domésticas reportó que al menos uno de sus miembros trabajaba como migrante. Este porcentaje es bajo a consecuencia de la contracción del mercado de trabajo eventual;[7] los porcentajes más altos fueron registrados en la zona henequenera y en la maicera próximas a las ciudades dominantes.

En Yucatán, las modalidades e intensidad de las migraciones pendulares observadas en cada una de las cuatro regiones de la entidad ya citadas, parecen escasamente afectadas por el tipo de agricultura. Es decir, el ciclo de la agricultura influye muy poco, en cambio, la situación geográfica y las facilidades de transporte de cada una de ellas hacia las dos ciudades dominantes, Mérida y Cancún, parece "más determinante" (Fraga, 1993; Dufresne, 1994; Re Cruz, 1994). En general, nuestros entrevistados dieron muestras de un gran interés por conseguir ingresos mediante la venta de su fuerza de trabajo. Cada uno sabe, sin embargo, que su interés no es suficiente. Conocen las reglas del mercado: menores de 18 años de edad tienen obstáculos legales, y mayores de 45 tienen dificultades por su edad. Dado esos límites de edad y sus capacidades, se ayudan entre sí y se organizan para migrar de acuerdo con la edad y al sexo de los miembros de las unidades domésticas.

La complejidad de tareas que requiere la protección familiar rebasa en mucho el ámbito de la agricultura, incluso de la comunidad. Desde mi punto de vista resulta significativa la pluriactividad de las familias modernas que se diferencia de la pluriactividad agropecuaria y artesanal de las familias tradicionales. En el pasado, cuando el orden tradicional era fuerte, cada uno de los miembros de las unidades domésticas tenía bastante definido su papel, muy pocas veces escapaba de ese entramado colectivo (Thompson, 1974). La organización actual de la familia sigue basada en la ayuda recíproca, pero sobre un esquema que permite más espacio a la individualidad, la actividad de cada uno de sus miembros es más diversificada, o sea, montada en nuevos esquemas modernos.

[7] En el año de 1995 apareció en la prensa local un reportaje intitulado: "Dzununcán es una comisaría (de Mérida) casi fantasma", en el que se señala: "Con una población total de 1 213 habitantes, Dzununcán registra en los últimos años un flujo de migración hacia Mérida tan alto, que de día, tarde o noche parece un pueblo fantasma, de no ser por algunos jóvenes que, precisamente por la falta de oportunidades, opta por jugar 'cascarita' de fútbol, y otros que, en contraste, deambulan alcoholizados por las angostas veredas", *Diario de Yucatán*, Mérida, Yucatán, 16 de julio de 1995.

DORMIR EN EL CAMPO-TRABAJAR EN LA CIUDAD

Los flujos de migración temporal son extremadamente cambiantes, sensibles al ciclo vital de las familias, a las coyunturas de los mercados laborales, y a muchos otros factores locales como la suerte de la agricultura de temporal. Por este motivo, es preciso aclarar que la información de campo del año de 1996 que se captó mediante encuestas, se inscribe en un momento de contracción económica, cuando la "crisis de baja intensidad" de las últimas dos décadas, registra un disturbio fuerte después de la devaluación de diciembre de 1994. De hecho, 1995 y 1996 fueron años en los que se observó un fuerte movimiento de retorno y reinserción de los migrantes al entramado social de sus comunidades de origen. La comunidad rural se convierte así en una región de refugio frente a la debacle macroeconómica, pero, sobre todo y esto es lo más importante, muestra que aquellos migrantes siguen teniendo cabida en ella y que no han sido lanzados al mercado de trabajo por factores enteramente internos.

Enseguida analizo algunos datos recogidos a través de la encuesta ya mencionada en el apartado de metodología de la Introducción. Por la forma como fue contabilizada, distingo "fuerza de trabajo familiar" que se refiere a los trabajadores potenciales en un ciclo agrícola, de "fuerza laboral" que hace alusión a los trabajadores activos en el momento de la aplicación del cuestionario.[8]

De las 506 unidades domésticas familiares abordadas mediante cuestionarios, encontramos que en 55% de ellas hubo presencia de migrantes en algún momento del último año previo a la encuesta. Esta "fuerza de trabajo familiar" está constituida por todos aquellos miembros que contribuyen en especie, dinero o trabajo al fondo histórico de supervivencia. En algunos casos, más de un miembro del grupo familiar suele desplazarse, bien para estudiar o bien para trabajar. En cambio, al momento de la entrevista se detectó que solamente en 173 (34%) de tales unidades alguno de sus miembros migraba.

En las 506 unidades domésticas se registraron a su vez 1 226 personas mayores de quince años —fuerza laboral—, de las cuales solamente 206 (17%) dijeron trabajar fuera de sus comunidades: migrantes. La frecuencia de sus salidas varía en función de la distancia de la fuente de

[8] En lo sucesivo cuando se hable de presencia de migrantes estaré haciendo referencia a la "fuerza de trabajo familiar" (a lo largo del año) que parece más útil para mi análisis.

empleo y el tipo de ocupación. De esta fuerza laboral migrante, más de una tercera parte (36%) sale y regresa a su comunidad el mismo día. Se esperaba que la mayoría de ellos se dirigieran hacia la ciudad de Mérida, pero la información indica lo contrario, 64% se desplaza hacia centros de trabajo no establecidos en la ciudad capital (cuadro III.1); probablemente por el recorte de créditos y partidas del gasto gubernamental para construcción y mejoramiento de la infraestructura física de la ciudad.

Las personas que con mayor frecuencia recurren a la migración son los habitantes de la zona henequenera, las más de las veces por periodos cortos, lo cual significa un rompimiento con las costumbres previas. En un trabajo anterior,[9] señalé algunos de los factores históricos que propiciaron que los habitantes de las comunidades henequeneras permanecieran arraigados a su terruño, y cómo a partir de la década de los setenta, los jóvenes (la mayor parte varones) fueron expulsados hacia la ciudad. Para explicar esa situación, sí cabe y hasta es preciso, recurrir al análisis de la encrucijada de la reforma agraria en Yucatán. La sobrepoblación a la que habían arribado los ejidos henequeneros a principio de los setenta es un factor explicativo de peso, los estudios antropológicos de los asentamientos espontáneos en Mérida así lo corroboran (Damián Centeno, 1986).

La participación de las mujeres en número importante en este flujo de personas se registró todavía más tarde, durante la década de los ochenta, y es un fenómeno que sigue creciendo vertiginosamente. Como veremos enseguida, es una muestra de cómo la modernidad se ha ido instalando en los ámbitos más privados de la vida rural. Nuestra encuesta registró que uno de cada cinco migrantes por día de este tipo son mujeres (cuadro III.2), de ellas, la mayor parte proviene de la zona henequenera.

Tan sólo en una de las comisarías de Mérida, se estimó en 1995 que de 618 mujeres que habitaban en el poblado, 300 viajaban diario a la capital.[10] Especialmente debe subrayarse que 36% de las mujeres migrantes son casadas, las cuales se desempeñan, bien como trabajadoras

[9] La vida económica en las haciendas imponía ritmos a la vida rural en el agro henequenero, incluidos los otros asentamientos poblacionales, cuyos trabajadores aunque "libres" no escapaban de su influencia. La población trabajadora de esta región sólo sabía sembrar henequén y hacer milpa. En la asfixiante atmósfera de la agricultura de plantación en gran escala, había escaso margen para cualquier otra actividad importante (Baños, 1996 b: 159).

[10] *Diario de Yucatán,* Mérida, Yucatán, 16 de julio de 1995.

Cuadro III.1
Distribución de las salidas de los migrantes temporales de Yucatán, 1996 (porcentajes)

Nombre de la zona	*Lugares de trabajo*	*Frecuencia con que sale y regresa*					
		Diario	*Semanal*	*Quincenal*	*Mensual*	*Otro*	*Total*
Henequenera	Mérida	34.1	17.1	4.9	9.8	2.4	68.3
	Cancún			1.2	1.2		2.4
	Poblados	23.2	3.7	1.2			28.0
	Estados Unidos				1.2		1.2
	Total	57.3	20.7	7.3	12.2	2.4	100.0
Citrícola y sur	Mérida		13.3	3.3	13.3		30.0
	Cancún		3.3		6.7		10.0
	Otras Cds. Q. Roo			6.7	10.0		16.7
	Poblados	26.7	10.0	3.3	3.3		43.3
	Total	26.7	26.7	13.3	33.3		100.0
Maicera	Mérida		2.2	10.9	6.5		19.6
	Cancún		6.5	10.9	13.0		30.4
	Otras Cds. Q. Roo			2.2	2.2		4.3
	Poblados	28.3	2.2	4.3	2.2		37.0
	Estados Unidos				8.7		8.7
	Total	28.3	10.9	28.3	32.6		100.0
Costera	Mérida		9.3		9.3		18.6
	Cancún				2.3		2.3
	Otras Cds. Q. Roo		2.3	2.3		2.3	7.0
	Poblados	23.3	27.9	11.6	7.0	2.3	72.1
	Total	23.3	39.5	14.0	18.6	4.7	100.0

N= 206 personas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Cuadro III.2
Distribución de migrantes temporales de Yucatán según sexo, 1996 (porcentajes)

Nombre de la zona	*Lugares de trabajo*	*Sexo*		*Total*
		Masculino	*Femenino*	
Henequenera	Mérida	47.7	22.1	69.8
	Cancún	1.2	1.2	2.3
	Poblados	26.7		26.7
	Estados Unidos	1.2		1.2
	Total	76.7	23.3	100.0
Citrícola y sur	Mérida	20.0	10.0	30.0
	Cancún	10.0		10.0
	Otras Cds. Q. Roo	13.3	3.3	16.7
	Poblados	40.0	3.3	43.3
	Total	83.3	16.7	100.0
Maicera	Mérida	6.5	13.0	19.6
	Cancún	23.9	6.5	30.4
	Otras Cds. Q. Roo	4.3		4.3
	Poblados	26.1	10.9	37.0
	Estados Unidos	8.7		8.7
	Total	69.9	30.4	100.0
Costera	Mérida	13.6	4.5	18.2
	Cancún		2.3	2.3
	Otras Cds. Q. Roo	6.8		6.8
	Poblados	54.5	18.2	72.7
	Total	75.0	25.0	100.0

N= 206 personas.
Fuente: investigación directa, 1996.

domésticas (lavado, planchado o limpieza) o bien como empleadas de comercios formales, tiendas departamentales e instituciones bancarias. La participación activa de las mujeres casadas en el ciclo de las migraciones temporales conlleva profundos significados sociales, de los cuales hablaré más adelante.

Debe señalarse también que muchos de los trabajadores que salen y regresan el mismo día, no lo hacen los seis días laborales de la semana. Especialmente las mujeres casadas que trabajan por días en los domi-

cilios particulares, viajan de tres a cuatro veces por semana. Las que se dedican al servicio doméstico por una jornada de aproximadamente ocho horas, obtienen una remuneración de entre 40 y 50 pesos diarios (pesos corrientes del año de 1997). Tales ingresos son más altos que los que perciben sus esposos cuando consiguen empleo en Mérida. Usualmente, un trabajador sin calificación percibe el salario mínimo (25 pesos diarios), o cuando mucho de 30 a 35 pesos como empleado de la construcción o dentro de los programas oficiales (en los Ayuntamientos) para crear empleos. A estos ingresos hay que descontar el importe de los alimentos y bebidas, por lo que el ingreso neto es todavía menor.

Las mujeres jóvenes, por el contrario, prefieren trabajar en las grandes tiendas de autoservicio o supermercados donde ganan el salario mínimo por una jornada de ocho horas. Aunque menos remunerado, ven dos ventajas en este tipo de empleos, primero, es fijo y tienen derecho al Seguro Social y a otras prestaciones legales; y segundo, es un empleo con más estatus que el de domésticas, y por lo tanto, esperan formar una pareja con alguien en situación similar a la suya.

La creciente presencia de las mujeres dentro de las migraciones temporales de Yucatán es un caso muy similar al observado en el sur de Veracruz, y posiblemente en muchas otras partes del país.[11] Pajapan es una población cercana a la ciudad petrolera de Coatzacoalcos, en donde las mujeres empezaron a salir de su comunidad a las zonas urbanas a principios de los años sesenta. Pertenece a la región llamada Sierra de los Tuxtlas donde la lengua materna es un dialecto y las mujeres no solían asistir a la escuela, así que un primer paso fue aprender el español. Por lo general, eran jóvenes que se habían separado de sus maridos, así que solas y con hijos se vieron obligadas explorar esta vía de empleo; hoy se dedican a vender frutas o ropa típica en áreas del mercado principal de la ciudad petrolera de Coatzacoalcos. Otras mujeres migrantes, en número menor, se emplean como trabajadoras domésticas (Vázquez García, 1998: 14-18).

Este flujo de mujeres migrantes se mantuvo y se ha incrementado; es ya una estrategia de supervivencia institucionalizada en la comuni-

[11] Por ejemplo doña Zeferina es una vendedora ambulante de productos locales que participa en el mercado informal. Ella representa, desde finales de la década de los sesenta, el prototipo de mujeres que han ganado un papel importante como sostén y organizadoras de las unidades domésticas rurales (Friedlander, 1975: 41-65).

dad. Los camiones empezaron a dar servicio desde Pajapan a Coatzacoalcos a principios de los años ochenta; en 1989 se comenzó a ofrecer una corrida especial para las mujeres que van a vender al mercado de Coatzacoalcos. Todavía hasta hoy, estas salidas de las mujeres en edad fértil se consideran una actividad poco propia por los grupos económicamente más avanzados de la comunidad. No obstante, el estigma social hacia ellas tiende a perder fuerza; su trabajo empieza a verse como una actividad alternativa decorosa.

La participación de mujeres casadas en edad fértil en el trabajo temporal, que es un fenómeno relativamente nuevo en México, lleva consigo una redefinición, no sólo de los roles de género sino también de las jerarquías de poder dentro de la familia.[12] Es importantísimo en cuanto representa un ejemplo de ruptura con la tradición, donde el juicio moral de la comunidad ya no es un freno para llevar a cabo una actividad. El proceso de modernización es muy claro, mientras la influencia de los adultos maduros declina, las mujeres han ganado espacios económicos, han adquirido obligaciones y derechos que socavan el esquema patriarcal, una de las instituciones del orden tradicional.

A diferencia de un mero hábito, dice Giddens, la tradición tiene siempre una "atadura" de carácter normativo, donde lo normativo implica un componente moral: "en las prácticas tradicionales las ataduras de actividades representan preceptos acerca de cómo las cosas deben o no deber ser hechas. Las conductas tradicionales tienen su propio soporte moral que específicamente provee el poder técnico para introducir algo nuevo" (Giddens, 1991: 145, traducción OBR).

Era —y lo es todavía— muy normal que las mujeres púberes salieran de la comunidad a trabajar en las casas de los ricos. Aún actualmente, las señoras de la clase media llaman "mi muchacha" a la mujer (joven o adulta) que contratan para trabajar en los quehaceres domésticos. En el pasado, "las muchachas" de los pueblos salían a trabajar de manera exclusiva en casas residenciales donde permanecían prácticamente cautivas. En algunos casos, aún hoy no se les permite salir más que los fines de semana.

[12] En algunas regiones de Bolivia, por ejemplo, ocurre lo contrario, las mujeres se ocupan casi por completo de la agricultura mientras sus esposos son quienes trabajan fuera de la comunidad (Gisbert y otros, 1994).

Actualmente muchas jovencitas, en un número ascendente, se mueven dentro de un espacio físico y social mucho más amplio. Suelen viajar a la ciudad de Mérida o a las cabeceras municipales para llevar a cabo las actividades más diversas y con frecuencia para continuar sus estudios, ya sea en las escuelas secundarias o en academias donde cursan una carrera corta. La escolaridad entre las mujeres jóvenes ha ido en aumento, es otro signo de la modernidad instalada en el medio rural. La cohabitación intergeneracional con las mujeres adultas que son portadoras de una educación tradicional es un fenómeno social inédito en las comunidades mayas, no ausente de contradicciones (Dobrusin, 1996).

El siguiente, es un caso donde una mujer se abre paso del mundo rural al urbano por medio de la educación y practicando las migraciones temporales. Dolores es la sexta de ocho hijos del matrimonio Durán-Pisté de Chocholá y actualmente tiene 33 años. Ella estudió la Licenciatura en Enfermería en la Universidad Autónoma de Yucatán y posteriormente completó una especialidad en Pediatría. Hace cinco años que trabaja en el hospital del ISSSTE de Mérida. Durante mucho tiempo viajó diario de Chocholá a Umán inicialmente, y después a Mérida para completar su ciclo escolar. Algunas temporadas vivió en casa de parientes que radican en Mérida y otras veces dormía en las clínicas particulares donde trabajaba. Recibió la ayuda económica, apenas suficiente, casi simbólica, de su padre que era ejidatario y de sus hermanos mayores, todos ellos henequeneros; pero sobre todo, recibió la confianza y estímulo familiar para que siguiera adelante superándose en lo personal.

Precisamente la actitud de los padres de permitirles a sus hijas un radio de acción amplio es clave en este proceso. Factor que por supuesto no es suficiente sin las propias motivaciones individuales, como en el caso de Dolores. Sus hermanas menores, aunque recibieron la oportunidad, no se inclinaron por el estudio; solamente hicieron un recorrido laboral como empleadas domésticas antes de casarse siguiendo la práctica tradicional. Sin embargo, el caso particular de Dolores es significativo, pues a partir de estas "complicidades" es como se producen las rupturas de la tradición.

Dolores, aun siendo casada, ha sabido capitalizar muy bien la ayuda recíproca. Cuando sus niños estaban muy pequeños y no podían asistir a una guardería infantil, siguió viviendo en casa de sus padres hasta consolidarse en su empleo y en su ingreso económico. Mientras tanto, se

convertía en el soporte principal de la economía doméstica familiar. Conseguir un empleo fijo y una base económica sólida, no fue nada fácil ni para ella ni para su esposo que también trabaja en las instituciones de salud. De tal suerte, que entraban y salían de la modernidad.

Algunas profesionistas y técnicas como ella que viven en los pueblos, consiguen un empleo fijo y después de un tiempo terminan trasladando por completo su residencia a la capital. Empero, para que esto ocurra debe pasar mucho tiempo, pues no es frecuente que logren conseguir un trabajo fijo. También sucede que después de vivir un tiempo en la ciudad regresen al poblado, especialmente como una estrategia de refugio. No todas las historias personales de hombres y mujeres que he conocido en el medio rural tienen un final feliz como el de Dolores; pero en general rompen las inercias de la costumbre respecto al papel tradicional, que tanto a los varones como a las mujeres jóvenes se les confiere en el contexto familiar.

MIGRACIÓN "CAMPO-CAMPO"

El desplazamiento de personas en el campo no sólo se da hacia las ciudades, sino a otros espacios y mercados laborales más pequeños. El concepto "campo-campo" está entre comillas porque no se refiere aquí estrictamente a los desplazamientos de trabajadores agrícolas de una milpa o plantación a otra. En primer lugar, conviene recordar que el rango de las poblaciones incluidas en la muestra va desde los 500 hasta los 5 000 habitantes. Y segundo, las actividades que dijeron desempeñar estos migrantes son bastante variadas y no solamente agrícolas. Ya vimos que la migración diaria hacia la ciudad de Mérida, sólo es practicada por los habitantes de la zona circunvecina, la zona henequenera, y señalamos que la migración diaria de un poblado a otro es mucho más generalizada.

Dos de cada tres personas migrantes (cuadros III.1 y III.3) —la mayor parte del género masculino— se dirigen diariamente hacia otro punto diferente al de la ciudad dominante. Por ejemplo, en la región Sur, las plantaciones citrícolas de Oxkutzcab y de Akil atraen a muchos jornaleros que habitan en los poblados del rumbo con economías menos diversificadas. Otros, como los trabajadores de Dzidzantún y de Dzemul, se dirigen hacia la costa donde trabajan como ayudantes de los pescadores profesionales durante las temporadas de pesca de langosta y de pulpo. Varios

Cuadro III.3
Distribución de migrantes temporales de Yucatán según posición que ocupan en la familia, 1996 (porcentajes)

Nombre de la zona	*Lugares de trabajo*	*Categoría de parentesco*				*Total*
		Jefe de familia	*Cónyuges*	*Hijos*	*Otros*	
Henequenera	Mérida	36.0	11.6	15.1	7.0	69.8
	Cancún	1.2		1.2		2.3
	Poblados	18.6		5.8		26.7
	Estados Unidos	1.2			2.4	1.2
	Total	57.0	11.6	22.1	7.4	100.0
Citrícola y sur	Mérida	10.0		13.3	6.7	30.0
	Cancún			10.0		10.0
	Otras Cds. Q. Roo	6.7		10.0		16.7
	Poblados	36.7		6.7		43.3
	Total	53.3		40.0	6.7	100.0
Maicera	Mérida	4.3		13.0	2.2	19.6
	Cancún	23.9		4.3	2.2	30.4
	Otras Cds. Q. Roo	2.2		2.2		4.3
	Poblados	23.9	4.3	8.7		37.0
	Estados Unidos	8.7				8.7
	Total	63.0	4.3	28.3	4.3	100.0
Costera	Mérida	6.8		9.1	2.3	18.2
	Cancún			2.3		2.3
	Otras Cds. Q. Roo	6.8				6.8
	Poblados	36.4	13.6	15.9	6.9	72.7
	Total	50.0	13.6	27.3	9.2	100.0

N= 206 personas.
Fuente: investigación directa, 1996.

jóvenes de Dzidzantún que ya tienen una calificación técnica trabajan en los modernos hoteles que funcionan en la costa de Telchac Puerto.

Algunas mujeres casadas también realizan esta migración diaria de su pueblo a las poblaciones un poco mayores, donde se desempeñan como vendedoras ambulantes de sus propias hortalizas y las de sus vecinos.

Por ejemplo doña Jacinta, del pueblo de Kancab, viaja diariamente a Tekax donde pone un puesto de venta de frutas y verduras. Se levanta a las cuatro de la mañana para meter en dos cajas de madera (guacales) su carga, que transporta en la primera "camioneta" que sale del pueblo rumbo a Tekax a las cinco de la mañana. En este pueblo hay otras señoras como doña Jacinta, de alrededor de 45 años, que practican la misma actividad desde hace años y ya son conocidas en el pueblo, por lo que los vecinos saben a quien acudir para venderles sus papayas, chiles, tomates, cilantro, naranjas, en fin, hortalizas y frutas de la estación. Por supuesto, doña Jacinta misma tiene una hortaliza que trabaja con la ayuda de sus dos hijas menores solteras, porque su esposo y sus otros tres hijos, ya casados, consideran que la agricultura propia de los hombres es la de la milpa y las plantaciones. Regresa de Tekax alrededor de las dos o tres de la tarde, y después de comer se dirige a sù parcela donde riega y chapea sus hortalizas.

Claramente, se observa aquí una moderna división del trabajo, ya que doña Jacinta delega la responsabilidad de cocinar y de los quehaceres de la casa en sus hijas solteras. Ella tiene un papel importante en la aportación para el soporte económico del grupo familiar, especialmente en lo que se refiere a transformar los frutos del trabajo familiar en dinero; por ello ha ganado un espacio de decisión en los asuntos de la familia que no tienen otras mujeres de la comunidad.

Es decir, estas mujeres vendedoras no son comerciantes que invierten su dinero para obtener alguna ganancia, sino que su propósito consiste en agregar un poco más de valor a la producción familiar mediante su participación como vínculo entre productor y consumidor. En otras palabras, las mujeres vendedoras no ganan mucho dinero como para elevar su estándar de vida por encima del de la población. Al hacer un recorrido por algunas poblaciones intermedias como Kanasín, Acanceh, Tecoh, Oxkutzcab, Muna, Maxcanú, Umán, etcétera, es fácil encontrar a muchas "Jacintas" que acuden diariamente al mercado de la localidad para vender frutas y hortalizas con el objeto de ayudar al gasto familiar.

Vendedoras de frutas y verduras en el mercado municipal de Uman, Yucatán.

Una señora en el patio de su casa que fabrica tortillas al estilo doméstico para vender. Chocholá, Yucatán.

Las madres de familia que concurren al mercado público del poblado usando el servicio de "tricitaxis", Umán, Yucatán.

Éxodo de jóvenes

En la modalidad de salidas por semana, que representa 23% del flujo migratorio temporal, se encuentran principalmente los jóvenes de ambos sexos. Los varones por lo general se emplean en la rama de la construcción y se quedan a dormir en las propias construcciones; pero también exploran, en menor escala, otras fuentes de trabajo como empleados fijos, ya que muchos de ellos cuentan con alguna calificación técnica. Las mujeres, en cambio, casi todas trabajan como domésticas, provienen de todas las regiones, y regresan a su comunidad ya sea semanal o quincenalmente.

Un ejemplo de modalidad campo-ciudad es el siguiente: Luis pertenece a una familia que vive en Cacalchén, pero trabaja en Cancún como mecánico y cada 15 días se reúne con la familia. Tiene 22 años de edad y es soltero. A pesar de que no logró una escolaridad alta se instaló desde hace años, como su familia, en el tren de la modernidad. Su padre Benjamín, ex ejidatario henequenero, tiene actualmente 55 años de edad y lleva 29 de casado, lo cual nos indica que tenía más de 25 cuando se casó con Urbina de 20 años. Su primer hijo no llegó pronto, como es la

costumbre entre los campesinos mexicanos, porque deseaban conseguir su independencia económica lo más pronto posible. Recién casados, él y su esposa compartieron el techo y la comida de su padre. Transcurridos solamente dos años, la pareja concluyó la construcción de su vivienda propia, de ese modo dieron el primer paso para constituir una familia nuclear.

Aunque lo hubiera querido don Benjamín, Luis, su primer hijo, ya no tenía cabida en el ejido henequenero, por lo que debió buscar para sus vástagos alguna actividad alternativa. No es muy frecuente encontrar muchas "Dolores", como el caso que vimos antes, que se inclinen por la superación personal a través del estudio. Luis solamente cursó hasta el 4° grado de primaria; a los doce años dejó por completo la escuela para dedicarse a trabajar como ayudante en un pequeño taller de electricidad automotriz en Cacalchén. Hace diez años, el propietario decidió abrir otro taller en Cancún; el éxito no se hizo esperar puesto que esa región estaba en pleno auge y no había todavía grandes empresas del ramo. Hace seis años, Ulises, el propietario, le ofreció a Luis trabajar en el taller de Cancún como ayudante, así como un lugar donde dormir en el mismo establecimiento. Después de un tiempo se cerró el taller de Cacalchén; el de Cancún en cambio se amplió y Luis adquirió la categoría de maestro eléctrico automovilista, mejorando su salario y sus condiciones de vida.

De hecho, Wilbert, su hermano menor de 20 años de edad, quien cursó hasta el 2° grado de secundaria, hace cuatro años que trabaja en el mismo negocio con Luis. Ambos hermanos, hijos mayores de don Benjamín, no sintieron inclinación por las labores del campo; prefirieron adiestrarse para desempeñar un trabajo moderno. Esperan que la situación económica en Yucatán mejore para abrir su propio taller, ya sea en su pueblo o en la ciudad de Mérida.

Ulises y Luis son casos muy típicos de los yucatecos que migraron a Cancún a principios de la década de los ochenta. Luis es parte de los jóvenes que hoy luchan por abrirse camino en esa región del país; su ejemplo ya tiene repercusiones inmediatas entre sus familiares y entre otros muchos jóvenes de Cacalchén.

La modalidad campo-campo semanal registrada por nuestra encuesta es igual de importante. Se observa principalmente en los varones de la costa, por lo general hacia otros poblados cercanos. Pero también se da el movimiento en sentido contrario; que en circunstancias estacionales se

vuelve significativo. Durante la temporada de pesca de pulpo o de langosta, cientos de trabajadores se vuelcan hacia la costa. Otras veces, durante el verano se emplean en el sector servicios que demandan los vacacionistas.

Se registró igualmente que el porcentaje de personas que salen de su comunidad y regresan después de un mes es alto. Son trabajadores de entre 20 y 30 años de edad, que por lo general exploran un mercado de trabajo más distante como Cancún y Ciudad del Carmen, aunque la mitad de ellos se queda en la ciudad de Mérida (cuadro III.3).

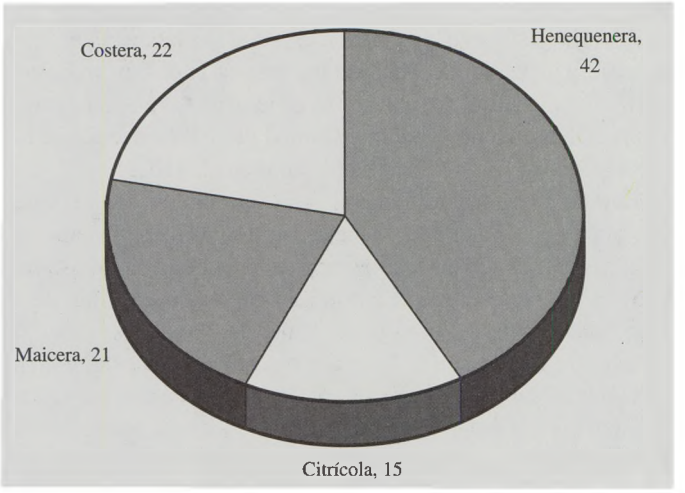
Por último, quiero hacer mención de las migraciones temporales de más largo plazo, por lo general de meses, que se dirigen principalmente hacia Estados Unidos. Oxkutzcab es uno de esos polos donde se focalizan grupos de migrantes hacia el extranjero. Se dice que a fines de 1998 regresaron a la comunidad para pasar el día de Navidad con sus familias, alrededor de 100 personas. Manifestaron que el costo del transporte de ida y vuelta es de 11 000 pesos aproximadamente que recuperan en los siguientes meses, por lo que no cualquier persona puede cubrirlos. Se trata, pues, de personas que ya tienen algún dinero disponible o que pueden conseguir esas sumas para hacer el viaje y luego pagarlo. Todos señalaron que vale la pena el viaje por la diferencia de ingresos que obtienen, muy superiores a los que obtendrían en la región. Dijeron que en Estados Unidos suelen ganar el salario mínimo de 6.50 dólares por hora, equivalentes a casi dos salarios mínimos por día.[13] Tekax, Cenotillo, Peto, Huhí y Kiní, entre otros, son poblados donde se localizan muchos migrantes hacia Estados Unidos, porque en esta modalidad las redes de parentesco y amistad son fundamentales.

Intensidad de las migraciones pendulares en Yucatán

Por intensidad de las migraciones entiendo el número de migrantes que participan en el mercado laboral regional. Por ejemplo, en el año de 1994 se calcula que ésta era alta, de casi 40%. En 1995, en cambio, debido a la desaceleración del crecimiento económico y al estancamiento en algunas ramas de la economía, dicha intensidad cayó dramáticamente a menos de 20%. En 1996, como ya se dijo, 17% de la fuerza laboral en-

[13] *Diario de Yucatán*, 10 de enero de 1999.

Gráfica III.1
Distribución de migrantes por región en Yucatán
(porcentajes)



Fuente: investigación de campo, 1996-1997.

trevistada practicaba este tipo de migración; aunque resultan muy importantes las variaciones regionales observadas.

La región que registra la más alta relación migrante/trabajador es la henequenera (22.4%), le sigue la maicera (17.8%), y la más baja es la citrícola (10%). Este índice nos remite a dos dimensiones explicativas: por un lado, la experiencia de la producción ejidal henequenera que ha sufrido una crisis agrícola endémica desde los años sesenta, con lo cual desde mucho tiempo atrás los campesinos voltearon su mirada hacia la ciudad; por el otro, respecto a las condiciones subjetivas, es la población que más tempranamente recibió la infraestructura pública y fluido eléctrico y, por su cercanía a la ciudad de Mérida, capta todas las señales de radio y televisión que aquí se emiten.

A simple vista puede notarse que en la región henequenera la población está mucho más influida por el urbanismo y los medios electrónicos de comunicación, que las otras regiones del estado. Otro factor que debe ser mencionado es el costo del transporte hacia Mérida, más

barato en comparación con las otras tres regiones. La modernidad llegó primero a las zonas henequenera y costera, debido a lo cual se observa entre su población un mejor nivel de preparación técnica y profesional. En términos de inserción laboral, participan en segmentos intermedios del mercado de trabajo, esto es, pretenden y suelen conseguir un empleo remunerado en los estándares intermedios de poco más de tres veces el salario mínimo.

La intensidad de las migraciones temporales, también puede ser medida por la cantidad de participantes y la frecuencia con que los miembros de cada unidad doméstica acuden a esta actividad durante el año. Llamaré a este índice intensidad de migraciones por unidad doméstica. De las 506 unidades domésticas que componen la muestra, 279 (55.1%) informaron que al menos uno de sus miembros había salido a trabajar fuera de la comunidad a lo largo del año. El cuadro de la fuerza laboral familiar participando en las migraciones temporales es muy heterogéneo, de hecho participan todos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, casados y solteros, madres y padres, etcétera.

La intensidad de las migraciones pendulares es muy elástica vista de ambos lados, del mercado de trabajo y de las unidades domésticas. Téngase en cuenta, por ejemplo, que al contraerse el mercado laboral, los migrantes temporales son capaces de reinsertarse en las actividades tradicionales o de otro tipo, como ocurrió a partir de 1995. Regresan a la milpa o confeccionan escobas y horquetas para venderlas en las calles de la ciudad, o bien, abren talleres de reparación, etcétera. Otros optan por cambiar de giro completamente. Como referencia, 250 personas del pueblo de Timucuy, enclavado en la zona henequenera a 50 kilómetros de la costa, se dedicaron a la pesca durante la temporada de langosta que dura siete meses.[14]

Para conocer un poco más el potencial migratorio temporal de Yucatán, conviene revisar la ocupación principal de la fuerza laboral rural. En el cuado III.4, se observa que casi 31% dijo tener por actividad principal la agricultura; le sigue en importancia, con mucho, la de empleados. Éstos son todas aquellas personas que trabajan en negocios privados u ofi-

[14] "Los hombres del mar de la zona henequenera aseguraron que muchos patronos prefieren contratarlos a ellos en vez de gente de la costa porque son menos 'mañosos', ya que los costeños en ocasiones reciben el 'adelanto' pero no regresan a trabajar." *Diario de Yucatán*, Mérida, Yucatán, 19 de febrero de 1996.

cinas del gobierno. Los que tienen un empleo en las manufacturas o fábricas fueron considerados como obreros, que apenas representan cerca de 2%. Debo recordar que para 1996, año en el que fue levantada esta encuesta, los nuevos empleos para obreros creados por las maquiladoras no eran muy significativos.

Cuadro III.4
Distribución de ocupación principal de la población migrantes y no-migrantes mayores de 15 años en Yucatán, 1996 (porcentaje)

Ocupación principal	*Nombre de la zona*				
	Henequenera	*Citrícola y sur*	*Maicera*	*Costera*	*Total*
Estudiante	0.2	0.2		0.1	0.5
Agricultor	8.5	10.0	7.4	4.7	30.7
Empleado	4.6	1.6	2.5	4.2	13.0
Albañiles y pintores	0.7	0.8	0.7	0.4	2.7
Servicio doméstico	1.9	0.3	0.7	0.8	3.8
Labores del hogar	9.8	7.7	3.4	2.0	22.8
Cuenta propia	1.8	0.9	1.6	3.3	7.6
Técnico y profesionista	0.2	0.3	0.7	1.1	2.3
Maquila casera	1.5	2.4	2.2	0.2	6.3
Obrero	1.3	0.1	0.2	0.1	1.7
Pescador	0.2			8.2	8.3
Desempleado	0.4				0.4
Total	31.0	24.4	19.7	25.0	100.0

N= 1226 personas (incluidos en las 502 unidades domésticas de la muestra).
Fuente: investigación directa, 1996.

Destaca el hecho de que en el total de la fuerza laboral, los trabajadores de la zona costera representan 25%; pero los que tienen por actividad principal la pesca, solamente representan 8.2%. Es decir, existe una diversidad de empleos bastante amplia, como en la zona henequenera.

La maquila casera es otra actividad de la población rural de Yucatán que debe resaltarse. Es muy común en cada uno de los hogares que las mujeres solteras y casadas dediquen parte de su tiempo libre a la cos-

tura de prendas de vestir. Se puede decir que más de la mitad de la ropa típica producida en Yucatán proviene de la manufactura familiar. Por lo general, los comerciantes llevan y entregan la tela a una intermediaria para que la haga llegar a las mujeres que conoce en el pueblo. Cada familia, en función de las máquinas de coser con que cuente o de la fuerza de trabajo disponible, procura una producción que le permite tener un ingreso adicional. Sin embargo, hay que subrayar que este trabajo es muy mal pagado. Razón por la cual, con el aumento de la oferta de empleos por parte de las maquiladoras de exportación, las jóvenes prefieren este sistema al de la maquila casera.

El grueso de la población que migra está en el rango de 19 a 30 años de edad; le sigue en importancia otra cohorte que cae entre los 31 y 45 años de edad (cuadro III.5). Los adolescentes de la zona citrícola sur, suelen migrar hacia Mérida con el propósito de estudiar una carrera técnica o universitaria. De los migrantes temporales, son muy pocos los que son analfabetas. La mitad de ellos concluyó la primaria y el resto ha completado la secundaria y otros estudios superiores (cuadro III.6). Por zonas, los migrantes temporales de la zona costera presentan el más alto nivel de escolaridad; en cuanto al estado civil, la mayoría son casados.

Destaco por su importancia, el hecho de que a la ciudad de Cancún solamente viajan los solteros, a excepción de los provenientes de la zona maicera (cuadro III.7). En este caso, muchos jefes de familia de las pequeñas comunidades vecinas del estado de Quintana Roo prefieren Cancún que Mérida, primero, por razones de distancia y costos del transporte; y segundo, porque reciben una mejor paga. Las familias de esta región de Yucatán cuentan ya con una red de parentesco de familiares que han emigrado en forma definitiva a esa zona, por lo que les es fácil conseguir alojamiento temporal.

La familia típica de los habitantes del medio rural de Yucatán está compuesta por cuatro o seis miembros. En todos los casos vemos que en donde la familia es más numerosa, ahí también hay una mayor proporción de migrantes (cuadro III.8). Pero es especialmente destacable la presencia de mujeres migrantes (cuadro III.9); lo cual viene a corroborar lo que ya afirmamos antes, que el costo económico de la reproducción de la familia tiende a caer cada vez más sobre los hombros de las mujeres. Si no más que los varones, aportan por lo menos la mitad del dinero que se requiere para cubrir el mínimo histórico de supervivencia.

Cuadro III.5

Distribución de migrantes de Yucatán según rango de edad, 1996 (porcentajes)

Nombre de la Zona	*Lugares de trabajo*	*Rango de edades*				
		Adolescentes (14-18)	*Jóvenes (19-30)*	*Adultos (31-45)*	*Adultos 2 (46 y más)*	*Total*
Henequenera	Mérida	7.0	34.9	19.8	8.1	69.8
	Cancún	1.2	1.2			2.3
	Poblados	1.2	11.6	9.3	4.7	26.7
	Estados Unidos		1.2			1.2
	Total	9.3	48.8	29.1	12.8	100.0
Citrícola y sur	Mérida	10.0	13.3	6.7		30.0
	Cancún	3.3	6.7			10.0
	Otras Cds. Q. Roo	6.7	6.7	3.3		16.7
	Poblados	3.3	16.7	16.7	6.7	43.3
	Total	23.3	43.3	26.7	6.7	100.0
Maicera	Mérida	8.7	8.7		2.2	19.6
	Cancún		8.7	17.4	4.3	30.4
	Otras Cds. Q. Roo		4.3			4.3
	Poblados	4.3	21.7	4.3	6.5	37.0
	Estados Unidos		2.2	4.3	2.2	8.7
	Total	13.0	45.7	26.1	15.2	100.0
Costera	Mérida		13.6	2.3	2.3	18.2
	Cancún		2.3			2.3
	Otras Cds. Q. Roo		4.5	2.3		6.8
	Poblados	4.5	29.5	29.5	9.1	72.7
	Total	4.5	34.1	34.1	11.4	100.0

N= 206 personas.

Fuente: investigación directa, 1996.

Cuadro III.6

Distribución de migrantes de Yucatán según grado de escolaridad, 1996 (porcentajes)

Nombre de la Zona	*Lugares de trabajo*	*Grado escolar*					
		No estudió	*Primaria*	*Secundaria*	*Preparatoria y similares*	*Otros*	*Total*
Henequenera	Mérida	3.5	40.7	17.4	5.8	2.3	69.8
	Cancún		1.2		1.2		2.3
	Poblados	2.3	14.0	3.5	4.7	2.3	26.7
	Estados Unidos			1.2			1.2
	Total	5.8	55.8	22.1	11.6	4.7	100.0
Citrícola y sur	Mérida		13.3	16.7			30.0
	Cancún		3.3	3.3		3.3	10.0
	Otras Cds. Q. Roo		13.3			3.3	16.7
	Poblados	3.3	20.0	6.7	10.0	3.3	43.3
	Total	3.3	50.0	26.7	10.0	10.0	100.0
Maicera	Mérida		13.0	4.3		2.2	19.6
	Cancún	2.2	17.4	6.5	2.2	2.2	30.4
	Otras Cds. Q. Roo			4.3			4.3
	Poblados		17.4	10.9	2.2	6.5	37.0
	Estados Unidos		4.3	4.3			8.7
	Total	2.2	52.2	30.4	4.3	10.9	100.0
Costera	Mérida	2.3	2.3		6.8	6.8	18.2
	Cancún				2.3		2.3
	Otras Cds. Q. Roo				2.3	4.5	6.8
	Poblados	2.3	22.7	22.7	11.4	13.6	72.7
	Total	4.5	25.0	22.7	22.7	25.0	100.0

N= 206 personas.

Fuente: investigación directa, 1996.

Cuadro III.7
Distribución de migrantes de Yucatán según estado civil, 1996 (porcentajes)

Nombre de la zona	*Lugares de trabajo*	*Estado civil*						
		Soltero	*Casado*	*Divorciado*	*Separado*	*Unión libre*	*Viudo (a)*	*Total*
Henequenera	Mérida	23.3	44.2	1.2		1.2		69.8
	Cancún	2.3						2.3
	Poblados	5.8	19.8			1.2		26.7
	Estados Unidos		1.2					1.2
	Total	31.4	65.1	1.2		2.3		100.0
Citrícola y sur	Mérida	16.7	10.0		3.3			30.0
	Cancún	10.0						10.0
	Otras Cds. Q. Roo	10.0	6.7					16.7
	Poblados	10.0	33.3					43.3
	Total	46.7	50.0		3.3			100.0
Maicera	Mérida	15.2	4.3					19.6
	Cancún	8.7	17.4		2.2		2.2	30.4
	Otras Cds. Q. Roo	2.2	2.2					4.3
	Poblados	10.9	26.1					37.0
	Estados Unidos	2.2	6.5					8.7
	Total	39.1	56.5		2.2		2.2	100.0
Costera	Mérida	4.5	13.6					18.2
	Cancún	2.3						2.3
	Otras Cds. Q. Roo		6.8					6.8
	Poblados	20.5	50.0	2.3				72.7
	Total	27.3	70.5	2.3				100.0

N= 206 personas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Cuadro III.8
Distribución de presencia de migrantes según número de integrantes de las familias rurales de Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	Presencia de migrantes	Integrantes de la familia por rango				Total
		1-3	4-6	7-9	10-20	
Henequenera	Sí	19.4	34.8	10.3	0.6	65.2
	No	7.7	17.4	7.1	2.6	34.8
	Total	27.1	52.3	17.4	3.2	100.0
Citrícola y sur	Sí	12.6	24.4	12.6	1.6	51.2
	No	9.4	25.2	13.4	0.8	48.8
	Total	22.0	49.6	26.0	2.4	100.0
Maicera	Sí	22.1	24.3	8.8	0.7	55.9
	No	10.3	19.9	12.5	1.5	44.1
	Total	32.4	44.1	21.3	2.2	100.0
Costera	Sí	14.0	27.9	1.2		43.0
	No	18.6	34.9	3.5		57.0
	Total	32.6	62.8	4.7		100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Si la crisis económica de baja intensidad no entra pronto en otro momento álgido, es posible que la intensidad de las migraciones temporales se reanime y vuelva a sus niveles previos al año de 1995. Primero, porque la crisis que afecta al sector primario permanece estancada, y segundo, porque las ramas de la economía donde suele participar la gente del campo, así como se contraen se recuperan rápidamente. A principios de 1998, dirigentes de la Cámara Nacional de la Industria de la Construcción declararon que ante el repunte de la obra pública y privada había escasez de mano de obra para este sector, especialmente, por la autorización para la construcción de más de 5 000 viviendas: 2 500 por el Infonavit y el resto mediante el Programa de Apoyo y Subsidio a la Vivienda.[15]

Este indicador de la intensidad de las migraciones temporales o pendulares, que tendría que ser elaborado con más cuidado y mediante una información por ahora no disponible, es muy importante, pues nos indica que un alto número de individuos que forman la fuerza laboral

[15] *Diario de Yucatán*, Mérida, Yucatán, 22 de febrero de 1998.

Cuadro III.9
Distribución de presencia de migrante mujer según número de integrantes de las familias rurales de Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Presencia de migrante mujer*	*Integrantes de la familia por rango*				
		1-3	*4-6*	*7-9*	*10-20*	*Total*
Henequera	Sí	5.2	14.8	2.6		22.6
	No	21.9	37.4	14.8	3.2	77.4
	Total	27.1	52.3	17.4	3.2	100.0
Citrícola y sur	Sí	1.6	3.9	4.7	0.8	11.0
	No	20.5	45.7	21.3	1.6	89.0
	Total	22.0	49.6	26.0	2.4	100.0
Maicera	Sí	5.9	5.9	1.5		13.2
	No	26.5	38.2	19.9	2.2	86.8
	Total	32.4	44.1	21.3	2.2	100.0
Costera	Sí	3.6	4.8	1.2		9.5
	No	28.6	58.3	3.6		90.5
	Total	32.1	63.1	4.8		100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

rural mexicana, suele ocurrir al expediente del trabajo fuera de la comunidad no como una emergencia sino como una opción prioritaria. Al indagar acerca de quiénes migran y cómo, pudimos percibir que las migraciones temporales en la vida de cada uno de los hombres y mujeres de las familias rurales, constituyen un expediente que tiende a adquirir carta de naturalización. Aquella migración por relevos, que Arizpe (1985) registró entre las mujeres jóvenes de la familia, ahora se observa extendida hacia todos los miembros de la unidad doméstica. Este no es un mero cambio de forma sino de contenido, como veremos enseguida.

Familia y migración temporal

Ahora pasaré a explicar qué tipo de organización familiar hay detrás de los migrantes temporales y sus respectivas repercusiones en la organización del espacio doméstico. En las últimas dos décadas, en todo México

se observa una disminución sensible de las movilizaciones campesinas que demandaban mejores precios, créditos y autonomía productiva. En cambio, han surgido y cobran fuerza las movilizaciones campesinas que demandan agua potable, energía eléctrica, atención médica o escolar. No es que las primeras carencias hayan sido superadas, sino que los campesinos han cambiado sus expectativas tanto de producción como de consumo, y juntas se modulan recíprocamente (Pepin-Lehalleur, 1992).

En efecto, el análisis del consumo campesino ha recibido poca atención porque resulta difícil distinguir entre producción y consumo dentro del presupuesto familiar, pero es indudable que el consumo de productos industrializados ha ganado terreno dentro de las preferencias campesinas. Lo que nos permitirá entender el secuestro de las experiencias cotidianas y de los espacios domésticos por la modernidad.

Para ello revisaré una de las tendencias de la dinámica interna de la unidad doméstica familiar. Algunas investigaciones de las décadas de los sesenta y setenta encontraron que la familia típica de Yucatán era la familia residencial extendida (Thompson, 1974: 43-52 y Kirk, 1982: 179-232). Este modelo de organización tiende a ser sustituido por la familia polirresidencial extendida, sobre la base del fortalecimiento de la familia nuclear. La información de campo recientemente colectada indica que el ideal de los habitantes del medio rural es la familia nuclear, aunque las limitaciones económicas y algunos resabios culturales refuerzan los viejos lazos de ayuda recíproca.

En efecto, definida a partir de un presupuesto de comida y un techo común, la unidad doméstica familiar que más predomina en Yucatán es la de padres e hijos: de un total de 506 casos, 363 (72%) resultaron familias nucleares; 10% familias incompletas, donde falta ya sea uno de los cónyuges o de los hijos; 8% familias extendidas, con más de un núcleo familiar; y el restante 10% familias compuestas, donde además de la familia nuclear convive otro familiar que puede ser la nuera, el hermano, el padre o la madre.

Por zonas, encontramos que en la henequenera las familias nucleares representan 74%; en la sur 77%; en la maicera 64%; y en la costera 72%. De otro lado, las familias extendidas junto con las compuestas representan 10.9, 15.7, 19.7 y 20.9%, respectivamente (cuadros III.10 y III.11).

Paso enseguida a indagar si el jefe o fundador de este tipo de familias es o no ejidatario para determinar las raíces agrarias de las mismas.

Cuadro III.10
Distribución de migrantes temporales de Yucatán según tipo de familia, 1996 (porcentaje)

Zona	Presencia de migrantes	Integrantes de la familia por rango				Total
		Nuclear	Extendida	Compuesta	Incompleta	
Henequenera	Sí	47.7	3.2	7.7	6.5	65.2
	No	25.8	3.2	3.2	2.6	34.8
	Total	73.5	6.5	11.0	9.0	100.0
Citrícola y sur	Sí	40.9	3.9	3.9	2.4	51.2
	No	36.2	3.1	4.7	4.7	48.8
	Total	77.2	7.1	8.7	7.1	100.0
Maicera	Sí	38.2	4.4	5.1	8.1	55.9
	No	26.5	5.9	4.4	7.4	44.1
	Total	64.7	10.3	9.6	15.4	100.0
Costera	Sí	33.7	2.3	4.7	2.3	43.0
	No	38.4	7.0	7.0	4.7	57.0
	Total	72.1	9.3	11.6	7.0	100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Cuadro III.11
Distribución de migrantes temporales mujeres de Yucatán según tipo de familia, 1996 (porcentaje)

Zona	Presencia de migrantes	Integrantes de la familia por rango				Total
		Nuclear	Extendida	Compuesta	Incompleta	
Henequenera	Sí	47.7	3.2	7.7	6.5	65.2
	No	25.8	3.2	3.2	2.6	34.8
	Total	73.5	6.5	11.0	9.0	100.0
Citrícola y sur	Sí	40.9	3.9	3.9	2.4	51.2
	No	36.2	3.1	4.7	4.7	48.8
	Total	77.2	7.1	8.7	7.1	100.0
Maicera	Sí	38.2	4.4	5.1	8.1	55.9
	No	26.5	5.9	4.4	7.4	44.1
	Total	64.7	10.3	9.6	15.4	100.0
Costera	Sí	33.7	2.3	4.7	2.3	43.0
	No	38.4	7.0	7.0	4.7	57.0
	Total	72.1	9.3	11.6	7.0	100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

En los siguientes cuadros III.12 y III.13, vemos que en términos generales siete de cada diez entrevistados dijeron ser ejidatarios; asimismo, en la mitad de estos hogares se detectó presencia de migrantes.

Cuadro III.12
Distribución de migrantes temporales de Yucatán si el fundador de familia es ejidatario, 1996 (porcentaje)

Zona	*Presencia de migrante*	*El fundador es ejidatario*		*Total*
		Sí	*No*	
Henequenera	Sí	47.1	18.1	65.2
	No	24.5	10.3	34.8
	Total	71.6	28.4	100.0
Citrícola y sur	Sí	43.3	7.9	51.2
	No	38.6	10.2	48.8
	Total	81.9	18.1	100.0
Maicera	Sí	41.9	14.0	55.9
	No	35.3	8.8	44.1
	Total	77.2	22.8	100.0
Costera	Sí	10.5	32.6	43.0
	No	14.0	43.0	57.0
	Total	24.4	75.6	100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Cuadro III.13
Distribución de migrantes temporales mujeres de Yucatán si el fundador de familia es ejidatario, 1996 (porcentaje)

Zona	*Presencia de migrantes*	*El fundador es ejidatario*		*Total*
		Sí	*No*	
Henequenera	Sí	15.5	7.1	22.6
	No	56.1	21.3	77.4
	Total	71.6	28.4	100.0
Citrícola y sur	Sí	10.2	0.8	11.0
	No	71.7	17.3	89.0
	Total	81.9	18.1	100.0

Cuadro III.13 (*conclusión*)

Zona	*Presencia de Migrantes*	*El fundador es ejidatario*		*Total*
		Sí	*No*	
Maicera	Sí	11.0	2.2	13.2
	No	66.2	20.6	86.8
	Total	77.2	22.8	100.0
Costera	Sí	1.2	8.3	9.5
	No	23.8	66.7	90.5
	Total	25.0	75.0	100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Debo recordar que en Yucatán la forma casi generalizada de tenencia de la tierra, como ya lo señalamos en el capítulo anterior, es el ejido. No es de extrañar entonces, que la mayor parte de las unidades domésticas familiares estén encabezadas por un ejidatario. Pero ser ejidatario no quiere decir agricultor de tiempo completo. En términos de labores realizadas y de ingresos obtenidos a partir del producto del trabajo de la tierra, hay diferencias entre la zona henequenera y la citrícola y la maicera. No obstante tales diferencias, la presencia de migrantes en sus hogares en términos porcentuales es prácticamente la misma (cuadros III.12 y III.13); lo que nos indica que el origen agrario no influye en la decisión de migrar de los miembros de las unidades domésticas familiares. Es más, se puede notar un porcentaje relativamente más alto de presencia de migrantes en la zona maicera, de seguro por el tremendo efecto del corredor turístico de Quintana Roo.

Conviene entonces averiguar acerca del tipo y ciclo de la familia en que la mujer interviene con más frecuencia como migrante temporal. La familia promedio que resultó de nuestra encuesta se compone de 5.2 miembros, es decir, que cada matrimonio tiene entre dos y cinco hijos. Claramente los datos revelan que es la familia de tipo nuclear, en su mayoría con hijos menores de entre 15 y dos años de edad, donde el índice de migración femenina es más alto (cuadros III.14 y 15). Dado que estas familias no consiguen un mejoramiento del nivel de ingresos o de vida —tan sólo un cambio en el cuadro de consumo—, sostengo que el expediente de la migración femenina es el costo que pagan por constituirse en y sostener una familia nuclear.

Cuadro III.14
Distribución de migrantes temporales de Yucatán según etapa de la familia, 1996
(porcentajes)

Zona	*Presencia de migrantes*	*Etapa de la familia*				*Total*
		No tiene hijos	*Hijos no mayores de 15 años*	*Hijo mayor de 15 años y menores*	*Hijo mayor de 15 años y mayores*	
Henequenera	Sí	5.8	27.7	18.1	13.5	65.2
	No	3.2	14.8	12.9	3.9	34.8
	Total	9.0	42.6	31.0	17.4	100.0
Citrícola y sur	Sí	6.3	22.8	14.2	7.9	51.2
	No	6.3	18.1	18.9	5.5	48.8
	Total	12.6	40.9	33.1	13.4	100.0
Maicera	Sí	8.1	23.5	14.0	10.3	55.9
	No	4.4	14.7	18.4	6.6	44.1
	Total	12.5	38.2	32.4	16.9	100.0
Costera	Sí	4.7	17.4	17.4	3.5	43.0
	No	2.3	32.6	15.1	7.0	57.0
	Total	7.0	50.0	32.6	10.5	100.0

N= 502 unidades domésticas.

Fuente: investigación directa, 1996.

Cuadro III.15
Distribución de migrantes temporales de Yucatán según etapa de la familia, 1996 (porcentaje)

		Etapa de la familia				
Zona	*Presencia de migrante mujer*	*No tiene hijos*	*Hijos no mayores de 15 años*	*Hijo mayor de 15 años y menores*	*Hijo mayor de 15 años y mayores*	*Total*
Henequenera	Sí	1.3	9.7	7.1	4.5	22.6
	No	7.7	32.9	23.9	12.9	77.8
	Total	9.0	42.6	31.0	17.4	100.0
Citrícola y sur	Sí	1.6	4.7	3.1	1.6	11.0
	No	11.0	36.2	29.9	11.8	89.0
	Total	12.6	40.9	33.1	13.4	100.0
Maicera	Sí	1.5	4.4	2.2	5.1	13.2
	No	11.0	33.8	30.1	11.8	86.8
	Total	12.5	38.2	32.4	16.9	100.0
Costera	Sí		3.6	6.0		9.5
	No	7.1	45.2	27.4	10.7	90.5
	Total	7.1	48.8	33.3	10.7	100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

En el pasado, en cambio, las mujeres casadas se integraban más a una economía agrícola y a una familia extendida que al circuito de las migraciones. La pobreza y las precariedades que sufren los trabajadores y las familias del campo no han cambiado, incluso, puede decirse con objetividad que han empeorado; no obstante, anteriormente se utilizaban otros esquemas para conseguir el mínimo histórico de sobrevivencia.

Este hecho, no hace más que confirmar que las expectativas de las nuevas generaciones en el medio rural yucateco es la de constituir un núcleo pequeño (padres e hijos) con más privacidad. De todas maneras, la familia nuclear no prescinde de la ayuda mutua, y hasta la exige. Por ello, la familia ampliada cobra una modalidad polirresidencial un poco más moderna que la monorresidencial. Las relaciones de parentesco siguen siendo importantes, los nexos siguen siendo estrechos, mientras que los roces cotidianos se vuelven esporádicos. Por ejemplo, cuando uno

de los miembros se enferma se le ayuda económicamente, o si se requiere el cuidado de los niños para salir a trabajar, alguien suele realizar esa tarea sin recibir remuneración alguna.

Un mayor número de hijos dependientes, normalmente exige más ingresos; lo que de suyo hace importante a esta variable en cuanto a la intensificación de la migración laboral en una unidad doméstica familiar. Más adelante mostraré el cuadro de consumo de aparatos domésticos que ya constituyen una suerte de necesidad primaria. Adicionalmente, la mayor parte de los padres de familia en la actualidad asumen la responsabilidad de una educación más elevada para sus hijos, al menos más elevada que la propia que suele ser de tercer grado de primaria. Por su parte, una más alta escolaridad significa mantenerlos más tiempo en la escuela, mayores gastos de ropa y sobre todo de manutención; implica prolongar su condición de dependientes.

La familia nuclear y la mayor educación formal de los hijos son dos tipos de prácticas altamente cargadas de simbolismo hacia la modernidad. La educación es contemplada como una vía de adquirir más valor de cambio (dinero) en el mercado de trabajo, no en la agricultura. La educación, en última instancia, perfila a los niños como potenciales migrantes, más que como nuevos actores de la comunidad rural. En medio de un nuevo marco de referencia simbólica, abierto hacia lo universal, los hijos ayudan cada vez menos en las actividades agrícolas y se familiarizan muy poco con la milpa; más bien, se les prepara mejor para su futura inserción en el mercado laboral. La creciente migración temporal no se origina por razones de desempleo y pobreza.

Modernidad y relaciones de parentesco

Junto al surgimiento del tipo de familia nuclear, propio de la sociedad industrial, emergen en el medio rural mexicano nuevas formas de convivencia, cada una de las cuales posee su propia lógica interna o de adaptación al sistema. La familia nuclear coexiste junto con las familias monoparentales y unipersonales. Cada vez es mayor el número de niños que pasa una parte de su infancia bajo el cuidado de un solo progenitor, por lo general la madre. Aumentan igualmente los núcleos formados por personas solitarias: ancianos (viudos o viudas), pero también jóvenes separados o divorciados que optan por vivir solos.

Cuadro III.16
Distribución de migrantes de Yucatán
que hacen algún cultivo, 1996 (porcentaje)

Nombre de la zona	*Lugares de trabajo*	*Hace algún cultivo*		*Total*
		Sí	*No*	
Henequenera	Mérida	16.7	83.3	100
	Cancún		100.0	100
	Poblados	30.4	69.6	100
	Estados Unidos		100.0	100
	Total	19.8	80.2	100
Citrícola y sur	Mérida	33.3	66.7	100
	Cancún	33.3	66.7	100
	Otras Cds. Q.Roo	20.0	80.0	100
	Poblados	53.8	46.2	100
	Total	40.0	60.0	100
Maicera	Mérida		100.0	100
	Cancún	21.4	78.6	100
	Otras Cds. Q.Roo	50.0	50.0	100
	Poblados	41.2	58.8	100
	Estados Unidos		100.0	100
	Total	23.9	76.1	100
Costera	Mérida	12.5	87.5	100
	Cancún		100.0	100
	Otras Cds. Q.Roo	33.3	66.7	100
	Poblados	18.8	81.3	100
	Total	18.2	81.8	100

N= 206 personas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Por otro lado, la dinámica matrimonial aparece asociada a nuevos modelos de entender y plantear las relaciones familiares. El acto de casarse, pierde significado como rito regulador de las relaciones entre las parejas. Matrimonio y unión libre ya no son opuestos. De la misma manera, la cohabitación, el divorcio, los nacimientos fuera del matrimonio, dejan de ser desviaciones y son integrados en el proceso de relaciones familiares.

¿Cómo se explica que ante una mayor depauperación, los nexos entre parientes consanguíneos se "aflojen" relativamente y se tienda a la familia nuclear? Sostengo que este tránsito hacia la modernidad de las familias campesinas tiene por costo la feminización de la fuerza de trabajo. Paso entonces a indagar qué ocurre con las relaciones de parentesco y la ayuda recíproca.

En dos de los tres poblados visitados, puede observarse que las relaciones estrechas de parentesco todavía tienen un peso muy marcado en la organización de la familia. En el tercero, San Felipe, la sociedad parece ser más informal y más privada, pues la mayoría de las familias no tienen parientes en el puerto debido a que provienen del interior del estado, e incluso de otras regiones del país como Tabasco, Veracruz, Chiapas, Campeche o Chetumal. No obstante, se sigue prohibiendo el matrimonio entre primos de primer y segundo grados, ya sea por parte de la madre o del padre.

En los tres poblados citados, es notorio que las familias mayas actuales tienden a refuncionalizar la familia numerosa extendida (otrora unidad funcional de interacción social y económica), sobre la base de núcleos familiares de padres e hijos; inclusive la terminología maya para designar a los parientes lejanos tiende a perderse. Mediante el estudio diacrónico de varias unidades domésticas, puede concluirse que la evolución social de las familias ha coincidido con la modificación de las relaciones sociales de producción, con una nueva división del trabajo que se abre paso gracias a su inserción en un nuevo sistema socioeconómico, en donde la pérdida de los valores sociales y familiares tradicionales, se compensa con la aportación de factores económicos externos. El solar, la milpa, la tradición oral, entre otras instituciones que expresaban la cohesión entre las relaciones familiares extendidas, tienden a desaparecer, no tanto físicamente como en su sentido simbólico.

Por lo general, cuando la esposa es abandonada por el marido, se va a casa de sus padres y éstos y/o sus hermanos, son quienes la ayudan a resolver su difícil situación económica mientras el esposo regresa, o ella se vuelve a casar o a "juntar" con otro hombre. Existen algunos casos, que tienden a ser más escasos, de mujeres que no están casadas por las leyes civiles, más bien viven en unión libre; lo que da pie a situaciones en las que el marido llega a tener otras amantes, ninguna de ellas es su esposa, pero todas habitan en el mismo solar, en el que conviven como hermanas o de lo contrario las sacan de la casa con todo y sus hijos.

Todavía se observan mujeres con mentalidad sumisa, influidas en gran medida por la manera en que fueron educadas por sus padres, y reforzadas por algunos principios religiosos que valoran la abnegación en la mujer. Sin embargo, hoy día muchas mujeres toman otras medidas radicales como la separación, o sencillamente el liderazgo de su familia cuando el esposo es demasiado irresponsable.

Son menos los casos en los que la mujer es quien abandona el hogar, al esposo y a los hijos; entonces, el esposo denuncia el abandono y la mujer pierde para siempre la tutela de sus hijos, es rechazada incluso por su propia familia, y más por la comunidad. Respecto al maltrato a los hijos, el asunto es más complejo y muchas veces toma tintes dramáticos. Con frecuencia se ven niños de origen rural pidiendo caridad en la ciudad de Mérida o en las pequeñas ciudades. Otra modalidad es que los niños vendan productos diversos, desde pañuelos hasta frutas a la salida de los poblados, o en lugares turísticos como las ruinas mayas más populares, los cenotes, las playas y lugares parecidos donde hay abundante concurrencia.

En resumen, vemos que en la esfera de las relaciones de parentesco y familiares se han perdido muchas características tradicionales del grupo maya, pero también se han conservado otras que la misma gente trata de preservar de generación en generación, pues de alguna forma se resisten a perderlas. Aunque entre los mayas antiguos todas sus creencias giraban en torno a los dioses mayas, ahora esta situación ha cambiado, predomina el culto a las deidades católicas o de su ciencia, sin que abandonen su veneración a la Santa Cruz en cualquiera de sus formas.

Algo que debe ser mencionado como uno de los factores de desintegración familiar, es la extendida costumbre del consumo de bebidas embriagantes. El alcohol es un factor destructivo no sólo de la salud del individuo, sino también de las relaciones familiares y comunitarias en general.

Se constata que los cambios producidos recientemente no disuelven del todo los lazos de parentesco cercanos, sino que en algunos casos los favorecen o impulsan. La tendencia a la privacidad y el individualismo imperante, no ha extinguido la necesidad elemental que todo individuo tiene de calidez humana y espontaneidad en su relación con otros. No han hecho desaparecer el deseo de seguridad y estabilidad en la afirmación emocional de la propia persona frente a los demás; ni su contrapartida, la necesidad de convivir con otras personas con las que

se está a gusto. La modernidad impulsa el refugio a la vida privada, pero las solidaridades primarias no desaparecen, sino que cobran fuerza y mantienen su vitalidad bajo nuevas vías; como lo es la familia extendida polirresidencial.

La propaganda ideológica del capitalismo proyecta como modelo la familia nuclear; y sí la abrazan en el campo, pero la estructura económica la limita y la limita grandemente. Por eso se vive una suerte de conflicto existencial entre lo que se desea y lo que se puede.

Algunos autores consideran que residencia y trabajo son los dos campos de la socialización campesina que ahora tienden a diferenciarse, y generalmente a distanciarse uno del otro, como ocurre en las ciudades (Pepin-Lehalleur, 1996: 74). En efecto, como hemos visto, las migraciones temporales denotan la distancia cada vez mayor de la interconexión entre residencia y lugar de trabajo que caracterizaba al núcleo de la familia campesina. Este giro es para ella —como para mí— fundamental en el proceso de modernización de las relaciones sociales en el medio rural, ya que explica el factor acelerador del deterioro del orden tradicional y la emergencia de una nueva ruralidad mexicana. En el capítulo siguiente analizaré algunas consecuencias culturales e ideológicas de tal separación.

Migración y consumo

Muchos de los migrantes registrados en nuestra encuesta tienen una actividad complementaria; 31% de los que vienen a Mérida y 50% de los que viajan a los poblados (cuadro III.17). Las actividades complementarias igualmente varían, desde aquellas de fin de semana, del domingo en la parcela, hasta las que se hacen de manera alternada por más de dos días laborales a la semana. En términos generales, se observa que el nivel material de vida sigue siendo precario, por lo que todas estas diferentes actividades solamente consiguen asegurar el mínimo para llevar a cabo la reproducción tanto biológica como social. El nuevo cuadro de consumo básico y el uso de energía eléctrica y de agua entubada, son signos de modernidad.

Las poblaciones rurales yucatecas ciertamente están muy lejos de ser homogéneas; existen ciertas diferencias entre las familias en relación con la vivienda, los alimentos y los niveles educativos. Predomina la

Cuadro III.17
Distribución de actividades complementarias de los migrantes de Yucatán, 1996 (porcentaje)

Nombre de la zona	*Actividad complementaria*	*Lugares de trabajo*					
		Mérida	*Cancún*	*Otras Cds. Q. Roo*	*Poblados*	*Estados Unidos*	*Total*
Henequenera	Ejid. henequenero				4.3		1.2
	Ejid. y parcelario	5.0			8.7		5.8
	Ejid. c/otra act. agrícola				4.3		1.2
	Jornalero	10.0			4.3		8.1
	Labor del hogar	3.3					2.3
	Corta leña	1.7					1.2
	Pescador	1.7			8.7		3.5
	Urdir hamaca	6.7					4.7
	Mecánico				4.3		1.2
	Pocero	1.7					1.2
	Albañil	1.7					1.2
	Costurera/sastre	1.7					1.2
	Pintor				4.3		1.2
	Ayuda en milpa familiar	3.3			4.3		3.5
	Horticultura	1.7					1.2
	Ninguna	61.7	100.0		56.5	100.0	61.6
	Total	100.0	100.0		100.0	100.0	100.0
Citrícola y sur	Ejid. y parcelario	22.2		20.0	38.5		26.7
	Ejid. c/otra act. agrícola				7.7		3.3
	Jornalero			40.0			6.7

	Labor del hogar				15.4		6.7
	Albañil				7.7		3.3
	Apicultor	11.1					3.3
	Cazador				7.7		3.3
	Ninguna	66.7	100.0	40.0	23.1		46.7
	Total	100.0	100.0	100.0	100.0		100.0
Maicera	Ejid. y parcelario		21.4	50.0	29.4		19.6
	Jornalero		7.1		5.9		4.3
	Labor del hogar				5.9		2.2
	Ayuda en milpa familiar				5.9		2.2
	Practica carrera-derecho				5.9		2.2
	Ninguna	100.0	71.4	50.0	47.1	100.0	69.6
	Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Costera	Ejid. c/otra act. agrícola			33.3	9.4		9.1
	Jornalero				9.4		6.8
	Pescador				3.1		2.3
	Mecánico				3.1		2.3
	Vende refrescos				9.4		6.8
	Cría animales				3.1		2.3
	Mesero	12.5					2.3
	Ayuda en milpa familiar				3.1		2.3
	Horticultura				3.1		2.3
	Ninguna	87.5	100.0	66.7	56.3		63.6
	Total	100.0	100.0	100.0	100.0		100.0

N=206 personas.
Fuente: investigación directa, 1996.

vivienda tradicional[16] en los asentamientos pequeños como Kancab o Kaua, mientras que en poblados más grandes como Cacalchén, Tekax, Oxkutzcab, las nuevas viviendas y aquellas que son "mejoradas" o reemplazadas son de tipo moderno, hechas de bloques y mampostería, como se observa en los cuadros IV.2, IV.3 y IV.4. Dichos cambios, por cierto, son analizados con mayor detenimiento en el capítulo siguiente.

El cuadro alimentario igualmente varía, pero siguen siendo el frijol, el huevo y el maíz la base de su dieta cotidiana. Las carnes preferidas son las de cerdo y pollo que son las más baratas y sobre todo las más accesibles en los poblados pequeños. Es común que una o dos veces a la semana, alguna familia de la comunidad sacrifique un cerdo de los que crían en sus solares o patios, con lo cual obtienen dinero para completar sus gastos. No obstante, un estudio especializado ha mostrado que en términos nutricionales, el cuadro de consumo se ha empobrecido en el periodo comprendido entre 1959 y 1996 (Balam, 1999).

Es oportuno señalar que la economía mercantil ha ido ganando terreno en vista de que la producción de autosubsistencia pierde importancia relativa; el trabajo asalariado, en cambio, se extiende cada vez más hacia todas las actividades y estratos sociales.

Los utensilios usados en la cocina no parecen haber variado a lo largo del tiempo, prácticamente siguen siendo los mismos, las jícaras, el *lek*, etc. Aunque cabe precisar que no es así en todos los poblados, por ejemplo, en San Felipe, es habitual la utilización de platos y vasos de cristal, a diferencia de Kancab donde persisten los trastos tradicionales.

En los lugares donde hay familias con una mejor posición, además de la tradicional bicicleta, algunas también poseen un vehículo de transporte, con el cual dan servicio a los vecinos por una cuota módica para transportar sus productos hacia los centros de abasto. Este tipo de intercambio pudo observarse más en Akil y Kancab, donde la gente parece estar más reacia a salir del grupo homogéneo en el cual viven, en lugar de buscar opciones de mejoramiento fuera del hogar.

En algunos casos, la posición social de un miembro de la comunidad no está en función de su dinero sino de su prestigio, su influencia y

[16] Por lo general, la vivienda tradicional está compuesta por una vivienda principal, una suplementaria, un lugar para guardar el maíz (troje); algo notable es que para ellos el tener un baño, no es algo necesario ni importante, sino más bien un símbolo superficial de riqueza; la construcción de los mismos sólo pudo observarse en San Felipe y Cenotillo. Una definición más amplia se ofrece en el siguiente capítulo.

su autoridad dentro del grupo. En los poblados más pequeños y menos expuestos al movimiento de personas del medio urbano, todavía siguen vigentes algunas normas comunitarias, algunas tradiciones por medio de las cuales el comportamiento tanto de los adultos como de los jóvenes es censurado (como señala Giddens, 1994: 100-101).

Aunque ha avanzado la modernidad hacia todos los rincones del territorio de la entidad, se puede decir que a mayor tamaño de las comunidades mayor diferenciación social se observa en ellas. Hay excepciones de algunas pequeñas comunidades, ex haciendas henequeneras o poblados a la vereda de una carretera importante, donde las desigualdades sociales son bastante notorias, porque muchos de sus habitantes han podido acceder a un empleo fijo en la ciudad.

Una antropóloga francesa (Rivera, 1976) que hizo un trabajo de campo en una pequeña comunidad llamada Xoy, señala que en los poblados pequeños, la unidad racial y social es completa, los pobladores constituyen un grupo muy homogéneo a pesar de la diversidad de gustos que dan lugar a cambios de indumentaria, de peinados, etc. Ella, evidentemente, tuvo la oportunidad de observar a una comunidad en vías de extinción, pero aún no socavada hondamente por la modernidad.

Otra característica sociocultural muy notable es que mientras más grande es la comunidad, más se va perdiendo la costumbre de hablar la lengua maya entre los adultos, a su vez, a los niños ya no se les enseña como lengua materna. En los poblados pequeños del oriente y sur de la entidad casi todos sus habitantes hablan maya, e incluso les sirve como escudo para protegerse de los extraños o visitantes del pueblo. Es interesante el uso de la lengua maya por parte de los habitantes del campo que por lo general son bilingües. En la ciudad niegan hablar maya, y en el poblado niegan hablar español.

La comunicación con los habitantes del medio rural es difícil. De entrada, cuando se les formulaba alguna pregunta comúnmente respondían que no sabían hablar español; en otros casos, hablaban en maya con algún familiar y si les daban autorización, entonces accedían a responder. También suele suceder lo contrario, cuando el permiso es negado, entonces ignoran las preguntas y se ponen a hablar maya entre ellos mismos. El idioma es todavía un factor importante de identidad, quizás el signo más fuerte de la cultura maya tradicional, una forma de deslindar al otro del yo, o del ustedes y nosotros.

Se puede decir que el español empleado en las comunidades rurales yucatecas es apropiado. Aún los campesinos que nunca han asistido a la escuela lo hablan bastante bien; probablemente debido a las intensas migraciones de los últimos años, al contacto con las ciudades y, sobre todo, al acceso a la radio y la televisión. En contraste, en los lugares pequeños, la gente mayor sólo habla maya.

De los 206 migrantes que se dirigen a la ciudad de Mérida, sólo doce dijeron que en su casa se habla cotidianamente la lengua maya (cuadro III.18); como ya se explicó anteriormente, se debe a que la mayor parte proviene de la zona henequenera. En cambio, de los que viajan

Cuadro III.18
Distribución de migrantes de Yucatán
según idioma que habla en familia, 1996 (porcentaje)

		Idioma que habla con su familia			
Nombre de la zona	*Lugares de trabajo*	*Maya*	*Español*	*Maya y español*	*Total*
Henequenera	Mérida	6.7	88.3	5.0	100
	Cancún		50.0	50.0	100
	Poblados	8.7	87.0	4.3	100
	Estados Unidos		100.0		100
	Total	7.0	87.2	5.8	100
Citrícola y sur	Mérida	33.3	44.4	22.2	100
	Cancún	33.3	33.3	33.3	100
	Otras Cds. Q. Roo	40.0	20.0	40.0	100
	Poblados	38.5	30.8	30.8	100
	Total	36.7	33.3	30.0	100
Maicera	Mérida	55.6	33.3	11.1	100
	Cancún	35.7	57.1	7.1	100
	Otras Cds. Q. Roo	50.0	50.0		100
	Poblados	29.4	58.8	11.8	100
	Estados Unidos	25.0	75.0		100
	Total	37.0	54.3	8.7	100
Costera	Mérida		100.0		100
	Cancún		100.0		100
	Otras Cds. Q. Roo		100.0		100
	Poblados		96.9	3.1	100
	Total		97.7	2.3	100

N= 206 personas.
Fuente: investigación directa, 1996.

a Cancún, tres de cada diez señalaron que en su casa se habla maya; justamente porque la zona maicera más tradicional se encuentra más próxima a Cancún que a Mérida. La gente que se queda a trabajar en el poblado, al parecer, es más por problemas de mercado de trabajo que por impedimentos de la lengua. Aprender primeramente el español es una forma de modernización que va ganando terreno; así, los grados de bilingüismo varían mucho de una región a otra, dentro de una población, e incluso dentro de una misma familia.

Maquiladoras y migración

Las empresas manufactureras llamadas "maquiladoras" son unidades de producción relativamente nuevas en el escenario regional de Yucatán. Este tipo de empresas ensambladoras apareció en el escenario internacional desde la década de los cincuenta, con el objeto de aprovechar las ventajas comparativas de la fuerza de trabajo de los países subdesarrollados.

Como parte del Programa de Reordenación Henequenera y del Desarrollo Regional lanzado en 1984, que explícitamente se proponía promover el turismo, la pesca y la diversificación productiva de Yucatán, se contempló la construcción de un parque industrial de maquiladoras entre Mérida y Progreso. Para tal efecto, se expropiaron varios cientos de hectáreas de terrenos ejidales; se les dotó de servicios públicos (electricidad, agua) y de infraestructura urbana (calles pavimentadas y servicio de transporte colectivo). Durante el resto de los años ochenta y principios de los noventa, el proyecto de promover maquiladoras en la entidad arrojó resultados muy pobres.[17]

Las primeras maquiladoras para exportación que llegaron, fueron ubicadas todas en este nuevo parque industrial. Pero varios talleres de textiles que ya estaban asentados en la ciudad de Mérida y otros en el parque industrial Umám-Mérida, solamente cambiaron de régimen para aprovechar las facilidades fiscales. En cuanto a generación de empleos,

[17] De hecho, para 1994, el beneficio real para la entidad se manifestaba en los 5 040 empleos generados por las 30 empresas de este tipo, casi todos con una remuneración de un salario y medio mínimo por empleado. Castilla, Beatriz y Beatriz Torres, "Un nuevo rumbo en la industria maquiladora yucateca", en *Unicornio*, núm. 216, año 4, Suplemento Cultural del *Por Esto!*, Mérida, Yucatán, 21 de mayo de 1995. En los últimos cuatro años, en cambio, la dinámica de crecimiento observada es vertiginosa.

como ya se dijo antes, esta primera "oleada" de maquiladoras previa al Tratado de Libre Comercio (TLC) no tuvo gran impacto en el desarrollo regional. Realmente fue a partir de 1995, después de la entrada en vigor del TLC con Estados Unidos y Canadá, cuando la apertura de este tipo de empresas y la creación de puestos de trabajo dentro de las mismas, entró en una dinámica sin precedentes.

No voy a discutir aquí el porqué se ha quedado dicho "Parque de industrias no contaminantes" semi-utilizado, a pesar de que el actual gobernador Víctor M. Cervera Pacheco fue uno de sus entusiastas promotores. Ciertamente, armar ese "elefante blanco" fue una decisión política, como también lo es canalizar las nuevas plantas hacia el interior del estado, con un costo en infraestructura bastante alto que absorbe el gobierno estatal. Esta última decisión es más rentable en lo político, además de que ha resultado económicamente atractiva para los empresarios. Así, estas últimas que podríamos llamar la "nueva generación" de maquiladoras, ya no fueron instaladas en ese sitio construido *ex profeso*. Todavía en el año de 1998 no se había utilizado más de 30% de su capacidad; y no hay planes inmediatos para aprovechar esta costosa infraestructura.

De acuerdo con el INEGI, en 1990 en Yucatán habían catorce plantas productoras de exportaciones; y para el primer semestre de 1997 dicho número se había incrementado a 66 plantas, que se dice generaron una derrama de 575 000 000 dólares de enero a julio de ese mismo año. Derrama que comprende salarios, prestaciones, insumos nacionales, servicios, maquinarias y equipos e impuestos.

De un total de 123 maquiladoras de exportación registradas (julio de 1999) por la Delegación Yucatán de la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, 32 se encuentran ubicadas en 18 poblados, casi todos de la región henequenera (cuadro III.19). La política oficial es dar todas las facilidades para que las nuevas maquiladoras sean instaladas en poblaciones ubicadas en las diversas zonas de la entidad. La cantidad de nuevos empleos generados por esta "nueva generación" de factorías es importante. No es exagerado afirmar que para muchos jóvenes de ambos sexos del medio rural conseguir en ellas un puesto de trabajo es una meta; aunque después descubran que las remuneraciones que perciben dejan mucho qué desear.

A partir de 1995, la participación de las mujeres jóvenes dentro de la modalidad migratoria "campo-campo" ha crecido correlativamente a la apertura de maquiladoras, casi todas de textiles. Los datos oficiales, no muy consistentes, hablan de la creación de entre 5 000 y 6 000 nuevos

Cuadro III.19
Lugar de asentamiento y número de empleados de maquiladoras de Yucatán, junio del 2000

Localidad	*Número de empresas*	*Porcentaje*	*Número de empleados*	*Porcentaje*
Mérida	90		14 264	
Progreso	4		246	
Uman	6		1 605	
Subtotal	100	70	16 115	46
Zona henequenera	27	19	9 963	28
Tekit	4		458	
Motul	3		4 875	
Acanceh	1		685	
Tecoh	2		280	
Mocochá	1		147	
Huhí	1		70	
Homún	1		204	
Izamal	2		1 143	
Cansahcab	1		80	
Halachó	1		395	
Chicxulub pueblo	1		22	
Ixil	1		340	
Conkal	3		532	
Tekantó	2		360	
Temas	1		110	
Seye	1		120	
Kanasín	1		142	
Otros poblados	16	11	9 178	26
Tizimín	2		376	
Valladolid	3		3 324	
Baca	1		25	
Dzemul	2		223	
Dzidzantún	1		115	
Cacalchén	1		170	
Tixkokob	1		1 682	
Maxcanú	2		1 793	
Peto	1		230	
Suma	1		84	
Tekax	1		1 156	
Total	143	100	35 256	100

Fuente: *Quinto informe de gobierno*, Gobernador Víctor Cervera Pacheco. Anexos, 1999-2000.

empleos en el área rural durante los últimos tres años (1996-1998). A fines de 1997 habían más de 100 de estas empresas operando en Yucatán, de las cuales, 42 destinan toda su producción a la exportación (Castilla, 1998).

La operación de las maquiladoras "Monty" y "Tepalil-nah", ubicadas en Motul, son un ejemplo de la nueva reconfiguración del movimiento de trabajadores. La planta de la firma "Monty" ha crecido muy rápido, en 1996 daba empleo a 1 300 personas; con la apertura de otras naves, incluidas las de lavado y corte, se me informó que a mediados de 1999 laboraban 3 350 personas aproximadamente, de las cuales, 40% son mujeres y 60% varones. "Tepalil-nah" fue adquirida de manera reciente por una empresa norteamericana llamada "Kellwood", con lo que la planta laboral pasó de 350 a 700 personas, 60% mujeres y 40% varones.

Con más de 4 000 puestos de trabajo, Motul se ha transformado en un poderoso foco de atracción para los jóvenes de ambos sexos de Baca, Mocochá, Timucuy, Cansahcab, Kiní, y muchas pequeñas localidades. Por último, el transporte colectivo de autobuses y "combis", tradicionalmente organizado hacia Mérida, ha tenido que asignar sus rutas hacia estos nuevos polos de empleo en las maquiladoras.

Otros centros semejantes a Motul son Izamal, Valladolid y Maxcanú. En este último, al sur de la entidad, el mismo grupo "Monty" (ya en Motul) instaló un complejo de plantas maquiladoras dedicadas a la fabricación de ropa. La primera planta, inaugurada en septiembre de 1997, da empleo a 550 personas. En 1999 quedarían concluidas otras tres plantas para un total de 2 400 empleos.

Según fuentes gubernamentales, hay planes para que continúe la expansión de plantas maquiladoras a lo largo de todo el territorio de la entidad; por lo que, tendencialmente, habrá más oportunidades de empleo para la fuerza de trabajo tanto femenina como masculina en el medio rural. Hasta julio de 1998, habían 16 388 empleados trabajando en las maquiladoras de exportación, 33.8% más que el año anterior.[18] Obviamente, la demanda de fuerza de trabajo se cubre con la concurrencia de jóvenes que viven en los poblados circunvecinos. Este nuevo mercado laboral acelera, como nunca antes, la proletarización de la fuerza de trabajo de las familias rurales y las migraciones laborales; por ende, acentúa también el debilitamiento y la fragmentación del orden tradicional.

[18] *Diario de Yucatán*, 21 de octubre de 1998.

Desde la perspectiva del desarrollo regional no se pueden esperar resultados espectaculares a corto plazo, ya que el efecto multiplicador de las plantas maquiladoras es muy bajo. Funcionan como verdaderos enclaves de modernidad económica en tanto su mercado y sus insumos provienen del extranjero.

La maquiladora utiliza en forma intensiva la fuerza de trabajo laboral local, lo que significa que los y las jóvenes deben someterse al ritmo incesante de las líneas de ensamblaje. Los trabajadores operan máquinas cuya tecnología no necesariamente es de punta; son convertidos en obreros, pero, esto debe ser subrayado, *el salario que perciben no es suficiente para asegurar sus condiciones de vida como tales, como obreros*. Así, siguen entrando y saliendo de esa modernidad laboral sin romper sus vínculos con los viejos resabios del orden tradicional. Los trabajadores de las líneas de ensamblaje, que son la mayoría, reciben el salario mínimo profesional, alrededor de 30 pesos diarios (1999); con sus bonos de puntualidad, asistencia y productividad pueden llegar a obtener hasta 60 pesos por día, algo más de seis dólares estadunidenses. El impacto cultural sobre la nueva generación de trabajadores del medio rural deberá ser analizada a profundidad puntualmente.

ALGUNAS REPERCUSIONES DE LAS MIGRACIONES TEMPORALES

Las migraciones temporales, no sólo en Yucatán sino en varias partes del mundo, son un componente esencial de las modernas estrategias de sobrevivencia (Mingione, 1991: 123-195) de los pobladores rurales.[19] Más todavía, constituyen un capítulo importante, una parte inherente al ciclo reproductivo de la mayor parte de los trabajadores rurales; por lo tanto, provocan consecuencias diversas en la esfera de la vida cotidiana, incluidas la dimensión simbólica y subjetiva. Constituyen una suerte de filtro del cambio social.

En Yucatán al menos, este nuevo capítulo laboral repercute en la esfera de la agricultura tradicional: el migrante-campesino tiende a perder el contacto cotidiano con la milpa, la cual le permitía adquirir los conocimientos y secretos del monte para practicar una agricultura de tem-

[19] Salas Quintal (1997) en una región chilena; Szasz (1993) en Malinalco; y Arias (1992) en el Bajío.

poral relativamente exitosa. La necesidad obligaba, no tenían otra opción más que dedicar todas sus energías y su creatividad a la labor que proveía los alimentos de toda la familia. Tales conocimientos no se aprenden de manera teórica, son transmitidos en forma empírica de generación a generación, y se modifican por la práctica permanentemente. Por lo tanto, al interrumpirse ese entrenamiento y desplazar la centralidad de dicha actividad, el campesino maya tiende a "desprofesionalizarse".

Varios de los entrevistados, ya mayores, en tono grave nos hicieron notar que muchos de los productores actuales más jóvenes han regresado frustrados a la agricultura, de "rebote" tras una difícil experiencia migracional; hablan de una nueva generación convertida en campesinos sencillamente por necesidad y no por vocación.[20] En efecto, esta es una diferencia fundamental entre ellos y sus antecesores, acentuada sobre todo en la región maicera, donde el propósito de la agricultura de temporal que era la autosubsistencia (Halperin, 1975) ha pasado a convertirse en el autoconsumo. Es decir, parte de la producción se destinaba al mercado con el fin de obtener dinero, para comprar, a su vez, productos industrializados como el azúcar, el café, la ropa, etcétera.

En la zona henequenera, por el contrario, al declinar la producción de ese agave, los ejidatarios han volteado hacia la milpa que les ofrece dos ventajas: la ayuda del Procampo de 700 pesos (corrientes de 1999) por hectárea; y algunos granos, calabazas, tomates, chiles e ibes para el autoconsumo. En ambos casos, queda claro que el vínculo con la tierra sigue siendo un importante soporte —junto con las migraciones temporales— de sus estrategias de sobrevivencia, pero ya no el eje central. La tierra disponible, el monte deteriorado, y en general el antiguo espacio de la agricultura, adquieren otra dimensión social, muy diferente a la del pasado. La tierra es un recurso que muy frecuentemente se presta a la manipulación política de las cúpulas del poder.

La pluriactividad ubicua de cada uno de los miembros que caracteriza a las modernas unidades domésticas campesinas, además de debilitar su identidad tradicional, tiende a vulnerar los remanentes de identidad territorial y comunitaria, inclusive su identidad étnica. Esto, por la sencilla razón de que cualquier tipo de identidad social es, como señala Co-

[20] Para Salas Quintal, se trata de trabajadores que han perdido sus rasgos campesinos, pero sin lograr una inserción determinada y unívoca en la estructura económica del capitalismo (Salas Quintal, 1997: 283-284).

hen (1995), producto de una práctica comunitaria simbólica, no atributo que se hereda o se le coloca al individuo como una etiqueta. Las prácticas comunitarias tradicionales tienden a ser reemplazadas por otras de diferente tipo, por ejemplo, la intervención de nuevos partidos políticos, la aparición de núcleos religiosos protestantes, etcétera; lo que motiva que se redefinan las identidades.

Las migraciones temporales son una correa más de transmisión de factores desarticuladores del orden agrario tradicional (Salas Quintal, 1997: 294). De esta manera, el campo constituye un abanico de clases sociales poliformes: campesinos, jornaleros, empleados, obreros, comerciantes por cuenta propia, etcétera. Este punto será ampliado en el siguiente capítulo.

Asimismo, la migración provoca una reorganización de la unidad doméstica que redefine la división familiar del trabajo y revalora las viejas jerarquías de parentesco. En muchos casos, las mujeres desempeñan un papel más activo en la aportación del gasto familiar; de este modo, tienden a ganar terreno a la hora de las decisiones cotidianas, o bien sea dicho, se gesta un lento proceso de "empoderamiento" del género femenino ya observado en otras esferas de la sociedad mexicana (Logan, 1995).

Por otra parte, las estrategias de sobrevivencia típicamente campesinas basadas en una unidad doméstica, tal como observara Chayanov, tienden a montarse sobre otro esquema que da preeminencia al individualismo. Cada miembro de la familia suele vivir una suerte de conflicto entre ese tipo de aspiraciones y su verdadera capacidad económica para ser autosuficiente. Quienes no son productores, sino vendedores de su fuerza de trabajo, disfrutan de las ventajas de la ayuda recíproca familiar, pero reclaman más privacidad en sus consumos domésticos y alimenticios.

Los efectos que provocan las crecientes migraciones temporales son múltiples y variados, desafortunadamente no hay espacio aquí para ocuparse de cada uno de ellos. He procurado enfatizar el de la transformación social del espacio de producción y doméstico a manera de ejemplo, para señalar, sobre todo, que las unidades domésticas campesinas son un producto híbrido económica y culturalmente hablando; por lo tanto, tienden a perderse algunas tradiciones, otras resurgen, o simplemente la nueva ruralidad extiende y profundiza el sincretismo cultural, con lo que las identidades tienden a diluirse.[21]

[21] Salas considera que esta pluriactividad creciente de los campesinos pone de manifiesto cambios profundos que han tenido un efecto en la organización social, en las aspira-

Por último, otro efecto, en una esfera distinta pero estrechamente relacionado a este movimiento de personas, lo constituyen las distancias y el transporte colectivo. Las distancias recorridas cotidianamente por los migrantes tienden a crecer. Además, el volumen de personas también aumenta, con lo cual las vías de comunicación se han vuelto obsoletas. El sistema ferroviario yucateco fue construido para mover carga, no personas, principalmente fibra de henequén de las haciendas hacia la ciudad de Mérida. Por tal motivo, el ferrocarril, aunque barato, es un transporte obsoleto y deficiente que no atiende la creciente demanda de pasajeros. Las líneas de autobuses son insuficientes y sus corridas mantienen horarios muy rígidos, razón por la que han proliferado las "combis" que parecen más apropiadas para traslados más frecuentes.

Analizando la problemática desde una perspectiva diacrónica, puede decirse que el sistema de transporte colectivo no ha respondido eficientemente a la demanda; se encontraba en el dilema de mejorar el servicio, o mantener bajos los precios para captar más usuarios. Se ha optado por lo segundo, las unidades de transporte se encuentran en pésimas condiciones. Desgraciadamente ya adquirieron carta de naturalización los capítulos dramáticos donde suelen perder la vida un número importante de migrantes. Unas cifras a manera de ejemplo, de acuerdo con los reportes de la Policía Federal de Caminos, en 1995 se registraron 1 765 accidentes de tránsito en carreteras federales de la Península de Yucatán; dicho número ascendió a 1 930 en 1996; y llegó a la cantidad de 2 219 en el año de 1997.[22]

En el estado de Yucatán, los accidentes ocurridos a las "combis" durante el mes de diciembre de 1997 arrojaron un saldo de cuatro personas muertas y 61 heridas. Al siguiente mes, enero de 1998, el saldo fue de cinco muertos y 47 heridos. El sobrecupo, la falta de control, el mal estado de los vehículos y otros factores hacen que este tipo de trabajadores, además de otras adversidades, pongan en riesgo diariamente su propia vida.

---

ciones, en la identidad social y en las posibilidades de acción colectiva (Salas Quintal, 1997: 277).

[22] *Diario de Yucatán*, Mérida, Yucatán, 12 de enero de 1998.

CONCLUSIÓN

Las migraciones rurales temporales resultan de una situación estructural adversa para los trabajadores rurales, así se convierten en un vínculo poderoso entre la comunidad local y la sociedad general. Esta dinámica tiende a convertir a los habitantes rurales en parte de la llamada aldea global. He señalado previamente, que los actores rurales se mueven entre el orden tradicional y el moderno, no sólo en el terreno económico sino también en el simbólico. Esta coexistencia de símbolos del orden tradicional y del moderno, permite que las rupturas a nivel de los hábitos cotidianos no sean radicales, ni ocurran de un día para otro. Ese marco de referencia cultural hace que muy pocas personas perciban de donde vienen los conflictos generacionales.

En las sociedades rurales tradicionales, como ocurrió en Yucatán décadas atrás, normalmente la migración no era contemplada sino como una salida restringida y temporal; mientras que en las sociedades urbanas ha sido una de las opciones preferidas de jóvenes y adultos. La percepción que cada individuo tiene de cómo sobrevivir y de cómo solucionar su problema es completamente subjetiva, pero dentro de un contexto histórico e ideológico dado. Por lo tanto, la creciente movilidad ecológica temporal de los habitantes de las pequeñas poblaciones yucatecas observada recientemente, indica que las expectativas han sido puestas fuera de ese ámbito, y que los sujetos se sienten con las habilidades técnicas mínimas para incursionar en diferentes arenas económicas. Indican que, de cara al futuro, los individuos están más instalados en la modernidad que en la tradición.

Así puede explicarse la situación paradójica que viven los habitantes de la sociedad rural: mientras la economía real emite todo tipo de señales para desalentar la migración y mirar hacia el entorno más inmediato, la propaganda del capitalismo fomenta un espejismo que enajena. En suma, como bien señala Pepin-Lehalleur (1996), la ruralidad no es comprensible por sí misma. La ruralidad es algo más que un conjunto de pequeños poblados donde la mayor parte de sus habitantes se dedica a las actividades agropecuarias. La ruralidad es el resultado de una relación compleja y cambiante entre diferentes ámbitos de la vida nacional.

IV. MODERNIDAD Y HÁBITAT RURAL

A la vez que reales y engañosas,
brillan las luces de la ciudad.
MARIELLE PEPIN, 1992

INTRODUCCIÓN

No hay acción sin imaginación, parece una frase de sentido común, no obstante como afirma Ricoeur, conlleva una significación profunda y añade: "Y esto de varias maneras: en el plano del proyecto, en el plano de la motivación y en el plano del poder mismo de hacer" (Ricoeur, 2001: 207). En este capítulo quiero señalar cómo detrás de la acción social relacionada con la organización de los espacios físicos de la vida cotidiana (domésticos: solar y vivienda) asoma un imaginario altamente influido por el paradigma de la modernidad.[1] Bajo su influencia el espacio doméstico adquiere y modifica su significado simbólico sin desconectarse de la cultura local.

Entiendo por cultura a una forma de vida de un pueblo, sus instituciones, la suma de sus modelos de comportamientos aprendidos, sus actitudes y objetos personales, las cuales recrean un mundo simbólico. Las prácticas culturales de la población maya rural se han desarrollado en medio de dos dimensiones aparentemente naturales: tiempo y espacio, cuando en realidad la cultura maya tenía sus propios tiempos y espacios (Quezada y Okoshi Harada, 2001).

El hábitat humano se refiere a la relación entre los complejos geográficos y la interacción de las colectividades humanas con ellos, refle-

[1] La dimensión filosófica relacionada con el imaginario está ampliamente analizada en la obra de Paul Ricoeur (2001) y un excelente análisis del proceso histórico de la colonización de lo imaginario en México puede encontrarse en la obra de Gruzinski (1995).

ja así una lucha constante entre hombre y medio ambiente. Esa lucha incesante suele dejar huellas perdurables y vivientes, algunas más que otras. El hombre dibuja un lenguaje (código) espacial cuyos signos visibles son: el paisaje construido, las ciudades, las calles, las habitaciones, etcétera (Pezeu-Massahuau, 1999). El hábitat refleja también, desde luego, la confrontación del hombre contra otro hombre mismo. El lenguaje espacial adquiere así el colorido de las estructuras de poder político, económico e ideológico, de una sociedad dada.

El hábitat maya rural no sólo se refiere a las edificaciones o monumentos construidos, pero aquí restringiré el dominio del concepto a los espacios domésticos de convivencia cotidiana. El acelerado proceso de transformación observado en el hábitat maya rural ha llamado la atención de algunos investigadores (Rangel, 1980) quienes piensan que "ponen en peligro la existencia de esta parte importante de nuestro patrimonio cultural" (Chico Ponce de León, 1995: 13). Es verdad que la vivienda maya es un arquetipo nacional o posiblemente universal de vivienda vernácula, como la de los mongoles o de los esquimales, pero hay que entender que todo objeto construido se vuelve también sujeto de la cultura, es decir, que cambia de forma y de contenido.

Nadie sería capaz de negar que el hábitat maya rural es un vestigio de una cultura regional, pero a diferencia de otro tipo de edificaciones o monumentos construidos para durar siglos, este hábitat es muy dinámico. Y si bien, las viviendas con techos de cartón, de las muchas que existen, no son muy estéticas, ni provienen de una historia de larga duración, como las llamadas tradicionales, deben ser igualmente incluidas en el "patrimonio" de la cultura regional. Es decir, al estudiar la problemática de la vivienda del medio rural hay que evitar la valoración folclórica en que suele caer, para reconocer que las muchas variantes observadas son parte de la cultura y de la historia.

La rural moderna es una cultura que tiende a romper sus estrechas fronteras históricas. La globalización económica estimula nuevas pautas sociales que afectan varios tipos de prácticas culturales, las cuales fueron escasas y secundarias en otra época y hoy en día tienden a generalizarse. O viceversa, aquellas otrora generalizadas tienden a declinar[2] o

[2] El reto consiste en rescatar el significado sociológico del trabajo, de aquel que se lleva a cabo para obtener los recursos para reproducir la vida material y social.

caer en desuso. Está ampliamente reconocido que la globalización económica impacta los patrones culturales de casi todos los rincones del planeta, pero no todas las respuestas presentan el mismo signo.

A partir de nuevas relaciones sociales de producción se levanta un nuevo entramado cultural y representa un reto para las ciencias sociales señalar los delgados hilos que articulan y, a veces atan, lo tradicional a lo moderno, sin entrar en conflictos. En la Península de Yucatán, en México en general, tradición y modernidad caminan juntas. Esta convivencia no es nueva ni está amenazada de muerte. La sociedad desecha e inventa tradiciones perpetuamente. Una sociedad que no produjera nuevas tradiciones quedaría petrificada.

Retomo en esta obra la propuesta formulada por Luke (1996) de sacar a la teoría social del terreno de la discusión aparentemente bizantina entre tradicional/moderno, para ir al ámbito de los hechos, pero sin caer en la mera descripción empírica. ¿Son los espacios domésticos trincheras de las tradiciones que no dejan entrar a la modernidad? Sostengo que el hábitat maya pertenecía al orden tradicional que el tiempo ha resquebrajado, y, en consecuencia, tiende a integrarse mucho más orgánicamente al orden "postradicional" o de la modernidad.

Centro mi atención en las transformaciones del hábitat maya rural que para fines analíticos divido en el solar y la vivienda yucatecos. Este caso, si bien particular, da cuenta de los cambios de la percepción subjetiva del espacio social a gran escala. "Cada institución social construye y ocupa un espacio abstracto que normalmente se proyecta en un espacio físico o construido en el paisaje." (Brown, 1999: 324.) Quisiera mencionar de nuevo que la información cuantitativa aquí presentada proviene de una encuesta que se aplicó en el año de 1997, la cual abarcó un total de 506 unidades domésticas familiares distribuidas en todo el territorio de Yucatán (véase Nota metodológica de la Introducción).

TIEMPO Y ESPACIO IMPUESTOS

En las sociedades mesoamericanas espacio y tiempo adquirían una dimensión altamente correlacionada con la agricultura que era la actividad de la cual dependían para sobrevivir. No conocían la propiedad privada y había un sistema de propiedad comunal complejo, acorde a los sistemas de gobierno regionales. El espacio propiamente urbano no existía

aunque se erigían grandes centros ceremoniales. El tiempo y los ritmos de la vida social estaban determinados por el ciclo del maíz: trabajar, sembrar, pescar, cosechar, las jornadas diarias, y muchas otras actividades quedaban enmarcadas dentro de un tiempo que era el de la agricultura. Los milperos mayas se levantaban muy de madrugada para aprovechar las primeras luces del día y evitar el sofocante sol del medio día. Durante las horas de pleno sol solían hacer algunas actividades artesanales bajo la protección de la sombra de un árbol frondoso. Por la noches sin la perturbación de la televisión, solían dormirse muy temprano, poco después de caer la noche.

Aquellos espacios y tiempos culturalmente definidos por la tradición agraria local cambiaban pero un día fueron alterados. El proceso de conquista que llevaron a cabo los españoles en estas regiones, entre otras cosas significó la imposición de nuevos conceptos sociales sobre el espacio y el tiempo. La cultura europea si bien no arribaba aún a la llamada era industrial, conocía otros conceptos de tiempo y espacio, que correspondían a un grado determinado de desarrollo tecnológico y social.

A una geometría europea del espacio, especialmente de los españoles corresponde el término "solar" que se usa para referirse a los terrenos donde construyen sus viviendas los campesinos mayas. Fue impuesto por los españoles desde el inicio de la colonización a principios del siglo XVI. Por ello, antes de analizar dicha unidad espacio-residencial como se le observa hoy día, parece conveniente un breve repaso de sus raíces históricas. Evidentemente, ni entre los aztecas ni entre los mayas existía esta palabra, tampoco la idea de esta geometría del espacio "urbano" y, mucho menos como propiedad privada.

Según los especialistas, "Una vez que Tenochtitlan se rinde cayendo en poder de las huestes españolas y tras la decisión" de Hernán Cortés de reconstruir la ciudad y de erigirla capital del nuevo reino, surge un reto: la nueva ciudad va a funcionar como una síntesis de la civilización castellana, destruyendo las formas locales y construyendo el nuevo orden conquistador que va a concentrar en la ciudad todo el poder económico y político. Esto planteará la exigencia urgente de demoler, de reconstruir, de ampliar y de modificar. Nace un nuevo urbanismo impuesto desde el exterior que responderá a las condiciones locales. Tanto la planta como el lugar de la nueva ciudad fueron meditados, pensados y regulados con todo cuidado para hacer frente a la nueva situación. No obstante predominaron los criterios militares y surgió así en Tenochti-

tlan —y en los asentamientos humanos subsiguientes promovidos por los españoles— las calles rectilíneas.

Se implantó una nueva división del espacio con áreas segregadas: por un lado el espacio urbano español, al centro de la ciudad, la llamada "traza", reservada únicamente para uso exclusivo de los españoles y por el otro los barrios indígenas, como un gran cinturón rodeando la traza (Valero, 1991: 147-165). Este procedimiento se repitió años más tarde en Yucatán cuando 20 años después se fundó Mérida. Una medida de control y de poder fue la de "entregar" a los macehuales, bajo el nuevo orden jurídico de la Corona, un título de propiedad que les confería la categoría de propietarios del solar a la manera europea. Aparte del usufructo de la tierra que ya venían gozando de antaño fue añadido el derecho de disponer de la parcela por testamento.

Para los españoles en cambio, el hecho de recibir un solar a través del cabildo implicaba beneficios concretos de dos clases; primero el puramente económico, al obtener el favorecido un bien raíz con un valor mercantil específico, y la exención del pago de impuestos; segundo, aparte los vecinos adquieren privilegios de carácter social especialmente importante en esa época; así, el hecho de avecindarse en la ciudad y recibir la merced de un solar proporciona atributos de hidalguía (Valero, 1991). Es importante remarcar que desde el inicio del régimen colonial al crear los nuevos asentamientos humanos los españoles solían dividir la tierra disponible en solares, ya fuera dentro de la traza o de barrios de indios.

Regresando al caso de Yucatán, según García Preciat, "Cuando los españoles pisaron las remotas tierras del Mayab, causóles asombro encontrar hermosos templos donde los naturales de esa región adoraban a sus dioses; mas también fue para ellos gran sorpresa notar que alrededor de esos grandes edificios, las viviendas de los indios eran humildes *chozas esparcidas sin ningún orden*" (1977: 409). Evidentemente, si había un orden social y político llamado *cuchcabal*,[3] de otra naturaleza cultural, incomprensible para los españoles (Quezada, 1993). La población nativa de Yucatán, de la misma forma que en otras partes del país, con

[3] De abajo hacia arriba estaba integrado por el *cuchtel* o unidad básica que eran básicamente caseríos; por el *batabil* que se componía de un conjunto de estas unidades sujetas a un batab o cacique y el *cuchcabal* propiamente dicho, sujetas a un *halach huinic*. Los españoles desarticularon el *cuchcabal* y aprovecharon la demarcación espacial del *batabil* como base para la formación de los pueblos coloniales (Quezada, 1993: 38-40).

el paso de los años fue obligada y/o forzada a mudarse hacia los asentamientos que determinaron los conquistadores por conveniencia ya fuera militar o religiosa o ambas. El tamaño y la importancia variaba por lo general en relación al número de españoles fundadores o la riqueza potencial de la región. De la misma forma, no debo dejar de mencionar que en algunos pueblos jamás existió tal traza.

Espacio doméstico y cultura

El Solar

Según Quezada, cuando los españoles llegaron a Yucatán el *cuchcabal* era la entidad que permitía el control de la vida política del conjunto de los señoríos que lo integraba. Uno de los asentamientos poblacionales era prácticamente la capital y ahí residía el *halach huinic*, o autoridad suprema. La distribución espacial de la población dentro de un señorío era dispersa, no habían límites territoriales nítidos y precisos entre las esferas de poder y administrativas dentro del *cuchcabal* (1993: 81-82).

Desde antes de la llegada de los españoles a Yucatán la vivienda maya, tradicional, no contemplaba espacios privados para ninguno de sus miembros.[4] Solía formar parte de los caseríos en medio del monte cerca de las milpas. Aunque sus tiempos eran más largos, la vivienda maya también era itinerante como la milpa,[5] unida por muy delgados hilos al orden político y económico más amplio. "Para la mentalidad española este ordenamiento espacial (*cuchcabal*) de la sociedad maya era una costumbre parecida al modo de vivir de las fieras" (Quezada, 1993: 82).

[4] Repetto Tio encuentra estos rasgos en la que ella llama comunidad maya moderna. Ciertamente, "El concepto arquitectónico hace uso de los espacios abiertos" y las viviendas eran parte del patio. "Gran parte de las actividades cotidianas como lavar, cocinar, cuidar las plantas y los animales domésticos, así como los juegos de los niños en los espacios comprendidos entre [las albrarradas] que delimitan cada vivienda de las otras" (Repetto Tio, 1991: 16). Otra autora, que ha llevado a cabo investigaciones en la parte norte del país señala, "Ciertos rasgos comunes de las casas y solares campesinos manifiestan la interpretación de las funciones de producción y de consumo y la poca individuación de los espacios personales" (Pepin, 1996: 76).

[5] "Desmontaban un campo para varios años, del que después se cambiaban a otro nuevo, una vez agotada la fertilidad del primero." (Cook y Borah, 1978: 17.)

Así, mediante un proceso de reorganización administrativa y religiosa del espacio, los españoles ordenaron el traslado de la vivienda, bien a las llamadas congregaciones, o bien a las juntas o reducciones (Quezada, 1993: 82). Al parecer ese traslado fue muy complejo y duró más de un siglo. Sin embargo, la estructura de tal vivienda "montuna" no fue alterada, al menos no radicalmente como lo confirman varios autores (Cook y Borah, 1978; Repetto Tio, 1991; Tello Peón, 1992 y el propio Quezada, 1993).

En estos poblados el solar propiamente dicho tardó décadas, a veces siglos en surgir (Quezada, 1993: 48-88). No obstante, en tanto forma de división del territorio de los poblados se hizo una costumbre y sobrevivió bajo diferentes regímenes políticos, incluido el de la Revolución de 1910. Los pobladores rurales hasta fechas muy recientes podían solicitar y recibir un solar proveniente del fundo legal. Esto es, de la reserva de tierras prevista para las necesidades habitacionales de su población.

De hecho, el solar como forma de división del territorio urbano se hizo una costumbre y desde siglos hasta fechas muy recientes, los habitantes de los poblados recibían una porción de tierra o parcela que se le daba el nombre de solar porque era ahí donde debían construir sus viviendas. De modo que un solar era otra cosa sin una vivienda y una familia que lo habitara. Era un terreno bastante amplio que fluctuaba entre los cuatro y cinco mecates (20 metros cada mecate) por cada lado. La palabra maya más parecida para denominar este tipo de terreno es *kahtalil* (Hanks, 1990: 6) o bien, *u tankabalil ich nah*, según Barrera Vásquez (1995), con una dimensión promedio de 20 mecates cuadrados. Se demarcaba por una cerca de piedra llamada albarrada y así quedaba constituido el solar, que era el asiento residencial del grupo doméstico familiar.

Esta costumbre de formar un solar se sigue practicando hasta hoy pero va de salida, y su lugar es ocupado por pequeños terrenos que llamaré residenciales. El solar no era simplemente un pedazo de tierra para el asentamiento de un domicilio de las familias. Era un espacio social complejo, independientemente de que fueran éstas pequeñas o grandes, unidas y multi-generacionales en su forma de composición. Era el asiento espacial del proceso de socialización del grupo doméstico, donde las familias crecían y se fisuraban con el tiempo. Era el espacio donde generación tras generación recorrían el ciclo de fases biológicas de reproducción, consolidación y dispersión, que se iniciaba cuando una pareja adquiría independencia después de vivir algunos años en casa del padre

del esposo. Por medio de estas diferentes funciones el solar adquirió un valor simbólico cultural muy importante que tiende a perder.[6]

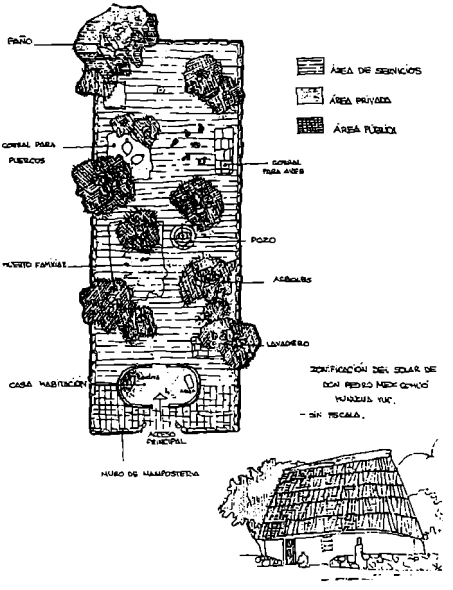
El solar también era un recurso productivo, fundamental dentro de la estrategia de sobrevivencia rural. Cada uno de los miembros de la unidad familiar contribuía a un solo presupuesto doméstico ya fuera trabajando en la milpa o en el patio mismo. La milpa estaba bajo el control toral del jefe de familia y el solar de la esposa, de tal modo que cada miembro individual de la familia extensa quedaba bajo la autoridad del hombre y de la mujer que fundaron el hogar y que por lo tanto, eran la cabeza del grupo doméstico familiar. Durante la fase de expansión las hijas se casaban y por lo general abandonaban el grupo para unirse al grupo doméstico de su marido. Los hijos ingresaban a sus esposas al grupo doméstico y emprendían la tarea de conseguir su propio solar.

Cuando el fundo legal de los poblados se agotó entonces empezaron los solares a sufrir divisiones y fracturas a fondo. Llegado el momento, la mayoría de los hermanos se casaba y establecían un hogar independiente, el grupo doméstico original entraba en una fase de "dispersión" hasta que la familia extensa quedaba reducida en su tamaño y en su complejidad, llegando al caso frecuente en que sólo uno de los hijos cuidaba de los padres y heredaba la propiedad. Por lo general bajo un esquema de familia extensa monorresidencial en el solar se llevaban a cabo varias actividades económicas: se sembraban árboles frutales para aprovechar su sombra y durante la época de cosecha se consumía una parte y otra se vendía; se fomentaba y se cosechaban hortalizas; se criaban pollos y pavos y algunas veces cerdos (véanse gráficas IV.1 y IV.2).

Aunque el solar era algo así como un complemento de la milpa, por lo general era un espacio donde la mujer, la madre de familia ejercía el control. El solar era un espacio productivo reservado para las mujeres y los hijos e hijas menores. La familia patriarcal se afirmaba a partir de la milpa a la cual no tenía acceso la mujer, más que en condiciones excepcionales. La milpa y el solar constituían los recursos productivos pero también espacios culturales y de poder. Ambos espacios pertenecían al orden tradicional sin el cual son ininteligibles costumbres, ceremonias, castigos, etcétera, que se practicaban. Lo que frecuentemente se suele

[6] En el área de Chemax, en la zona maicera, hasta hace poco todavía se observaban algunas de estas características de la distribución y función de los espacios físicos dentro de una comunidad (Brown, 1999).

Gráfica IV.1



Fuente: Alfredo Escalante G. FAUADY (1988). UPI, FAUADY, Línea vivienda.

señalar es la transformación física a veces notoria que tiene una profunda significación cultural soslayada.

En efecto, el solar rural tiende a convertirse en patio (*backyard*), o sea, en un espacio más simple y de tipo urbano, donde sobreviven algunos árboles frutales pero con la idea de que la sombra de sus ramas es lo más importante. Y es que la tierra de los fundos legales de los poblados ya prácticamente está agotada, por lo cual los terrenos para la vivienda provienen del mercado de tierras, o sea, debe ser comprada y los demandantes apenas pueden pagar por un lote pequeño, apenas una tercera parte en relación con las dimensiones del solar original.

Debido a la amplitud del solar, pero sobre todo, debido a que culturalmente el espacio común tenía un alto valor cultural no resultaba incómodo, era natural que las nuevas viviendas para los recién casados se construyeran dentro del mismo solar y no se fragmentara o demarcaba por las albarradas. Esta costumbre era parte del orden tradicional, perpetraba el esquema patriarcal o de subordinación de los hijos más jóvenes en los asuntos del hogar. En estos espacios (milpa y solares), se puede argumentar, dice Brown, que el principio de parentesco, las relaciones de sangre predominan en su organización (1999: 329). Por lo tanto, esta división del espacio residencial que se observa hoy en día en la mayor parte del territorio de la península yucateca, aparte de resquebrajar la potencialidad económica del solar, socava las bases del poder patriarcal, de la familia extendida monorresidencial, precipita en fin el orden tradicional.

La vivienda

La vivienda posee una multiplicidad de aspectos sociales cada uno de los cuales nos remite a una esfera de análisis, con sus propias peculiaridades. Por ejemplo, físicamente la vivienda puede ser vista como una estructura construida; analizada por el tipo de materiales de construcción utilizados, por sus técnicas productivas, en tanto diseño estético, como una forma de vida, como una configuración espacial perteneciente a un sistema urbano, tan sólo para mencionar algunas posibilidades (Ball, 1987: 85). También puede ser conceptualizada como un microespacio simbólico y de poder (Claval, 1982). "Cada vivienda ilustra, más allá de las evidencias funcionales, cierto proceso de negociación entre las experiencias y preferencias de los individuos. Armoniosa o conflic-

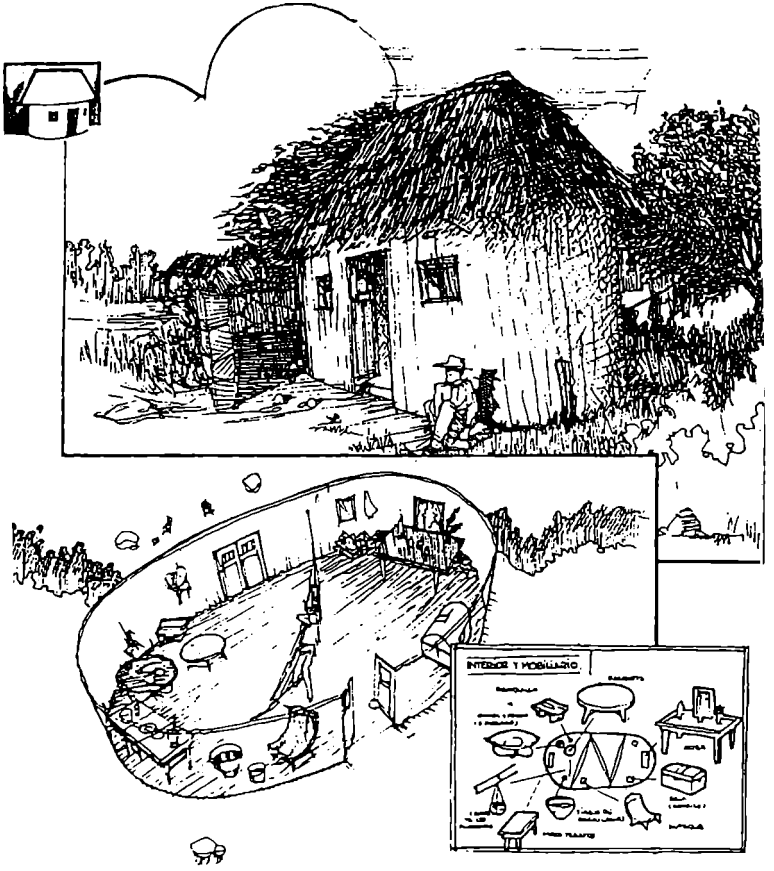
tivamente, las familias interiorizan las influencias y circunstancias externas para elaborar su espacio de convivencia. Allí se desarrollan los aspectos y tiempos más íntimos de su reproducción, y se explican las mediaciones que introducen entre su desempeño productivo y su consumo." (Pepin Lehalleur, 1992: 305). Por lo tanto, la vivienda no es objeto de estudio de una disciplina en particular, sino objeto de varios enfoques y teorías que buscan explicarla.

En lo que sigue, analizaré la vivienda campesina yucateca en tanto símbolo de una cultura tradicional instalada en la modernidad. En ese espacio de convivencia el pasado y el presente constituyen una unidad integral al mismo tiempo que contradictoria. Como dije antes, la modernidad no consiste en negar el pasado sino en una nueva actitud hacia el futuro, la cual campea entre la población desde hace por lo menos un siglo. Revisaré también, un poco más de cerca las condiciones concretas en las cuales transcurre la vida de las comunidades y de las familias rurales de Yucatán, porque nada de lo que ocurra dentro y fuera de ella es explicable sin el factor humano.

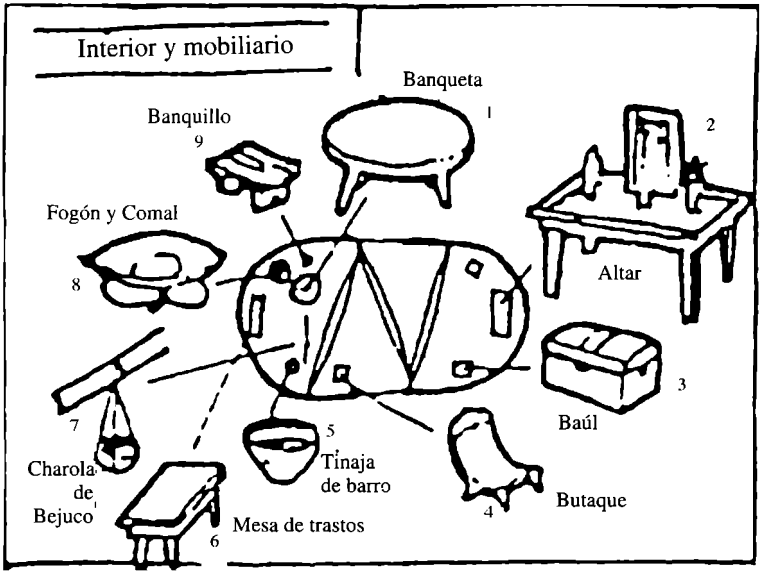
Probablemente desde antes de la llegada de los españoles a Yucatán la vivienda maya, tradicional, por su parte, no contemplaba espacios privados para ninguno de sus miembros. Solía formar parte de los caseríos en medio del monte cerca de las milpas. Aunque en tiempos más largos, la vivienda maya también era itinerante como la milpa. Cuando la vivienda maya se traslada a los poblados fomentados por los conquistadores entonces comienza a ser parte del solar (véase gráfica IV.2).

Varios autores coinciden en que la vivienda típica maya presenta algunas variaciones en cuanto a techos (palma, zacate o guano) y paredes (varas y paja con embarro y mampostería), no así su estructura espacial tipo elipse que es bastante uniforme. Esta vivienda solía estar compuesta por un espacio para dormir y otro para cocinar. La casa consiste en una sola pieza, de planta rectangular y la mayoría de las veces, con cabeceras semicirculares, con ejes de cinco a ocho metros. No tiene ventanas y algunas sólo tienen una puerta que ve hacia el oriente, pero por lo general cuenta con dos puertas que se colocan a la mitad de ambos lados, quedando una frente a la otra y miden aproximadamente un metro de ancho por dos de alto. Esta construcción sirve de estancia, dormitorio y comedor. De los horcones *noh-hocomes* y los largueros *balos* se suspenden las hamacas a la hora de dormir. Una palangana grande y una vasija para agua, colocadas en cualquier lugar, sirve para el baño. En

Gráfica IV.2
La vivienda núcleo principal multifuncional.
El espacio abierto del frente se utiliza para descansar y realizar actividades sociales



Gráfica IV.2 (*conclusión*)
Detalles del interior y mobiliario



Fuente: Alfredo Escalante G. FAUADY (1988). UPI, FAUADY, Línea vivienda.

otro lugar, generalmente como anexo de esta construcción, se colocan tres piedras en forma de isósceles, para usarse como fogón, y esto constituye la cocina (Moya Rubio, 1988: 80).

Esta vivienda brinda a la familia un espacio único para descansar y dormir, sin divisiones, es multi-funcional. En cambio la mayor parte de las actividades cotidianas se llevan a cabo en el espacio abierto o sea en el solar. Éste y la vivienda han sido unidades intrínsecas donde se realizan todas, mejor dicho casi todas las actividades vitales cotidianas (Repetto Tio, 1991: 12-17). Otra investigadora calcula que el hábitat maya tipo en 70% son espacios abiertos, 20% cerrados y 10% semicubiertos. Tres espacios que a su vez tenían una función muy concreta: la agrícola, la de habitación y la doméstica, respectivamente (Tello Peón, 1992: 8). Esta unidad entre esos tres espacios que duró siglos, hoy

tiende a fracturarse más rápidamente que en otras épocas, y está acompañada por una nueva división familiar del trabajo y algunas otras manifestaciones culturales que ya son visibles a simple vista.

EL HÁBITAT MAYA RURAL MODERNO

A continuación presento cuáles son algunas de las características de la vivienda maya rural realmente existente en las comunidades incluidas en la muestra. En la zona henequenera se registró que sólo una de cada diez viviendas su piso es de tierra, mientras que en la citrícola sur y milpera la proporción es dos de cada diez (cuadro IV.1). De igual forma, los techos de guano o paja tienden a ser sustituidos. En la zona costera ya casi no existen, mientras que en la henequenera la relación es tres de cada diez; en la citrícola y sur seis de cada diez; y en la maicera cuatro de cada diez conservan aún este tipo de techo más térmico que las láminas de cartón o de asbesto. Este tipo de techos que también abundan son

Cuadro IV.1
Distribución de tipo de piso según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Material del piso de la vivienda*	*Condición de la vivienda principal*			*Total*
		Nueva	*Conservada*	*Deteriorada*	
Henequenera	Tierra	0.6	5.1	4.5	10.3
	Cemento	10.3	38.5	17.9	66.7
	Mosaico	3.2	16.7	1.9	21.8
	Otro		0.6	0.6	1.3
	Total	14.1	60.9	25.0	100.0
Citrícola y sur	Tierra	0.8	11.8	4.7	17.3
	Cemento	7.9	33.9	29.1	70.9
	Mosaico	1.6	9.4	0.8	11.8
	Total	10.2	55.1	34.6	100.0
Maicera	Tierra	0.7	13.9	5.1	19.7
	Arena		0.7		0.7
	Cemento	4.4	30.7	9.5	44.5
	Mosaico	5.1	29.2	0.7	35.0
	Total	10.2	74.5	15.3	100.0
Costera	Tierra		1.2	2.3	3.5
	Arena		1.2	3.5	4.7
	Cemento	12.8	32.6	3.5	48.8
	Mosaico	2.3	38.4	2.3	43.0
	Total	15.1	73.3	11.6	100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

un signo de mayor precariedad y deterioro de las viviendas (cuadro IV.2). Por su parte, las paredes de bajareque y embarro tradicionales en la zona costera ya no existen y en la zona henequenera tienden a ser sustituidas por las paredes o bien de bloques o de mampostería (piedra pegada con cal y cemento). En la zona henequenera casi 70% de las viviendas presentan paredes de bloque o cemento (cuadro IV.3) y en las otras zonas representan más de la mitad.

Respecto a los servicios, importa hacer notar que casi todas las viviendas principales fueron reportadas con servicio de agua entubada

Cuadro IV.2
Distribución de tipo de techo según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Material del techo de la vivienda*	*Condición de la vivienda principal*			*Total*
		Nueva	*Conservada*	*Deteriorada*	
Henequenera	Lámina de cartón	3.8	13.5	10.3	27.6
	Guano		19.9	11.5	31.4
	Lámina de zinc		1.9		1.9
	Lámina de asbesto	1.9	4.5	2.6	9.0
	Concreto	3.2	7.1		10.3
	Bloque	2.6	3.8		6.4
	Bovedilla	1.9	7.1		9.0
	Otros	0.6	3.2	0.6	4.5
	Total	14.1	60.9	25.0	100.0
Citrícola y sur	Lámina de cartón	2.4	1.6	1.6	5.5
	Guano	0.8	28.3	29.9	59.1
	Lámina de zinc	0.8	2.4		3.1
	Lámina de asbesto	1.6	3.1	0.8	5.5
	Concreto	2.4	4.7	1.6	8.7
	Bloque	0.8	4.7		5.5
	Bovedilla	0.8	3.9		4.7
	Otros	0.8	3.9	0.8	5.5
	Total	10.2	55.1	34.6	100.0
Maicera	Lámina de cartón	2.2	5.1	1.5	8.8
	Guano		29.2	11.7	40.9
	Lámina de zinc	0.7			0.7
	Lámina de asbesto		1.5	0.7	2.2
	Concreto	0.7	9.5	1.5	11.7
	Bloque	0.7	0.7		1.5
	Bovedilla		13.1		13.1
	Otros	5.8	14.6	0.7	21.5
	Total	10.2	74.5	15.3	100.0
Costera	Lámina de cartón	2.3	15.1	8.1	25.6
	Guano		3.5		3.5
	Lámina de asbesto	2.3	22.1	3.5	27.9
	Concreto	1.2	5.8		7.0
	Bloque	3.5	8.1		11.6
	Bovedilla	3.5	16.3		19.8
	Otros	2.3	2.3		4.7
	Total	15.1	73.3	11.6	100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Cuadro IV.3
Distribución de tipo de pared según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Material de la pared de la vivienda*	*Condición de la vivienda principal*			
		Nueva	*Conservada*	*Deteriorada*	*Total*
Henequenera	Embarro	0.6	8.3	10.9	19.8
	Bajareque		6.4	3.8	10.3
	Bloque	9.0	26.9	3.8	39.7
	Mampostería	4.5	19.2	6.4	30.1
	Total	14.1	60.9	25.0	100.0
Citrícola y sur	Embarro		9.4	15.0	24.4
	Bajareque	0.8	11.8	7.9	20.5
	Bloque	7.1	18.1	3.1	28.3
	Mampostería	2.4	14.2	8.7	25.2
	Otro		0.8	0.8	1.6
	Total	10.2	55.1	34.6	100.0
Maicera	Puntal		1.5		1.5
	Embarro		3.0	2.9	5.8
	Bajareque		20.4	7.3	27.7
	Bloque	8.0	33.6	0.7	42.3
	Mampostería	2.2	13.1	1.5	16.8
	Otro		2.9	2.9	5.8
	Total	10.2	74.5	15.3	100.0
Costera	Bloque	15.1	55.8	3.5	74.4
	Mampostería		9.3		9.3
	Otro		8.1	8.1	16.3
	Total	15.1	73.3	11.6	100.0

N= 502 unidades domésticas.

Fuente: investigación directa, 1996.

(¿potable?) y de energía eléctrica (cuadros IV.4 y IV.5), mientras que los servicios sanitarios son todavía deficientes. Hace falta explicar porqué en la zona henequenera donde la vivienda y las formas de vida están más próximas a las formas de vida urbana, solamente una de cada vivienda principal fue reportada con fosa séptica (cuadro IV.6). Algunas viviendas principales habitadas por familias jóvenes registran

Cuadro IV.4
Distribución de servicio de agua según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Servicio de agua potable*	*Condición de la vivienda principal*			
		Nueva	*Conservada*	*Deteriorada*	*Total*
Henequenera	Sí	12.8	51.9	21.8	86.5
	No	1.3	9.0	3.2	13.5
	Total	14.1	60.9	25.0	100.0
Citrícola y sur	Sí	9.4	51.2	31.5	92.1
	No	0.8	3.9	3.1	7.9
	Total	10.2	55.1	34.6	100.0
Maicera	Sí	8.8	70.1	15.3	94.2
	No	1.5	4.4		5.8
	Total	10.2	74.5	15.3	100.0
Costera	Sí	15.1	72.1	9.3	96.5
	No		1.2	2.3	3.5
	Total	15.1	73.3	11.6	100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Cuadro IV.5
Distribución de servicio de energía eléctrica según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Servicio de agua potable*	*Condición de la vivienda principal*			
		Nueva	*Conservada*	*Deteriorada*	*Total*
Henequenera	Sí	14.1	60.3	23.7	98.1
	No		0.6	1.3	1.9
	Total	14.1	60.9	25.0	100.0
Citrícola y sur	Sí	9.4	53.5	32.3	95.3
	No	0.8	1.6	2.4	4.7
	Total	10.2	55.1	34.6	100.0
Maicera	Sí	10.2	70.8	14.6	95.6
	No		3.6	0.7	4.4
	Total	10.2	74.5	15.3	100.0
Costera	Sí	14.0	73.3	8.1	95.3
	No	1.2		3.5	4.7
	Total	15.1	73.3	11.6	100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

Cuadro IV.6
Distribución de letrinas según las condiciones de la vivienda en Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Condición de la vivienda principal*	*Tiene sumidero*		*Total*
		Sí	*No*	
Henequenera	Nueva	1.9	12.2	14.1
	Conservada	15.4	45.5	60.9
	Deteriorada	4.5	20.5	25.0
	Total	21.8	78.2	100.0
Citrícola y sur	Nueva	3.1	7.1	10.2
	Conservada	18.9	36.2	55.1
	Deteriorada	6.3	28.3	34.6
	Total	28.3	71.7	100.0
Maicera	Nueva	2.9	7.3	10.2
	Conservada	32.1	42.3	74.5
	Deteriorada	2.2	13.1	15.3
	Total	37.2	62.8	100.0
Costera	Nueva	8.1	7.0	15.1
	Conservada	52.3	20.9	73.3
	Deteriorada	2.3	9.3	11.6
	Total	62.8	37.2	100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

una división de los espacios interiores ya sea de un cuarto o un cancel. En la zona maicera se observa el porcentaje más bajo de 28.7, mientras que el más alto corresponde a la zona costera (cuadro IV.7).

En suma, hoy día por todos los rumbos de la entidad es muy notorio el paulatino proceso de desaparición de la vivienda maya tradicional como fue descrita[7] líneas arriba (fotos). En algunos casos sufre modificaciones ya sea del techo o de las paredes y piso, conservando la estructura del espacio multi-funcional. En las cuatro regiones, ante el deterioro natural, las paredes de bajareque y embarro y los techos de guano están siendo sustituidos por otros materiales a veces más endebles que los ori-

[7] Proceso que también señalan Repetto Tio (1991), y Tello (1992).

Cuadro IV.7
Distribución de vivienda con cuarto según sexo de los niños de Yucatán, 1996 (porcentaje)

Zona	*Vivienda con cuarto*	*Sexo*		*Total*
		Masculino	*Femenino*	
Henequenera	Sí	52.7	44.7	48.7
	No	46.2	53.2	49.7
	No contestó	1.1	2.1	1.6
	Total	100.0	100.0	100.0
Citrícola y sur	Sí	44.4	40.9	42.9
	No	50.0	54.5	52.0
	No contestó	5.6	4.5	5.1
	Total	100.0	100.0	100.0
Maicera	Sí	26.9	31.0	28.7
	No	73.1	64.3	69.1
	No contestó		4.8	2.1
	Total	100.0	100.0	100.0
Costera	Sí	78.3	59.5	70.6
	No	20.0	33.3	25.5
	No contestó	1.7	7.1	3.9
	Total	100.0	100.0	100.0

N: 487 niños.
Fuente: investigación directa, 1996.

ginales. Para mejorar la vivienda, de manera marcada en los últimos años, los campesinos yucatecos alteran la estructura tradicional completa de la misma. Por ejemplo, la vivienda adopta una planta rectangular y paredes de bloque, ventanas y techos de bovedilla, como las viviendas urbanas. Se trata de actos reveladores de la modernidad, ya que ni la "remodelación" de las antiguas ni las nuevas viviendas se llevan a cabo bajo la dirección de algún arquitecto y en la mayoría de los casos son producto de la autoconstrucción.

En las zonas henequenera y costera se notan a simple vista más viviendas nuevas y la presencia de migrantes parece ser clave (cuadro IV.8). Todas estas acciones del hombre en su vivienda dan cuenta claramente del avance de la modernidad en las comunidades rurales. Esta

Cuadro IV.8
Distribución de condiciones de la vivienda principal según la presencia de migrantes de Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Condición de la vivienda principal*	*Presencia de migrantes*		*Total*
		Sí	*No*	
Henequenera	Nueva	10.3	3.9	14.2
	Conservada	39.4	21.3	60.6
	Deteriorada	15.5	9.7	25.2
	Total	62.2	34.8	100.0
Citrícola y sur	Nueva	5.5	4.7	10.2
	Conservada	30.7	24.4	55.1
	Deteriorada	15.0	19.7	34.6
	Total	51.2	48.8	100.0
Maicera	Nueva	5.1	5.1	10.3
	Conservada	41.9	32.4	74.3
	Deteriorada	8.8	6.6	15.4
	Total	55.9	44.1	100.0
Costera	Nueva	7.0	8.1	15.1
	Conservada	31.4	41.9	73.3
	Deteriorada	4.7	7.0	11.6
	Total	43.0	57.0	100.0

N: 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

intervención espontánea preocupa a algunos arquitectos especialistas y a su vez critican el tipo de vivienda "popular" sugerida por el gobierno, que no toma en cuenta el aspecto de identificación de vivienda con el medio y la cultura a la que pertenece (Tello Peón, 1992: 7). Esta preocupación compartida, parece adecuada siempre y cuando no se quiera reificar la llamada cultura tradicional, y no se pase por alto que la cultura es dinámica y no es exterior a los propios individuos que habitan dichos espacios.

Desde mi punto de vista, todos estos cambios sufridos por la vivienda rural reflejan que el concepto profundo de hábitat entre los mayas —en grados variables— está influido por la modernidad, por los estereotipos y símbolos urbanos, los cuales han sido asimilados previamente. Tales transformaciones tienen su efluvio en el imaginario social, por lo tanto, vienen acompañadas de un proceso de cambio social y cultural

mucho muy profundos. El nuevo significado cultural del espacio abierto que solía ser esencial para la vida cotidiana.[8] En la actualidad la televisión es responsable de la revaloración del espacio interior que se vive. El espacio abierto ha perdido importancia en la medida que los miembros de la familia suelen salir a trabajar fuera de sus comunidades y que el ocio gira en torno de la televisión. Por otra parte, el manejo de imágenes por la publicidad se encarga de revolucionar la estructura del consumo tanto básico como complementario. La vivienda es pues una entidad activa y su poca alteración sufrida en el pasado por siglos se explica por la resistencia vigorosa que presentó el orden tradicional en esta región. Porque el hábitat maya formaba parte de un mundo simbólico afectado pero no trastocado por la sociedad urbana.

Sostengo así, que la vivienda típica del campo yucateco había sobrevivido varios siglos sin sufrir cambios radicales (García Preciat, 1977: 412), como los que se observan hoy en día, por razones subjetivas y no sólo objetivas o económicas. Ahora bien, decir que las modificaciones espontáneas analizadas se guían por una simple imitación de las viviendas urbanas, es, a todas luces, una simplificación insultante. Tales acciones revelan de que forma se conjugan las viejas y nuevas subjetividades.

Es un hecho que aquel bajo impacto urbano, en cuanto a la pautación formal del espacio rural, toma otra dimensión y vigor a partir de la década de los setenta, cuando se acentúan dos fenómenos, que van a imprimir al campo una dinámica social bastante peculiar (Brown, 1999). Por un lado, la crisis de la agricultura comercial y de la de autosubsistencia, la crisis de la vía campesina. Y por otro, la dotación de servicios públicos a las comunidades, tales como, escuelas[9] y energía eléctrica.[10] La crisis acelera el lento desplazamiento de la centralidad de la agricultura

[8] "Al frente de la vivienda, en el espacio abierto se desarrollan actividades sociales aprovechando el 'fresco' al caer la tarde. En el espacio abierto posterior se realizan actividades domésticas complementarias como es el caso del cultivo de árboles frutales, hortalizas y la crianza de algunos animales, principalmente aves y cerdos." (Tello Peón, 1992: 9.)

[9] Para Faust (1998: xxv), la televisión y la escuela han reemplazado la tradición oral.

[10] Por ejemplo en 1970 de 129 642 viviendas registradas, solamente 68 761 contaban con energía eléctrica y de ellas, 42 109 se ubicaban en Mérida, es decir, apenas un poco más de 50% de las viviendas registradas contaba con dicho servicio. En 1995 en cambio, la electrificación cubre más de 95% de las viviendas: de las 329 598 viviendas censadas, solamente 18 584 no cuentan con ese fluido, *IX Censo General de Población y Vivienda,* 1971; *Conteo de Población y Vivienda,* INEGI, 1995.

en el proceso de reproducción de las familias campesinas,[11] y la penetración de los medios masivos de comunicación, propicia cambios muy profundos en las expectativas y prácticas culturales de los campesinos. Todo ello, repercute en la organización del espacio para la convivencia cotidiana: el solar, la vivienda y los parques; ni que decir en los espacios productivos como la milpa y el ejido.

SOLAR, FAMILIA E IMAGINARIO

Históricamente el solar ha sido un recurso productivo y activo en el esquema de supervivencia. La residencia en común hacía que cada uno de los miembros de la unidad familiar contribuyera a un solo presupuesto doméstico y colocaba a cada miembro individual de la familia extensa

Calle principal de un poblado donde la vivienda típica tiende a desaparecer, Cankab, Yuc.

[11] Como ya vimos, la agricultura fue desplazada como eje central de la organización y la reproducción social de las comunidades y en su lugar el trabajo asalariado tendió a ganar esa centralidad perdida por la agricultura tradicional.

Vivienda deteriorada que corresponde a la periferia de un poblado, rodeada por la milpa y con una gran antena de televisión, Kanxoc, Yuc.

Vivienda rural modificada y deteriorada, pero con espacio multifuncional, Cacalchén, Yuc.

Vivienda en construcción de diseño moderno extranjero, Tixkokob, Yuc.

bajo la autoridad del hombre y de la mujer que fundaron el hogar y que por lo tanto, eran la cabeza del grupo doméstico familiar.[12] Durante la fase de "consolidación" las hijas se casaban y por lo general se separaban de su grupo para unirse al de su marido, como ya se explicó en la p. 182.

Ahora explicaré cuáles son las prácticas sociales modernas que propician que al igual que la milpa tradicional, el solar tienda a desaparecer, o si se quiere a quedar "secuestrado" por la modernidad. Su transformación física a veces notoria no es tan significativa como su transformación cultural. El solar rural sin aquellas actividades familiares es otro objeto cultural cualitativamente diferente y tiende a convertirse en patio. Esto es, en un espacio de tipo urbano con algunos árboles frutales pero con la idea de que de sombra y confort fundamentalmente. Además, los terrenos del tamaño promedio de los viejos solares resultan cada vez más caros para la erosionada economía de las nuevas familias que pretenden independizarse.

Nuestra encuesta reporta que en promedio en ocho de cada diez solares hay una sola vivienda construida. Este promedio baja en la zona

[12] Todavía hoy puede ser observado este modelo de organización social en la parte oriental del estado de Yucatán (Brown, 1999).

henequenera a casi siete de cada diez, y sube a nueve de cada diez en la costera (cuadro IV.9). En el caso de la zona henequenera la presencia de migrantes parece muy significativa ya que reporta una diferencia de 20% y además, esta zona reporta el más alto índice de mujeres migrantes (cuadro IV.10). Solares con dos viviendas son todavía relativamente abundantes en la zona henequenera con 19% del total, en cambio en la costera este porcentaje es bajo de apenas 5%, lo cual indica el avance de la tendencia por la nuclearización de las unidades domésticas, cuando las condiciones económicas así lo permiten. Un estudio reciente llevado a cabo en una comunidad de la zona milpera de Yucatán, confirma este predominio de la familia nuclear (Brown, 1999).

Cuadro IV.9
Distribución de viviendas dentro del solar de Yucatán según zonas, 1996

		Número de viviendas dentro del solar						
Zona	*Presencia migrantes*	*(%) 1*	*(%) 2*	*(%) 3*	*(%) 4*	*(%) 5*	*(%) 6*	*(%) Total*
Henequenera	Sí	45.8	12.3	5.2	1.3	.6		65.2
	No	25.8	6.5	1.9	.6			34.8
	Total	71.6	18.7	7.9	1.9	.6		100.0
Citrícola y sur	Sí	40.9	3.9	3.1	.8	.8	1.6	51.2
	No	40.2	5.5	2.4	.8			48.8
	Total	81.1	9.4	5.5	1.6	.8	1.6	100.0
Maicera	Sí	47.8	5.1	1.5	.7	.7		55.9
	No	36.0	7.4	.7				44.1
	Total	83.8	12.5	2.2	.7	.7		100.0
Costera	Sí	39.5	2.3	1.2	1.2			43.3
	No	51.2	2.3	2.3	1.2			57.0
	Total	90.7	4.6	3.5				100.0

N= 502 unidades domésticas.
Fuente: investigación directa, 1996.

El espacio común tenía entre los mayas de Yucatán un significado cultural muy alto, por ello la amplitud del solar era un símbolo directamente relacionado con la estabilidad, la prosperidad y hasta el estatus social de una familia. Un solar espacioso y una vivienda pequeña no re-

Cuadro IV.10
Distribución de viviendas dentro del solar de Yucatán por zonas, según la presencia de migrante mujer, 1996

		Número de viviendas dentro del solar						
Zona	*Presencia de migrante mujer*	*(%) 1*	*(%) 2*	*(%) 3*	*(%) 4*	*(%) 5*	*(%) 6*	*(%) Total*
Henequenera	Sí	14.8	4.5	2.6	.6			22.6
	No	56.8	14.2	4.5	1.6	.6		77.4
	Total	71.6	18.7	7.1	1.9	.6		100
Citrícola y Sur	Sí	10.2	.8					11
	No	70.9	8.7	5.5	1.6	.8	1.6	89
	Total	81.1	9.4	5.5	1.6	.8	1.6	100
Maicera	Sí	11.8	.7	2.2		.7		13.2
	No	72.1	11.8		.7			86.8
	Total	83.8	12.5	2.2	.7	.7		100
Costera	Sí	8.3	1.2	3.6	1.2			9.5
	No	82.1	3.6					90.5
	Total	90.5	4.8	3.6	1.2			100

N= 502 unidades Domésticas
Fuente: investigación Directa, 1996

sultaban incómodos, puesto que la mayor parte de las actividades sociales se llevaban a cabo en el solar. Era natural que las nuevas viviendas para los recién casados se construyeran dentro del mismo solar y no se fragmentara o demarcara por las albarradas, como es ahora la costumbre influida por el individualismo. Cuando la familia era numerosa se construían hasta dos de estas viviendas para los hijos quienes después de los primeros cinco años de casados ya habían conseguido construir otra en un solar aparte para formar su nueva familia. Al salir esta familia dejaba la vivienda patrilocal para el siguiente hermano o hermana que fuera a casarse. Era frecuente que algunos hijos esperaran casarse hasta que la vivienda temporal del solar estuviera desocupada. Por lo tanto, este sistema desempeñaba un papel regulador del tamaño de la familia extendida y de los tiempos de los matrimonios entre los hijos e hijas.

Estas costumbres relacionadas con el uso del solar y la vivienda, eran parte del orden tradicional, perpetraba el esquema patriarcal o de subordinación de los hijos más jóvenes en los asuntos del hogar. La

fragmentación del solar tradicional (cuadro IV.10) ha sido consecuencia de este colapso de la economía agrícola. La división del espacio residencial común por medio de albarradas que se observa hoy en día resquebraja la potencialidad económica del solar. Al mismo tiempo, socava las bases del poder patriarcal familiar, socava en fin el orden tradicional que se articulaba sobre la base de prácticas sociales colectivas o comunitarias. El peso económico que significa el mantenimiento de una vivienda en buenas condiciones parece ser alto para una familia nuclear. Especialmente en las zonas henequenera y citrícola sur, 15% de las viviendas a simple vista se ven deterioradas en su estructura completa (cuadro IV.8). En la henequenera la presencia de migrantes parece fundamental para la construcción de nuevas viviendas.

HÁBITAT, FAMILIA Y COMUNIDAD

Cada espacio, sea el de la vivienda, el de la milpa o el solar, marca los límites físicos de una institución y estructura familiar de poder, propias del tejido social de las comunidades, las cuales también se están recomponiendo. Rivera (1976) observó la división espacial de un pueblo maya y encontró una división muy clara entre diversos clanes, donde una inmensa mayoría de los hijos construían su vivienda cerca de la casa de los padres y se llegaban a constituir cerca de cuatro o cinco familias desde las cuales se reconocían las ramificaciones. Esta geometría de los asentamientos mayas rurales y, por ende, del poder no se sigue reproduciendo más e incluso la nueva tendencia es la de constituir vecindades, es decir, por vecinos que no guardan una línea directa de parentesco consanguíneo entre sí.

En efecto, cuando la agricultura era el eje central de la reproducción social, el jefe de familia solía ser el gran educador, el guía y el jerarca del grupo doméstico que mantenía bajo su vigilancia a todos los miembros de la familia. La organización del espacio de convivencia familiar era muy simple y permitía que los miembros de la familia quedaran subsumidos y vigilados por dicha autoridad, incluso en la esfera del solar, que como ya se señaló, funcionaba como una extensión de la milpa. La crisis económica de "baja intensidad" mencionada coincide en una coyuntura en la que arrecia el acicate consumista a través de la radio y la televisión.

Esto significa que en términos reales disminuye la producción y aumenta el consumo, que las necesidades sentidas de consumo elevan las expectativas de ingresos y de prestigio. Incluso el consumo básico (maíz, frijol, huevo, calabaza, chile y frutales) empieza a ser alterado con una gran cantidad de productos industrializados, con lo cual se acentúa la necesidad de intensificar y ampliar el uso de la fuerza de trabajo familiar, para obtener dinero para comprarlos. Se observa una clara separación entre producción y consumo, es decir, las familias mayas rurales no se organizan para producir con sus propios medios sino para consumir los productos que provienen del sector industrial.

Los lazos familiares que se recreaban por el sistema de la milpa y la cohabitación en el solar tienden a debilitarse. Quiero señalar no obstante, que este proceso no avanza parejo y enseguida presento unos ejemplos concretos. Kancab representa una comunidad donde la distribución residencial es tradicional y San Felipe es el caso donde el hábitat maya ha quedado casi completamente superado. En la primera aunque la gente trata de no interferir en los problemas de sus vecinos, está dispuesta a prestar ayuda en caso de emergencia; en la segunda localidad, quizás por la diversidad de la gente, ésta no parece estar acostumbrada a apoyarse mutuamente y menos aún a la ayuda recíproca. Es decir, en ambos casos la solidaridad que se da por la cercanía de los familiares varía de acuerdo con las costumbres que todavía se conserven.

En cuanto a la organización del grupo doméstico, la tendencia es la formación de grupos nucleares (padres e hijos). Las familias extendidas pueden ser observadas con mayor frecuencia en los pueblos más alejados de las actividades agrícolas, casi siempre como símbolo de prosperidad y frecuentemente es una aspiración primordial para los habitantes de aquellas comunidades más agrarias. En efecto, en San Felipe no es común observar que los hijos vivan junto a sus padres o sus suegros, compartiendo un solar, como reportan otros trabajos antropológicos para otras poblaciones en el pasado (Thompson, 1976).

Los hijos al casarse por lo general ya han construido una vivienda o alquilan una, lo más lejos de sus padres para hacer una vida más independiente. Además, un pescador suele ganar lo suficiente como para sostener al núcleo familiar sin la ayuda de la esposa. Cuando el padre o la madre enviuda, suele quedarse a vivir con su hijo menor de quien depende económicamente. Toman un papel activo dentro de la familia, ayudando con el quehacer de la casa o cuidando a los nietos. Cuando

son varios hijos los hermanos mayores se casan y los menores se hacen cargo del gasto familiar y así sucesivamente hasta que la familia original es sustituida por una nueva con el último hijo o hija.

En Kaua, donde la mayor parte de la población depende de la agricultura, a la vereda de la antigua carretera Mérida-Valladolid, la ruptura intergeneracional se expresa de forma un poco más violenta: las vías de comunicación entre niños y jóvenes están seriamente quebrantadas, incluso el respeto a los ancianos se ha perdido. Un tramo del puente comunicacional entre nietos y abuelos está dañado a tal punto que los primeros no aceptan ni la autoridad ni los consejos de los segundos. Estos hombres de edad solían ser respetados y desempeñaban un papel central en el proceso cultural al ser los portadores de un conocimiento y una cultura local, que resultaba crítica para las futuras generaciones. En la actualidad otras actividades diferentes a la milpa reemplazan la subsistencia familiar y de ese modo se interrumpe la secuencia de aculturación tradicional, cuyas profundas consecuencias culturales apenas comienzan a ser observadas.

Este desplazamiento de los ancianos como guardianes de la cultura no es coyuntural, no se debe a las malas cosechas como parece, sino a muchos factores que se combinan en el proceso de cambio estructural. No obstante, la cultura maya subjetivada se resiste a morir: el viejo orgullo maya sigue en pie, muchos padres o abuelos, aunque se ven en la necesidad de pedir ayuda suelen resistir solos el drama de la decadencia no sólo biológica, sino también cultural. Estos hombres, naturalmente, se resisten a perder su lugar como jefes de familia, como símbolo de una cultura agraria tradicional.

En algunos hogares, los padres ancianos se quedan solos y sin trabajo por lo que entre todos los hijos ayudan para sus alimentos y es frecuente que ellos de todos modos vigilen a los niños mientras salen a trabajar los padres de éstos. También pudo notarse que en algunos casos, los padres prefieren quedarse a vivir solos, ya que no quieren abandonar sus hogares, sino "hasta que mueran". En Kaua, donde en los últimos años la población se ha volcado hacia el mercado laboral del sector turismo de Quintana Roo y Chichén Itzá, los niños tajantemente ven en los abuelos un remanente anacrónico del pasado, lo pasado de moda, a unos hombres que apenas saben hablar español, hablantes de maya y hombres del monte. Ante unos niños que ven a diario televisión, que son impresionados por estereotipos universales, los ancianos no tienen nada que enseñarles.

En Kancab, en cambio, pequeña comunidad agraria del municipio de Peto, más alejada de las carreteras principales que las dos poblaciones anteriores, la situación es un poco diferente. Aquí no es común encontrar ancianos que vivan solos, pues la patrilocalidad aún es una costumbre muy fuerte. Cuando los hijos varones se casan se inicia la construcción o se habilita (si hay una) una dentro del solar de la casa de sus padres. Frecuentemente comparten el gasto doméstico y de servicios como el de energía eléctrica, asimismo los productos de la milpa. El hijo menor al casarse, suele posesionarse de la casa de sus padres y se convierte en el principal aportador de los gastos domésticos. Sí, por el contrario, la menor es una hija soltera, vive siempre con sus padres y también tiene la obligación de ayudarlos económicamente. De esta forma, en Kancab se observan todavía vigorosos esos círculos de parentesco que han constituido el tejido social de la comunidad maya. Se puede observar la coexistencia bajo un mismo techo y solar de dos o tres generaciones. Alrededor de la vivienda paterna, por lo general principal, hay hasta cinco viviendas habitadas por hermanos y entre ellos se observa una pequeña puerta comunicante. La cual representa un delgado hilo, simbólico y crucial para la comunicación entre dichas familias. A veces, suele ser cerrado debido a los conflictos nunca ausentes en una relación tan estrecha y tan compleja.

En suma, de las tres comunidades mencionadas, Kancab representa una de las comunidades más tradicionales en relación con la organización multifamiliar, y que manifiesta un sentimiento todavía muy fuerte de solidaridad familiar que siempre ha existido en el seno del grupo maya. En esta comunidad por igual el hábitat maya domina el espacio y el paisaje cultural. No obstante, el solar tiende a perder importancia (cuadro IV.10) como un recurso interno del grupo doméstico sobre el cual descansaba parte de la supervivencia del orden tradicional. Al declinar esta esfera privada las familias rurales de Yucatán han tenido que lanzarse a la conquista de la economía informal, no sólo en la ciudad y pequeñas ciudades sino también en sus propias comunidades.

Una nueva división del trabajo y una pluriactividad crecientes, propician una nueva geometría del poder en varias esferas y niveles en la familia e incluso en la comunidad; y con ello aquellos viejos espacios adquieren otra dimensión. La vivienda tradicional por ejemplo (concatenada a la milpa, más confortable desde el punto de vista climático, y adaptada al medio ambiente) con pocas concesiones a la privacidad co-

mienza a resultar incómoda para la convivencia familiar. Según la información contenida en los cuestionarios aplicados a los niñas y niños, en las zonas henequenera y citrícola sur la mitad de las viviendas cuentan con por lo menos un cuarto, mientras que en la zona maicera solamente una de cada cuatro viviendas tienen una división de sus espacios interiores.

Tal contraste no es casual, el espacio es uno de los soportes privilegiados de la actividad simbólica: es percibido y valorado de forma diversa por quienes lo habitan. El espacio, dice Claval, interviene de diversas maneras en la vida social y por lo tanto, en el juego de poder. El espacio tanto doméstico como comunitario o público vive así bajo la forma de imágenes mentales que son tan importantes para comprender la configuración de los grupos y las fuerzas que les dan cohesión así como las cualidades reales del territorio que ocupan (1982: 19-24).

Destacan por su trascendencia y consecuencias, la reducción de la natalidad y el envejecimiento de la población; la persistencia de una crisis económica de baja intensidad por sus efectos en las relaciones sociales de producción; los nuevos valores y pautas de conducta que han llevado a dar prioridad a las conductas individuales y a la relativización de los vínculos de parentesco. Los efectos de estos cambios sobre los actores domésticos son amplios: inciden en las relaciones intergeneracionales, de género (actitudes y comportamientos de la mujer), división del trabajo familiar, papeles y niveles de educación, etcétera. Esta recomposición de la familia rural se expresa directamente en el hábitat. Los espacios del solar y la vivienda presentan huellas de reminiscencias y del presente, de lo tradicional y de la modernidad.

Junto al tipo de familia nuclear, propio de la sociedad industrial, emergen en el medio rural mexicano nuevas formas de convivencia, cada una de las cuales posee su propia lógica interna o adaptación al sistema. La familia nuclear coexiste junto con las familias monoparentales y unipersonales. Cada vez es mayor el número de niños que pasa una parte de su infancia bajo el cuidado de un solo progenitor, por lo general la madre. Aumentan igualmente los núcleos formados por solitarios: personas ancianas (viudos o viudas), pero también separados o divorciados jóvenes que optan por vivir solos.

Por otro lado, la dinámica matrimonial aparece asociada a nuevos modelos de entender y plantear las relaciones familiares. El acto de casarse pierde significado como rito regulador de las relaciones entre las parejas. Matrimonio y unión libre ya no son incompatibles. De la misma

manera, el divorcio, los nacimientos fuera del matrimonio han dejado de ser desviaciones y son integrados en el proceso de relaciones familiares.

La subsistencia del grupo doméstico campesino hace tiempo dejó de gravitar solamente en la agricultura y más reciente de las actividades agropecuarias. En esta transición los adultos siguen aportando especialmente bienes de subsistencia, es decir, el producto de la milpa y algún dinero que ganan mediante jornales. Los hijos e hijas por su parte, aportan dinero en efectivo para comprar los productos industrializados que ganan terreno en el cuadro de consumo. Esta distinción entre los que aportan productos y dinero no resulta nada clara para ellos mismos. La señora Lorenza Cumí de Tipikal me platicó que dos de sus hijos trabajaban fuera del poblado y le entregaban una cantidad de dinero a la semana, con la cual me decía sobrevivimos, "mi pobre esposo sólo trae a la casa maíz, ibes, calabazas y otras cosechas de la milpa, casi no da un centavo". Es evidente, el valor de los productos de la milpa no son percibidos por sus valores monetarios, por la sencilla razón de que no pasan por los mecanismos del mercado.

Ahora bien, aunque estos nuevos puntales de la supervivencia no llegan a tener una real autonomía, escapan a muchas de aquellas viejas sujeciones de la familia (Máas Collí, 1997: 210-214). Hoy prácticamente todos los miembros de la familia (esposa, hijas e hijos) se encuentran insertos en el circuito de la economía regional y de este modo gana terreno un nuevo modo de individualización.[13]

Por todo lo anterior, no parece aventurado afirmar que la suerte del hábitat maya como sobrevivió por siglos está echada: tienden a desaparecer lentamente. El proceso de cambio físico de la vivienda maya tradicional, sobre todo el radical, no avanza tan rápidamente como pudiera pensarse porque los individuos que la habitan no tienen los medios necesarios para desechar la que tienen y construir otra. Pero es indudable que las ideas individualizantes de la sociedad capitalista han llegado a los pequeños núcleos de población y los niños que estudian el quinto grado de primaria las conocen perfectamente bien.[14]

[13] Para decirlo en palabras de Bizberg, ocupan espacios que dejan de ser ocupados por el poder (patriarcal), y usan los mismos medios y redes sociales con el propósito de afirmar la identidad individual (Bizberg, 1989: 487).

[14] De los 481 niños entrevistados, 49% dijo que su vivienda no contaba con al menos un cuarto. Es importante señalar, a ese respecto, que cuando la actividad principal del jefe de familia es agrícola, 63% de las viviendas no tienen cuartos y este porcentaje es un poco más

Hablo de una nueva relación entre el individuo y el colectivo, entre la comunidad y el mundo social, de una tensión entre el sujeto que ya no quiere ser y el sujeto que no termina de cambiar. No son los únicos instrumentos, pero los nuevos roles económicos junto con la penetración intensa de los medios masivos de comunicación han contribuido a cambiar completamente las líneas de sumisión de los individuos, revelándose en contra de la jerarquía patriarcal y de las ataduras familiares, y dejándose llevar por otras formas de poder más abstractas. El espacio planetario se acorta con la globalización, mientras que el espacio individual se ensancha, aunque esto sea solamente una ilusión y no un hecho real. Además de sus vivencias personales, mediante la radio y la televisión[15] se establece con facilidad un vínculo directo, intenso y grandemente emotivo entre un individuo y la totalidad de la población dispersa (Claval, 1982: 35). El campesino maya de Yucatán es parte ya de una masa amorfa planetaria de consumidores.

Espacio vivido

El espacio de la convivencia colectiva en el medio rural yucateco claramente es un código de una cultura dada, es un espacio de la cultura objetivada y subjetivada, y, como tal, refleja el proceso de cambio social que jamás se detiene. He mostrado que por debajo de esa organización (o caos aparente) espontánea existe un orden, compuesto por la concurrencia de varios factores y dimensiones culturales. ¿Por qué había persistido el hábitat maya rural prácticamente intacto, mientras el "urbano" sufría modificaciones radicales? Señalé arriba que la cultura impone rejas y luego ella misma da impulsos para saltarlas. El espacio es una constricción para el desarrollo y cambio cultural pero no un límite absoluto para la acción humana que tiende a romper el orden ya hecho del mundo.

---

alto en el caso de la zona maicera. Y por el contrario, en el caso de los jefes de familia técnicos o profesionistas, los niños dijeron que en sus casas existe al menos un cuarto. Otra variable importante que se debe destacar es que de los niños comprendidos en nuestra encuesta 89.2% dijo tener en su casa al menos un aparato de televisión.

[15] Según un funcionario de una compañía líder en el mercado, Yucatán ocupa el primer lugar de ventas en la región sureste del país. En promedio se venden 2 500 televisores al mes. *Diario de Yucatán,* Mérida, Yucatán, 9 de agosto de 1997.

Hombre y espacio se influyen mutuamente y de esa relación dialéctica surge la fuerza para el cambio. La clave de los cambios radicales del hábitat rural maya hay que buscarlos en el horizonte cultural del hombre rural contemporáneo que se ha expandido brutalmente, tanto como el espacio cultural de los hombres que habitan en las ciudades. El espacio cultural abstracto y planetario gana terreno y se le acerca incluso a los más modestos trabajadores de la milpa. Por lo tanto, no creo como García Canclini (1990) que los actores de la sociedad rural suelan entrar y salir de la modernidad. Ya están y son parte orgánica de la modernidad social mexicana, quiéranlo o no.

La modernidad rural no es de vanguardia, ciertamente, sino una modernidad forzada, que entra al imaginario y se recrea en medio de la desesperación de los sujetos sociales, de la crisis económica, de la prolongada actitud de desprecio hacia las formas de vida agrarias. La modernidad que expresan los espacios domésticos rurales no revela una decisión premeditada, sino el triunfo de la modernidad, una actitud frente a los tiempos actuales, a los retos económicos, sociales y políticos planteados y percibidos y procesados, con categorías del pensamiento social propio de la modernidad, por los habitantes de las pequeñas comunidades.

Así como cristianización de lo imaginario tuvo lugar durante el periodo colonial, en la actualidad el sincretismo cultural de Occidente arremete el imaginario de los habitantes del medio rural. "Por encima de los enfrentamientos militares, políticos, sociales, económicos —dice Gruzinski—, el aspecto más desconcertante de la Conquista española probablemente sea la irrupción de otros modos de aprehender la realidad que no eran los de los indios, como en la actualidad no son del todo nuestros." (1995: 186.)

Detrás de la modernidad rural hay una ficción y una actitud no explícita. Es un *pragma*, para usar el término de Ricoeur (2001: 207), que me dicta las cosas que debo hacer, es un deseo de no convertirse en otro sujeto social diferente al de su entorno inmediato. Es por lo tanto, el inicio de otra etapa histórica del campo mexicano articulado a la globalización. De igual manera es otra etapa histórica de resistencia a partir de la cultura local. Esta modernidad que se vive en el campo mexicano no es una ruptura con las tradiciones, sino una refuncionalización de una vieja coexistencia. La modernidad es un hecho, es un proceso dinámico que construye su pasado con la misma violencia con que edifica su futuro.

DESTRADICIONALIZACIÓN/RETRADICIONALIZACIÓN

En Yucatán las tradiciones rurales no han desaparecido por completo y debido a tal supervivencia algunos autores se han encargado de mostrar que el orden tradicional está todavía "medio lleno" (Arzápalo y Gubler, 1997). Empero, la persistencia de algunas prácticas culturales que vienen de lejos en la historia local, desde la Colonia, no debe confundirnos o conducirnos a conclusiones ligeras. ¿Cómo veo la otra cara de la modernidad?, o si se quiere, ¿qué son las tradiciones?

Dentro del sentido común, tradición (*traditum*) significa cualquier cosa que es transmitida del pasado al presente. No obstante, para que adquieran un significado sociológico las tradiciones deben ser defendidas en cuanto tales (Giddens, 1994). El orden tradicional, por otra parte, se refiere al conjunto de tradiciones razonadamente articuladas, defendidas y legitimadas frente a otras prácticas sociales de moda. Por lo tanto, para explorar el cambio de carácter de unas tradiciones cualquiera, es preciso hacer un recuento un poco más riguroso de aquellas prácticas culturales así llamadas tradicionales. Si existe una conexión entre repetición y cohesión social, de algunas tradiciones, ésta debe ser explicada y no asumida, como bien señala Giddens (1994: 62). Es muy importante no confundir tradición con repetición o imitación, a secas. Las prácticas sociales tradicionales se encuentran reguladas por grupos, que a su vez controlan las veces y la forma que son repetidas.

Es así que me adhiero a la corriente que ve al orden tradicional "medio vacío", al mismo tiempo que bien articulado al orden "postradicional" (Giddens, 1994; Thompson, 1996). No se trata de un juego de palabras, sino que analizo los cambios de actitud, las nuevas expectativas, el rechazo parcial de valores, creencias y obligaciones tradicionales y otro tipo de expectativas inéditas en la región. Tampoco pretendo tornar blanco lo que es negro o viceversa, sino que quiero mostrar las profundas consecuencias de la modernidad en los diversos ámbitos de la vida cotidiana rural.

Todo mundo acepta que las tradiciones son el cemento que mantiene vivo el orden social en las comunidades. Sin embargo, los asentamientos rurales cada día se alejan más de la organización social comunitaria y se vuelven más heterogéneos. Además, hay de tradiciones a tradiciones: las religiosas suelen ser más significativas que otras. Precisamente porque la carga simbólica de las tradiciones está altamente correlaciona-

da con una estructura de poder, o bien con una jerarquía de valores morales cohesionadores.

La tradición resalta los conocimientos y hechos pasados, a tal grado que el pasado suele tener una influencia muy marcada sobre el presente. Además, en un cierto sentido la tradición también está claramente relacionada con el futuro, puesto que las prácticas establecidas que se transmiten a las nuevas generaciones hacen las veces de una forma de organizar el futuro. Sin necesidad de planificarlo por separado el futuro tiene ya un horizonte. La tradición a la vez que ancla la sociedad a un pasado también coloca los rieles para transitar de cara al futuro. Giddens citando a Edward Shils, reconoce que las tradiciones siempre están cambiando y que entonces es presumible que algo y alguien permita su perdurabilidad (1994: 62).

En efecto, para que una creencia o una práctica adquiera el estatuto de tradicional debe poseer una integridad y una continuidad capaz de resistir las zarandeadas del cambio sin que pierdan su piso histórico. Las tradiciones, por tanto, no son ahistóricas: se desarrollan y maduran o se debilitan y mueren. Otras veces no mueren y sólo sufren modificaciones, pero cambian de contenido. Por ello, es más importante definir una tradición por su integridad o autenticidad que por el tiempo que han perdurado.

En Yucatán los festejos de los santos patrones de los pueblos así como las fiestas paganas como la "vaquería" que se llevan a cabo en las comunidades rurales, fueron impuestas por el poder de los conquistadores españoles. Hoy ambos eventos son reconocidos como tradicionales. La tradición, obvio, se relaciona estrechamente con la memoria, de manera específica con la colectiva, pero por sí sola no es capaz de mantener el orden tradicional. La lengua maya es otro signo de identidad aislado,[16] puesto que ya no está estrechamente ligada a unos rituales, a unos depositarios o guardianes, y a diferentes costumbres así como a los contenidos que combinan lo emocional y lo moral.

Podemos afirmar que la herencia tradicional no sólo se preserva sino que continuamente es reconstruida sobre la base de las experiencias del

[16] "El hecho de que los hablantes mayas estén cambiando su idioma vernáculo a favor del español refleja un cambio de valores, de los tradicionalmente enraizados en la comunidad rural, por los nuevos valores regionales, urbanos y nacionales que envuelven al individuo." (Pfeiler, 1997: 57.)

presente. La persistencia cultural entre los mayas de algunas prácticas tradicionales no es casual. Repetirlas es una decisión parcialmente individual pero fundamentalmente es social o colectiva. El acervo de conocimientos que forman parte del orden tradicional, vale decir la memoria colectiva, es igualmente una entidad activa que no debe ser confundida con el simple recuerdo. En las sociedades rurales los eventos del presente continuamente enriquecen la memoria colectiva y es a su vez el vehículo que confiere continuidad a la vida social sobre la experiencia del presente.

Sin la presencia de tales componentes mencionados, orgánicamente articulados, el orden social se fragmentaría. En un contexto cultural donde la escritura no está muy desarrollada los adultos y ancianos son los depositarios —y frecuentemente los guardianes— de las tradiciones, no sólo porque las absorbieron en algún momento de su niñez, sino porque tienen el interés y capacidad para remarcar los detalles de las costumbres y rituales, porque poseen la clave simbólica de dichos rituales; porque son reconocidos como los individuos indicados para enseñar dichas tradiciones a los jóvenes. Por lo tanto, la fuerza del orden tradicional para darle sentido a la vida cotidiana no deriva del simple hecho de la persistencia en el tiempo de algunas prácticas y rituales, sino del continuo trabajo de interpretación y narración que se lleva a cabo para magnificar aquellos hilos que empatan el presente al pasado.

Todas estas consideraciones me permiten hablar del proceso de deterioro de las viejas tradiciones aunque todavía se les vea por ahí de vez en cuando. Faltaría hablar de las tradiciones modificadas y de las nuevas que de seguro se están inventando en estos tiempos. Quiérase o no, la sociedad rural mexicana está estrechamente ligada al proceso de globalización. Esa experiencia, no obstante que se pierde en medio de acontecimientos de fuera de la comunidad local, al mismo tiempo marcan pautas a las acciones sociales y a las expectativas de la vida cotidiana.

El experimento global de la modernidad tiene un movimiento en dos sentidos: influye y es influida. Pero, sus grandes recursos aceleran la penetración de nuevas instituciones al tejido de la vida cotidiana rural. No sólo influye en el nivel comunitario, sino que muchas decisiones y acciones llevadas a cabo a título personal, como vimos en el capítulo anterior, dialogan más con tiempos y espacios globalizados que con el orden tradicional. Cuando el orden tradicional es aún vigoroso en una sociedad agraria determinada se observa un énfasis en la estabilidad, el aislamiento y la fijación de los individuos al suelo natal. Mientras que en una sociedad

urbano-industrializada, por el contrario, la movilidad ecológica suele ser una respuesta de los individuos contemplada en sus expectativas.

Este fenómeno de "destradicionalización" y "retradicionalización", como ya se dijo previamente, es clave para entender la modernidad rural, así que parece conveniente regresar una vez más y en forma breve al contexto histórico de la Península de Yucatán. Antes de la llegada de los españoles la sociedad maya antigua estaba perfectamente organizada, poseía un orden social regulado por normas, instituciones, actores y prácticas. Tal orden era completamente diferente al que conocían los conquistadores españoles cuando llegaron y se establecieron en Yucatán y en México en general y les pareció atrasado, "premoderno" o sencillamente inapropiado para sus fines, y puesto que tenían el poder para hacerlo decidieron imponer otro orden social basado en reglas, instituciones, normas y obligaciones para la convivencia colectiva pacífica, en función de los intereses de la Metrópoli y de los propios grupos que conformaron la empresa conquistadora.

A partir de entonces los españoles vencen pero no convencen y se inicia una lucha sorda entre el nuevo y el viejo orden social. El gobierno colonial se propuso imponer un nuevo orden por medio de decretos, las armas y la religión y el resultado fue variado pero en general infructuoso. Por varias circunstancias que muy bien documenta Farris (1984), en Yucatán el orden social tradicional previo a la conquista se convirtió en una trinchera de resistencia, no fue trastocado y sin embargo muchas prácticas comenzaron a cambiar, por ejemplo, las de la organización de la familia, las prácticas religiosas, el traslado de la residencia a los nuevos poblados, etcétera. Todos estos cambios lentamente fueron adquiriendo carta de naturalidad y fueron asimilados por el orden tradicional. Por ejemplo, dentro de las tradiciones observadas por fray Diego de Landa los gremios, la vaquería, y muchas otras similares no están incluidas por la sencilla razón que no existían, puesto que son producto del periodo colonial y algunas incluso de un periodo más reciente. No obstante todas ellas asimiladas al orden tradicional que seguía dando sentido a la vida social en las comunidades.

Hoy en cambio, aquel viejo orden social tradicional ha sufrido un proceso de resquebrajamiento como signo de una pluralidad, de una nueva y más cercana interacción con los centros urbanos. Esta fragmentación y pluralidad en el medio de las comunidades rurales yucatecas no son fenómenos nuevos, ha habido "destradicionalización" y al mismo

tiempo retradicionalización. Sin embargo, en las últimas décadas las tradiciones tanto agrarias como religiosas han sido socavadas a tal punto que el viejo orden social tradicional ha quedado desarticulado. Así dentro del marco de un nuevo orden social "postradicional" las tradiciones no han desaparecido y probablemente no desaparecerán, sino que se transformarán y surgirán otras nuevas por completo inéditas. Las tradiciones como ya se dijo, no siempre mueren pero a lo largo del tiempo adquieren diferentes valores simbólicos. Las fiestas locales llamadas "vaquerías", los cultos religiosos como son los gremios, son dos ejemplos de tradiciones no abatidas pero que han sufrido los avatares del paso del tiempo.

Conclusión

Estos cambios recientes sufridos por el hábitat maya rural que hemos analizado no son explicables a partir de la problemática económica. Aunque ciertamente la sociedad entera se mueve por las necesidades permanentes de revolucionar las relaciones de producción y de consumo capitalistas. El *pragma* de la modernidad se instala muy lentamente en los segmentos más tradicionales de la sociedad. Expresiones concretas en los espacios físicos, sean territoriales, de convivencia, o domésticos, tanto como los espacios estructurales económicos, culturales y políticos, van apareciendo como signos inequívocos de la modernización y la globalización económica, que previamente conquistaron el imaginario de la población.

Aunque esta revolución promovida por Occidente de los modos de expresión y de comunicación, el trastorno de las memorias, las transformaciones de la imaginación, el papel del individuo y los grupos sociales en la generación de las expresiones sincréticas, se remontan al inicio del periodo colonial (Gruzinski, 1995), la más reciente se caracteriza por su intensidad y extensión. El espacio doméstico vivido, aquí analizado, como cualquier otro, expresa una síntesis de ese proceso complejo de unión y lucha de contrarios que es la modernidad-tradicionalidad. La articulación estructural de los espacios domésticos a esa dinámica cultural no es pareja y depende de muchos factores tanto medioambientales como sociales.

Algunas culturas locales tradicionales son más refractarias de la modernización que otras, pero no escapan de las tendencias planetarias. Muchas evidencias económicas y productivas indican que el agro mexicano vive un proceso de transición que no cabe dentro del término "proletarización", porque abarca muchos aspectos relacionados con la cultura y las subjetividades individuales. De la misma forma, las evidencias culturales como la organización doméstica de las familias, el hábitat, el ocio, las prácticas religiosas y otras similares, no encuadran bajo el término de tradicionales (arcaicas).

A diferencia de los historiadores que no les es posible explorar directamente el inconsciente, la antropología y la sociología puede indagar entre los individuos en qué medida, de qué manera y bajo que influencia está cambiando la percepción indígena y mestiza de lo real y lo imaginario. En este orden de ideas, en el capítulo siguiente se explora el imaginario de los niños y niñas ya casi adolescentes, con lo cual se explora igualmente una nueva postura epistemológica que pretende romper con las viejas imágenes de las comunidades rurales y procura adelantar nuevos contenidos conceptuales.

V. EL IMAGINARIO SECUESTRADO POR LA MODERNIDAD

Lo que ahora es evidente,
Alguna vez fue imaginario.
W. BLAKE

INTRODUCCIÓN

En este capítulo serán analizados otros aspectos subjetivos del proceso de cambio social que afectan y aceleran el proceso de fragmentación del orden tradicional. Centraré mi análisis en la representación imaginaria que los niños y niñas del 5° grado de primaria tienen de su vivienda, quienes constituyen una cohorte generacional socializada en medio de la modernidad. En este estudio no podían faltar estos jóvenes actores protagonistas del cambio social y mostraré que no son "extras" o mera escenografía de la sociedad rural. Aclaro también que si bien privilegiados como actores sociales para ejemplificar el debilitamiento del sustrato simbólico de las tradiciones, mis observaciones se aplican a todas las cohortes generacionales de hombres y mujeres del medio rural.

Para muy pocos observadores de las comunidades rurales mexicanas pasa inadvertido el hecho de que sus actividades locales se ven fuertemente influidas y algunas veces incluso determinadas por eventos y acciones remotas. Las evidencias más notorias de este hecho son económicas y por ello las más analizadas, pero se sabe muy poco acerca del "reverso de la medalla" o sea, de cómo la modernidad está ya instalada en la vida cotidiana local.

En las áreas rurales de los países subdesarrollados como México, la modernidad cohabita perfectamente concatenada con el orden tradicional, por lo cual resulta difícil encontrarla en un estado puro. La moderni-

dad, como ya vimos en el capítulo anterior, está detrás de las estrategias de la organización de las familias y de sus actividades productivas, ahora quiero mostrar cómo dicha modernidad rodea la vida cotidiana a través de símbolos.

En un proceso de cambio social acelerado, las clases y los sujetos sociales están expuestas de manera diferencial al proceso de desintegración del viejo orden y cambio de actitudes. En algunos casos, las nuevas condiciones de producción poco alteran las pautas generales, de manera que la mayoría de los miembros todavía sienten y se comportan de acuerdo con las pautas tradicionales, como es el caso de algunas comunidades rurales de Oaxaca y Chiapas, en otros, el cambio de expectativas entre jóvenes y adultos es bien marcado.

EL MUNDO DE LOS SÍMBOLOS

Puesto que destaco la importancia sociológica de los símbolos conviene hacer una muy rápida revisión de este enfoque. La sociología ha ensayado variados enfoques para señalar cómo diversas condiciones materiales dan forma a la vida colectiva (Durkheim) y de la misma forma se le ha conferido importancia a otros ámbitos subjetivos que se levantan precisamente sobre, y alrededor de dichas condiciones materiales: a la ideología (Marx), a la cultura (Weber) y al mundo simbólico (Bourdieu). Si algo caracteriza a la sociedad contemporánea[1] es la enorme cantidad de imágenes que circulan y llegan a los individuos por vías diversas, principalmente por medio de la educación, la comunicación, e incluso las vivencias personales (Landowski, 1993; Melucci, 1996; Sklair, 1995).

Todas las diversas formas de conocimiento a través de las cuales se producen las representaciones individuales y colectivas que configuran la identidad están compuestas de unidades elementales que llamaré imágenes. Los individuos pertenecientes a una misma clase social están expuestos a condiciones de producción y objetivas análogas, que facilitan o impiden la migración, determinan su tipo, y facilitan o dificultan la adaptación y la aculturación.

[1] Melucci provisionalmente llama posindustrial a esta sociedad, para denotar que ya no estamos en presencia de una sociedad capitalista o industrial clásica (Melucci, 1996: 300).

Estas mismas consideraciones pueden hacerse respecto a valores, normas y actitudes de los sujetos sociales cuyas consecuencias son, entre otras, las diferentes propensiones a la migración. La acción individual es definida por la misma racionalidad instrumental que aprisiona al sujeto: por la tensión entre un contexto histórico concreto e inmediato y una subjetividad alimentada por un sistema planetario. La mayor parte de nuestras actividades cotidianas, dice Melucci, están marcadas por estas transformaciones en la esfera de la información, depende de manera creciente y alimentan la espiral que tiende a multiplicar la reflexividad de la acción social, que tiene lugar dentro de contextos artificiales, cada vez más social y culturalmente estructurados (1996: 294). La imagen es la base de toda forma de pensamiento y, por ello, de toda forma de comunicación. Es la unidad básica de interpretación de la realidad, el núcleo de todo pensamiento simbólico.

Aquellas imágenes que rodean al individuo antes que nada comunican,[2] de hecho, el idioma no sería posible sin ellas, pero no sólo comunican, ninguna forma de comunicación es natural o neutral. No todas, pero la mayor parte de las imágenes percibidas se constituyen en símbolos que nutren el comportamiento y las expectativas de los individuos, ya sean adultos o niños. Debo decir que no me interesan los símbolos en sí mismos, vale decir la semiótica, sino algo parecido a una sociología de los símbolos, especialmente lo que éstos representan para la acción colectiva.[3] Cada sociedad, cada comunidad, cada individuo, crea y recrea símbolos y sin quererlo lleva a cabo una jerarquización de aquellos símbolos que percibe o lo rodean, y, es en función de ellos que se mueven hacia ciertas preferencias y acciones o por el contrario, a fobias y a la pasividad (Rossi, 1983).

Para Berger y Luckmann, el hombre se diferencia como tal de otros animales por su capacidad de crear y entender los símbolos (1979: 120-163). Contrariamente a la idea muy extendida, de que las sociedades modernas no tienen en los procesos simbólicos e imaginarios elementos

[2] La mayoría de nuestras experiencias cotidianas, dice Melucci, ocurren en contextos que son cada vez más construidos por la información, vueltos a lanzar por los medios de comunicación e interiorizados por los individuos, en una especie de espiral que da vueltas sobre ella misma y que paulatinamente transforma cada vez más la realidad en signos e imágenes (Melucci, 1996: 293-294).

[3] Para profundizar en este tema se puede ver, Gilbert Durand, *La imaginación simbólica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1971.

que le son fundamentales para el desarrollo tanto de sus actividades materiales como espirituales, varios autores han señalado que la realidad es captada por el hombre por medio de simbolizaciones de los objetos que observa, de las redes y relaciones en que vive y de las aspiraciones y deseos que lo orientan (Bourdieu, 1979: 269-287). La percepción de su entorno ya sea por la vía directa de sus sentidos o por la vía de imágenes provenientes de la educación o de los medios electrónicos se procesa como simbolizaciones, las cuales son tratadas por el cerebro mediante distintos procedimientos: lógica, creencia, temores, expectativas, etcétera. Este procedimiento mental y simbólico produce en los individuos una determinada comprensión del mundo social y económico y, a partir de ella asumen una postura que le permite actuar o dejar de hacer cosas.

Símbolos hay por todas partes: una forma de vestir, de hablar, rituales, un cuadro o pintura, una misa, etcétera. Algunos hechos tan distantes de una comunidad rural, como los partidos de basquetbol de los *Chicago Bulls*, algunos íconos locales como la *X'tabay*, nacionales o mundiales e incluso algunas representaciones más elaboradas con escenarios y actores (políticos, sociales o profesionales que se miran por la televisión), suelen ser portadoras de símbolos. El hombre más realista vive de imágenes. Un niño yucateco no intentaría jugar un partido de basquetbol o de futbol de "alto nivel" sin que al menos conozca previamente la forma del juego y las reglas del mismo, ya existentes. Menos aún, Michael Jordan, jugador estrella de los *Chicago Bulls*, sería uno de sus héroes favoritos. Los niños del medio rural yucateco, como los adultos de cualquiera otra parte del mundo, no podrían siquiera intentar desempeñar un papel que no exista ya en el ámbito del dominio público, en calidad de símbolo.

Siguiendo esta orientación podemos ver cómo el símbolo con sus usos y prácticas diversos, está presente de manera sustantiva en toda la historia humana. Por lo cual que detrás de la máscara de los símbolos subyacen intereses económicos, políticos y sociales, cuya "realidad" contribuye a determinar las relaciones humanas (Duncan, 1968: 6). Si la imagen comunicada está construida en torno a un núcleo esencial que es el símbolo, el poder económico y político la aprovecha por medio de la publicidad para regir cada vez más nuestra sociedad contemporánea. La información constituye un recurso del poder no sólo porque tiene gran cantidad de ella, sino porque cuenta con las claves y los códigos que organizan y dan sentido a los flujos de signos que la constituyen (Melucci,

1996: 296). En términos de información, según mis encuestas aplicadas tanto a los adultos como a los niños, la televisión es el medio favorito de los mayas contemporáneos y así lo corrobora Faust (1998) para el caso de Campeche. La televisión comparte junto con el altar un sitio privilegiado y se ha instalado en el mismísimo corazón de las humildes viviendas y ha acaparado el tiempo de "ocio", antes dedicado a la tradición oral, pero especialmente es una fuente muy poderosa de emisión de símbolos.

Es un hecho ampliamente reconocido que la sociedad contemporánea se transformó en un solo espacio planetario, en donde los problemas que pueden surgir en lugares específicos tienen una interdependencia global (Melucci, 1996: 294). Un individuo no sólo pertenece a una sociedad, a una clase social o a una nación dada, sino también a un sistema multidimensional, en la medida que su vida está directa o indirectamente determinada por los intereses multinacionales y al mismo tiempo —y esta es una fuente enorme de contrasentido y paradojas—, encerrada en un universo concreto de vida personal, de relaciones interpersonales y de tradiciones culturales (Fernández, 1997: 4). Así se observa que el campesino yucateco común y corriente con tal de mejorar su situación económica y social despliega sus esfuerzos para dotar a la familia de un aparato de televisión, tanto como de una educación secundaria o técnica para sus hijos, convencidos que ese y no otro u otros es el camino correcto.

Los campesinos yucatecos no son la excepción, pero quiero señalar que en tanto actores rurales no se dan cuenta que sin querer, al intentar que sus hijos sean como cualquier otra persona que habita en las ciudades están siendo parte de un juego de intereses, de un gran experimento ajeno, como es la globalización (en todas sus fases históricas). Todo mundo y en todo el territorio de la Península de Yucatán al menos, dirige su energía a subirse a la locomotora de la modernización, casi siempre en el último vagón y no se dan cuenta que están menospreciando su vieja carreta que ellos mismos conducían y decidían su rumbo. Aquí todavía no se deja sentir la revalorización del medio ambiente y de las formas de vida rural que se observa en las sociedades "post-modernas", estamos todavía endiosados por la modernidad.

En este orden de ideas, los anhelos y deseos de las nuevas generaciones campesinas deben verse, en parte, como producto de la interacción humana verdaderamente mundializada por la vía de la expansión de los medios de comunicación y no sólo como producto de la socialización basada en su entorno comunitario. Como veremos más adelante, los ac-

tores rurales actúan con "normalidad" frente a otros porque han internalizado un conjunto de símbolos que suelen ser usados en la comunicación (activa, narrativa, y ritual).[4] Sin esas imágenes públicas a su alcance no habría comunicación instantánea entre ellos y el mundo urbano y sin ese tipo de comunicación sencillamente no existiría el orden mundial o planetario (Sklair, 1995).

Aunque no se agota, dejo hasta aquí este planteamiento acerca de la estrecha relación entre la acción social, la acción individual y el mundo simbólico. Empero, deseo remarcar que las tendencias del cambio social solamente son entendibles a partir de la interacción de los actores sociales con una cultura objetivada y subjetivada. Paso a explicar, mediante un caso concreto, cómo los símbolos funcionan, se internalizan y contribuyen a crear el orden en las relaciones sociales humanas, a escalas diferentes.

Los niños y la cultura rural

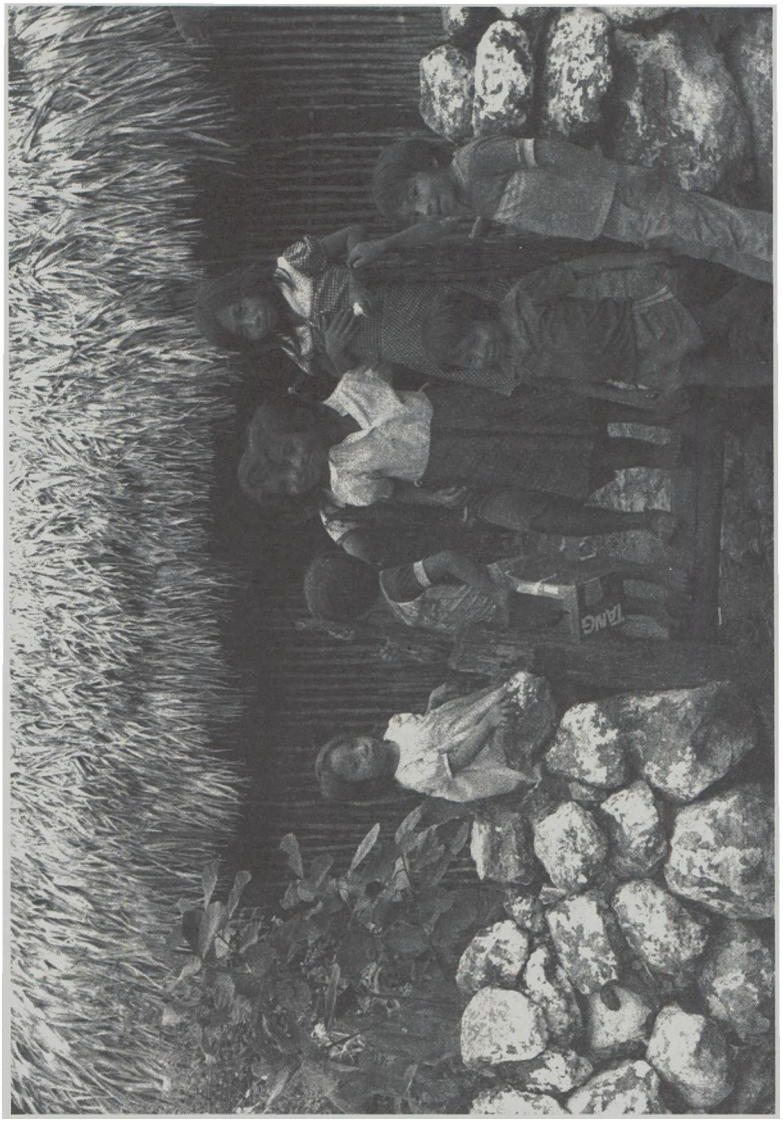
Como bien se reconoce, los estudios de género han puesto de relieve el papel fundamental que tienen otros miembros de la familia, especialmente el de las mujeres como sujetos sociales en el proceso de reproducción de la sociedad (Velázquez, 1992), pero se han olvidado de los niños. Ellos son los sustitutos de los actuales actores sociales y por eso debemos conocer cómo se están individualizando, o si se quiere formando como individuos: el tipo de símbolos que están internalizando, los cuales en algún momento serán usados para decidir qué hacer. Para entender un poco mejor esta transición de la sociedad rural es preciso reconocer al menos tres cohortes generacionales. La de los niños, la de los adultos y la de los ancianos. Es un hecho fuera de duda que los ancianos de la comunidad maya han perdido capacidad económica, autoridad y jerarquía y con ello ha perdido fuerza el capital simbólico tradicional que ellos representaban y transmitían, como lo observa Faust (1998: xxiii) en Campeche.

[4] Cualquier individuo, "en la medida en que siempre está ubicado en 'nudos de circuitos de comunicación', está respondiendo a una estrategia que no le pertenece", en tanto sujeto social (Bizberg, 1989: 490-491).

Al igual que en muchas otras sociedades tradicionales, en Yucatán hace tres décadas el porvenir de los niños del campo, aunque estrecho, no parecía demasiado incierto. La mayor parte de ellos seguía un guión dictado por la tradición o la costumbre: simplemente continuaban el camino ocupacional de sus padres que era la agricultura y empezaban su entrenamiento desde muy jóvenes, algunos ni siquiera terminaban el ciclo de enseñanza básica o al cumplir los doce años se incorporaban a las tareas del campo con el fin de ayudar a sus padres a conseguir los bienes que aseguraran la supervivencia del núcleo familiar. El horizonte ocupacional era estrecho sin que fuera un impedimento para que algunos de ellos exploraran otras opciones.

> Han de saber que los abuelos de los abuelos, de los abuelos, de los abuelos, de los abuelos del niño maya, cuentan una leyenda en la que se dice que el hombre fue hecho de masa de maíz. Tal vez por eso, tal vez porque es su básico alimento, el maíz es sagrado para el maya... Y lo menciona con respeto... Y que su nombre es dicho con las palabras mayas que significa la teta: ixi-im-ella-teta... Y de donde intuimos que indica que es la fuente de donde mana la savia de la vida... Han de saber que siendo sagrado el maíz, la vida del niño maya gira desde pronto en torno a la milpa donde el maíz se siembra, se cultiva y se cosecha... Por ello, cuando el niño maya ya sabe leer y escribir, y sumar y restar y multiplicar y dividir, los padres mayas quedan contentos, y el niño maya es conducido a la milpa. Y junto con su padre comienza a vivir la vida de la milpa, comienza a vivir la vida del sagrado maíz... del ixi-im... necesario e insustituible... (Llanes Marín, 1983: 13).
>
> Han de saber que esas voces interiores que vienen de lo profundo del espíritu del niño maya, aún laten y le hablan secretamente. Y los niños mayas que la escuchan cuando regresan de la jornada de la milpa, cuando cae la tarde y el "pujuy" con su volar silencioso y su grito pausado le va enseñando el camino... Y los niños mayas lo escuchan cuando en las tardes calurosas precursoras de la lluvia, el viento trae murmullos, susurros, débiles silbidos... Y los niños mayas escuchan esas voces misteriosas cuando de lo profundo del monte se oyen los ruidos iguales a carcajadas, que producen las culebras "chayican"... (Llanes Marín, 1983: 18).

Estos pasajes que fueron escritos con una pretensión literaria no dejan de inspirarse en lo que era común observar, cuando los niños mayas no escuchaban la radio ni miraban la televisión.



Niños y niñas de una comunidad rural de Tipikal, Yuc.

Varias circunstancias y factores provocaron que ese proceso de endoaculturación y capacitación ocupacional de los niños, que se prolongó por siglos se interrumpiera en forma drástica y se abriera paso un proceso más complejo y más abierto. Se diría que es normal que las formas de endoaculturación cambien con el tiempo. *Lo más grave de todo esto es que los niños de hoy terminarán practicando la agricultura tradicional. La diferencia de fondo es el trecho recorrido para llegar al viejo punto. La diferencia es la "desprofesionalización" de la agricultura, porque la socialización se produce en tiempo y espacios más amplios y abiertos en cuanto a experiencias.* En efecto, el periodo de permanencia de los niños en la escuela, que por lo general no rebasaba los 12 años, se prolongó hasta los 15 o 16 años, casi todos terminan la primaria y pasan a la escuela secundaria pero no todos concluyen este ciclo. Además, muchos de ellos y de ellas al salir de la escuela se incorporan directamente al mercado laboral, o sea, buscan trabajar a cambio de un salario. Los vaivenes del mercado laboral marcan el ritmo, cuándo y dónde conseguir un empleo asalariado, o adherirse a sus padres en las actividades tradicionales; y, finalmente, ya después de varios años de salir y regresar, por lo general con una familia en proceso de "expansión", paran de migrar y se arraigan a la comunidad como agricultores combinando otras diferentes actividades.

Se trata pues de un largo rodeo, de un lapso largo y crítico de incertidumbre, que estimula un giro ideológico que pesa mucho para cuando finalmente se establecen como agricultores.[5] Durante una etapa del ciclo de vida del individuo, que va de entre los 17 y 35 años de edad, los y las jóvenes del medio rural viven un periodo de incertidumbre, de lucha, de exploración y de frustraciones. Unos logran insertarse exitosamente a la estructura económica y social de los mercados laborales y la ciudad que aspiran. Pero muchos otros, la mayoría regresa a su comunidad para dedicarse a la agricultura. En este lapso de vida referido, la agricultura tradicional suele ser una opción temporal, la cual a su vez es una situación diametralmente opuesta a la de hace tres décadas.

[5] En palabras de Melucci, se diría que hay una nueva forma de individualización. Estas salidas continuas abren un acceso a otro tipo de conocimientos que contribuyen a la formación del sentido, donde los individuos invierten sus recursos, sus capacidades mentales, cognitivas, afectivas y relacionales (Melucci, 1996: 296).

De tal suerte que al entrar a la siguiente etapa, de adultos maduros, es cuando suelen convertir a la agricultura en su actividad central pero con un capital simbólico tradicional muy pobre, con una mentalidad distinta a la de los antiguos productores y sólo conocen "superficialmente" los llamados secretos del monte: aquellos conocimientos no escritos que pacientemente y de forma oral y empírica les transmitían los adultos. Sin esos conocimientos tradicionales que son básicos para tener éxito en la agricultura de temporal itinerante que se practica en la Península de Yucatán, no sólo se deteriora la capacidad de la agricultura como eje de la supervivencia del grupo, sino también se rompen varias cadenas que mantenían vivas muchas tradiciones.

Las tradiciones, como expliqué, no sobreviven en el aire, usualmente se apoyan en las instituciones, en los guardianes y en los rituales, por la sencilla razón de que la tradición es necesariamente activa e interpretativa. Los rituales, como el *Ch'achak* para llamar la lluvia para la milpa, son parte integral de la armazón social. Los rituales mayas en torno de la milpa tenían un valor crítico cuando dependían de ella los alimentos de la familia y de la comunidad entera. Hoy en cambio, aunque di-

Niña ayudando a sus padres en las labores domésticas, Tipikal, Yuc.

cha ceremonia todavía ayuda a la preservación del orden tradicional, ha perdido ese valor, lo cual queda de manifiesto en los estudios antropológicos realizados en torno a la cuestión del agua para la comunidad y la agricultura (Faust, 1998: 95-102).

En ausencia de un lugar y de una práctica de la tradición oral y la celebración esporádica de rituales, la memoria colectiva que sobrevive, se alimenta y enriquece de los mismos, tiende a empobrecerse y alejarse de la vida cotidiana de la comunidad. Los rituales desempeñaron un papel simbólico de gran importancia, llevaban la tradición al terreno de la práctica y aunque solían estar separados de las tareas de la vida cotidiana, eran actos que renovaban la vitalidad del orden social tradicional. En el pasado si no todos, muchos agricultores efectuaban su propio ritual en torno de la milpa, hoy en cambio son cada vez más escasos estos guardianes de la tradición y más todavía, aquellos milperos que ven la necesidad de practicar dicho ritual y prefieren buscar la seguridad a través de la ayuda de las instituciones y programas de ayuda del gobierno.

Regresando a los niños y niñas, es conveniente decir que la niñez (*childhood*) rural está muy lejos de la niñez urbana, antes de emprender su aventura hacia el mercado laboral no viven del todo relevados de sus responsabilidades familiares. Aunque no recae sobre sus hombros una carga económica fuerte, los niños y niñas suelen ayudar a sus padres de las formas más diversas, incluida la milpa. No obstante, en comparación con las generaciones pasadas, los niños y niñas de hoy gozan de más tiempo libre que destinan principalmente a mirar la televisión. Suelen estar muy familiarizados con los contenidos de las telenovelas, las caricaturas, los partidos de futbol y basquetbol (ver cuadros anexos) y saben distinguir los zapatos tenis de la marca *Nike* y *Reebok*, por supuesto las marcas de bebidas como Coca-Cola y Pepsi-Cola, así como otros que pasan en pantalla. Frecuentemente estas imágenes son el motivo central de sus conversaciones cotidianas, tanto en la escuela como en sus viviendas.

En algunas comunidades, los niños yucatecos casi no hablan el español (cuadro V.1),[6] especialmente en aquellas que pertenecen a las zonas maicera y citrícola sur, pero aún así captan muy bien las imágenes y reci-

[6] En 1990, 43.8% de la población total de la entidad hablaba maya, pero solamente 40 355 (3.4%) personas dijeron ser monolingües. Como demuestra Güémez, la mayor parte de los hablantes de maya viven en los municipios de la llamada zona maicera y citrícola. El monolingüismo parece estar de salida ya que solamente 1.2% de niños y 1.4% de niñas entre 10 y 14 años de edad son monolingües de la entidad (Güémez, 1994: 12).

ben los mensajes. En suma, están conectados al sistema planetario a través de muy diversos medios. Este proceso social que recorren los individuos que viven en el campo yucateco da cuenta del deterioro del orden tradicional y de la crisis de aquel viejo sujeto colectivo conocido[7] como campesino, definido como personajes que desempeñan un papel en el gran escenario de la historia, no sólo como habitantes del medio rural.

Cuadro V.1
Distribución de niños y niñas que hablan maya en Yucatán, 1996
(porcentajes)

		Sexo		
Zona	*Habla maya*	*Masculino*	*Femenino*	*Total*
Henequenera	Sí	20.9	13.4	34.2
	No	26.7	35.8	62.6
	No contestó	2.1	1.1	3.2
	Total	49.7	50.3	100.0
Citrícola y sur	Sí	42.9	36.7	79.6
	No	11.2	8.2	19.4
	No contestó	1.0		1.0
	Total	55.1	44.9	100.0
Maicera	Sí	54.3	37.2	91.5
	No	1.1	7.4	8.5
	Total	55.3	44.7	100.0
Costera	Sí	6.9	3.9	10.8
	No	52.0	36.3	88.2
	No contestó		1.0	1.0
	Total	58.8	41.2	100.0

N=481 niños.
Fuente: investigación directa, 1996.

La vivienda en el imaginario de los niños

Analizaré ahora la representación que los niños y niñas rurales lograron de un objeto llamado vivienda, donde plasmaron algunas de sus preferencias y evaluaciones subjetivas de su entorno. Cada niño o niña in-

[7] Me refiero, obviamente, a la identidad, porque no tiene caso hablar de sujeto social sin referirse precisamente a la misma que los define como tales.

Niños jugando futbol durante el recreo, Kanxoc, Yuc.

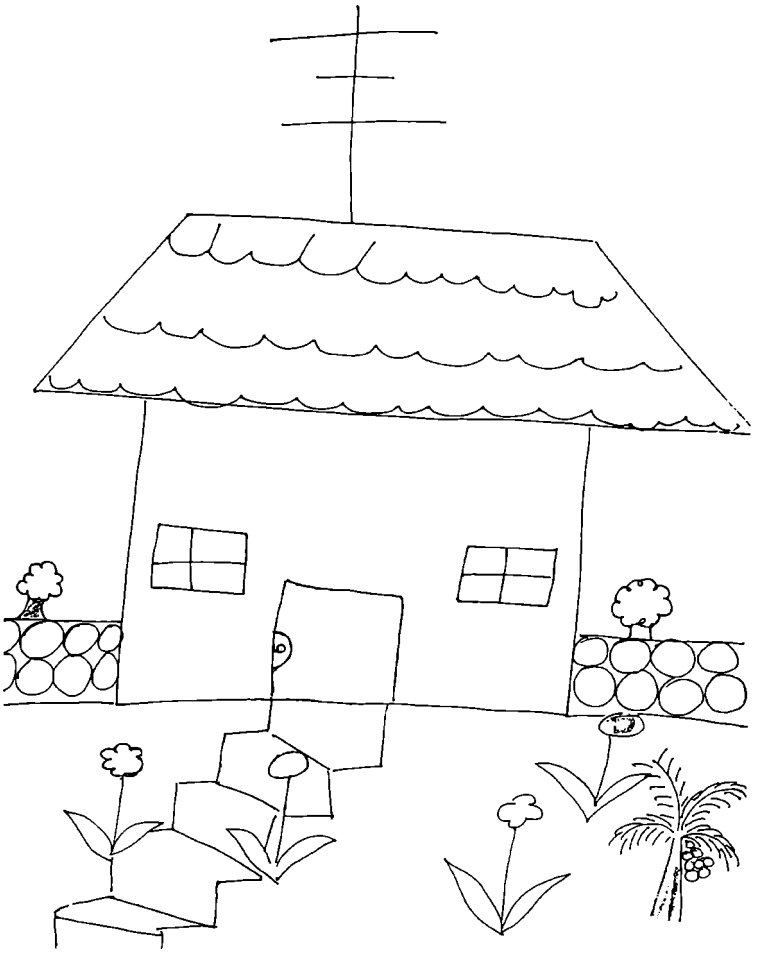
tegra a su manera todas las representaciones de que ha tenido conocimiento para formarse una imagen de su vivienda "soñada". No se trata de un ejercicio imaginativo cualquiera, sino de repensar su microespacio vital, su vivienda donde pasan gran parte de su vida. Casi está de más aclarar que no es la vivienda en sí misma la que nos interesa analizar, sino la vivienda como espacio vivido, símbolo de identidad y de estatus. Los niños y niñas estudiantes del 5° grado de primaria entrevistados, fueron invitados a dibujar o describir la vivienda de su sueño, sin poner atención al dinero que se requeriría para hacerla realidad. Un pedido así provocaría, como ocurrió, el repaso del repertorio de imágenes almacenadas previamente y no se sabía hasta donde se desbordaría tal imaginación. Todos ellos respondieron con entusiasmo, quienes no pudieron o supieron dibujar hicieron una descripción de una vivienda que no se ve en su comunidad pero tampoco está demasiado lejos de ellos. Los resultados fueron a todas luces interesantes, los dibujos y las descripciones realizadas de esa vivienda imaginada dejaron ver una tensión entre su mundo objetivo y su mundo subjetivo.

Quisiera remarcar que entre las 28 comunidades que fueron seleccionadas para formar la muestra, se procuró que la diversidad de los

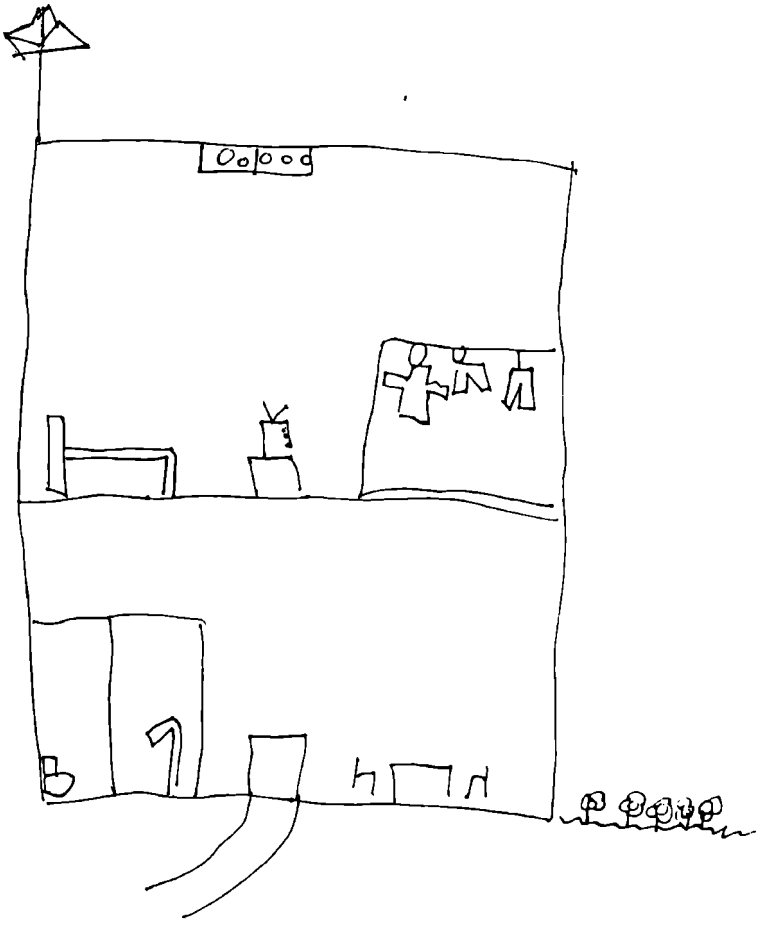
asentamientos rurales estuviera representada. Así que los niños y niñas encuestados han estado expuestos a diferentes contextos y no fueron abordados por su condición social, sino por su condición de niños adolescentes estudiantes del penúltimo grado de primaria, cuando ya cobra algún significado su preocupación por el futuro. Las representaciones obtenidas de estos niños y niñas acerca de su espacio vivencial deseado son sorprendentes, puesto que indican hasta dónde los niños alcanzan a imaginar su vida en ese espacio íntimo rodeado de símbolos, lo cual nos indica un proceso de transición de la sociedad rural hacia la sociedad "post-tradicional".

El imaginario de los niños y niñas a punto de entrar en la adolescencia refleja ya una tensión entre individuo y colectividad, entre comunidad y medio social planetarizado. No obstante, la diversidad de viviendas imaginadas, a fin de cuentas no fue tan grande, pero si sorprendente. El ejercicio para ellos fue inesperado y sin pensar demasiado vertieron en sus dibujos imágenes simbólicas con las cuales ya están familiarizados aunque no necesariamente abundantes en su propio entorno.

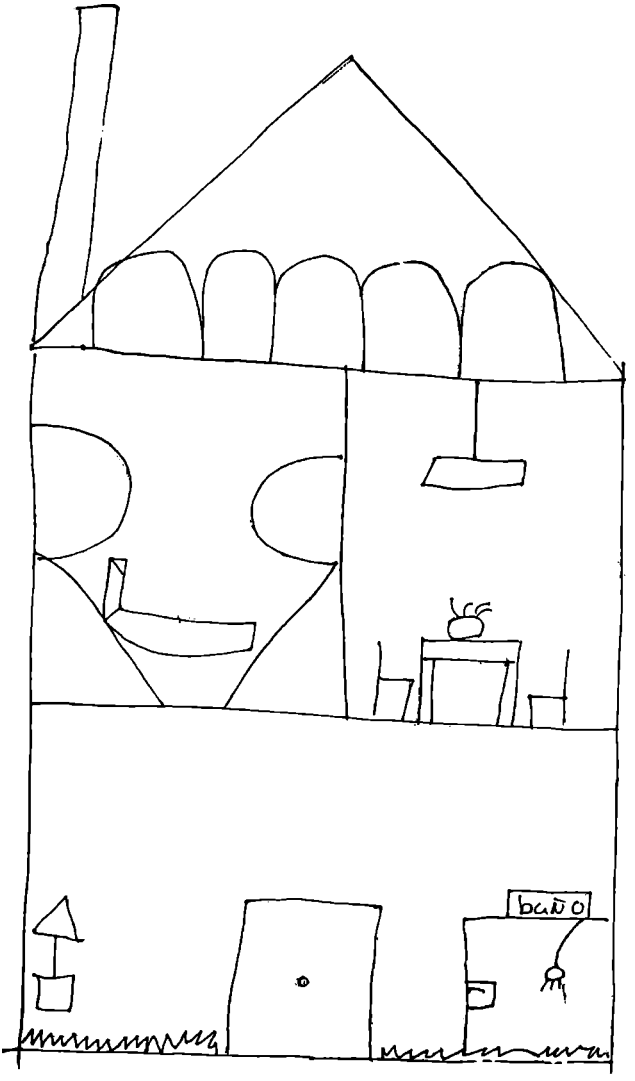
Las viviendas imaginadas dibujadas (419 en total) por los niños y niñas rurales de Yucatán presentan una información muy rica y digna de un análisis más detallado que el aquí presentado. La calidad de los dibujos varió desde los más simples hasta aquellos más elaborados, claros y bien proporcionados. Es imposible reproducir aquí cada uno de los dibujos ni siquiera una muestra de posibles tipologías. Pero quiero destacar que no obstante la variedad, son observables algunas constantes. Salta inmediatamente a la vista el sueño de una vivienda de dos pisos y con recámaras individuales. Estos dos signos, los más fuertes, pueden ser interpretados como una protesta o una insatisfacción con el espacio multifuncional de la vivienda tradicional realmente existente en la que habitan. Sin diferencia de sexo, los entrevistados enfatizan su anhelo de una división espacial de la vivienda por recámaras, separadas del comedor y de otros espacios interiores como la sala y el baño. Otro elemento estructural que añoran son las ventanas, de las cuales carece la vivienda tradicional. Esta insistencia nos indica una señal de preocupación por el confort. Las viviendas reformadas o nuevas a partir de otros materiales diferentes a los tradicionales, con paredes de mampostería o bloques y techos de concreto o bovedillas son mucho más calurosas que las delgadas paredes de bajareque y embarro.



Dibujo 1. Este es uno de los pocos dibujos que expresan una preocupación por "modernizar" la vivienda tradicional sin cuestionar el espacio multifuncional, pero agrega nuevos elementos como las ventanas, techo de tejas. Nótese la antena de televisión. Corresponde a un niño de 11 años de edad, del poblado de Tipikal, en la zona sur de la entidad.



Dibujo 2. En este dibujo sobresale la preocupación por una nueva distribución del espacio y varios elementos inusuales en la vivienda tradicional como la cama, el comedor, las escaleras, las ventanas. Corresponde a una niña de 10 años de edad, del poblado de Telchac, zona henequenera.



Dibujo 3. En este dibujo aparece nuevamente la preocupación por la vivienda de dos pisos y se agregan dos elementos más que son los techos con estructuras metálicas y una chimenea. Corresponde a una niña de 10 años de edad, del poblado de Abalá, zona henequenera.

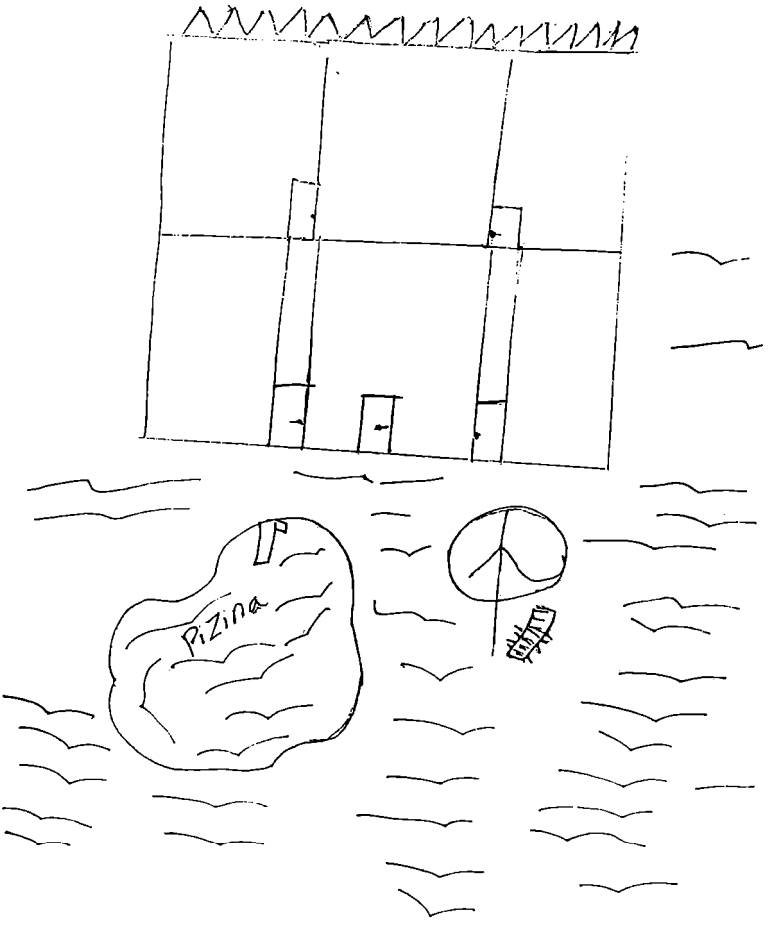
Por otra parte, la idea misma de vivienda que estos niños y niñas tienen resulta destacable. ¿Qué es una vivienda para ellos? La mayor parte hizo referencia a un conjunto de elementos y no sólo a la construcción, al objeto literal o edificio, sino a un conjunto que incluye árboles ornamentales, jardines, albarradas o bardas, así como otros accesorios como una piscina y el automóvil. Estas viviendas en realidad son grandes mansiones del tipo urbano bien equipadas con aparatos eléctricos y transporte.

De estos aspectos generales quiero destacar por último, la preocupación vertida por el lugar privado para hacer sus necesidades fisiológicas y para bañarse. Como ya dije antes, nueve de cada diez viviendas rurales carecen de letrinas y las necesidades fisiológicas se hacen al aire libre o en un pequeño espacio al fondo del solar apenas cubierto por láminas de cartón. En los dibujos se traslada el baño al interior de la vivienda como parte integral de la misma.

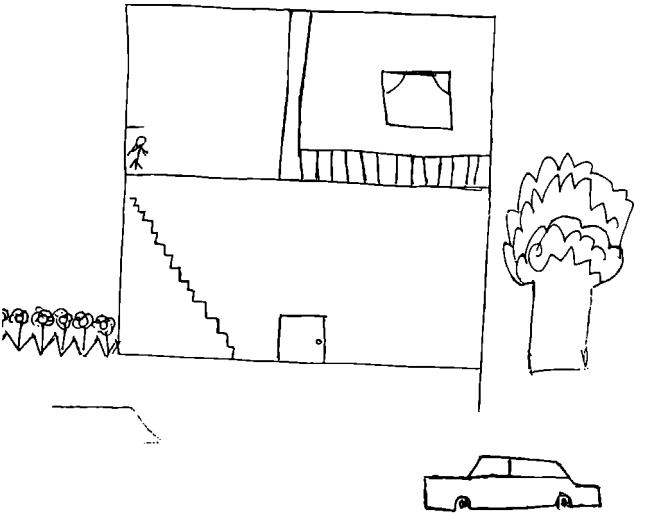
No sorprende pero llama la atención que ninguno de los niños y niñas entrevistados dibujara una vivienda completamente imposible en su medio, como aquellas de la Antártida, del Amazonas o de las películas de ciencia ficción. Esta vivienda imaginada no es la de las "Mil y Una Noches", no es fantasiosa en abstracto, por lo que se puede inferir que dicha vivienda anhelada corresponde a la del imaginario de sus padres, probablemente de la comunidad entera. Así puede interpretarse el mensaje que envían los habitantes del poblado cuando al llevar a cabo mejoras en su vivienda imitan, como ya vimos en el capítulo anterior, el modelo de vivienda urbana.

Por todo ello, es posible hablar del imaginario de la comunidad, que por la vía de sus viviendas pretende imitar un estilo de vida ajeno a la comunidad, pero con el cual están muy bien familiarizados a través de la experiencia o de los medios de comunicación. Desde el punto de vista tipológico, la vivienda imaginaria es muy parecida a la de las clases medias urbanas, pero la variedad dentro del conjunto refleja una concepción que tienen los niños y niñas de algunos símbolos de poder y estatus propios de la clase media urbano-capitalista.

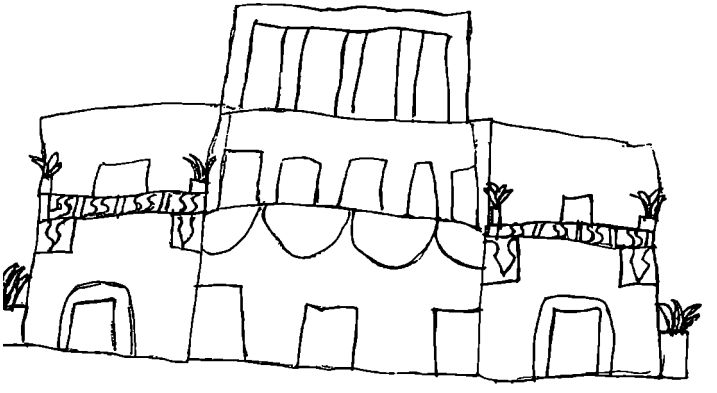
Algunos de estos chicos sorprendentemente, van más allá, reconociendo incluso las verdaderas élites: viviendas con piscinas, coches y hasta bardas de seguridad. Estos símbolos de estatus gozan de un lugar privilegiado entre la niñez. Así me explico que frente a tales estereotipos externos los ancianos de la comunidad hayan dejado de merecer el respeto de los jóvenes, de los niños y de la comunidad en general. La agri-



Dibujo 4. Este dibujo representa un ejemplo más de las constantes ya observadas y se agregan algunas sofisticaciones, como la piscina. Corresponde a un niño de 12 años de edad, del poblado de Celestún, zona costera.

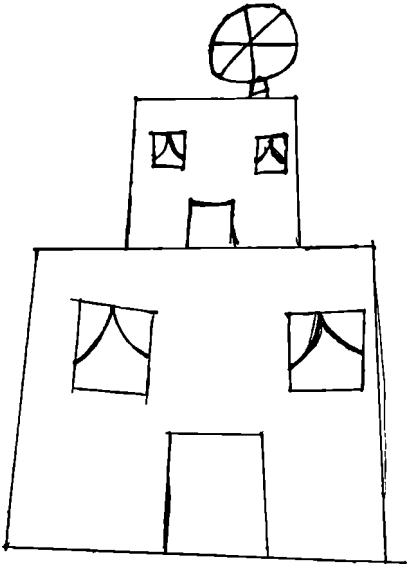


Dibujo 5. Una limusina al frente de una casa enorme como símbolo de estatus. Corresponde a un niño de 10 años de edad del poblado de Dzilam Bravo, zona costera.

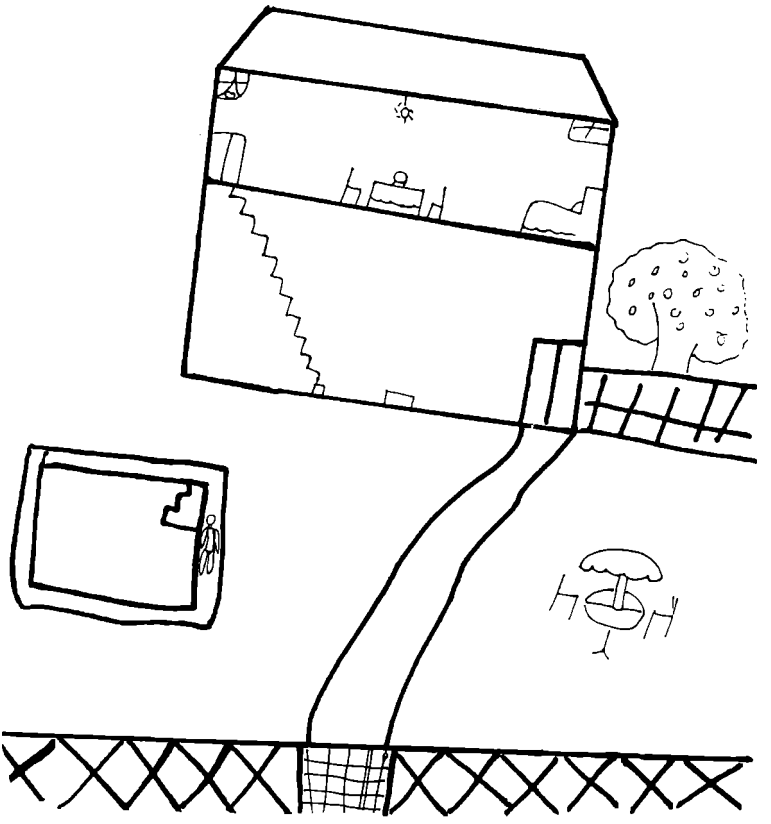


Dibujo 6. En esta vivienda de tres pisos se muestra una conjugación muy creativa de formas, de la ornamentación y el estatus. Corresponde a un niño de 10 años de edad, del poblado de Dzilam Bravo, zona costera.

Dibujo 7. Este dibujo es una variante que hace énfasis en la televisión, los ventiladores de techo y las hamacas. Corresponde a una niña de 12 años de edad, Dzemul, zona henequenera.



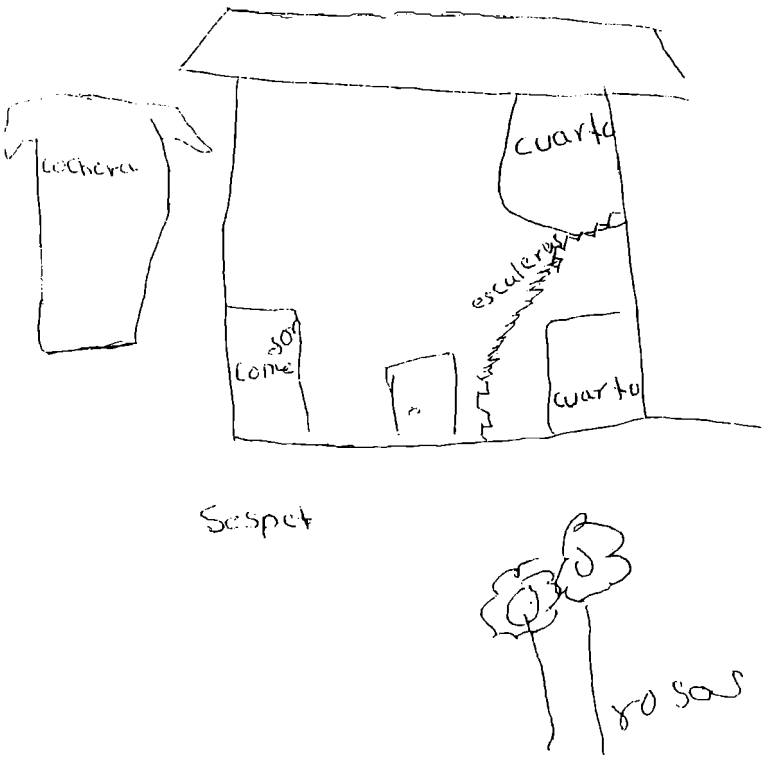
Dibujo 8. Este dibujo corresponde a una niña de 11 años de edad, del poblado Kaua, zona maicera.



Dibujo 9. Este dibujo representa una variante que enfatiza un gran jardín y piscina al frente de la vivienda. Corresponde a una niña de 11 años, Kanxoc, zona maicera.

cultura tradicional y sus agentes, de pronto se han convertido para ellos en símbolos de anacronismos.

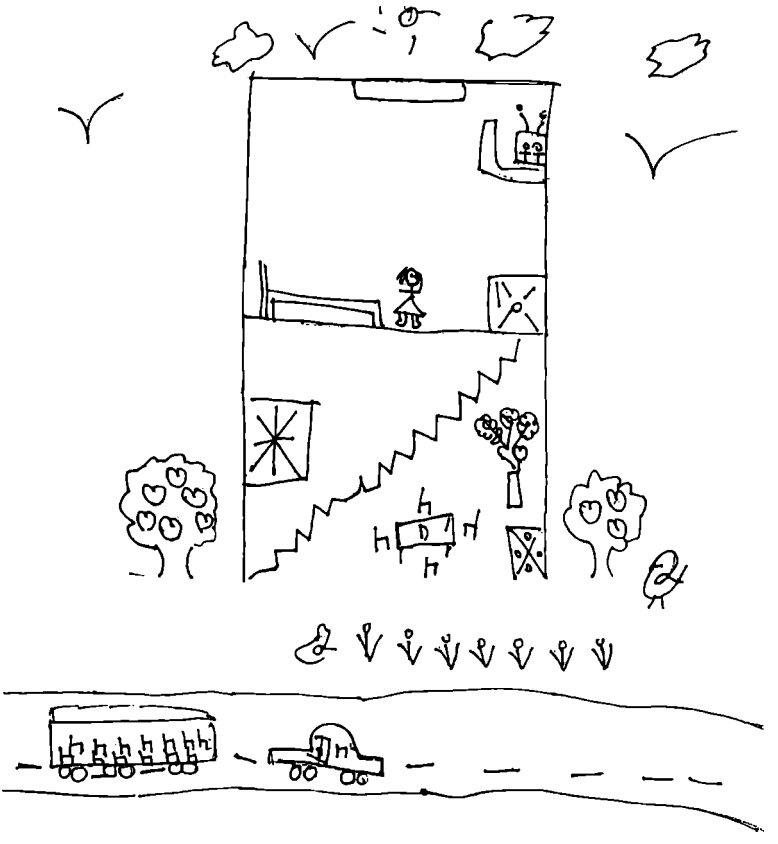
A través de las más de cuatrocientas viviendas imaginadas, de la muestra, es posible observar signos que revelan un contenido simbólico en relación con los valores de dentro de su comunidad y de fuera de ella. No obstante, predominan los símbolos del capitalismo y del estatus de vida urbano: cuartos con cama, baños con regadera, aparatos de televisión, mesa en el comedor, cuadros decorativos (dibujos 4, 5, 6), todo



Dibujo 10. Algunos niños que no sabían dibujar bien escribieron el nombre de los espacios. Corresponde a un niño de 11 años, Sisal, zona costera.

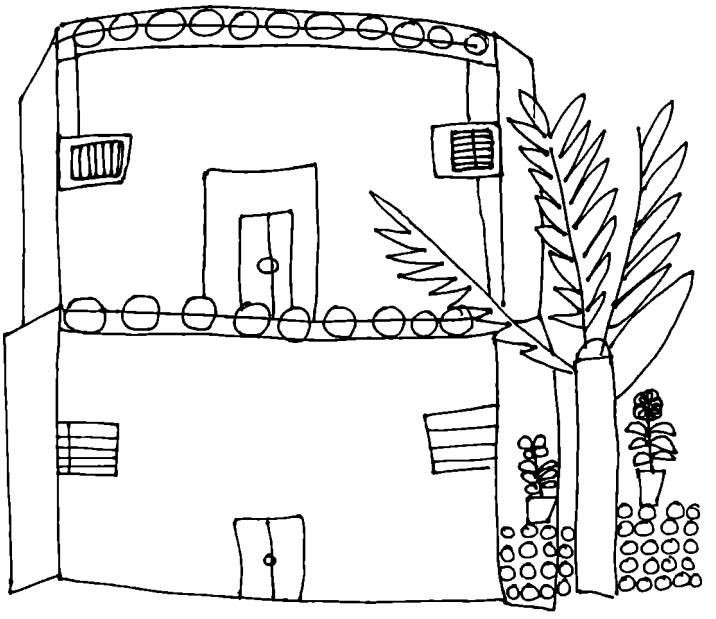
ello contrasta con la austeridad de sus viviendas reales. No hay duda que esta nueva generación será portadora de los elementos aceleradores del proceso de modernización social, serán ellos quienes habrán de ampliar y profundizar la modernidad en sus comunidades rurales. Todo hace indicar que estos anhelos todavía en ciernes seguirán desarrollándose en esa misma dirección y se transformarán en necesidad y de ahí en acciones tendientes a cubrirlas.

El discurso oficial escrito y hablado en el ámbito de la escuela, como en el de las otras esferas de la sociedad, valora las personas basándose en los bienes que poseen. De forma muy esporádica se destacan los valores intelectuales o artísticos de quienes han tenido éxito. Los niños



Dibujo 11. Corresponde a una niña de 10 años, Tixmehuac, zona citrícola y sur.

y niñas reciben a diario el bombardeo simbólico sobre un estilo de vida estereotipado y ya reconocido en la jerarquía social. Todo ello permite entender que si hay alguien en la comunidad que merece respeto y admiración de esta nueva generación esos son los migrantes "exitosos", que mantienen sus vínculos locales. Son aquellos que van y vienen, quienes suelen traer la bolsa vacía pero una bitácora llena de aventuras que transmiten a sus descendientes. Y es bajo esta forma tan subjetiva de mirar al mundo, como el prestigio social, que jerarquiza a los grupos



Dibujo 12. Esta variante enfatiza en los dos pisos y las ventanas y puertas por el confort. Corresponde a un niño de 11 años de Xaya, zona citrícola y sur.

típicos participantes de la comunidad rural en medio de estos tiempos de la globalización.

La necesidad provoca la acción social pero antes de ella, la fuerza simbólica de las imágenes de la modernidad está presente. Esas imágenes son anteriores a ellos y en medio de ellas crecen como individuos. ¿Cuáles son ahora las necesidades básicas de una familia? Sin duda alguna diferentes a las de hace 50 años, por la sencilla razón que las necesidades se procesan en el imaginario. Muchos pobladores rurales siguen siendo pobres, porque carecen de muchas cosas, pero esas muchas cosas que carecen cambian de forma y de contenido. Por ejemplo antes para no andar descalzo se necesitaban huaraches, hoy se necesitan zapatos tenis. El cuadro de consumo tanto de alimentos básicos como de otros bienes complementarios deja ver una gran influencia de la mercadotecnia sobre las preferencias. Muchas veces se pagan precios relativamente

Foto. Esta tienda llamada la "Guadalupana" que se localiza en el centro de la población de Kancab "baja" la imagen de los canales abiertos. Es algo así como una compañía de servicio de cable para la población quienes pagan una renta mensual.

altos por obtener una prenda de marca. Lo cual se justifica ya sea por el tipo de empleo que se desempeña o sencillamente como una acción para estar a la moda. Las estrategias de consumo dejan ver un estilo específico de vida que se trata de seguir.

IMAGINARIO Y EDUCACIÓN

Las nuevas generaciones campesinas desean pertenecer a un círculo ya sea de profesionistas, deportistas, o trabajadores que ganan mucho dinero y se les reconoce un estatus elevado. Tal objetivo no parece tan lejano cuando algunos migrantes locales consiguen adquirir bienes sofisticados como la televisión y las videocaseteras. Expectativas y experiencias se conjugan para abrir paso a un estilo de vida cargado de símbolos universales, en donde los viejos símbolos con soporte local si no desparecen, tienden a quedar en una escala secundaria. Un estilo de vida, en tanto símbolo, es un acicate de la acción, tanto como la imagen de un depor-

tista prestigiado y popular. Por lo cual, los símbolos que ahora circulan difusamente a través de los medios de comunicación crean y sostienen creencias, expectativas, formas de actuar, porque ellos funcionan como valores (Duncan, 1968: 22).

Los símbolos desempeñan un papel mediador muy importante entre el individuo y la cultura, ya se dijo antes, pero es fundamental entender la propia auto-percepción simbólica de una colectividad. Respecto a la indumentaria tradicional maya de hombres y mujeres que los distingue del resto de la población, el cambio paulatino viene dándose desde hace varias décadas. Los varones hace tiempo que dejaron de usar la ropa típica el *éex-wi-it* que consistía en un pantalón corto de manta blanco y encima de éste una manta tipo mil rayas ("cutín"), también de manta. Las mujeres que usan *hipiles* (vestido blanco de popelina con bordados) son cada vez menos, abundan todavía en la zona maicera y en el sur, pero en el resto ya prácticamente todas son catrinas. La autopercepción de las nuevas generaciones como mestizos o mestizas tiende a ser valorada como poco útil y hasta negativa para ganar un lugar en esta sociedad del presente. Pero los adultos no son capaces de defender con argumentos coherentes aquellos signos que le confieren una identidad étnica e histórica.

El idioma maya parece ser uno de los rasgos culturales que más ha resistido los embates de la modernidad. En el pasado las palabras mayas abundaban en el español que se hablaba en Yucatán, algunos piensan que había "invadido" al idioma del colonizador. Víctor Suárez Molina en un trabajo intitulado *El español que se habla en Yucatán*, con Jesús Amaro Gamboa en su *Vocabulario de El uayeismo en la cultura de Yucatán*, exponen muy claramente aquella invasión de la lengua maya que ha ido cediendo terreno poco a poco en el uso cotidiano. La influencia de la lengua maya ha disminuido sin duda, pero sigue muy viva en el medio rural. De los niños y niñas entrevistados 60% dijo que sus padres hablan maya, y solamente 49.7% dijo hablar o entender dicho idioma. Lo que significa que de una generación a otra se pierde un 10% de maya hablantes.

En la zona maicera la proporción de hablantes de maya es altísima, nueve de cada diez; mientras que en la zona costera es lo contrario, uno de cada diez. En la zona citrícola todavía la proporción de los niños y niñas que hablan maya es más alta (80%) que la de la zona henequenera (34%). Estos cuatro signos: la milpa, la vivienda (y el solar), la indumentaria y lengua que caracterizaron al campesino maya yucateco van

de salida, en algunas zonas el proceso ya va bien avanzado, como es el caso de la zona costera (cuadro V.l) y el área metropolitana de Mérida.

La educación formal es un vehículo quizás de los más privilegiados y poderosos para modificar las percepciones simbólicas. Es cierto que solamente 4% de los niños entrevistados dijeron que sus padres no sabían leer ni escribir, sin embargo, ellos pertenecen a la cohorte de adultos o de transición y así casi la mitad, 48% estudió la primaria y 25% estudió la secundaria. Incluso debe destacarse que un porcentaje bastante alto hizo estudios de nivel medio superior: 12%, y 11% estudió una carrera profesional. Esto quiere decir que la educación formal ha venido adquiriendo carta de naturalidad en detrimento del llamado proceso de endoaculturación, que muchos antropólogos observaron hace unas décadas atrás.

Por ejemplo Rivera (1976) observó que en Xoy el padre enseñaba a los hijos las costumbres, las creencias y las prácticas religiosas, al igual que las técnicas agrícolas utilizadas y las artesanales. El padre ya era auxiliado por el padrino del "hetzmek" del niño. La enseñanza de la tarea agrícola en los niños se iniciaba desde que tenían ocho o diez años acompañando a sus padres a la milpa. Aprendían la ceremonia de pedir permiso a los dioses del monte, la ceremonia para llamar la lluvia, en fin los secretos del monte. También se les inculcaban las creencias religiosas católicas. Cuando el niño era huérfano los tíos se encargaban de su enseñanza.

Esta endoaculturación ha cambiado, ya que ahora los niños tienen la oportunidad de asistir a la escuela desde jardín hasta secundaria en su poblado y para nivel medio superior acuden a los planteles educativos en la cabecera o al poblado más cercano. Otras veces, debido a la precaria situación que prevalece entre las familias, algunos niños de las pequeñas comisarías, son enviados a los albergues escolares del Instituto Nacional Indigenista instalados en un lugar determinado. Es gratuito y abierto para todos los niños mayas con el propósito de ayudar a la familia campesina. Entran al albergue los lunes y salen los viernes. Ahí toman clases, les dan de comer y un lugar para dormir, además de aprender algún oficio y el arreglo de una casa y cocina. También les proporcionan ropa, zapatos y uniformes. El albergue aunque bilingüe está orientado hacia la educación universal. La educación aquí recibida suele reforzar más los estereotipos urbanos que los tradicionales.

En efecto, muchas otras ideas acerca del empleo y las actividades profesionales que los niños conocen, se convierten en símbolos o estereotipos que se refuerzan a través de la educación. Para tener una apro-

ximación a este fenómeno se le preguntó a los niños entrevistados acerca de sus expectativas de vida, qué tipo de carrera les gustaría estudiar y qué tipo de actividad les gustaría desempeñar.

Una primera imagen en torno de este tema, un poco general, se refiere a la carrera que les gustaría estudiar. Casi ocho de cada diez niños, desean convertirse en profesionistas, estudiar ya sea en las universidades o en los tecnológicos y tales expectativas por igual para niños y niñas,[8] para un niño urbano el resultado sería obvio. Tales expectativas de estudio, para un niño rural son de llamar la atención, por el significado y por el horizonte ocupacional que abarcan. Por lo que se refiere a las zonas económicas, dicha tendencia se observa un poco más acentuada en la zona costera y menos en la zona citrícola (cuadro V.2).

Otro porcentaje importante de estos niños, 18%, desea estudiar una carrera corta. Por esta opción se inclinan más los hombres que las mujeres y, en proporción, más en la zona citrícola que en las otras tres (cuadro V.2). Desearían estudiar carreras comerciales y de computación con tal de trabajar en una empresa como oficinistas.

En el cuadro V.2, observamos igualmente una preferencia que, aunque marginal, es muy significativa: algunos niños y niñas perciben que el deporte puede ser una fuente para ganar dinero, de la misma forma que por medio de una profesión. Y por otra, algunas niñas piensan que la actividad artística podría ser una opción para ellas. Ambas expectativas profesionales son importantes, porque en su poblado no hay experiencias que pudieran inspirarlos. Las imágenes simbólicas que los inspira provienen directamente de los medios masivos de comunicación. Los niños saben que Michael Jordan gana millones de dólares como basquetbolista y hablan de él. Las niñas en cambio, conocen muy bien las estrellas, las jóvenes actrices que participan en las telenovelas del momento.

Otra pregunta provocadora del imaginario fue más concreta, relacionada con el empleo que les gustaría desempeñar. Sin grandes dificultades los niños y niñas entendieron la diferencia entre la profesión que les gustaría estudiar y el empleo que les gustaría desempeñar. Sus preferencias de empleo resultaron bien "aterrizadas" (cuadro V.3). Señalaron

[8] Las carreras más mencionadas fueron la de doctor, licenciado, ingeniero, enfermera y arquitecto. Y lo más interesante fueron las razones que dieron para aspirar a dichos estudios: ganar mucho más dinero, ayudar a sus papás en el gasto, porque les gustaría conocer gente y viajar; porque es su deporte favorito, le gusta hacer música, entre otras.

empleos no demasiado lejanos de sus posibilidades, factibles y que han observado entre sus hermanos y adultos del poblado. Aquí de nuevo, estas expectativas revelaron la alta influencia de los símbolos del capitalismo y la brecha generacional que se viene abriendo entre sus padres y ellos. Sorprendentemente, 23% de la muestra guardó consistencia con la idea de ser profesionista y luego desempeñar esa actividad concreta.[9]

Cuadro V.2
Distribución de tipos de carrera que les gustaría estudiar a los niños y niñas de Yucatán, 1996 (porcentajes)

		Sexo		
Zona	*Tipo de carrera*	*Masculino*	*Femenino*	*Total*
Henequenera	Corta	12.8	6.7	19.6
	Profesionista	35.8	41.9	77.7
	Artista		1.7	1.7
	Deportista		1.1	1.1
	Total	48.6	51.4	100.0
Citrícola y sur	Corta	20.7	4.6	25.3
	Profesionista	26.4	40.2	66.7
	Deportista	8.0		8.0
	Total	55.2	44.8	100.0
Maicera	Corta	10.6	4.3	14.9
	Profesionista	40.4	39.4	79.8
	Deportista	4.3	1.1	5.3
	Total	55.3	44.7	100.0
Costera	Corta	8.2	4.1	12.4
	Profesionista	50.5	33.0	83.5
	Artista		3.1	3.1
	Deportista	1.0		1.0
	Total	59.8	40.2	100.0

N= 481 niños.
Fuente: investigación directa, 1996.

[9] Los que dijeron que querían ser doctores, enfermeras y licenciados, guardaron más consistencia, del mismo modo los que escogieron las carreras comerciales y la de computación. El resto se refirió a las actividades más diversas imaginables, desde domador de leones hasta la de astronauta.

Cuadro V.3
Distribución de tipos de trabajo que les gustaría desempeñar a los niños y niñas de Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Trabajo que les gustaría hacer*	*Sexo*		*Total*
		Masculino	*Femenino*	
Henequenera	Maestra	5.9	25.8	31.7
	Empleado	16.1	12.4	28.5
	Profesionista	10.8	9.1	19.9
	Técnico	0.5		0.5
	Por cuenta propia	6.5	0.5	7.0
	Agropecuario	5.9		5.9
	Deporte y arte	3.2	2.2	5.4
	Ama de casa	0.5	0.5	1.1
	Total	49.5	50.5	100.0
Citrícola y sur	Maestra	8.3	15.6	24.0
	Empleado	5.2	3.1	8.3
	Profesionista	5.2	10.4	15.6
	Técnico			
	Por cuenta propia	9.4		9.4
	Agropecuario	25.0		25.0
	Deporte y arte	2.1		2.1
	Ama de casa		15.6	15.6
	Total	55.2	44.8	100.0
Maicera	Maestra	17.6	27.5	45.1
	Empleado	8.8	4.4	13.2
	Profesionista	9.9	7.7	17.6
	Técnico	1.1		1.1
	Por cuenta propia	3.3	1.1	4.4
	Agropecuario	12.1		12.1
	Pescador	1.1		1.1
	Ama de casa	1.1	4.4	5.5
	Total	54.9	45.1	100.0
Costera	Maestra	5.9	16.7	22.5
	Empleado	5.9	9.8	15.7
	Profesionista	30.4	10.8	41.2
	Técnico	2.0		2.0
	Por cuenta propia	2.0		2.0
	Agropecuario	1.0	1.0	2.0
	Pescador	5.9		5.9
	Deporte y arte	5.9	2.9	8.8
	Total	58.8	41.2	100.0

N= 481 niños.
Fuente: investigación directa, 1996.

Esto quiere decir que los niños y niñas distinguen entre aquellas pretensiones abstractas y estas últimas que parecen más cercanas a sus propias experiencias, por lo cual 19% dijo que le gustaría desempeñarse como empleado, de un supermercado, de un hotel o de cualquier establecimiento similar en la ciudad.

Los dos cuadros mencionados anteriormente revelan que muy pocos niños y niñas desean desempeñar la misma actividad que sus padres: de agricultor, de pescador o de ama de casa. En cambio parecen altamente impresionados por la imagen de sus mentores escolares: tres de cada diez niños (un niño y dos niñas) dijeron que les gustaría trabajar como maestros. Naturalmente, la imagen del maestro o la maestra contrasta con la de sus padres y estos mentores gozan de una buena reputación dentro de la comunidad. A los maestros les reconocen un estatus social más elevado, generalmente por afinidad con otros personajes como los curas y los médicos, quienes viven en los poblados más urbanizados o en la ciudad.

Quiero destacar además que a través de esta otra fuente de información, que son los cuestionarios aplicados a los niños y niñas, se confirmaron las tendencias ocupacionales ya antes detectadas, mediante los cuestionarios aplicados a los adultos en sus propios domicilios. Según estos niños adolescentes, la principal actividad de sus padres es la agrícola o la pesca según la región (cuadro V.4). No obstante, la mitad de los padres de familia adultos-jóvenes (para distinguirlos de los ancianos), se desempeña como empleados fuera del sector primario. En la zona henequenera, situada a 70 kilómetros a la redonda de la ciudad de Mérida, se observa que casi 51% depende del trabajo asalariado, es el más alto nivel, mientras que el más bajo se ubicó en la zona maicera, con 20 por ciento.

De un total de 481 padres de familia, 246, un poco más de la mitad, suele salir a trabajar fuera de su pueblo. Debo aclarar que a los niños no se les preguntó si sus padres o hermanos se encontraban fuera del poblado trabajando en esos momentos, sino que si salían de vez en cuando. Según los niños, la frecuencia de salidas de quienes trabajan fuera del poblado fluctúan: de un día a una semana, 70.3% de ellos; de una semana a 15 días solamente 25%; y el resto por un periodo más largo. Uno de cada cuatro de los padres de familia parece obtener sus recursos regularmente fuera de su comunidad.

Cuadro V.4
Distribución de ocupación principal del padre según los niños y niñas de Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Ocupación del padre*	*Sexo*		*Total*
		Masculino	*Femenino*	
Henequenera	No	1.1	2.7	3.7
	Agrícola	25.7	24.6	50.3
	Obrero	7.5	6.4	13.9
	Empleado	9.6	11.8	21.4
	Profesionista		0.5	0.5
	Técnico	0.5		0.5
	Comerciante		0.5	0.5
	Por cuenta propia	3.7	2.7	6.4
	Pescador	1.6	1.1	2.7
	Total	49.7	50.3	100.0
Citrícola y sur	No	1.0	2.0	3.1
	Agrícola	38.8	29.6	68.4
	Obrero	5.1	3.1	8.2
	Empleado	2.0	4.1	6.1
	Profesionista	3.1		3.1
	Técnico	1.0		1.0
	Comerciante	1.0	3.1	4.1
	Por cuenta propia	3.1	3.1	6.1
	Total	55.1	44.9	100.0
Maicera	No	1.1		1.1
	Agrícola	46.8	33.0	79.8
	Obrero		5.3	5.3
	Empleado		3.2	3.2
	Profesionista	1.1		1.1
	Técnico		1.1	1.1
	Total	49	42.6	91.6
Costera	No	4.9	1.0	5.9
	Agrícola		1.0	1.0
	Obrero	2.0	1.0	2.9
	Empleado	5.9	5.9	11.8
	Profesionista	2.0		2.0
	Técnico	2.9	1.0	3.9
	Comerciante	2.9	2.0	4.9
	Por cuenta propia	2.0	2.0	3.9
	Pescador	36.3	27.5	63.7
	Total	58.8	41.2	100.0

N= 481 niños.
Fuente: investigación directa, 1996.

Es interesante señalar, igualmente, que estos niños y niñas dijeron que una de cada cinco madres trabaja en forma regular para obtener algún dinero para ayudar al gasto familiar. Algunas de ellas como domésticas en la ciudad de Mérida y otras maquilando ropa en su propio domicilio o elaborando artesanías y solamente 2% de ellas trabajan como empleadas (cuadro V.5). Por supuesto, no debe ser soslayada la enorme importancia del trabajo de traspatio que las amas de casa llevan a cabo y a la cual los niños le ponen poca atención porque la consideran natural o normal de una mujer casada.

Las que menos hacen un trabajo remunerado son las mamás de la zona milpera, que no tienen como ocupación principal generar ingresos. En cambio en la zona henequenera el trabajo principal predominante de las madres de familia es de domésticas. Del total general, 9% sale fuera de su comunidad (la mayor parte de ellas en la zona henequenera). De las mujeres que trabajan una tercera parte lo hace siempre y 18%, a veces.

Casi uno de cada tres (30.8%) de los niños y niñas entrevistados tiene al menos un hermano que trabaja fuera, y uno de cada cinco (22.7%) una hermana. En las zonas henequenera y maicera el registro de hermanos trabajando fuera de la comunidad es más alto en proporción que el promedio y más bajo que el de la zona costera. Contra lo que se esperaba, por el factor distancia de los mercados laborales, en proporción, son un poco más las hermanas de la zona maicera que salen a trabajar que las de la zona henequenera y del resto de la entidad.

Sobre la base de la información anterior, se confirma, el hecho ya mencionado, que la centralidad de la agricultura se ha ido perdiendo y la fuerza de trabajo familiar se vuelca cada vez más hacia actividades diversas. Casi todos los miembros de la familia aportan dinero al fondo de subsistencia, por lo general en condiciones muy difíciles y precarias. Se dice que este dinero es para cubrir las necesidades, lo cual es cierto, pero es preciso reconocer que justamente tales necesidades han cambiado de carácter y esta es la causa principal por la cual se requiere más dinero, sin que esto implique una expectativa de mejorar su nivel de vida. El fondo histórico de subsistencia de los campesinos yucatecos cada vez se aproxima más al de un trabajador no calificado en el medio urbano. Requiere más dinero para comprar productos industrializados y electrónicos que modifican a su vez sus propias percepciones del mundo circundante.

Cuadro V.5
Distribución de ocupación principal de la madre según los niños y niñas de Yucatán, 1996 (porcentajes)

Zona	*Ocupación de la madre*	*Sexo*		*Total*
		Masculino	*Femenino*	
Henequenera	Ama de casa	39.0	35.8	74.9
	Doméstica	7.0	6.4	13.4
	Artesana	1.6	5.9	7.5
	Empleada		1.1	1.1
	Por cuenta propia	1.1	0.5	1.6
	Ninguna	1.1	0.5	1.6
	Total	49.7	50.3	100.0
Citrícola y sur	Ama de casa	35.7	27.6	63.3
	Artesana	16.3	8.2	24.5
	Empleada	1.0	3.1	4.1
	Por cuenta propia	1.0	3.1	4.1
	Ninguna	1.0	3.1	4.1
	Total	55.1	44.9	100.0
Maicera	Ama de casa	45.7	40.4	86.2
	Doméstica	2.1		2.1
	Artesana	4.3	3.2	7.4
	Empleada	2.1		2.1
	Por cuenta propia	1.1	1.1	2.1
	Ninguna			
	Total	55.3	44.7	100.0
Costera	Ama de casa	48.0	37.3	85.3
	Doméstica	2.0		2.0
	Artesana	2.0	1.0	2.9
	Empleada	2.9	1.0	3.9
	Por cuenta propia	2.9	2.0	4.9
	Ninguna	1.0		1.0
	Total	58.8	41.2	100.0

N= 481 niños.
Fuente: investigación directa, 1996.

Dicho cuadro ocupacional de los padres prácticamente es similar al que fue captado por los cuestionarios aplicados a los adultos (cuadro III.4), corrobora el grado avanzado de la diversidad de las relaciones económicas en el ámbito rural yucateco. Algunas de ellas muy modernas que quiero ligar con algunas dimensiones de la cultura. Se podría decir que hay cuatro signos, perceptibles a primera vista, que son parte de la matriz cultural tradicional de la población rural maya: una agricultura del tipo roza-tumba-quema (milpa nómada o itinerante), una vivienda, una indumentaria y una lengua. Tales signos culturales, que ampliaré enseguida, distinguieron durante siglos a los campesinos yucatecos de otros de México. Los antiguos campesinos mayas sobrevivían casi por completo de la milpa, la caza y la pesca, y, ocasionalmente, del trabajo asalariado en las haciendas, ranchos y poblados (Brannon y Joseph, 1991).

Debido a las exigencias de la milpa itinerante, la organización del espacio se montó sobre un esquema bastante simple: el monte aunque limiado, era comunal, y, cada individuo poseía un solar,[10] un espacio privado que en realidad era una prolongación del complejo productivo llamado milpa. Por lo tanto, la tierra para los campesinos mayas representaba varios valores: medio de producción, medio de identidad, escenario simbólico y de ritos; medio de lucha; de igual forma, medio de subordinación, medio de adscripción política, pero muy raras veces, se le consideró un patrimonio, vale decir, una propiedad. El proceso de divorcio entre producción y consumo dentro de las propias familias campesinas que se viene dando desde décadas atrás ha conferido nuevos valores simbólicos a dichas tierras, como ya vimos en los capítulos II y III.

Expectativas y modernidad

¿Qué tienen que ver las expectativas de los niños y adultos con la modernidad? Mucho, y es un buen puente entre el todo, la sociedad y el individuo. Vuelvo al plano de la experiencia reciente. La cultura peticionaria por parte de la población rural y urbana que vive en la pobreza o la

[10] Con frecuencia los términos "solar" y "patio" se manejan como sinónimos y aunque para mí no son la misma cosa, en esta obra seguiré usando ambos también indiferentemente. Me parece que el término "solar" en su forma original estaba referido al espacio rural, mientras que el término "patio" se refería fundamentalmente al espacio urbano y al arquitectónico.

miseria es un factor relevante de la cultura mexicana. Los rituales políticos por parte del Estado a la hora de hacer entrega de los recursos que servirían para combatir la crisis del sector rural, propició una subcultura clientelar a cambio de asegurar una ayuda en dinero, que es mínima. La agricultura de temporal no es capaz de asegurar el mínimo de sobrevivencia de los grupos campesinos, por lo que deben acudir a los mercados laborales en busca de ingresos complementarios, a las migraciones temporales. Como ya se dijo antes, la generalización de las migraciones temporales no es un proceso privativo de esta parte del país, ni siquiera de México, sino una respuesta a un proceso complejo de cambio social (Arias, 1992; Rodríguez y Venegas, 1984; Salas 1997).

Además, las migraciones temporales son un reflejo de las nuevas pautas sociales de la reproducción social de los actores sociales rurales y aquí no hay espacio para hablar de todas las variables intervinientes.[11] Sin conferirle un mayor peso que a otras, sólo me ha sido posible revisar en este estudio algunos factores económicos e ideológicos, para explicar las nuevas actitudes de los hombres y mujeres del campo.

Un factor clave que no debe ser soslayado es el manejo del riesgo, que como bien señala Pepin, es precisamente el punto clave de la producción y de la reproducción vital, que involucra a las familias enteras en relaciones complejas. El crédito institucional (del Estado) no resuelve esta dificultad (de la reproducción social) pero propone respuestas parciales al dar acceso al seguro agrícola, o a un seguro de vida para el productor y sobre todo, en forma opcional, al seguro social. Allí donde los servicios de salud están efectivamente al alcance, es una razón potente, primordial, para que los campesinos acepten "comprometerse" con el gobierno (Pepin-Lehalleur, 1992: 297). Y, como ese crédito deja intacto el problema básico de estrechez de recursos que afrontan las familias campesinas, entonces el trabajo asalariado, que unos encuentran a su puerta y otros van a buscar a cientos de kilómetros, sigue siendo la solución más socorrida.

Evidentemente, como señalan Venegas y Rodríguez (1986), la dinámica de los mercados laborales regula el flujo de este tipo de migraciones, pero hace falta estudiar con más detalle y en forma diacrónica a la unidad doméstica para percatarse del número creciente de sus miem-

[11] Una aproximación teórica al significado de las estrategias de sobrevivencia puede verse en Mingione (1991; especialmente el capítulo 3).

bros dispuestos a salir a trabajar fuera de su comunidad. Por medio de nuestras entrevistas de campo se detectó que en algunos casos los productores han perdido por completo el control de su proceso productivo directo como ocurre en el Bajío en México (Arias, 1992) y en Chile (Salas, 1997), pero siguen vinculados a la tierra.

Las políticas de porte neoliberal ciertamente han contribuido al deterioro del ingreso y nivel de vida de los habitantes del campo, como lo demuestran varios estudios (Robles, 1992; Steffen, 1994; Olvera y Millán, 1994 y Rodríguez y Torres, 1994) y las migraciones pendulares, en principio, indican una respuesta a una situación económica crecientemente adversa, pero al mismo tiempo, obedecen a otro orden de factores que afectan las subjetividades y el "mundo simbólico". Por ejemplo, se exacerba el consumismo a la par de una penetración, efectiva como nunca antes, de los medios masivos de comunicación en todo el territorio nacional. De esta manera el fondo de consumo socialmente determinado tiende a cambiar no sólo en cantidad sino en calidad.

Ya vimos en los capítulos anteriores que es hasta la década de los setenta cuando cobra fuerza un flujo importante de migraciones temporales de hombres y mujeres hacia los centros laborales, especialmente hacia las ciudades de Mérida y la naciente Cancún. La palanca fundamental de esa oleada fue la agudización de la crisis agrícola henequenera y milpera. Posteriormente, no es que la necesidad desapareciera por completo pero dejó de ser el resorte y su lugar parece tomarlo la "fascinación" por las formas de vida urbana: la alienación hacia el urbanismo. Como bien señala Dufresne, "el modo de vida de las comunidades mayas exclusivamente milperas es desplazado por otro modo de vida mucho más complejo donde se yuxtaponen las tareas de la milpa con los empleos urbanos eventuales" (1994: 67).

Debe quedar claro, para valorar adecuadamente el aspecto subjetivo de este fenómeno, que la emigración pendular no es la panacea, es una empresa difícil y a veces dolorosa para las familias rurales. En la Península de Yucatán —y en México en general— la falta de empleos adecuadamente remunerados en el sector moderno de la economía[12] propi-

[12] Un informe del Instituto Mexicano del Seguro Social reportó que de 597 660 derechohabientes registrados en el año de 1994, 358 596 estaban inscritos con el salario mínimo, es decir que 60% de los trabajadores yucatecos inscritos en ese Instituto ganaban un salario mínimo. *Diario de Yucatán*, Mérida, Yucatán, marzo de 1995. Recientemente, da-

cia a su vez la pluriactividad entre la mayor parte de los trabajadores tanto rurales como urbanos. De tal forma, que el emigrante tiene que enfrentar una competencia cerradísima por el empleo con los subempleados urbanos y con notorias desventajas. Esta competencia brutal, hace una función de contención del proceso de la migración definitiva, que, a pesar de todo, seguramente se sigue dando. Para muchos trabajadores no resulta fácil trasladar su residencia, ya sea por la inestabilidad de su empleo, por los bajos salarios, por la falta de vivienda.[13] En los pueblos donde se instala la electricidad o que se dotan de servicios de agua, florecen nuevas actividades caseras como el comercio de bebidas frías, puestos de comida, salones de belleza, tortillerías (que sustituyen a los molinos de nixtamal), etcétera.

Los riesgos de depender de la agricultura de temporal y de sus apoyos tienden a disminuir históricamente, estamos ahora en el punto en el que los campesinos apuestan a la certeza de un subsidio gubernamental. Un poco a contracorriente, respecto a muchos estudios que han querido ver el origen de los problemas rurales exclusivamente en la estructura agraria, en los problemas de carácter técnico o en la comercialización de la producción, en general, en torno de la agricultura y, a veces, en la organización política de los productores (Pachano, 1986; y Martínez y Lerner, 1992, entre otros), yo coincido con Salas (1997), en la necesidad de privilegiar algunos aspectos que se han dejado de lado, como los ideológico-culturales, que son variables vitales, claramente signos de nuestros tiempos de la globalización. Hemos observado cómo los movimientos campesinos que reclamaban más y mejores tierras, pasaron al reclamo de crédito y mejores precios (ámbito de la producción) y recientemente observamos que dichos reclamos se orientan mucho más hacia la esfera del consumo.

En Yucatán, en algunos casos, el movimiento migratorio hacia Cancún es el factor predominante de la articulación con el sistema de la economía campesina tradicional (Re Cruz, 1994; Mossbrucker, 1992 y Dufresne, 1999). Tendencialmente, este es un fenómeno cuya magnitud

---

tos de la *Encuesta Nacional de Empleo*, que elabora el INEGI, corroboró lo anterior, que en 1996 casi 60% de la población ocupada en Yucatán ganaba un máximo de dos salarios mínimos. *Diario de Yucatán*, Mérida, Yucatán, 30 de noviembre de 1997.

[13] Como en Chile, la temporalización del trabajo ha implicado una inserción inestable en la estructura ocupacional, un ingreso monetario irregular y una fuerte competencia entre sus iguales (Salas Quintal, 1997: 276).

seguirá extendiéndose debido a la concurrencia de varios factores estructurales —como el aumento de población y a la crisis agropecuaria—, y superestructurales —como fascinación por los estereotipos urbanos— y no escapan a este proceso ni siquiera las comunidades mayas más tradicionales. Chan Kom, por ejemplo, al oriente de la entidad, es una comunidad marcada por un proceso a través de la migración (Re Cruz, 1994: 41), de igual forma que Dzonotchel, comisaría de Peto, al sur de la entidad (Dufresne, 1994: 64).

Estamos pues ante una refuncionalización *radical* de la fuerza laboral campesina y, de la misma forma, de su reubicación en el entramado de la sociedad nacional. Estos trabajadores migrantes no caben en la conocida categoría de jornaleros agrícolas, tampoco son una clase socialmente determinada, son actores sociales polifacéticos, y por lo mismo su identidad es más latente que efectiva para su lucha: con dificultad suelen constituir una verdadera fuerza social y con gran facilidad se mimetizan entre la masa de población.

Tales características de hombres, mujeres y niños que habitan en el medio rural, dan cuenta de un México en franco proceso de recomposición social. En el campo las instituciones económicas, políticas y sociales tienden a adquirir una nueva dinámica y nuevos contenidos simbólicos más acordes con la globalización y el subdesarrollo.

Conclusión

El imaginario simbólico de los niños se encuentra secuestrado por las imágenes, por la violencia simbólica del capitalismo. Si hacemos un recuento de las tendencias detectadas hasta estas alturas, nos percatamos que tal fenómeno abarca a todos los miembros de la familia. La comunidad campesina como un espacio de identidad rural tradicional está fuertemente quebrantada no sólo por la pluriactividad ubicua de sus miembros, sino también por las nuevas subjetividades que rondan en el ambiente cultural.

Muchos de los viejos mecanismos que recreaban los valores comunitarios tradicionales tienden a desaparecer.[14] El lenguaje activo (por

[14] Bey observa este mismo fenómeno en Perú, al cual denomina un proceso de se cularización creciente, es decir, una tendencia a desviar la función de cohesión y control de la institución hacia una función puramente de servicios para con sus miembros (Bey, 1996: 173).

ejemplo la enseñanza empírica o práctica de la agricultura de temporal), narrativo (por ejemplo la tradición oral) y ritual (por ejemplo las ceremonias para llamar la lluvia para la milpa con el *Ch'achac*), codificados, que marcaban las fronteras simbólicas de la comunidad maya, tienden a desaparecer.

Escasean los mecanismos de adscripción o pertenencia que permiten que en las pequeñas comunidades se compartan valores, reglas, tradiciones, conocimientos, prácticas, rituales, etcétera. La televisión suele ser la intrusa silenciosa que acapara la atención de la familia entera. De modo que las relaciones interpersonales obedecen ahora a un esquema que estimula la solidaridad orgánica (Durkheim). Paradójicamente, los símbolos del capitalismo cada vez más nutren el repertorio cultural de los campesinos, pero por otro lado, ese mismo capitalismo tiende a excluirlos. Esta situación contradictoria ha minado aún más la identidad de los campesinos en tanto actores sociales protagónicos, es decir con verdadera presencia en el escenario de las decisiones políticas.[15]

Las condiciones estructurales de hoy hacen difícil y penosa la emigración y, a pesar de ello el nuevo horizonte laboral de los jóvenes campesinos y sus correspondientes expectativas de mejorar sus condiciones de vida están orientados "hacia afuera". Sus acciones parecen más acicateadas por imágenes y símbolos[16] de progreso que nutren el imaginario del mexicano, que por estímulos económicos reales. El éxodo rural de estas últimas décadas difiere de aquel observado a partir de la década de los cincuenta, cuando se impulsó la industrialización y el mercado laboral se expandió dando paso a las grandes ciudades, debido a que la mayor parte de ella implicaba el cambio de residencia de los migrantes (Arizpe, 1985 y Boils, 1987).

Este nuevo éxodo rural, en cambio, se da en medio de una prolongada crisis económica y consecuente contracción de los mercados laborales, ya de por sí saturados: es un éxodo de cerebros más que de personas. Tal situación plantea a la sociología la necesidad de indagar acerca de las nuevas expectativas y configuraciones de las identidades

[15] Creo como Dubet (1989), que la identidad es un medio para la acción colectiva. O como señala Bizberg (1989), la identidad no es una condición es una acción.

[16] Una de las características de la sociedad posindustrial es ciertamente el hecho de que la información se está convirtiendo en el recurso central (Melucci, 1996: 293).

colectivas[17] que parecen, engañosamente, estáticas, como la del campesino y los indígenas.

En efecto, "las personas no existen como personas que son, independientemente de los papeles que desempeñan en una cierta sociedad, de las formas que comprenden e interpretan el mundo, incluyendo las formas en que evalúan acciones y creencias de otros y de ellos mismos, y, lo más importante, de las maneras en que otros evalúan sus acciones al igual que sus creencias, deseos y fines" (Olivé, 1996: 387). La forma en que una sociedad constituye a las personas, y la clase de personas que esa sociedad constituye, son cruciales para su identidad colectiva.[18] La identidad, empero, no es una condición en la que se encuentra el individuo sino es más bien una acción, más concretamente un tipo de acción que muestra una adhesión a valores y no la lealtad a una o a unas personas.

Haría falta explorar más amplia y sistemáticamente el imaginario de los niños para conocer las imágenes primordiales que guían sus preferencias laborales y de estilos de vida, las cuales no siempre son alcanzables, ni siquiera están a mano, con lo cual se produce la frustración personal, tras lo cual los jóvenes se constituyen en problema para la sociedad.

[17] Como dice Melucci, no es casual que si reflexionamos sobre la identidad, el tema de la acción colectiva suscite preguntas muy generales sobre la sociedad contemporánea y nos obligue a referirnos, por lo menos implícitamente, a un modelo teórico de sociedad (Melucci, 1996: 291).

[18] Hablar de individuo, dice Bizberg, sin hablar de identidad es absurdo, porque el individuo no es una molécula que simplemente tiene propiedades y funciones (Bizberg, 1989: 501).

VI. CONCLUSIONES GENERALES

... it is now all too easy to choose identity,
but no longer possible to hold it.
ZYGMUNT BAUMAN, 1996

INTRODUCCIÓN

En este capítulo de conclusiones generales pretendo destacar la clase de relaciones que se establece entre el individuo rural y el mundo social contemporáneo, cómo se sitúa en tanto sujeto social en el contexto de la acción social y cómo se define su identidad. Hago énfasis aquí en el análisis de cómo las identidades tradicionales territoriales, comunitarias y étnicas, tienden a volverse más plurales y menos cohesionadas entre sí. Hay en Yucatán muchos tipos de colectividades emergentes cuya identidad emergentes aún no han sido ponderadas. Tal es el caso de los trabajadores rurales de las maquiladoras, o de los grupos religiosos protestantes, entre otros. Obviamente, no toda práctica cultural es expresión de una identidad.

La cuestión de las identidades ha sido —y es— materia de un amplio debate contemporáneo en casi todas las disciplinas de las ciencias sociales (Dubet, 1989; Gleizer, 1997; Cohen, 2000; Jiménez Ezquerra y González Huerta, 1997). Para Giddens, no se puede repensar la modernidad sin dejar de repensar igualmente la identidad (1991: 32). El análisis de un proceso estructurante sin los actores sociales quedaría incompleto. Melucci, desde el ángulo opuesto, al hacer alusión al proceso de individualización socializada, se refiere fundamentalmente a una redefinición de las identidades; y apunta sobre todo una ambivalencia profunda de los procesos de individualización: por una parte, son procesos que

sostienen la autonomía, la autodefinición, la capacidad de metacognición, de metacomunicación, es decir, la capacidad de desplazarnos cada vez más del contenido al proceso, gracias a nuestras capacidades cognoscitivas y emocionales. Por otra, estos procesos son muy frágiles porque están expuestos a la manipulación mediante códigos exteriores impuestos y frecuentemente invisibles (1996: 302-303).

Estrictamente hablando, ni la identidad de clase ni mucho menos la identidad étnica o de cualquier otro tipo, es un atributo estático ni se hereda como si fuera una información genética. Los seres humanos son constituidos e identificados como personas por la sociedad misma en la cual se despliega su carácter de tales (Olivé, 1996: 388). La verdadera identidad es producto de la afirmación del "yo" frente al "otro", ésta se da en el marco de la comunidad simbólica, recreada a partir de la interacción cotidiana. Podemos hablar de muchísimas identidades: étnica, de clase, religiosa, nacional, política, cultural, etcétera (Bizberg, 1989; Béjar y Capello, 1990; Giménez y Pozas, 1994; Melucci, 1996; Olivé, 1996).

En todos los casos, la persistencia de la identidad colectiva depende de las acciones sociales de las personas, de la praxis humana y no de atributos constitutivos (Olivé, 1996: 388), por ejemplo la raza, la religión, el empleo, el salario, etcétera. Siendo así, y en base a todo nuestro análisis precedente, las identidades mexicanas tradicionales, la de los campesinos, de los jornaleros, incluso de los indígenas, como sujetos agrarios mexicanos y como sujetos culturales, probablemente como nunca antes en la historia están seriamente amenazadas.

Digo seriamente amenazadas porque es preciso reconocer que en el medio rural sigue observándose una especie de resistencia al cambio que viene de afuera, con la diferencia que hoy día muchísimos elementos simbólicos del urbanismo penetran fácilmente las esferas más íntimas de la vida cotidiana y la privacidad individual a través de los medios electrónicos de comunicación, como es el caso de la televisión. Urbanismo entendido no sólo como crecimiento de las actividades, sino como modo de vida (Wirth, 1968). Con lo cual el ritmo y la intensidad del cambio rural hacia una sociedad compleja se acelera grandemente.

Por identidad entiendo, siguiendo a Béjar Navarro y Capello G. (1990), un sistema simbólico compartido por un grupo de personas. La identidad social, supone un sentido de adscripción o pertenencia, no necesariamente consiente, que se sustenta en el hecho de compartir un uni-

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

Este libro contiene un estudio del campo mexicano desde una perspectiva poco frecuente. Quienes acuden al enfoque de la modernidad, por lo general se refieren al ámbito factual urbano, con lo cual dejan fuera las condiciones de vida y las paradojas del nuevo tejido social que forjan miles de mexicanos, —campesinos, jornaleros, rancheros, indígenas, sirvientas, vendedoras, etcétera—, habitantes de los pequeños poblados y aldeas dentro del territorio nacional.

La ruralidad mexicana estudiada aquí como una construcción social en el marco de unas coordenadas temporales y espaciales específicas, Yucatán, pues cada población local lucha, a veces de manera denodada, para defender su mundo, cambiarlo y hacerlo suyo, con lo cual inevitablemente hace a un lado algunas tradiciones e inventa otras. Tal es la dialéctica de la modernidad mexicana rural a principios del tercer milenio.

ISBN 9-681-21093-X
9 789681 210939

CC CREATIVE COMMONS

EL COLEGIO DE MÉXICO